



Volumen I

*Giovanni
Verga*

*Traducción y selección
de Guillermo Fernández*

ESTAMPAS

SICILIANAS

ESTAMPAS SICILIANAS



Colección dirigida por Guillermo Fernández (†)



*Giovanni
Verga*

*Traducción y selección
de Guillermo Fernández*

ESTAMPAS
SICILIANAS

VOLUMEN I

SECRETARÍA DE CULTURA

2 0 1 9



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Evelyn Osornio Jiménez, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santfín Villavicencio

Estampas sicilianas, Volumen I

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Giovanni Verga, por textos

© Guillermo Fernández García, por traducción

ISBN: 978-607-490-291-4

ISBN de colección: 978-607-490-290-7

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/07/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

NOTA DE LOS EDITORES

Por su reconocida trayectoria como traductor, en 2010 Guillermo Fernández fue miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, en México, perteneciente al Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), en el rubro de Letras (enfocado en el área de Traducción literaria), tras presentar el proyecto de la traducción al español de los cuentos completos de Giovanni Verga, “que, según me han informado, nunca han aparecido juntos en nuestro idioma”, como reza la justificación elaborada por el propio Fernández. El proyecto abarcaría tres años e incluiría, asimismo, la

traducción de una antología de cartas de Miguel Angel Buonarroti.

Es relevante incluir aquí un fragmento de dicha justificación para fundamentar la presente edición, dada la pertinencia apologética de los comentarios del maestro Fernández:

Es innegable la importancia y la trascendencia de dicho narrador [Giovanni Verga] como cuentista, determinante no sólo para la narrativa italiana en su vertiente “verista”, de la cual es el gran maestro, cuya influencia fue más que visible en muchos escritores italianos contemporáneos suyos o inmediatamente posteriores, como Fucini, Capuana, De Roberto, Pratesi, De Giacomo, la Deledda, la Serao, D’Annunzio y otros escritores “regionalistas”. Después de un cierto eclipse debido al triunfante dannunzianismo, la obra narrativa de Giovanni Verga volvió a recuperarse y muchos escritores de esa época, entre ellos Pirandello, Tozzi, Jahier, Viani y Palazzeschi, reconocieron en él a su maestro (D. H. Lawrence, gran admirador del siciliano,

tradujo al inglés dos libros suyos, *Vita dei campi* y *Novelle rusticane*). Pasan los años, pasan las nuevas corrientes, y la obra de nuestro autor reaparece con nuevos bríos, tal y como ocurrió durante el neorealismo. ¿Cómo olvidar “Cavalleria rusticana”, “La Loba”, “El pastor Jeli”, “Rojo Malpelo” y tantos cuentos más, que tocan el fondo del abismo humano?

El cuento “Nedda” fue publicado el 15 de junio de 1874 en la *Rivista Italiana* y, en el mismo año, la editorial G. Brigola en Milán lo edita como una *plquette*. Posteriormente, entre 1874 y 1875, otros relatos aparecieron en revistas como *Illustrazione Italiana* y *Strenna Italiana*; la editorial Brigola los recopiló y los editó bajo el título de *Primavera y otros cuentos*, en 1876; ésta será la primera colección de relatos del autor. Más tarde –debido al éxito previo de “Nedda”–, en 1877, la misma editorial publica un nuevo volumen (al cual seguramente Guillermo Fernández tuvo acceso) que incluye ambas ediciones y que lleva por título los seis nombres de los relatos que integran la sección a la cual

hemos denominado “Primeros tiempos”. El libro carece de una fisonomía homogénea, pero revela el giro que la obra de Verga dio a partir de su llegada a Milán, al volverle la espalda “a la temática y al tono del romanticismo decadente” de sus novelas previas “para adherirse al movimiento verista”.

Los dos siguientes apartados comprenden la totalidad de los libros *Vida de los campos* (Ed. Treves, Milán, 1880) y *Cuentos rústicos* (Ed. Casanova, Torino, 1883); *Por las calles* (Ed. Treves, Milán, 1883), la sección final del presente volumen, carece de un par de cuentos (“Il Bastione di Monforte” y “Semplice storia”). Aun así, no quisimos dejar pasar la oportunidad de publicar, aunque incompleto, dicho título, dado el valor de la obra de este gran autor italiano. Como señala D. H. Lawrence —el “más apasionado traductor y divulgador en lengua inglesa” del escritor verista, al decir de Fernández—, “Verga es un gran maestro del cuento. El libro *Novelle rusticane* y el volumen titulado *Cavalleria rusticana (Vita dei Campi)* contiene algunos de los mejores cuentos escritos

en todo el mundo. En ellos hay unos tan breves y convincentes como los de Chejov”.

Desafortunadamente, Guillermo sólo pudo presentar la primera parte del proyecto ante el Fonca. Su fallecimiento, acaecido en marzo de 2012, dejó trunca la traducción completa de la obra cuentística de Verga; aunque es casi seguro que la haya terminado, como se lo exigía la rigurosa disciplina que se imponía para el cumplimiento de sus compromisos. No lo sabemos debido a que la investigación por el asesinato de Guillermo Fernández sigue abierta, y no es posible acceder al material que el traductor conserva en su domicilio. De cualquier modo, en reconocimiento al trabajo realizado, la Secretaría de Cultura del Estado de México ha decidido editar, en dos volúmenes, todos los textos con que se cuenta.

PRÓLOGO

Italia es fascinante. Una obra de arte. Arquitectura, pintura, literatura. Sus ciudades son únicas. Lo mejor de Occidente está ahí. Comprendo la pasión del poeta Guillermo Fernández por ella, por su lengua sonora. La estudió con esmero. La tradujo al castellano, como nadie. En sus mejores plumas, como la de Giovanni Verga (1840-1922), autor siciliano que abordó diversos géneros: novela, cuento, dramaturgia. Sus creaciones pertenecen al movimiento verista que surge en el último tercio del siglo XIX. De corta duración,

pero deslumbrante. Sobre todo, él, atento siempre al retrato de la realidad, en toda su crudeza.

El verismo se adentra en la vida de las clases populares. La describe sin miramientos, expresa el sentir profundo de la gente humilde, los espasmos de la carne, el amor y el desamor, los celos, las traiciones. De algún modo, la tragedia aldeana, el infierno de esa demografía.

Sus *Estampas sicilianas* son eso: el diario devenir de esa gente que lucha por el pan, que sufre a menudo el abuso de los amos: hacendados, aristócratas. Ese mundo de los compadrazgos, que integran una especie de familia ampliada, a veces un tanto convulsa.

Las líneas de Giovanni son pulcras, como la traducción misma de Fernández: experto indiscutible en la musicalidad de esa lengua, hija predilecta del latín. Giovanni fue el mejor verista, pero lo acompañaron otros: Federico de Roberto (1861-1927) y algunas mujeres, como Grazia Deledda (1871-1936). Todos dueños de una buena escritura.

En cierto modo, Giovanni Verga fue un costumbrista. Pero no un provinciano, aunque su temática así lo indique. Pues su mirada revela una universalidad como la de la tragedia griega. Fernández lo sabía. Por ello lo escogió en su ramillete de voces que deseó, con vehemencia, darnos a conocer. Con esa disciplina y generosidad tan suya, la de un hombre consagrado a la escritura... y la gastronomía. Porque hospitalario fue, al punto de volver legendaria la preparación de sus salsas para esas pastas italianas que dejaron huella indeleble en la memoria de sus amigos.

DR. AUGUSTO ISLA

INTRODUCCIÓN

I

Percibir la realidad como una de las formas del sufrimiento. Concebir la literatura como una de las maneras de retratar la sociedad. Narrar como un recurso estético para hallar la verdad de la vida. Y contemplar la verdad de la vida sin ilusiones ni esperanzas y más bien con pesimismo. Desde esta cuádruple concepción del mundo, el siciliano Giovanni Verga escribió sus cuentos, novelas y dramas. Su mirada literaria penetra en los pliegues de la convivencia humana y nos da una visión donde el dolor y la dicha, la ciega obstinación por vivir y

la orfandad, el deseo y lo trágico reverberan en los meandros de la narración lírica; sin embargo, más allá de la prosa espléndida, quedará siempre una imagen atroz e intolerable de la condición humana.

II

Verga es el representante más destacado del verismo, corriente literaria que –nacida del realismo y del naturalismo– surge en las últimas décadas del siglo XIX italiano. El verismo intenta darnos el retrato no idealizado de una sociedad, y este retrato no teme dar la imagen de vidas que medran en las orillas de lo humano: mujeres y hombres de las clases desposeídas que sobreviven en la pobreza como bestias de carga y que sólo en la muerte hallan el fin de sus desdichas. Y cuando los personajes son de clases poderosas (burgueses, religiosos, políticos) muestran su miseria moral, su rapacidad, su despotismo y su tremenda capacidad para someter a quienes están por debajo de su

clase social. Sean de clase alta o baja, aristócratas o parias, burgueses o trabajadores semiesclavos, los personajes nos muestran la faz tortuosa y envilecida de lo humano. Unos se dejan arrastrar por sus pulsiones destructivas, otros se abandonan a una resignación casi inhumana y otros se despeñan a orillas de sí, ajenos a su propia vida, en las fronteras de la existencia. En esta perspectiva, la narrativa del autor siciliano es, además de retrato social y psicológico, una crítica a la sociedad burguesa de su tiempo.

III

El verismo de Giovanni Verga es una crítica al romanticismo. Por un lado, la pasión amorosa no es una escala para elevarse a un ideal espiritual ni es el espejo donde el micro y el macrocosmos contemplan su mutua semejanza, ni se conjuga con una idea libertaria de tinte heroico; al contrario, el amor es una forma de desencuentro, una pasión

que conduce al abandono, a la burla, a la condena social, a la soledad y a veces a la muerte. El amor está concebido como una de las formas de la ironía. Por otro lado, la forma de expresar el erotismo se distancia de la descripción sensual de los cuerpos y parece que el narrador lo desplaza a un espacio obliterado; el lector entonces sabe del erotismo sólo a partir de sus consecuencias: el adulterio, la burla social, la destrucción, el asesinato, la cárcel y también la muerte. En el cuento “La Loba”, por ejemplo, el erotismo de la protagonista es diabólico y abisma al objeto de su deseo.

IV

Verga nos muestra las relaciones humanas en situación límite, donde sólo hay vencidos, víctimas de la historia que la historia jamás registrará, excepto como estadística. Sin embargo, a pesar de que narra desde lo intolerable, en algunos cuentos echa mano del humor. En “El reverendo”, por ejemplo,

el autor emplea la ironía como una forma de crítica contra la avaricia de ciertos curas que tuercen la ley y se enriquecen al amparo de la religión. Y en “*Cavalleria rusticana*” recurre al humor trágico, pues los personajes se rigen por códigos arcaicos de cuando los agraviados lavaban el honor derramando la sangre del agresor (este cuento, por cierto, es el más conocido de Giovanni Verga debido a que Pietro Mascagni lo tomó de base para crear su famosa ópera del mismo título). La mirada irónica del narrador muestra que la convivencia humana rebasa los límites de lo absurdo y parece sugerir que el hombre podría salvarse pero que prefiere dejarse poseer por las potencias del mal.

V

La mayor parte de los personajes provienen de las clases bajas y están abismados: no hay visos de ninguna reivindicación social, no vislumbran ninguna utopía; por otro lado, tampoco hay una idea de

redención trascendente: aunque son religiosos, las durezas de la vida eclipsan toda idea de salvación. Embrutecidos por el sufrimiento, desembocan en un fatalismo y una resignación de bestias despenñadas y agonizantes en el fondo de un barranco. Atrapados en un mundo que los tritura, sin lugar en la historia y sin la esperanza de una tierra de promisión, para ellos la muerte es la única forma de bienestar. La protagonista del cuento “Nedda”, verbigracia, exclama: “¡Benditas sean ustedes, porque ya están muertas! ¡Bendita seas, Virgen santa, que me has quitado a mi criatura para que no sufriera como yo!”. Se refiere a su madre y a su propia hija casi recién nacida, muertas debido a la enfermedad y al hambre. Por otra parte, el narrador del texto “Extravagancia”, al hablar de los hombres aferrados a su tierra estéril e inhóspita, justifica que “mejor suerte les tocó a los que murieron”; y párrafos abajo: “para ellos, es mejor estar muertos”. Estas citas, para los lectores mexicanos, resuenan de manera tenue pero nítida en “Luvina” de Juan Rulfo y en “Dios en la tierra” y *El luto humano*

de José Revueltas. En “Luvina”, por sólo citar un ejemplo, el protagonista relata que, en ese pueblo, “Nadie lleva la cuenta de las horas ni a nadie le preocupa cómo van amontonándose los años. Los días comienzan y se acaban. Luego viene la noche. Solamente el día y la noche hasta el día de la muerte, que para ellos es una esperanza”. Rulfo y Revueltas son, qué duda cabe, parientes literarios de Giovanni Verga.

VI

Aunque este libro se titula *Estampas sicilianas*, no todas las historias suceden en Sicilia sino también en otras ciudades de Italia, principalmente en Milán, donde Verga vivió cerca de veinte años. Me parece asimismo un acierto que el traductor, Guillermo Fernández, haya dispuesto en el título “estampas” y no cuentos, pues aunque algunos sí son cuentos, la mayoría son relatos: estampas literarias. Esto no demerita la maestría de Giovanni

Verga, al contrario: la prosa fluye rápida y robusta, clara y rica en léxico, afilada al describir caracteres y situaciones, y con reverberaciones líricas incluso cuando narra una acción trágica. Esto último define el estilo del autor, pues describe una realidad áspera, cruda e hiriente por medio de un lenguaje lírico que se permite líneas poéticas en algunos pasajes. Cada “estampa” así, hace honor al título que decidió Guillermo Fernández, pues nos da una imagen desapacible, vívida y crítica de la vida cotidiana de la Italia rural y urbana de la segunda mitad del siglo XIX.

FELIPE VÁZQUEZ

ESTAMPAS SICILIANAS

Volumen I

Primeros tiempos

NEDDA

Boceto siciliano

La chimenea doméstica siempre aparecía ante mis ojos como una figura retórica, buena para enmarcar los afectos más apacibles y serenos, como un rayo de luna que besa una cabellera rubia; pero sonreía al oír que me decían que el fuego del hogar es casi un amigo. Lo cierto es que me parecía un amigo muy necesario, tirrioso y despótico que, poco a poco, querría agarrarme de las manos o de los pies, para jalarme a su antro ahumado y besarme como Judas. Aún no conocía el pasatiempo de remover la leña ni la voluptuosidad de sentir la

reverberación de las llamas; no comprendía el lenguaje del raigón, que estalla enfadado o refunfuña llameando; mis ojos no se acostumbraban todavía a los bizarros dibujos de las chispas que corrían como luciérnagas sobre los tizones renegridos, ni a las fantásticas figuras que asume la leña al carbonizarse, ni a las mil gradaciones de claroscuro de la llama azul y roja que lame, casi tímida, y acaricia con gracia, para luego estallar con petulancia descarada. Cuando me hube iniciado en los misterios de las tenazas y del fuelle, me enamoré perdidamente de la voluptuosa pereza de la chimenea. Dejo mi cuerpo en ese silloncito, junto al fuego, como si abandonara un traje, dejando a las llamas el cuidado de hacer que mi sangre circule más caliente y de que mi corazón palpite más rápido; dejo que las huidizas centellas, revoloteantes como mariposas enamoradas, me mantengan con los ojos abiertos y que vaguen caprichosamente, al igual que mis pensamientos. Este espectáculo del propio pensamiento, que revolotea vagabundo alrededor de ustedes, que rehúye de ustedes para

correr a lo lejos y dejarles en el corazón, sin que lo sepan, ciertos soplos agridulces, tiene un encanto indefinible. Con el puro casi apagado, con los ojos entreabiertos y las tenazas a punto de caer de las manos, pueden ver cómo se aleja la otra parte de ustedes, recorriendo distancias vertiginosas: les parece que pasan por los nervios corrientes de atmósferas desconocidas. Sonriendo, sin mover un dedo ni dar un solo paso, sienten el efecto de mil sensaciones, que harían encanecer sus cabellos y surcar de arrugas la frente.

En una de estas vagabundas peregrinaciones del espíritu, el fuego —que tal vez ardía muy cercano— me hizo ver de nuevo otra llama gigantesca, que vi inflamarse en la enorme chimenea de la Hacienda del Pino, en las faldas del Etna. Llovía y el viento aullaba, colérico. Las veinte o treinta mujeres que recogían las olivas de la hacienda se hallaban junto al fuego, a fin de secar sus vestidos empapados por la lluvia: cantaban las alegres, las que tenían dinero en el bolsillo, las enamoradas; las otras charlaban de la cosecha de las olivas, que era más

bien mala; de los matrimonios en la parroquia o de la lluvia, que les quitaba el pan de la boca: la vieja granjera hilaba, a fin de que la linterna pendiente de la campana de la chimenea no ardiera de balde; el gran perro color de lobo tenía el hocico entre las patas, cerca del fuego, parando las orejas a cada aullido del viento. Mientras se cocinaba sopa, el borreguero se puso a tocar una cancioncilla montañesa, que cosquilleaba las piernas, y las muchachas empezaron a saltar sobre el enladrillado disparejo de la vasta cocina ahumada, mientras el perro refunfuñaba, temeroso de que le pisaran la cola. Los trapos revoloteaban alegremente, y hasta las habas bailaban en la olla, rezongando en la espuma que alzaba la llama. Cuando las muchachas se cansaron, llegó la hora de las canciones:

—¡Nedda! ¡Nedda la *arannisa*!¹ —exclamaron ellas—. ¿Dónde está la *arannisa*?

¹ *Arannisa*, gentilicio de los habitantes de Viagrande, Sicilia.

—Acá estoy —respondió una voz en el rincón más oscuro, donde estaba acucillada una muchacha sobre un haz de leña.

—¿Qué haces ahí?

—Nada.

—¿Por qué no bailaste?

—Porque estoy cansada.

—Cántanos una de tus canciones.

—No; no tengo ganas de cantar.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—Su mamá está muriéndose —dijo una de sus compañeras, como si hubiese dicho que le dolía una muela.

Y la muchacha, que tenía el mentón sobre las rodillas, alzó sus ojos negros para mirar a la que había hablado, ojos brillantes pero secos, casi impasibles, y, sin decir nada, volvió a bajarlos para observar sus pies desnudos.

Mientras las otras charlaban a la vez, como urracas que festejan el alimento lauto, dos o tres se voltearon a verla y le dijeron:

—Entonces, ¿por qué dejaste a tu madre?

—Para encontrar trabajo.

—¿De dónde eres?

—De Viagrande, pero vivo en Ravanusa.

Una de las chistosas, hija del hacendado, que iba a casarse en la Pascua con el tercer hijo del hacendado Jacopo, y que tenía al cuello una bella crucecita de oro, le dijo, dándole la espalda:

—¡Eh, no va a tardar mucho! La mala nueva te la dará el pájaro.

Nedda le lanzó una mirada semejante a la que el perro, echado cerca del fuego, le echaba a los zuecos que ponían en peligro a su cola.

—¡No! El tío Giovanni ya habría venido a llamarme —exclamó, como respondiéndose ella misma.

—¿Quién es el tío Giovanni?

—Es el tío Giovanni, de Ravanusa. Todos lo llaman así.

—Es necesario que el tío Giovanni te preste algún dinero, para no dejar sola a tu madre —dijo otra.

—El tío Giovanni no es rico, ¡y ya le debemos diez liras! ¿Y el médico? ¿Y las medicinas? ¿Y el pan de cada día? ¡Hablar es muy fácil! —agregó Nedda, meneando la cabeza y empleando por primera vez una entonación más doliente, casi salvaje—. Ver en la puerta que el día terminó, que en la alacena no hay pan ni aceite en la linterna, tampoco trabajo al día siguiente, es una cosa muy amarga, ¡sobre todo cuando hay una pobre vieja enferma en la cama!

Calló, pero seguía meneando la cabeza, sin mirar a nadie, con ojos áridos, secos, que delataban un dolor inconsciente, que los ojos habituados a las lágrimas no sabrían expresar.

—¡Traigan sus platos, muchachas! —gritó la hacendada, destapando la olla con gesto triunfal.

Todas se arremolinaron en torno de la chimeña, donde la hacendada distribuía con parsimonia las cucharadas de habas. Nedda esperaba a la zaga de todas, con el plato bajo el brazo. Al fin le tocó su turno, y la luz de las llamas la iluminó por entero.

Era una muchacha morena, vestida miserablemente, con el aspecto tímido y tosco que imprimen la miseria y el aislamiento. Acaso podría ser bella, si las penurias y las fatigas no hubiesen alterado profundamente no sólo las facciones gentiles de la mujer, sino también la forma humana. Sus cabellos eran negros, tupidos y enmarañados, apenas anudados con un mecate; sus dientes eran blancos, como el marfil, y una grosera gracia en sus facciones embellecía su sonrisa. Los ojos eran negros, flotantes en fluido azulenco, que le envidiaría una reina a esa pobre muchacha acurrucada en el último peldaño de la escala humana, si no estuvieran ofuscados por la recelosa timidez de la miseria, ni como atontados por una triste y continua resignación. Sus miembros, aplastados por pesos enormes, o desarrollados violentamente por esfuerzos penosos, eran toscos, pero no robustos. Trabajaba como peón cuando no recogía piedras en los terrenos de labranza; cargaba bultos en la ciudad y hacía otros trabajos más duros que, en esa región, se consideraban inferiores a las tareas del

hombre. La vendimia, la cosecha y la pizca de las olivas eran para ella cosa de juego, un pasatiempo, días casi de asueto. Mas, con tales faenas, apenas captaba la mitad de lo que ganaba trabajando como peón. Los trapos sobrepuestos, en lugar de un vestido, hacían que pareciera grotesca lo que hubiese debido ser la delicada belleza femenina. La imaginación más vivaz no hubiera podido conjeturar que aquellas manos, obligadas a realizar un áspero trabajo todos los días, escarbando en el hielo o en la tierra caliente, entre zarzas y grietas, o que aquellos pies, acostumbrados a caminar descalzos en la nieve y sobre piedras calentadas por el sol, lacerados por las espinas y endurecidos en las piedras, pudieran ser bellos. Nadie hubiera podido decir cuántos años tenía esa criatura humana. La miseria la había aplastado desde niña, con todas las penurias que deforman y endurecen el cuerpo, el alma y la inteligencia. Igual que a su madre y a su abuela, le sucedería a su hija. Y de los descendientes de Eva, bastaba con que le quedara ese tanto necesario para comprender

las órdenes y prestarles a ellos los más duros y humildes servicios.

Nedda presentó su plato y la hacendada le sirvió lo que quedaba en la olla de las habas, que no era mucho.

—¿Por qué eres siempre la última? ¿No ves que a los últimos siempre les tocan las sobras? —dijo la hacendada, en son de disculpa.

La pobre muchacha bajó los ojos para mirar aquella sopa negra que humeaba en el plato, como si mereciera el reproche, y se retiró de ahí despacio, para no derramar el contenido.

—Yo te daría con gusto un poco de la mía —le dijo a Nedda una de sus compañeras, que era de buen corazón—. Pero si mañana sigue lloviendo... ¡De veras! Además de perder mi jornada, no me gustaría acabarme todo mi pan.

—¡A mí no me asusta eso! —respondió Nedda, sonriendo con tristeza.

—¿Por qué?

—Porque no traje pan. El poco que tenía, junto con algunos centavos, se lo dejé a mi mamá.

—¿Sólo vas a comer sopa?

—Sí; estoy acostumbrada —respondió Nedda, con sencillez.

—¡Maldito tiempo, que nos roba nuestra jornada! —imprecó otra mujer.

—Toma un poco de la mía.

—No tengo hambre —dijo la *arannisa* con sequedad.

—Tú, que hablas mal de la lluvia del buen Dios, ¿acaso no comes pan? —dijo la hacendada que había imprecado contra el mal tiempo—. ¿No sabes que la lluvia en otoño anuncia un buen año?

Un murmullo general aprobó esas palabras.

—Sí; pero mientras tanto, ¡ya van tres medias jornadas que su marido nos descontará esta semana!

Otro murmullo de aprobación.

—¿Y quieres que se te paguen las tres medias jornadas que no has trabajado? —repuso triunfalmente la vieja.

—¡Es verdad, es verdad! —respondieron las demás, con ese instintivo sentimiento de justicia

que hay entre las masas, aun cuando esta justicia perjudique a los individuos.

La hacendada empezó a rezar el rosario, las avemarías se oyeron casi a regañadientes, acompañadas de algunos bostezos. Después de las letanías, se rezó por los vivos y por los muertos, y los ojos de la pobre Nedda se llenaron de lágrimas, y olvidó decir “amén”.

—¿Por qué no respondiste amén? —la regañó la vieja en tono severo.

—Porque pensaba en mi pobre mamá, que está tan lejos —balbuceó Nedda tímidamente.

La hacendada deseó luego la *santa noche*, tomó la linterna y se fue. Aquí y allá, en la cocina, alrededor del fuego, se improvisaron yacijas en formas pintorescas; las últimas llamas formaron vacilantes claroscuros en los grupos y en las diferentes posturas. Era una buena hacienda, y el patrón no regateaba, como tantos otros, las habas para la sopa, la leña para la chimenea ni la paja para las yacijas. Las mujeres dormían en la cocina, los hombres en el pajar. Donde el patrón es avaro,

o chica la hacienda, hombres y mujeres duermen apiñados, como mejor pueden, en el establo o en cualquier otra parte, sobre la paja o unos cuantos trapos, los hijos junto a los padres. Cuando uno de éstos es rico y tiene una cobija, la tiende sobre su familia; quien tiene frío, se le pega al vecino, o pone los pies en la ceniza caliente, o se cubre con paja. Se las ingenia como puede. Después de un día de trabajo, el sueño es profundo, al igual que un déspota benéfico; la moral del patrón sólo es quisquillosa cuando le niega trabajo a la muchacha que, próxima a ser madre, no puede cumplir con las diez horas de trabajo.

Antes del amanecer, las más madrugadoras salieron a ver qué tiempo las esperaba; la puerta se abría y se cerraba a cada momento, dejaba entrar rachas de lluvia y de frío helado, que atería a las que aún dormían. A los primeros albores, el hacendado abrió la puerta de par en par, a fin de despertar a las perezosas, puesto que no es justo robarle al patrón ni un solo minuto de la jornada de diez horas, porque él paga su buena

tarja, y algunas veces hasta tres carlines,² además de la sopa.

—¡Llueve!

Esta disgustosa palabra se oía en todas las bocas, con acento de mal humor. Nedda, apoyada en el umbral, miraba tristemente los nubarrones plomizos, que arrojaban sobre ella los lívidos colores de esa mañana. El día era frío y neblinoso. Las hojas marchitas se desprendían de las ramas, y revoloteaban un poco antes de ir a posarse sobre la tierra lodosa; los arroyitos se empantanaban en un charco, donde unos puercos se revolcaban voluptuosamente; las vacas mostraban el hocico negro a través del cancel del establo y, con ojos melancólicos, miraban la lluvia que caía; los gorriones, acurrucados bajo las tejas, piaban con tono lloriqueante.

—¡Otro día echado a perder! —murmuró una de las muchachas, mordiendo un pedazo de pan negro.

² Sesenta y cinco centavos.

—Las nubes se levantan allá, en el mar —dijo Nedda extendiendo un brazo—; tal vez el tiempo cambie a mediodía.

—¡Pero el hacendado bribón no querrá pagarnos más de un tercio de la jornada!

—Algo es algo.

—Sí, pero ¿y el pan que ponemos?

—¿Y el daño que sufrirá el patrón a causa de las olivas que se echen a perder, y de las que caigan en el lodo?

—¡Es verdad! —dijo otra.

—Cierto; pero atrévete a guardar una sola de las olivas que se perderán dentro de media hora, para acompañar tu pan duro, y verás cómo te va con el patrón.

—Es justo, porque las olivas no son nuestras.

—Tampoco lo son de la tierra, que se las traga.

—La tierra también es del patrón —replicó Nedda, con ojos expresivos y triunfante de lógica.

—Eso es muy cierto —agregó otra, que no sabía qué más decir.

—Por mi parte, preferiría que siguiera lloviendo todo el día, en lugar de andar a gatas en medio del lodo, con este mal tiempo, y para ganar unos cuantos centavos.

—Tú no necesitas esos centavos, ¡no los necesitas! —exclamó Nedda, con tristeza.

La tarde del sábado, al llegar la hora de la raya, delante de la mesa del pagador —toda llena de papeles y montoncitos de monedas—, los hombres más revoltosos recibieron su paga, luego las mujeres más rijosas, y, al final, las más débiles y tímidas. Cuando el hacendado le hizo la cuenta a Nedda, le dijo que le descontaba dos jornadas y media de descanso forzado, y que le tocaban cuarenta sueldos.³

La pobre muchacha no se atrevió a decir nada, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Y además te quejas, ¡llorona! —le gritó el pagador, que siempre vociferaba, como todo conciencuzo

³ Sueldo: moneda de distinto valor según los tiempos y países, igual a la vigésima parte de la libra respectiva.

defensor del dinero del patrón—. ¿Acaso no ves que te pago igual que a las otras, aunque seas más bajita y débil? ¡Y te pago la jornada mejor que ningún otro propietario en todo el territorio de Pedara, Nicolosi y Trecastagne! ¡Tres carlines y la sopa!

—Pero si no me quejo... —dijo tímidamente Nedda, recogiendo las escasas monedas que el pagador había contado como si fueran granos, para remarcar el valor—. La culpa es del mal tiempo, que me ha quitado casi la mitad de lo que pensaba ganar.

—¡Échale la culpa al Señor! —dijo el pagador, secamente.

—No al Señor, sino a mí misma, por ser tan pobre.

—Págale la semana entera a esa pobre muchacha —ordenó el hijo del patrón, que asistía en la pizca de las olivas—. No es tanta la diferencia.

—Yo debo darle lo que es justo.

—¡Te digo que se la pagues!

—Todos los propietarios de la región nos harán la guerra, a usted y a mí, si llegan a enterarse de *estas novedades*.

—Tienes razón —respondió el hijo del patrón, que era un rico propietario y tenía muchos vecinos.

Nedda recogió sus trapos y se despidió de sus compañeras.

—¿Te vas a Ravanusa a estas horas? —le preguntó una de ellas.

—Mi mamá está mal.

—¿No te da miedo?

—Sí; me da miedo por el dinero que llevo en el bolsillo. Pero mi mamá está enferma, y creo que no podría dormir si me quedara aquí otra noche.

—¿Quieres que te acompañe? —le dijo en son de broma el joven borreguero.

—Voy con Dios y con la Virgen —dijo sencillamente la pobre muchacha, y se encaminó por el sendero de los campos, con la cabeza inclinada.

Hacía rato que el sol se había ocultado y las sombras subían rápidamente hacia la cumbre de la montaña. Nedda caminaba con rapidez y, cuando las tinieblas la rodearon, empezó a cantar, como un pajarillo asustado. A cada diez pasos volvía atrás la cabeza, temerosa; y cuando una piedra,

removida por la lluvia, caía de un cercado, y las rachas de viento azotaban su cara con las gotas de lluvia depositadas en las hojas de los árboles, ella se detenía, recelosa, como una cabrilla extrañada. Un buharro la seguía de uno a otro árbol, con su canto lamentoso; y ella, feliz de aquella compañía, lo remedaba, a fin de que el pájaro no se cansara de seguirla. Cuando pasaba delante de una capillita, junto a la puerta de alguna hacienda, se detenía un instante en el sendero, para rezar un avemaría, procurando que no fuese a oírla el perro guardián y, saltando la cerca, se le echara encima. Luego proseguía su camino, caminando deprisa, volviendo la cabeza dos o tres veces, para mirar la lamparilla que ardía en favor de la Santa y, al mismo tiempo, del pagador de la hacienda, cuando regresaba ya tarde de los campos. Esa lamparilla le daba valor y volvía a rezar por su pobre madre. De vez en cuando, un pensamiento doloroso le oprimía el corazón, y se echaba a correr, cantando en voz alta, para aturdirse, o pensaba en los días de la vendimia, en las noches de verano, cuando,

con la luna más bella del mundo, se volvía de la Piana en bandadas, detrás de la gaita, que tocaba alegremente; pero su pensamiento volvía siempre al mismo lugar: a la yacija de su madre enferma. Tropezó en una saliente de lava, cortante como una navaja, y se hirió un pie. La oscuridad era tan honda que la pobre muchacha, en las curvas del sendero, tropezaba a menudo en una pared o una cerca, y empezaba a desanimarse, a no saber dónde se hallaba. Oyó, de pronto, el reloj de Punta, que marcaba las nueve, y las campanadas se oían tan cerca que se hubiese dicho que caían sobre su cabeza. Nedda sonrió, como si un amigo la llamara por su nombre en medio de una muchedumbre de extranjeros.

Tomó alegremente la calle de la aldea, cantando a voz en cuello su hermosa canción, apretando en su mano, dentro del bolsillo, sus cuarenta sueldos.

Al pasar frente a la farmacia, vio al farmacéutico y al notario, que jugaban a la baraja. Poco más adelante, se topó con el pobre loco de Punta, que iba y venía de uno a otro extremo de la calle, con las

manos en los bolsillos del pantalón, canturreando la misma canción que lo acompañaba desde hacía veinte años, en las noches de invierno y en las tardes de la canícula. Cuando llegó a los primeros árboles de la derecha calzada de Ravanusa, vio un par de bueyes, que caminaban a paso lento, rumiando con tranquilidad.

—¡Eh, Nedda! —gritó una voz conocida.

—¿Eres tú, Janu?

—Sí, soy yo, con los bueyes del patrón.

—¿De dónde vienes? —preguntó Nedda sin detenerse.

—Vengo de la Piana. Pasé por tu casa; tu madre te espera.

—¿Cómo está mi mamá?

—Como siempre.

—¡Que Dios me la bendiga! —exclamó la muchacha, como si temiera lo peor, y siguió corriendo.

—¡Adiós, Nedda! —gritó Janu.

—¡Adiós! —balbuceó Nedda, sin detenerse.

Y le pareció que las estrellas resplandecían como soles; que los árboles, todos bien conocidos,

extendían sus ramas sobre su cabeza, para protegerla, y que las piedras de la calle acariciaban sus pies adoloridos.

A la mañana siguiente, que era domingo, se presentó el médico, que concedía a sus enfermos pobres el día que no podía consagrar a su finca. ¡A decir verdad, una pobre visita!, porque el buen doctor no estaba acostumbrado a andarse con miramientos con sus clientes, y en la casa de Nedda no había antesala ni amigos de la casa a los cuales se pudiera anunciar el verdadero estado de la enferma.

Ese día fue muy triste, porque llegó el cura en roquete, el sacristán con los santos óleos y dos o tres comadres, que farfullaban no sé qué oraciones. La campanilla del sacristán trinaba en medio de los campos, los carreteros que la escuchaban detenían a sus mulos en pleno camino y se quitaban las boinas. Cuando Nedda la oyó por el sendero pedregoso, cubrió a la enferma con un raído cobertor; para que no se viera que faltaban las sábanas, dobló su delantal y lo colocó sobre la

mesa coja, que se mantenía en pie gracias a una pila de ladrillos. Luego, mientras el cura cumplía con su oficio, se arrodilló fuera de la puerta y rezó maquinalmente unas oraciones, mirando trasoñada la piedra que había al lado del umbral, donde la viejecita solía sentarse a tomar el sol de marzo, y se puso a escuchar distraídamente los acostumbrados rumores del entorno, el ir y venir de las personas dedicadas a sus tareas, ajenas a su angustia. El cura se fue, mas el sacristán se demoró un poco en el umbral, aguardando en vano la limosna para los pobres.

Ya muy avanzada la tarde, el tío Giovanni vio a Nedda, que corría por el camino que llevaba a Punta.

—¡Eh!, ¿a dónde vas a esta hora?

—Voy por una medicina que ordenó el médico.

El tío Giovanni era ahorrativo y gruñón.

—¡Cuántas medicinas! —rezongó—. ¿Para qué las quiere, después de los santos óleos? ¡De seguro que va mita y mita con el boticario, para desangrar a la pobre gente! Hazme caso, Nedda. Ahorra tu dinero y vete a acompañar a tu madre.

—Puede ser que aún le sirvan de algo —respondió tristemente la muchacha y, bajando los ojos, apresuró el paso.

El tío Giovanni se quedó mirándola, sin dejar de protestar. Luego le gritó:

—¡Eh, *arannisa!*

—¿Qué quiere?

—Yo voy por la medicina. Puedo hacerlo más pronto que tú, no lo dudes. No es bueno que dejes sola a tu pobre madre.

—¡Que Dios lo bendiga! —dijo ella, mientras quería poner en su mano el dinero.

—Después me darás ese dinero —dijo de manera cortante el tío Giovanni, y se echó a andar con las piernas de sus veinte años.

La muchacha volvió sobre sus pasos y le dijo a la mamá:

—Ha ido en mi lugar el tío Giovanni —y lo dijo en un insólito tono de ternura.

La moribunda oyó el sonido de las monedas que Nedda dejaba en la mesa, y la interrogó con la mirada.

—Me dijo que se lo pago después —respondió la hija.

—¡Que Dios le pague la caridad! —murmuró la enferma—. Así, no te quedarás sin dinero.

—¡Ay, mamá!

—¿Cuánto le debemos al tío Giovanni?

—Diez liras. ¡Pero no te preocupes, mamá, voy a trabajar!

La anciana la miró con ojos opacos; luego la abrazó, sin decir nada.

Al día siguiente llegaron los sepultureros, el sacristán y las comadres. Cuando Nedda hubo arreglado a la muerta en la caja, con su mejor ropa, le puso entre las manos un clavel que había florecido en una olla rota, y la más bella trenza de su propio cabello; le dio a los sepultureros las últimas monedas que le quedaban, a fin de que no zarandearan mucho a la muerta en el pedregoso camino que llevaba al cementerio. Después arregló la cama y la casa; puso en un estante el último vaso de medicina, y se sentó en el umbral de la puerta, para mirar el cielo.

Un petirrojo, el friolento pajarillo de noviembre, se puso a cantar sobre las hierbas y las zarzas que coronaban el muro de la casa de enfrente; saltando entre

las espinas, la miraba con ojillos maliciosos, como si quisiera decirle algo. Nedda pensó que su madre, el día anterior, lo había oído cantar. En el huerto vecino había olivas dispersas en el suelo, y las urracas llegaban a picotearlas. La muchacha solía ahuyentarlas lanzándoles piedras, para que la moribunda no escuchara los graznidos fúnebres. Ahora las miraba impasible, sin moverse. Y cuando por la calle vecina pasaban los vendedores de altramuces, el vinero y los carreteros —que gritaban a más no poder, para superar el ruido de las carretas y de los cascabeles de sus mulos—, ella se decía: ése es fulano, ése otro es zutano. Al anunciar la campana el avemaría y encenderse la primera estrella de la tarde, recordó que ya no tenía que ir a Punta por las medicinas y, a medida que los rumores fueron apagándose en la calle y las tinieblas caían en el huerto, pensó que ya no era necesario encender la lámpara.

El tío Giovanni la encontró parada en la puerta. Ella se había puesto en pie al oír pasos en su calle, dado que ya no esperaba a nadie.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el tío Giovanni. Ella se encogió de hombros.

Él se apoyó en el dintel de la puerta, junto a ella, sin decir nada más.

—Tío Giovanni —dijo ella, después de un largo silencio—, ya no tengo a nadie y puedo irme a trabajar más lejos. Me iré a Roccella, donde todavía sigue la pizca de olivas, y cuando regrese voy a pagarle el dinero que nos prestó.

—¡No he venido a cobrarte ese dinero! —respondió con dureza el tío Giovanni.

Ella no dijo más, y ambos guardaron silencio para oír al búho que cantaba.

Nedda pensó que podía ser el mismo de las dos noches anteriores, y sintió que se henchía su corazón.

—¿Tienes trabajo? —preguntó finalmente el tío Giovanni.

—No; pero no faltará un alma caritativa que me lo dé.

—He oído que en Aci Catena pagan bien a las mujeres hábiles por envolver las naranjas, a razón de una lira al día, sin sopa, y de inmediato pensé en ti. Ya hiciste ese trabajo el pasado marzo, y debes tener práctica. ¿Quieres ir?

—¡Ojalá!

—Es preciso que nos encontremos mañana, al amanecer, en el Jardín del Mirlo, en la esquina del atajo que lleva a Santa Anna.

—Puedo partir esta misma noche. Mi pobre madre no quiso costarme muchos días de descanso.

—¿Sabes a dónde ir?

—Sí. Luego me informaré.

—Pregúntaselo al mesonero que está en el Camino Real de Valverde, adelante del castaño que está a mano izquierda del camino. Busca al hacendado Vinirannu, y dile que te mando yo.

—Así lo haré —dijo la pobre muchacha.

—Pensé que no tendrías pan para la semana —dijo el tío Giovanni, sacando una hogaza de pan negro, que puso sobre la mesa.

Nedda se ruborizó, como si ella fuese la autora de esa buena acción. Instantes después, agregó:

—Si el señor cura dice mañana la misa para mi mamá, le daré dos días de trabajo en la cosecha de sus habas.

—Ya mandé a decir la misa —respondió el tío Giovanni.

—¡Ay, la pobre muerta rezará también por usted! —murmuró la muchacha, con chicos lagrimones en los ojos.

En fin, cuando el tío Giovanni se hubo marchado, perdiéndose a lo lejos el rumor de sus pasos pesados, cerró la puerta y encendió una vela. Entonces le pareció que se hallaba sola en el mundo, y le dio miedo dormir en aquel pobre lecho, donde solía acostarse al lado de su madre.

Las muchachas de la aldea hablaron mal de ella por ir a trabajar al siguiente día de la muerte de la vieja y por no vestir de luto. El señor cura la regañó en voz alta el domingo sucesivo, cuando la vio en el umbral de la casucha, mientras remendaba el delantal teñido de negro, la única y miserable prenda de luto, lo cual le dio pie para el sermón, dedicado a la mala costumbre de no vestir debidamente en los días de guardar y los domingos. Y la pobre muchacha, a fin de que le

perdonara su gran pecado, fue a trabajar dos días en el campo del cura, a fin de que dijera una misa, para su madre muerta, el primer lunes del mes. Y los domingos, cuando las jóvenes lucían sus bellos vestidos, se reían de ella; y los mocetones, al salir de la iglesia, le dirigían piropos groseros. Ella se cubría con su chal raído y apresuraba su paso, bajando los ojos, sin que ningún pensamiento amargo turbara la serenidad de sus oraciones. En ciertas ocasiones se decía, como un reproche dirigido a ella misma: “¡Soy tan pobre!”, o bien, mirando sus dos buenos brazos: “¡Bendito sea el Señor, que me los ha dado”, y proseguía su camino, sonriendo.

Una noche, poco después de apagar la lámpara, oyó en el sendero una voz que cantaba muy fuerte, con la melancólica cadencia oriental de las canciones campesinas: *Picca cci voli ca la vaju' a viju. A la mi' amanti di l'arma mia...*

—¡Es Janu! —se dijo en voz baja, mientras el corazón le saltaba en el pecho como un pájaro espantado, y se cubrió la cabeza con la cobija.

A la mañana siguiente, al abrir la ventana, vio a Janu con su nuevo traje de fustán, en cuyos bolsillos querían entrar por la fuerza sus grandes manos negras y callosas por el trabajo, con una flamante pañoleta de seda, que asomaba con coquetería del bolsillo del saco. Janu disfrutaba del buen sol de abril, apoyado en la cerca del huerto.

—¡Ah, eres tú! —dijo ella, como si no lo supiera.

—¡Te saludo! —exclamó el joven con la más ancha de las sonrisas.

—¿Qué andas haciendo aquí?

—Vuelvo de la Piana.

La muchacha sonrió, mirando las alondras que saltaban todavía entre la hierba.

—Volviste con las alondras.

—Las alondras van a donde hay mijo; yo, a donde hay pan.

—¿Qué quieres decir?

—Que el patrón me despidió.

—¿Por qué?

—Porque me dieron las fiebres allá, y sólo podía trabajar tres días por semana.

—¡Se nota, pobre Janu!

—¡Maldita Piana! —imprecó el joven extendiendo el brazo hacia la llanura.

—¿Sabes que mi mamá...? —le preguntó Nedda.

—Me lo dijo el tío Giovanni.

Ella no agregó nada más, y se puso a mirar el pequeño huerto. Las piedras húmedas vaporizaban; las gotas de rocío brillaban en cada brizna de hierba; los almendros en flor susurraban, dejando caer sobre el tejado de la casucha sus flores blancas y rosadas, que embalsamaban el aire; una gorriona, petulante y recelosa, alborotaba en el alero, amenazando a Janu, quien, con su rostro sospechoso, tenía traza de querer dañar su nido, del cual asomaban unas pajas indiscretas. La campana de la iglesita llamaba a misa.

—¡Cuánto me gusta oír *nuestra* campana! —exclamó Janu.

—Esta noche reconocí tu voz —dijo Nedda, ruborizándose mientras que, con un cacharro, removía la tierra de la olla que contenía sus flores.

Él miró hacia otro lado y encendió la pipa, como debe hacerlo un hombre.

—Adiós. Voy a misa —dijo bruscamente Nedda, después de un largo silencio.

—Toma, te traje esto de la ciudad —le dijo el joven extendiendo la pañoleta de seda.

—¡Qué bonita es! Pero a mí no me queda.

—¿Por qué no? Si nada te cuesta —respondió el joven con lógica campesina.

Ella se puso muy colorada, como si el gran gasto le diera idea de los cálidos sentimientos del joven; se le quedó viendo con una mirada entre risueña y salvaje, y se metió a su casa. Cuando dejó de oír los zapatones de él sobre las piedras del sendero, se asomó para acompañarlo con los ojos mientras él se alejaba.

Durante la misa, las muchachas de la aldea vieron la pañoleta de Nedda, con rosas estampadas *que eran una fiesta para los ojos*, en las que el sol, filtrado a través de los vitrales, posaba sus rayos más alegres. Cuando ella pasó delante de Janu —que estaba apoyado en el primer ciprés del atrio, fumando en su pipa cincelada—, sintió un gran calor en la cara, el corazón empezó a brincarle dentro

del pecho y se alejó de ahí casi corriendo. El joven la siguió, silbando y viéndola caminar deprisa, sin volverse a mirarlo; él, con su nuevo traje de fustán, de bellos y pesados pliegues; ella, con buenas zapatillas y su flamante pañoleta. La pobre hormiguita, ahora que la madre estaba en el paraíso, había logrado mejorar un poco su ropa mediante el fruto de su trabajo. De entre todas las miserias del pobre, se halla también la del alivio que proporcionan las más dolorosas pérdidas del corazón.

Nedda sentía tras de sí, con gran placer o gran susto (no sabía realmente qué), los pesados pasos del mocetón, y sobre el polvo blancuzco del camino, derecho e inundado de sol, veía otra sombra que, por momentos, se apartaba de la suya. Al ver su casucha, de repente y sin motivo alguno, se echó a correr como una cervatilla espantada. Janu la alcanzó; ella se apoyó en el dintel de la puerta y, toda roja y sonriente, le dio un manazo en la espalda.

—¡Toma!

Él hizo lo mismo, pero con galantería que no dejaba de ser tosca.

—¿Cuánto te costó la pañoleta? —le preguntó Nedda, quitándosela de la cabeza para extenderla al sol y contemplarla llena de gozo.

—Cinco liras —respondió Janu, con cierto orgullo.

Ella sonrió, sin verlo; la dobló poco a poco, observando los signos que habían dejado los dobleces, y se puso a canturrear una cancioncilla que no recordaba desde hacía mucho tiempo.

La olla rota, posada en el alféizar, estaba llena de claveles en botón.

—¡Qué lástima que todavía no revienten! —dijo Nedda.

Cortó el botón más grande y se lo dio.

—¿Qué voy a hacer con él, si todavía no revienta? —dijo él sin comprenderla, y lo tiró al suelo. Ella miró hacia otra parte.

—¿Dónde vas a trabajar ahora? —preguntó ella poco después.

El joven se encogió de hombros.

—A donde tú vayas mañana.

—A Bongiardo.

—Puedo encontrar trabajo, si no me vuelven las fiebres.

—¡Para eso es necesario no andar fuera en la noche, cantando tras las puertas! —dijo ella poniéndose colorada y bamboleándose en el dintel de la puerta, con cierta coquetería.

—Ya no lo haré, si así lo quieres.

Nedda le dio un coscorrón, y entró de inmediato en su casucha.

—¡Eh, Janu! —llamó en el sendero el tío Giovanni.

—¡Voy! —respondió gritando Janu, y luego a Nedda—: También iré a Bongiaro.

—Muchacho —le dijo el tío Giovanni—, Nedda ya no tiene a nadie y tú eres bueno, pero cuando están los dos juntos no se sienten muy bien que digamos. ¿Me entiendes?

—Ya entendí, tío Giovanni; pero, si Dios quiere, después de la cosecha, cuando junte el dinero necesario, vamos a estar mucho mejor.

Nedda, que había oído lo anterior por hallarse tras la puerta, se ruborizó mucho, a pesar de que nadie la veía.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, cuando ella abrió la puerta para salir, encontró a Janu, con su envoltorio ensartado en un palo.

—¿A dónde vas? —le preguntó ella.

—Yo también voy a Bongiardo en busca de trabajo.

Los gorriones, que se habían despertado al oír las voces matutinas, empezaron a piar en los nidos. Janu ensartó en el palo el envoltorio de Nedda y se encaminaron alegremente, mientras el cielo se teñía en el horizonte de las primeras llamas del día y el vientecillo empezaba a rozar.

En Bongiardo había trabajo de sobra. El precio del vino había subido, y un rico propietario había mandado escardar un terreno muy vasto para dedicarlo al cultivo de la uva. Dicho terreno le rendía mil doscientas liras al año en altramuces y aceite, y calculaba que, teniendo el viñedo, le daría doce o trece mil liras al año, considerando que el corte de las olivas podía cubrir la mitad de los gastos. Era una excelente especulación, y el propietario pagaba

de buen grado a los campesinos que trabajaban en la escarda a razón de treinta sueldos a los hombres y veinte a las mujeres, pero sin derecho a la sopa. Es verdad que esa faena era fatigosa y arruinaba la escasa ropa de los trabajadores, pero Nedda no estaba acostumbrada a ganar veinte sueldos todos los días.

El capataz se dio cuenta de que Janu, al llenar de piedras los canastos, siempre le dejaba a Nedda el más liviano, y amenazó con despedirlo. Y el pobre diablo, a fin de no perder el pan, aceptó que le pagaran veinte sueldos, en lugar de treinta.

Para colmo de males, en aquellos terrenos, casi incultos, faltaban las granjas, y por la noche hombres y mujeres dormían en un galpón sin puerta, y a la sazón esas noches ya eran más bien frías. Janu aseguraba que sentía calor, y le dejaba a Nedda su chamarra de fustán, para que se cubriera bien. Los domingos, todos los trabajadores se marchaban por diferentes caminos.

Janu y Nedda preferían ir por los atajos, a través de los castaños, charlando, riendo y cantando, oyendo cómo resonaban en sus bolsillos los pesados

sueldos. El sol picaba como en junio; los prados distantes empezaban a dorarse, las sombras de los árboles tenían algo de festivo y la hierba era todavía verde y cubierta de rocío.

Hacia mediodía, se sentaron a comer su pan negro y sus cebollas blancas. Janu tenía vino también, un buen vino de Mascali, que le regalaba a Nedda con generosidad, y la pobre muchacha, que no estaba acostumbrada a beberlo, sentía que le pesaban la lengua y la cabeza. De vez en cuando se miraban y reían, sin saber por qué.

—Si fuéramos marido y mujer, todos los días podríamos comer pan y beber vino juntos —dijo Janu con la boca llena. Nedda bajó los ojos, porque él la miraba de cierta manera.

Reinaba el hondo silencio del mediodía; las hojas más pequeñas estaban inmóviles; las sombras eran ralas. En el aire había una calma, una tibieza, un zumbido de insectos que pesaban voluptuosamente sobre los párpados. De pronto, una corriente de aire fresco, que llegaba del mar, hizo que murmuraran las copas más altas de los castaños.

—El año será bueno para el pobre y para el rico —dijo Janu—. Si Dios quiere, después de la cosecha tendré un buen guardadito —y le acercó el frasco.

—No; ya no quiero beber —dijo ella, que ya tenía muy rojas las mejillas.

—¿Por qué estás tan colorada? —dijo él, echándose a reír.

—No quiero decírtelo.

—¿Porque has bebido?

—¡No!

—¿Porque me quieres?

Ella le dio un golpe en el antebrazo, riéndose.

A lo lejos se oyó el rebuzno de un asno, que gozaba de la hierba fresca.

—¿Sabes por qué rebuznan los burros? —le preguntó Janu.

—Dilo tú, que lo sabes.

—Claro que lo sé: ¡rebuznan porque están enamorados!

Y soltó una carcajada. Luego la miró fijamente. Ella bajó los ojos, sintiendo que todo el vino que

había bebido se le agolpaba en la cabeza, que todo el ardor de aquel cielo de metal corría por sus venas.

—¡Vámonos! —exclamó ella, meneando la cabeza, disgustada.

—¿Qué tienes?

—No lo sé; ¡vámonos!

—¿Me quieres?

Nedda inclinó la cabeza.

—¿Quieres ser mi mujer?

Ella lo miró serenamente y apretó con fuerza su mano entre las suyas, morenas, apoyadas en sus rodillas temblorosas. Janu la aferró por el vestido, todo trastornado, balbuciendo palabras inconexas, como no sabiendo lo que hacía.

Entonces se oyó el canto de un gallo en una granja cercana. Ella se puso de pie sobresaltada, miró en torno suyo, llena de miedo.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —dijo en tono perentorio, con la cara muy colorada.

Al dar vuelta en la esquina de su casa, Nedda se detuvo un momento, trepidante, como si temiera

encontrar a su viejecita en el umbral desierto desde hacía seis meses.

Llegó la Pascua, la gran fiesta de los campos, con sus fogatas gigantescas, con sus alegres procesiones entre los prados verdeantes y bajo los árboles cargados de flores, con la iglesita engalanada, con las puertas de las casas coronadas de festones y las muchachas con sus bellos vestidos veraniegos. Vieron a Nedda alejándose del confesionario, llorando; no apareció entre las jóvenes arrodilladas delante del coro, que esperaban la comunión. A partir de ese día ninguna muchacha honesta volvió a dirigirle la palabra, y cuando iba a misa no hallaba ningún lugar libre en la misma banca, y pasaba todo el tiempo arrodillada. Si la veían llorar, la gente pensaba en quién sabe qué pecados, y le volvían la espalda, con horror. Quienes le daban trabajo, se aprovechaban de ello para mermarle el pago de su jornada.

Ella esperaba a su novio, que andaba cosechando en la Piana con el propósito de ahorrar el

dinero necesario para arreglar la casa y pagarle al señor cura.

Una noche, mientras hilaba, oyó que en el sendero se detenía una carreta tirada por bueyes; salió a la puerta y vio delante a Janu, pálido y maltrecho.

—¿Qué tienes? —le preguntó.

—He estado enfermo. Las fiebres me agarraron allá, en la maldita Piana; perdí más de una semana de trabajo, y me gasté lo poco que había ahorrado.

Ella volvió a entrar, de prisa; descosió el jergón y quiso darle el dinerito que guardaba en el fondo de una media.

—No —dijo él—. Mañana voy a Mascalucia, a la repoda de los olivos, y no voy a necesitar nada. Nos casaremos después de la repoda.

—¡Pero si tienes fiebre! —exclamó Nedda.

—Sí; pero ahora que estoy aquí, me dejará. De cualquier modo, me da cada tres días.

Ella lo miraba sin decir nada, sintiendo que se oprimía el corazón al verlo tan pálido y demacrado. Luego le preguntó:

—¿Podrás sostenerte en las ramas altas?

—¡Dios lo dirá! —respondió Janu—. Adiós, no quiero que me siga esperando el carretero, que me hizo un campo en su carreta desde la Piana hasta aquí. ¡Hasta pronto!

Pero no se movía. Cuando al fin se fue, ella lo acompañó hasta el camino real, y lo vio alejarse sin derramar una lágrima, aunque casi estaba segura de que lo veía partir para siempre. Sólo sintió una apretura en el corazón, como una esponja no exprimida por entero, y él se despidió al llegar a la curva del sendero, pronunciando su nombre.

Tres días después oyó un cuchicheo en el sendero. Se asomó a la tapia y, en medio de un corro de campesinos y comadres, vio a Janu tendido sobre una escalera de mano, pálido como un trapo lavado, con la cabeza vendada con un pañuelo todo manchado de sangre. Antes de llegar a su casucha, él, apretándole una mano, le relató cómo, a causa de la debilidad provocada por las fiebres, se había caído de una rama alta.

—El corazón te lo decía —murmuraba con una triste sonrisa.

Ella lo escuchaba con sus grandes ojos muy abiertos, tan pálida como él, sin soltarse de su mano. Murió al día siguiente. Y Nedda, sintiendo que algo se movía dentro de ella, algo que el muerto le dejaba como un triste recuerdo, quiso correr a la iglesia para rezarle a la Virgen santa. En el atrio encontró al sacerdote, que conocía su vergüenza; se cubrió el rostro y volvió sobre sus pasos.

Ahora, cada vez que buscaba trabajo, se reían en su cara, no para burlarse de la muchacha culpable, sino porque la pobre madre no podía trabajar como antes. Después de los primeros rechazos y las primeras risas, no se atrevió a pedir trabajo; se encerró en su casucha, igual que un pájaro herido se acurruca en su nido. El escaso dinero guardado en la media se fue yendo poco a poco; lo mismo pasó con la suma que obtuvo al vender la pañoleta de seda y el vestido nuevo. El tío Giovanni la socorría de acuerdo con sus posibilidades,

con caridad indulgente y reparadora, sin la cual la moral del sacerdote es injusta y estéril; fue así que ella no murió de hambre. Dio a luz a una niña muy pequeña y raquítica; cuando le dijeron que no era un varón, se puso a llorar, igual que la tarde en que cerró la puerta de la casucha tras la parihuela que se iba, dejándola huérfana; pero no permitió que la humillaran.

—¡Pobre niña! ¡Ojalá empieces a sufrir lo más tarde que sea posible! —le dijo.

Las comadres la tachaban de descarada, porque no había sido hipócrita y no era desnaturalizada. A la pobre niña le faltaba la leche porque a la madre le escaseaba el pan. La niña se debilitó muy pronto y en vano Nedda intentó exprimir, en los labios de la criatura, la sangre de su seno.

Al anochecer de un día de invierno, mientras la nieve caía sobre el tejado y el viento azotaba la puerta, que cerraba mal, la pobre niña —llena de frío, lívida, las manos encogidas—, con ojos vidriosos, miró los ardientes ojos de la madre; se estremeció por un instante, y no volvió a moverse.

Nedda la zarandeoó, y después la apretó contra su pecho, con ímpetu salvaje; quiso calentarla con su aliento y sus besos, y cuando se hubo percatado de que ya estaba muerta, la tendió sobre la cama donde había dormido con su madre, y se arrojó, con ojos secos, desmesuradamente abiertos.

—¡Benditas sean ustedes, porque ya están muertas! —exclamó—. ¡Bendita seas, Virgen santa, que me has quitado a mi criatura para que no sufriera como yo!

PRIMAVERA

Cuando Paolo llegó a Milán, con su música bajo el brazo —era el tiempo en que el sol brillaba para él y todas las mujeres le parecían bellas—, conoció a La Princesa: las muchachas del almacén la llamaban así porque tenía una cara gentil, manos delicadas y una cierta soberbia. Por la noche, cuando sus compañeras irrumpían en la Galería como una bandada de gorrionas, ella prefería ir sola, ensoberbecida bajo su bufandita blanca, hasta la Porta Garibaldi. Y se encontraron ella y Paolo, mientras él callejeaba, rumiando temas musicales, sueños de juventud y de gloria. Era una

de aquellas benditas noches en que se sentía muy ligero, tanto que creía poder subir a las nubes y a las estrellas, debido a que su estómago y su bolsillo pesaban muy poco.

Los duendes jocundos de su mente siguieron a aquella graciosa personita, que caminaba ligera delante de él, alzando un poco su vestidito gris cuando bajaba la banqueta de puntillas, con sus botines un poco enlodados. De tal modo volvió a verla dos o tres veces, hasta que pudo hallarse a su lado. Ella se echó a reír en cuanto oyó las primeras palabras de Paolo, y rió de nuevo todas las veces que volvieron a encontrarse: ella no se detenía. Si le hubiese hecho caso desde la primera vez, él no la habría buscado nunca más. Finalmente, una noche lluviosa –en ese tiempo Paolo aún tenía un paraguas–, se vieron tomados del brazo, en una calle ya casi desierta. Le dijo que se llamaba La Princesa, dado que, como sucede a menudo, su pudor no le permitía decirle cuál era su nombre verdadero; él la acompañó a su casa, a unos cincuenta pasos antes de la puerta. Ella no quería que nadie,

y mucho menos él, pudiera ver en qué castillo de treinta liras al mes vivían los padres de La Princesa.

De tal modo transcurrieron dos o tres semanas. Paolo la esperaba en la Galería, por la parte que daba a la calle Silvio Pellico, envuelto en su pobre capote veraniego, que el viento de enero untaba sobre sus piernas; ella llegaba deprisa, con el gorro que casi le cubría el rostro chapeteado por el frío; metía un brazo debajo del de él y se divertían contando las piedras, caminando despacio, con dos o tres grados de frío. Paolo hablaba con frecuencia de fugas y de cánones, y la muchacha le rogaba que le explicara *la cosa* en milanés. La primera vez que subió al cuartito de él, en el cuarto piso, y lo oyó tocar al piano una de sus romanzas, de las cuales le había hablado tanto, empezó a entender —muy poco—, mientras miraba en torno suyo, entre curiosa y asustada; luego se le humedecieron los ojos y le dio un gran beso —pero esto sucedió mucho tiempo después.

En el taller de la modista se hablaba en voz baja, detrás de las cajas de cartón y las pilas de flores y

listones dispersos en la mesa de trabajo, del nuevo enamorado de La Princesa, y se reían mucho de *este otro*, que tenía un capote *que parecía cosa de la misericordia de Dios*, y nunca le regalaba ni un vestido a su novia. La Princesa fingía no escuchar o, luego de encoger los hombros, seguía bordando, orgullosa y sin decir nada.

El pobre gran artista en ciernes le había hablado tanto de la gloria futura y de tantas otras cosas buenas que acompañan a la gloria, que ella no podía acusarlo de hacerse pasar por un príncipe ruso o por un barón siciliano. Una vez él quiso regalarle un anillito, una simple argolla de oro con una media perla falsa; eran los primeros días del mes. Ella se sonrojó mucho. No quiso aceptar el regalo y, conmovida, por primera vez apretó fuertemente sus manos: adivinaba cuántas privaciones iba a costarle la pobre alhajita al Verdi del porvenir, y pensó cuánto le había aceptado *al otro*, sin tantos escrúpulos ni tanta gratitud. Por tanto, para honrar a su amante, empezó a gastar de más: compró en abonos un vestido en el Cordusio, una esclavina

de veinte liras en el Corso de Porta Ticinese y unas alhajas de vidrio que vendían en la Galería Vecchia. *El otro* le había inspirado el gusto y la necesidad de ciertas elegancias. Paolo no lo sabía; tampoco estaba al tanto de que ella se hubiese endeudado, y le decía:

—¡Qué bella te ves así!

Ella no cabía de gusto al oír esas palabras, y, por primera vez, se sentía feliz de que su belleza no le debiera nada a su amante.

Los domingos, cuando había buen tiempo, iban a pasear fuera de la muralla, o a lo largo de los bastiones, a la Isola Bella o a la Isola Botta, en una de aquellas islas de tierra firme ahogadas por el polvo. Eran días de gastos locos, y cuando llegaba la hora de hacer las cuentas, a La Princesa se le oprimía el corazón y apoyaba sus codos en el alféizar de la ventana que daba al huerto. Él se acercaba a ella, hombro a hombro, y allí, con los ojos fijos en aquel marco de verdor, mientras el sol se ocultaba tras el Arco del Sempione, sentían una inmensa y melancólica dulzura. Cuando llovía

eran otros sus pasatiempos: iban en ómnibus de Porta Nuova a Porta Ticinese, y de Porta Ticinese a Porta Vittoria; gastaban treinta sueldos y paseaban en coche como si fueran ricos. La Princesa bordaba, plisaba y pegaba flores de tul en tallos de latón durante seis días, pensando en la fiesta del domingo; el joven, muy a menudo, no comía un día antes o un día después.

De tal manera pasaron el invierno y el verano, jugando al amor como dos niños lo harían a la guerra o a la procesión. Ella no le concedía nada más, y el enamorado se sentía demasiado pobre para pedirle otra cosa. Sin embargo, ella lo quería *mucho*, pero lloraba a causa *del otro*, y pensó que estaba obligada a obrar con mayor juicio. Ni siquiera sospechaba que, *después del otro*, ahora que quería mucho a Paolo, la única prueba de amor que su instinto delicado le sugería era no lanzarse a los brazos de éste. ¡Pobre muchacha!

Llegó el mes de octubre. Ella era presa de la gran melancolía otoñal, y le propuso ir al campo, al Lago de Como. Aprovecharon un día en que el

padre de ella estaba ausente para escaparse, una gran escapatoria que costó cincuenta liras, y pasaron todo el día en Como. Al registrarse en el hotel, el administrador preguntó si pensaban regresar en el tren de la noche. Durante el viaje, Paolo le había preguntado a La Princesa qué iba a decirle a su padre en caso de que tuviera que pasar una noche fuera de casa. Ella le respondió, riéndose:

—Voy a decir que pasé toda la noche en el almacén, a causa de un trabajo urgente.

Ahora el joven miraba a La Princesa y al administrador, sin atreverse a responder. Y ella, inclinando la cabeza, respondió que regresarían al día siguiente. Cuando estuvieron a solas, su rostro parecía una brasa, y dejó que todo pasara.

¡Oh, bellos días en que paseaban cogidos del brazo, bajo los floridos castaños de Indias, a la vista de todos, sin ver los vestidos de seda que pasaban en los carruajes tirados por cuatro caballos, ni los flamantes sombreros de los jóvenes que paseaban con el puro en la boca! ¡Los domingos, en que era posible andar de juerga con cinco liras! ¡Las

hermosas noches en que pasaban una hora en la puerta, intercambiando no más de veinte palabras, cogidos de la mano, mientras los transeúntes pasaban deprisa! Al empezar su relación, no pensaban que pudieran llegar a quererse tanto, y ahora que tenían las pruebas surgían otras inquietudes.

Paolo nunca le había hablado *del otro*, del cual había adivinado la existencia desde la primera vez que La Princesa se metiera bajo su paraguas: lo había adivinado en cien fruslerías, en cien detalles insignificantes, en cierto modo de comportarse, en el sonido de ciertas palabras. Ahora sentía una curiosidad insana. Ella poseía en el fondo una gran honestidad, y le confesó todo. Paolo nada dijo; miraba las cortinas de aquella gran cama de hotel, en las que manos desconocidas habían dejado manchas innobles.

Sabían que aquella fiesta iba a acabarse de un día a otro; ambos lo entendían, pero no les preocupaba mucho, tal vez porque aún tenían delante la gran fiesta de la juventud. Es más, él se sintió como aligerado por aquella confesión, casi libre de

cualquier escrúpulo cuando llegara el momento de decirle adiós. Los dos pensaban a menudo en ello, tranquilamente y como cosa inevitable, con cierta resignación anticipada y de mal agüero. Aún se amaban, y permanecían juntos. Pero la historia resultó muy diferente al llegar dicho día.

El pobre diablo necesitaba zapatos y dinero. Sus zapatos se habían gastado de tanto correr en pos de sus sueños de artista y de su ambición juvenil; esos sueños funestos que, desde todos los rincones de Italia, palidecen y se esfuman bajo los cristales lucientes de la Galería, en las frías horas de la noche o en las tristes del mediodía. ¡Cuánto le costaban las mezquinas horas de su amor! A los veinticinco años de edad, cuando la única riqueza es la del corazón y de la mente, no se tiene el derecho de amar, ni siquiera a una Princesa; no se tiene el derecho de apartar la mirada, aunque sea por un momento, so pena de caer en el abismo, de la espléndida ilusión que nos ha fascinado y que puede ser la estrella de nuestro porvenir. Es preciso seguir adelante, siempre adelante, con los ojos fijos

y ávidos en ese faro, con el corazón sellado, con oídos sordos y el paso inexorable y firme, aunque tengamos que caminar sobre el mismo corazón.

Paolo se enfermó; nadie supo de él durante tres meses, ni siquiera La Princesa. Habían empezado los días escuálidos y largos en que se sale a pasear por las calles polvorientas fuera de las puertas, a mirar las muestras de los joyeros, a leer las publicaciones colgadas en los puestos de periódicos; los días en que marea el agua que corre bajo los puentes del Naviglio y, al alzar la vista, siempre se ven las agujas del Duomo. Por la noche, cuando esperaba en la calle de Silvio Pellico, hacía más frío que de costumbre: las horas se alargaban y La Princesa caminaba ahora lentamente y sin gracia.

En ese tiempo le cayó encima una fortuna colosal, algo como cuatro mil liras anuales por tocar el piano en cafés americanos. Aceptó hacerlo con la misma alegría que si hubiese tenido el derecho de elegir; después pensó en La Princesa. Una noche la invitó a cenar en un gabinete reservado del Biffi, como si fuera un ricachón disoluto. Le habían adelantado

cien liras, de las cuales gastó una buena parte. La pobre muchacha miraba con ojos muy abiertos aquel festín de Sardanápalo y, después de tomar el café, con la cabeza pesada, apoyó la espalda en el diván. Estaba un poco pálida y triste, pero más bella que nunca. Paolo le besaba con frecuencia el cuello, cerca de la nuca; ella lo dejaba hacer, pero lo veía con ojos atónitos, como si presintiera una desgracia. Él sentía una gran opresión en el pecho y, para darle a entender que la quería desmedidamente, le preguntaba qué iban a hacer cuando dejaran de verse. La Princesa guardaba silencio, con la cabeza vuelta hacia la parte en sombra, con los ojos cerrados y sin moverse, para disimular los lagrimones que resbalaban por sus mejillas. El joven se asombró al darse cuenta de ello: era la primera vez que la veía llorar.

—¿Qué tienes?

Ella sólo respondía que nada, con voz ahogada, debido a que era poco expansiva y a su soberbia de niña.

—¿Piensas en el otro? —le preguntó Paolo, por primera vez.

—¡Sí! —afirmó ella con la cabeza—. ¡Sí! —y era verdad. Luego se puso a sollozar.

El otro significaba el pasado: quería decir los hermosos días de sol y de alegría, la primavera de la juventud, su pobre cariño destinado a arrastrarse así, de un Paolo a otro, sin llorar mucho cuando estaba triste, sin grandes espavientos cuando era alegre; quería decir el presente que se iba, ese joven que ya formaba parte de su corazón y de su carne, que también se convertiría en un extraño dentro de un mes o de un año. En ese momento, Paolo pensaba quizá en lo mismo, y no tuvo el coraje de decir algo. Sólo la abrazó con fuerza, mucha fuerza, y él también se puso a llorar. Habían empezado *con risas*.

—¿Me dejas? —balbuceó La Princesa.

—¿Quién te lo dijo?

—Nadie; lo sé, lo adivino. ¿Te vas?

Paolo inclinó la cabeza. Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas; luego vio hacia otro lado y lloró en silencio.

Entonces, quizá por haber recuperado la calma o a causa de cierta resignación, empezó a jactarse

un poco, y le contó todo lo que siempre le había ocultado, por timidez o amor propio: le dijo cómo le había ido con *el otro*. A decir verdad, en su casa no eran ricos; el padre era un empleado modesto en la administración del ferrocarril; la madre bordaba, pero desde mucho tiempo atrás su vista se había debilitado. Así, pues, La Princesa tuvo que trabajar en un almacén de modas, para ayudar un poco a la familia. En tal lugar la transformaron los bellos vestidos que veía, las gentiles palabras que escuchaba, el ejemplo, la vanidad, sus compañeras y alguno de los jóvenes que siempre la seguían. Se dio cuenta de que hacía mal hasta el momento en que sintió la necesidad de ocultárselo a sus padres: el padre era un caballero, su mamá una santa; morirían de pena si llegaran a sospechar *la cosa*, por haber expuesto a la hija a semejante tentación. La culpa era de ella... pero no sólo de ella. Y si no era solamente de ella, entonces, ¿de quién? Ahora que conocía a su Paolo, ciertamente hubiera querido no conocer *al otro*, y cuando Paolo la dejara no querría conocer a ningún otro...

Hablaba en voz baja, medio dormitando, apoyando la cabeza en el hombro de él.

Cuando salieron del Biffi, caminaron despacio, recorriendo todo el triste viacrucis de sus queridos recuerdos: la esquina donde se encontraron, las aceras en que se detuvieron a charlar la primera vez.

—¡Aquí fue! —se decían—. No; fue más allá.

Caminaban atontados y, al separarse, se dijeron:

—Hasta mañana.

Al día siguiente, Paolo hacía las maletas mientras La Princesa, arrodillada ante un viejo baúl desvencijado, lo ayudaba a acomodar su escasa ropa, los libros, los pentagramas, en los cuales había garabateado su nombre en otros días. ¡Tantas veces lo había visto vistiendo la misma ropa! Una prenda cubría a la otra, y daba pena verlas desaparecer una tras otra. Paolo le daba las prendas, una detrás de la otra, que iba sacando del cajón del armario; ella las miraba un momento, al derecho y al revés, para luego acomodarlas bien, sin una sola arruga, entre los calcetines y los pañuelos. Habla-

ban poco: tenían prisa. La muchacha puso aparte un viejo calendario, en el que Paolo acostumbraba hacer algunas anotaciones.

—¿Me lo das? —le dijo.

Paolo asintió, sin decir nada, sin voltearse.

Cuando el baúl estuvo lleno, aún quedaban, aquí y allá, algunas prendas y el viejo capote.

—Mañana me encargo de eso —dijo Paolo.

La muchacha apretaba con una rodilla el baúl, mientras él tiraba de las correas. Luego tomó el chal y la sombrilla, que había dejado sobre la cama, y se sentó en la orilla, con tristeza. Las paredes estaban desnudas; en el cuarto sólo quedaba una gran caja. Paolo iba y venía hurgando en los cajones, reuniendo en un envoltorio las demás cosas.

En la noche salieron a pasear por última vez. Ella lo tomaba del brazo con timidez, como si el amante empezara a ser un extraño para ella. Entraron al Fossati, como en los días de fiesta, pero salieron temprano y no se divertieron mucho. El joven pensaba que toda aquella gente volvería a ese lugar otras veces y vería a La Princesa, y que

ella no lo vería a él entre toda esa gente. Solían tomar cerveza en un cafetín del Foro Bonaparte; a Paolo le agradaba esa gran plaza, en la que había paseado tantas veces en las noches de verano con su Princesa del brazo.

A lo lejos se oía la música del Café Gnocchi, y se veían iluminadas las ventanas redondas del Teatro Dal Verme. De vez en cuando, a lo largo de la calle oscura, hormigueaban las luces y la gente delante de los cafés y las cervecerías. Las estrellas parecían tremolar en un azul profundo y sombrío; aquí y allá, en la oscuridad de las calzadas y en medio de los árboles, brillaban los arbotantes, frente a los cuales pasaban parejas de sombras tácitas y negras. Paolo pensaba: “¡Es la última noche!”.

Se sentaron lejos de la gente, en el rincón menos iluminado, de espaldas a una contrahilera de arbustos raquíticos, plantados en viejas latas de petróleo. La Princesa arrancó dos hojitas y le dio una a Paolo (en otra situación, ella se habría echado a reír). Se acercó un músico ciego, que tocaba a la buena de Dios todo un repertorio

en su guitarra. Paolo le dio todas las monedas que tenía en su bolsillo.

Volvieron a verse por última vez, en la estación, en el momento de la partida, en la hora amarga del adiós apresurado, distraído, sin pudor, sin ninguna expansión ni poesía, entre la muchedumbre, la indiferencia, el alboroto y el gentío en las partidas. La Princesa seguía a Paolo como una sombra, desde el registro del equipaje hasta la ventanilla de los boletos, dando los mismos pasos que daba él, sin decir nada, con su sombrillita bajo el brazo: estaba blanca como un trapo. En cambio, él se veía nervioso y atareado. Al momento de entrar a la sala de espera, un empleado les pidió los boletos; Paolo mostró el suyo, pero la pobre muchacha no lo tenía. Y allí, pues, se estrecharon la mano, deprisa, frente al empleado que revisaba los boletos y un mundo de gente que los empujaba.

Ella se quedó en la entrada, con su sombrillita entre las manos, como si aún esperara a alguien, mirando los grandes carteles pegados en las paredes y a los pasajeros que, luego de comprar los

boletos, se dirigían a las salas de espera; los acompañaba, con mirada aturdida, hasta que entraban a la sala, y luego veía a los que apenas iban llegando.

Después de diez minutos de agonía, sonó la campana y se oyó el silbato de la locomotora. La muchacha apretó con fuerza la sombrillita, y caminó lentamente, tambaleándose un poco, hacia la salida de la estación; luego se sentó en una banca de piedra, y se dijo:

—¡Adiós a ti que te vas, por quien mi corazón ha vivido! ¡Adiós a ti, que te has ido antes que él! ¡Adiós a ti, que vendrás después de él y te irás como él se ha ido, adiós!

¡Pobre muchacha! Y tú, pobre gran artista de cafetería, ve a arrastrar tu cadena; ve a vestirte mejor y a comer todos los días; ve a embriagar tus sueños entre el humo de las pipas y del gin, en los lejanos países donde nadie te conoce y nadie te quiere; ve a olvidar a La Princesa entre otras princesas, cuando el dinero reunido a la puerta de un café haya ahuyentado la melancólica imagen del último adiós dicho allá, en aquella triste sala de

espera. Y cuando vuelvas, no joven, no pobre, no tonto, no entusiasta ni visionario como entonces, y encuentres a La Princesa, no le hables del buen tiempo pasado, de aquellas risas, de aquellas lágrimas, porque ella también, si ha engordado, no usará ropa comprada a crédito en el Cordusio, y no te comprendería. Y eso es aún más triste –algunas veces.

LA COLA DEL DIABLO

Este cuento es para las personas que van con las manos detrás de la espalda, contando los pasos; para quienes ponen muchos reparos y siempre buscan el motivo por el cual todas las cosas humanas tienen algo de razón y de absurdo; para todos aquellos a quienes se les eriza la borla del bonete de noche cuando tienen un mal sueño y dejarían transcurrir impunemente los idus de marzo; para los espiritistas, los jugadores a la lotería, los enamorados y los cuenteros; para todos aquellos que observan con el microscopio los ganchos con los cuales un hecho lleva a otro cuando se mete la

mano en el canasto de la vida; para los químicos y los alquimistas, que desde hace cinco mil años pasan su tiempo buscando el punto exacto donde el sueño termina y comienza la realidad, y en descomponer las unidades más simples de la verdad en vuestras ideas, en vuestros principios y sentimientos, investigando cuánta parte de vosotros, perteneciente a la vigilia, existe durante el sueño, y la recíproca acción y reacción. Gente sofista, que sería capaz de deciros tranquilamente que aún dormís cuando el sol os parece alegre o molesta la lluvia, o, aún peor, cuando creéis que vais de paseo llevando del brazo a vuestra mujer. En fin, para las personas que no os permitirían abrir la boca, ni siquiera para decir una simpleza, sin demostrar alguna cosa, este cuento podría probar y explicar muchas cosas, las cuales quedan en blanco adrede, a fin de que cada quien encuentre en él lo que busca.

Relato el asunto ahora que todos los personajes de ella están a salvo de las indiscretas búsquedas de los curiosos, en vista de que, de los tres perso-

najes –se trata de una historia de tres personajes, como las historias perfectas, y de los tres habéis adivinado ya la acción, por poca que sea la práctica que tengais en estas cosas–, *él* está en El Cairo, o cerca de allí, como director de no sé qué trabajo ferroviario; *ella* murió, ¡pobrecita!, y *el otro*, en cierto modo, ha muerto también: se casó, no se acuerda de nada, y no se reconocería al verse en un espejo como era diez años antes de no ser por ciertos abejorros petulantes que zumban en torno de su mujer, quienes le ponen un espejo frente a la nariz y se parecen tanto a él, cuando también era petulante y zumbador, hasta hinchársele las narices. En fin, tres personajes muy cómodos, que ya no cuentan, que casi no existen, y hasta podéis imaginar que no existieron.

Él y *el otro* eran dos buenos y excelentes muchachos, dos almas gemelas, amigos desde la infancia, Orestes y Píldes, empleados de la Administración Ferroviaria. *Él* era ingeniero, *el otro*, diseñador; vivían en la misma casa y siempre andaban juntos,

lo cual les valió el apodo de *Hermanos Siameses*; se veían todos los días en la oficina, de las nueve de la mañana a las cinco de la tarde. No se supo explicar cómo fue que *él* conoció a Lina, cómo le hizo la corte y se casó con ella: fue el único agravio que, en treinta años, este Damón le hiciera a su Pitias.

Pero, a fin de cuentas, ni siquiera fue un agravio. En un principio, Pitias-Donati se disgustó con su Damón-Corsi, es verdad, pero su disgusto apenas duró una semana. Lina era una muchacha capaz de hacerse querer hasta por un oso, y Donati no era un oso. Ella sabía qué celos podía suscitar, y con su dulce sonrisa y sus modales gentiles y cariñosos intervino tranquilamente en la intimidad de los dos amigos como una rama de hiedra, en lugar de clavarse como una cuña. Al cabo de algunos meses, eran tres amigos en lugar de dos, y ése fue todo el cambio. Donati vio que ahora no sólo tenía un hermano, sino también una hermana, y Corsi lo sabía mejor que él. De todo aquello que imagináis, y que ocurrió en efecto, no existía ni siquiera la sombra de sospecha en la mente de alguno de los

dos –de lo contrario, la historia que os cuento no tendría nada de singular.

Más singular aún es que dicho estado de cosas haya durado ocho años, y que habría podido durar indefinidamente. Desde un principio, en las manifestaciones de la amistad, de la gran simpatía que ambos sentían por el otro, existía una leve molestia, tal vez causada por el temor de que pudiesen ser mal interpretadas; luego la costumbre, la lealtad de sus corazones, la pureza misma de aquellos sentimientos los volvieron más expansivos, más francos, más confiados. Donati había asistido a Lina en una larga y peligrosa enfermedad, como un verdadero hermano hubiera podido hacerlo, y ella brindábale al casi hermano de su marido todos los cuidados, todas las delicadas premuras de una hermana. La intimidad de las dos pequeñas familias habíase vuelto tan cordial, tan sincera, tan abierta de par en par que los amigos, los conocidos, y todo el mundo, no la consideraban ni excesiva ni sospechosa. Tan rara, convengo en ello, como era rara la honestidad de aquellas almas; pero si

en una sola de ellas hubiese habido algo menos bueno, no tendría necesidad de pretextar el hado de los antiguos o la cola del diablo de los modernos.

En las noches, después de merendar, salían a dar la vuelta los tres. Donati le daba el brazo a Lina, y se enojaba cuando leía en los ojos de los transeúntes algo así como “¡qué bella mujercita!”. Los domingos comían juntos, y ocupaban un palco en el Teatro Comunale o en el Alfieri. A Donati le gustaban las sorpresas, sorpresas que podían adivinarse con el calendario en la mano, en Navidad, en la Pascua y el día onomástico de Lina. Llegaba con un aire desenvuelto, que lo traicionaba más que sus bolsillos, repletos como mochilas, frotándose las manos al ver que Lina sonreía. En las noches de invierno, se reunían en la sala, charlaban de esto y de aquello, hojeaban revistas y novelas recientes; jugaban a las adivinanzas, o Lina tocaba el piano. Donati tenía una paciencia admirable al escuchar la trama detallada de todas las novelas que leía Lina —era el único vicio de ella—; era un maestro en el delicado arte de escuchar, de admirarse e

interrogar, de agitarse en la silla, de convertir el bostezo en exclamación, mientras el pobre diablo se moría de sueño, entendía poco o, calmado y sencillo como era, no le interesaban en lo más mínimo los puntos culminantes de la acción. Muy a menudo, al subir a sus aposentos, hallaba flores frescas en el escritorio, alguna cosita elegante y muy visible en sus muebles modestos. Una sonrisita jocunda, que venía del fondo del alma, asomaba discretamente en aquella cara tranquila de caballero, la cual se reflejaba en todas aquellas cositas silenciosas; y entonces, como señal de gratitud, él golpeaba dos o tres veces el pavimento. Lina estaba empeñada en que se casara, pero él respondía, invariablemente: “¡Nada de eso! Estoy muy bien así. No metamos al diablo en la casa”. El pobrecito estaba convencido de pertenecer a esa pequeña familia, y tan contento se hallaba con aquella tranquila existencia que habría creído prenderle fuego al apartamento con sólo dar un paso fuera del camino que había trazado, en el cual normaba todas sus acciones, como empleado sin tacha. Cuando sus amigos le aconsejaban

formar una familia, les respondía: “Ya tengo una, y me basta”. Y sus amigos se echaban a reír. Lina, en cambio, decía que no era suficiente; pensaba en los años más maduros, en las enfermedades, en la vejez de su amigo, como lo hubiera hecho una madre. Algunas veces, antes de cerrar la ventana, oyéndolo ir y venir a solas en su cuarto del otro piso, miraba el techo murmurando: “¡Pobre joven!”. El aislamiento de aquella vida melancólica, gris y monótona, en plena edad de las pasiones y de los placeres, le daba un cierto relieve a ese carácter calmo y modesto; agigantaba la figura austera de aquel solitario, exagerando la idea del sacrificio; hacía de él un hombre simpático, pero se insinuaba como un aguijón en la felicidad de ella, tan plena, tan completa, que la hacía pensar, con un sentimiento de dulzura, en la protección, en el alivio y el cariño fraternal que podía brindarle.

¡Para vosotros, buscadores de ganchos!

En Catania, la Cuaresma no tiene carnaval; pero, como compensación, existe la fiesta de Santa

Ágata –un gran baile de máscaras cuyo teatro es toda la ciudad–, en la que las grandes señoras y las del pueblo tienen el derecho a enmascararse –so pretexto de intrigar a amigos y conocidos–, a ir donde les parezca, sin que el marido pueda reprocharles nada. Esto se llama el *diritto di 'ntupatedda*, derecho que, pese a lo que dicen los cronistas, debe de ser herencia de los sarracenos, para significar el gran valor que tienen las mujeres del harén. El atuendo consiste en un vestido elegante y severo, preferiblemente negro, que va casi por entero bajo el manto, el cual cubre todo el cuerpo y deja al descubierto sólo un ojo, para ver, protegerse del cierzo y dejar que piense el diablo. La única coquetería permitida por tal atuendo es una punta de encaje en los guantes, en los botines, en la falda o en el pañuelo bordado, una punta que permita adivinar todo el resto. De las cuatro a las ocho o nueve de la noche, la *'ntupatedda* es dueña de todo (cosa que, entre nosotros, tiene un cierto valor): de las calles, de los casinos, si tenemos la fortuna de que nos conozca ella; de nuestro bolsillo

y de nuestra cabeza, si aún la tenemos. Es dueña de apartarnos del brazo de un amigo, de dejar plantada a la mujer o a la amante; de bajarnos del carruaje; de interrumpir nuestros negocios; de sacarnos del café; de llamarnos si estamos en la ventana; de tirar de nuestra nariz de un lado a otro de la ciudad, entre mustios y fatuos, pero, en el fondo, con una cara de quien tiene el maldito miedo de parecer ridículo y de que nos aplasten los pies de la muchedumbre; de hacernos comprar lo que aquel único ojo mira, so excusa de que algo se le antoja, cosas que dejaríamos de buen grado en tiendas y puestos; de rompernos las piernas y la cabeza. Las *'ntuppatedde* más delicadas y frágiles son incansables: capaces de enamorarnos, de hacer que sintamos celos, de idiotizarnos y, cuando ven que ya estamos en las últimas, como papanatas, nos dejan plantados en plena calle, en la puerta del café, con una sonrisa que da lástima, con una interrogante en los ojos, entre curiosa y despechada. A decir verdad, siempre hay alguno al que no dejan así, ni con esa cara; pero son pocos los elegidos, y

luego quedamos con toda la curiosidad dentro del cuerpo, sin saber, nueve veces sobre diez, si somos el marido de la mujer que nos ha remolcado de su brazo durante cuatro o cinco horas. El secreto de la *'ntuppatedda* es sagrado. ¡Extraña costumbre, en una isla que tiene la fama de poseer los maridos más susceptibles y cristianos! Aunque es cierto que tal costumbre sigue desapareciendo.

Y sucedió que, tres o cuatro días antes de dicha fiesta, Lina, que era muy burlona, le dijo a Donati:

—Le aconsejo que, esta vez, no se deje ver en las calles.

Donati sabía que Lina nunca se había disfrazado de *'ntuppatedda* y, puesto que era la única amiga de la cual pudiera esperarse una sorpresa, respondió, encogiéndose de hombros:

—Durante ocho años he salido bien librado...

—Bien librado o no, ¡cuidado! Hombre sobre aviso, hombre salvado.

Pero Donati no quería salvarse; es más, ese peligro lo atraía, sin sospechar que se trataba de un dicho del Evangelio. Podía ser una gran fiesta,

una soberbia ocasión de hacerle a Lina un buen regalito, fingiendo no reconocerla, de tomar la ventaja en vez de dejarse instigar, de hacerle al tonto para después reírse juntos. Estuvo todo el día devanándose los sesos; en la oficina trazaba líneas y curvas, preparando dimes y diretes ingeniosos, como si se tratara de una lección. La idea de dejarse llevar por aquella hermosa mujercita, fingiendo que no la conocía; de estar con ella en medio del gentío, y de ser por unas horas su único protector, un desconocido, un hombre nuevo, tenía algo de clandestino, que lo engreía como si sólo se debiera a la buena fortuna.

Y apareció la cola del diablo, la bendita cola que se divierte al desbarajustar todas las buenas intenciones de que está empedrado el infierno, insinuándose entre las junturas de ellas, dejando al descubierto el revés de los mejores sentimientos, sacando a la luz el otro lado de las acciones más honestas, de los hechos que parecen el motivo menos indeterminado. La noche anterior al día de fiesta, Donati tuvo un mal sueño, tan vívido, tan extraño

y sorprendente, acompañado de circunstancias tan reales, que, al despertarse, se quedó un buen rato dudando de que sólo se tratara de un mal sueño, y ya no pudo cerrar los ojos durante el resto de esa noche. Soñó que estaba junto a Lina, una Lina irreconocible, vestida de *'ntuppatedda*, con un ojo negro y brillante, de voz y manos temblorosas de emoción. Hallábanse sentados ante una mesita del Café de Sicilia, al que él no iba nunca; estaban inmóviles, callados, mirándose. De pronto, ella dejó que el manto resbalara sobre sus hombros y, mirándolo con ojos endiablados, con una cara muy roja, atrajo la cabeza de él para estamparle un beso cálido y febril.

El pobre Donati se despertó dando un gran salto en la cama, con el corazón en la boca, y estuvo cinco minutos frotándose los ojos, atarantado. Se tranquilizó poco a poco, acabó por reírse de sí mismo y se olvidó de dicho sueño.

Al día siguiente, fingió no darse cuenta de ciertas sonrisas maliciosas de Lina, de su insólito ir y venir por la casa. Donati le dijo que pasaría la tarde

en la oficina, para hacer un trabajo extraordinario, y fue a plantarse como un centinela en la banquetta del Gabinete de Lectura.

Esperó y esperó hasta que, a las cinco de la tarde, Lina apareció en Las Cuatro Esquinas, deprisa, un poco estorbada por el manto, pero con gracia. Como si lo hubiera sabido, se dirigió hacia donde él estaba y, caminando entre la muchedumbre, fue a tomarlo del brazo. Chistosa y parlanchina, procuraba confundirlo con una charla chisporroteante, inventando mil patrañas, atarantándolo con lo poco que recordaba del inglés y del francés aprendidos en la escuela, haciéndole creer que era una señora extranjera; ora una muchacha que tenía el derecho de sacarle los ojos, ora una amiga disfrazada para salvarlo de un gran peligro, ora una pariente lejana que había olvidado entregarle una cadena de oro. Donati simulaba creer en todo lo que ella le decía, aguantándose la risa y divirtiéndose a más no poder; en cambio, él la intrigaba haciéndole creer que ella había adivinado grandes secretos, gracias a las cosas que él mismo le había dicho. En fin,

cuando la vio más curiosa, cuando sorprendió en su ojo el relámpago de un sentimiento nuevo, algo entre la sorpresa y la timidez de hallarse frente a un hombre totalmente nuevo, le dijo:

—Querida Lina, cuando quiera conocer mi secreto y adopte el papel de incógnita que quiere sacarme los ojos, quítese antes ese brazalete, que conozco muy bien y realmente me saca los ojos.

Lina se echó a reír; recogió un poco su manto y le dijo:

—¡Muy bien! Ahora que ha vencido, y puesto que estamos frente al Café de Sicilia, invíteme un sorbete.

Y entraron.

¡Capricho del destino! Fueron a sentarse a la misma mesita que Donati viera en el sueño; uno delante del otro, como en el sueño. Lina tenía calor y se abanicaba con el pañuelo; el manto resbaló sobre sus hombros, y apoyó un codo en la mesita. Donati la veía, sin decir nada.

Donati se sentía singularmente apenado; contestaba fuera de tiempo, con despropósitos, o sus

palabras morían en su boca. Lina charlaba por los dos, sonrosada por el calor, con el ojo encendido por la máscara, como en el sueño. Finalmente se percató de la turbación que Donati no podía controlar y, al oír una respuesta de él, más desatinada que las otras, le dijo:

—¿Qué le sucede?

Donati se ruborizó. ¿Qué le sucedía? ¡Era una cosa ridícula! ¡Cómo era posible que aquel sueño lo hubiese atontado de tal manera! Y se encogía de hombros, riendo ingenuamente de sí mismo.

—Bah —respondió—, es sólo una tontería, una burrada; y sería dos veces burro si no se la contara.

Le contó dicho sueño y cómo éste se estaba realizando en todos sus detalles, menos una parte, que calló, desde luego, o que tradujo *ad usum delphini*, diciéndole solamente que ella, en el sueño, le había confesado que lo amaba. ¡Nada menos!

Ahora Donati reía, reía de buena gana al considerar las extravagancias de la noche, que, al relatarlas, eran más absurdas; se reía, sobre todo, de la singular impresión que le habían dejado

ciertas circunstancias del sueño. En un principio, ella se ruborizó; luego lo escuchó en silencio, apoyando el mentón en una mano, sin verlo, con cara muy seria. Cuando él hubo terminado, esbozó una pálida sonrisa –no pudo encontrar otra mejor– y se levantó. Salieron deprisa, conversando de esto y de aquello, buscando trabajosamente las palabras.

Donati no estaba muy seguro de no haber dicho alguna sandez, y habría dado un mes de su sueldo con tal de no haber hablado o de tener algo de que hablar. La fiesta terminó sin decir nada más, sin alegría.

Todos los años, al día siguiente de la fiesta, los tres amigos solían comer en el campo. Esta vez, Lina se sentía indispuesta y no hicieron nada. Donati deseaba que ese día lo pasaran como siempre, porque aún tenía en el estómago aquel sueño y el relato que había hecho de ello. Quería ponerle encima una piedra a todo lo que había pasado, seguir haciendo lo mismo de siempre y no pensar más en eso. Esa noche la pasaron como de costumbre, en

familia. Lina apareció un poco tarde, con cara de mujer que padece jaqueca, pero tranquila. Donati le preguntó cómo se sentía. Ella lo miró a la cara, con ojos que le hicieron el efecto de dos clavos, y respondió con sequedad:

—Bien.

Fue la primera noche pasada con frialdad. En lo sucesivo hubieron muchas semejantes. Lina bordaba; Donati tocaba el piano o leía, y Corsi se las ingeniaba buscando un tema de conversación, a lo que la mujer respondía con monosílabos, sin apartar los ojos de su labor; Donati, con una especie de gruñido, sin dejar el libro ni el puro. Incluso Corsi, alegre y expansivo por naturaleza, se volvió taciturno y su mal humor lo enfriaba todo en la casa. Se despedían temprano, y Lina apenas extendía la mano: algunas veces aparecía sólo por un momento, para desear una buena noche.

El pobre Donati no encontraba la paz. Se sentía culpable, pero la culpa mayor había sido la de exagerar el mal que había hecho con su aire de reo. Llamaba en su ayuda a todos los santos, para que

le dieran el valor de mirar a los ojos a Lina y, de una vez por todas, decirle: “¡Por favor! ¿Qué tiene? ¿Qué le pasa? ¿Qué he hecho?”. Pero esas preguntas tan sencillas se volvían la cosa más difícil de este mundo. La nueva actitud de ella, su reserva y su insólita frialdad, la convertían en una mujer muy distinta, que le impedía decir las frases más elocuentes, que le ataba la lengua y los movimientos.

Una de esas noches, al voltearse de pronto, sorprendió los ojos de Lina, fijos en él con tal expresión que arremolinó su sangre de pies a cabeza. Era una mirada que jamás le había visto, en la que brillaba una amargura, una curiosidad insólita, agria y punzante. Lina agachó la cabeza, ruborizada; él no se atrevió a verla de nuevo, temeroso de ver otra vez aquellos ojos endiablados.

Finalmente, una vez que Corsi no estaba en casa, él se sintió invadido por el valor que tanto había invocado. Lina estaba totalmente abstraída en lo que estaba leyendo; él se levantó y, dando un paso hacia ella, le dijo en voz muy baja:

—¡Lina!

Ella se irguió, espantada, al oír esa sola palabra, temblorosa y blanca como el papel. Donati permaneció con la boca abierta, sin saber qué más decir. Y así permanecieron unos instantes. Ella fue la primera en recuperarse; retomó el bordado, pero las manos le temblaban tanto, todavía, que la aguja sólo picoteaba la tela. Él estaba encolerizado consigo mismo, por ser tan torpe.

—¿Qué le pasa? —dijo al fin—. ¿Está enojada conmigo? ¿Nunca me perdonará?

La mujer alzó la cabeza y lo miró, como aterrorizada. Luego bajó de nuevo la frente y, con voz apagada e insegura, dijo algunas palabras ininteligibles.

Poco a poco, Donati redujo el número de sus visitas. Corsi se mostraba con él cada vez más frío. Cuando los dos amigos se hallaban juntos, sentían, sin saber por qué, una vergüenza inexplicable. La frialdad entre los dos seguía creciendo. ¿Corsi lo había adivinado todo a causa de la nueva actitud de la mujer y del amigo, o Lina le había contado

todo? La última vez que Donati fue a casa de ella, el día de su onomástico, vio que estaba sola. Lina se puso muy colorada y, con gran esfuerzo, reprimió un gesto de sorpresa. Donati no sabía qué hacer con su sombrero en las manos ni encontrar las primeras frases de una conversación.

Ella estaba en el canapé, tan ceremoniosa que al desgraciado visitante le dieron ganas de saltar por la ventana. La visita duró diez minutos. Mientras bajaba las escaleras, el ex Pólux murmuraba con voz ahogada en la garganta: “¡Se acabó! ¡Se acabó!”.

A partir de entonces, no tuvo el valor de tocar a aquella puerta. Volvía a casa cabizbajo, lo más tarde posible, mirando furtivamente aquella ventana iluminada, que le recordaba las noches jocundas junto al fuego, con el corazón y los pies calientes, y apresuraba el paso en el rellano de la escalera. Nunca antes sus modestos cuartos le habían parecido tan silenciosos, tan fríos y melancólicos; ahora el pobre ermitaño estaba allí lo menos posible. Estando afuera, le sucedió lo mismo que a Corsi: conoció a otra Lina.

En septiembre, Corsi se mudó de casa sin siquiera decirle adiós, y no habían vuelto a verse. Lina había estado gravemente enferma: Donati lo supo mucho tiempo después. Le dijeron que la enfermedad la había cambiado mucho, y él pensaba en ella muy a menudo, porque con frecuencia le parecía ver aquel perfil delicado y pálido, aquellos ojos febriles, como una punzada o un remordimiento; pero nunca hubiera imaginado la impresión que debían producirle aquel rostro y aquella mirada furtiva la primera vez que, yendo con su novia, encontró a Lina. Ella se había vuelto para mirarlo de soslayo, como se mira a un monstruo o a un malhechor.

Transcurrió ese año, y sobrevino la fiesta de Santa Ágata. Donati iba a casarse poco después. En medio de la muchedumbre, él esperaba una *'ntuppatedda* que casi le había prometido dejarse ver un momento, cuando sintió de pronto que lo cogían del brazo. Lanzó una rápida ojeada a la mujer enmascarada, pero su novia era más pequeña de estatura y no tenía aquel ojo negro tan brillante.

Sintió un vuelco en el corazón; no supo qué decir, y se dejó remolcar dentro del café.

Su compañera buscó una mesita apartada y se sentó frente a él; parecía muy cansada y conmovida. Donati la observaba, ansioso.

—¡Lina! —exclamó al fin.

—¡Ah! —dijo ella, con una risa que quería decir tantas cosas, y apoyó en una mano su cabeza encapuchada.

Donati balbuceaba palabras sin sentido.

—¿Le asombra verme aquí? —le preguntó Lina después de un largo silencio.

—¿Usted?

—¿Le asombra?

Donati agachó la cabeza. Ella dejó deslizar el manto sobre sus hombros, y murmuró:

—¡Míreme!

—¡Dios mío! —exclamó Donati.

—¿Le doy lástima? ¡Oh, al menos...! Pero no es culpa suya... ¡No! Siempre he sido enfermiza. Esté tranquilo, pues... No me gustaría envenenar su luna de miel.

—¡Oh, no diga eso...! Si usted supiera... ¡Si usted supiera cuánto he sufrido...!

—¿Usted?

—Sí... ¡y cuán arrepentido estoy!

—¡Ah! ¿Se ha arrepentido?

—¡Ya no sé estar en paz! Yo mismo no puedo entender por qué... lo que sucedió por...

—¿No lo sabe?

—No; ¡y puedo jurarlo!

—Sucedió... que lo amo.

—¡Usted! ¡Usted!

Ella palideció todavía más; se levantó como impulsada por un resorte, para decirle con voz muy sorda:

—Entonces, ¿para qué me contó aquel sueño?

X

Esas fatal tendencia hacia lo ignoto que hay en el corazón humano y que se revela en las grandes y las pequeñas cosas, en la sed de ciencia como en la curiosidad del niño, es una de las principales características del amor y, me atrevo a decir, su principal atractivo: triste atractivo, grávido de cuitas y de lágrimas, con el que la triste ciencia aridece el corazón antes de tiempo. Este amor, que ha inspirado tantas obras maestras y colmado las prisiones y los hospitales, ¿tendría en sí todas las condiciones de ser si no sirviera como medio transitorio de fines mucho más elevados —o más

modestos, según el punto de vista— y no ocuparía el último lugar en la escala de los sentimientos? ¿La razón de su caducidad estaría en su esencia más íntima, y el terrible disolvente que hay en la saciedad o en el matrimonio defendería de la insensata satisfacción de una curiosidad peligrosa? ¿La culpa más grave del hombre-niño sería la demente avidez de deseo, que lo lleva a hurgar con las caricias y los besos el oculto mecanismo de la mujer-juguete, el cual aún ayer ponía a temblar el corazón como una hoja?

En el último baile de máscaras de la Scala, en medio del torbellino de alegría frenética, se hallaba una mujer enmascarada, de la cual yo no había visto la cara ni conocía su nombre; que nunca volvería a ver, que puso a temblar mi corazón cuando sus miradas se encontraron con las mías y que me hizo pasar una noche insomne a causa de su sonrisa constante y del rumor de su dominó de raso.

Ella se apoyaba en el brazo de un bello mocetón, rodeada por los elegantes del Círculo, adulada, cortejada, llevada en triunfo. Era flexible, elegante,

un poco delgada; tenía dos graciosos hoyuelos en los hombros, brazos delicados, mentón rosado, ojos negros y lucientes, cuello ebúrneo, largo y grácil, sombreado por hermosos matices, donde loqueaban ciertos ricitos rebeldes; su sonrisa era fascinante. Iba vestida de blanco, con una cinta rosada en la capucha, y dejaba deslizar sobre el tapete la orla del vestido, como una reina cubierta por el manto. A través de un velo de raso negro, bordado con todas las interrogantes de la curiosidad, brillaban sus ojos, y tras aquél la imaginación habría podido mirar toda la belleza de la mujer y colocarla muy por encima de todos los escalones de la escala social. Ella imponía la ingenuidad, la gracia y el pudor de una colegiala en medio de un corro de hombres, entre los cuales una señora decente no se habría aventurado ni siquiera estando disfrazada.

Hallábase sentada, de espaldas a la sala, junto al mocetón, y le hablaba como hablan las mujeres enamoradas, devorándolo con los ojos y haciéndolo adivinar los vagos rubores que palpitaban bajo el velo; le posaba la mano en el hombro, acariciándolo

con el abanico, como si algo le prometiera, con una insistencia cariñosa.

Yo hubiera dado cualquier cosa por estar en el sitio de aquel mocetón, el cual parecía mediocremente halagado de aquella preferencia; hubiera querido saber todo lo que no podía oír, todo lo que se agitaba en el corazón de ella; hubiera querido penetrar a través de la seda de su disfraz, hurgar en lo incógnito de aquel rostro, de aquella persona y de aquel modesto amorío iluminado por el gas de la Scala, tan atractivo para un observador. Mi simpatía, o mi curiosidad, debieron penetrarla como una corriente eléctrica, dado que sus ojos negros se volvieron a mirarme dos o tres veces. Luego se puso en pie, tomó del brazo al compañero y se alejó.

Me pareció que la dicha de aquella fiesta había provocado en mí una tristeza inexplicable, y sentí que algo me faltaba; me dediqué a buscarla con la ávida esperanza de volver a verla, como si esa desconocida ya significara algo para mí.

Ya muy tarde, nos encontramos de nuevo, ahora frente a frente, junto a la puerta, mientras yo en-

traba de nuevo al salón y ella salía. Permanecimos inmóviles, mirándonos fijamente por unos instantes, como dos que se conocen, a pesar de que sólo la había visto tres o cuatro veces durante la velada, y como si yo significara algo para ella. Mi corazón latía con mucha fuerza, y creo que también el de ella; me parecía que ambos bebíamos no sé qué cosa mientras nos mirábamos; saboreaba su sonrisa mucho antes que sus labios se entreabrieran. Ella me sonrió, en efecto, un chorro de buen humor y de simpatía, que expresaba: “¡Sé que te agrado; tú también me agradas!”. La palabra más cariñosa, la lengua más dulce del mundo, no hubiesen podido expresar la elocuencia de aquella sonrisa; el pensador más eminente, o el más experimentado hombre del mundo, no hubieran podido analizar ese sentimiento que irrumpía, de improviso, en una mirada entre dos personas que se hallaban en medio de la muchedumbre, como dos viajeros que parten en direcciones opuestas y se encuentran en una estación, una mujer que quizá amaba todavía a un hombre, y un hombre que había visto el brazo

de ella posado en el hombro de otro hombre. Dos o tres veces me miró, sonriendo, y yo la seguí, sin saber a qué llamado acudía. Pero la perdí de vista entre aquel gentío; en vano la busqué en el saloncillo, en los corredores, en los cafés, en los palcos, en todas las partes que pude pasar revista.

Tenía la fiebre de un extraño deseo; con los ojos devoraba todos los dominós blancos, todos los vestidos con ondulaciones graciosas. La vi de nuevo, de pronto; mejor dicho, encontré su mirada, que me buscaba. Yo iba del brazo de una dama que volvía a ver después de mucho tiempo. En la mirada de la incógnita había una interrogación muda; me sonrió de nuevo, y yo no pude menos que enviarle un gesto de saludo mientras pasaba a mi lado. Ella volteó a verme con vivacidad, me lanzó a quemarropa una mirada risueña y dijo:

—¡Adiós!

Jamás olvidaré aquella voz y aquel acento.

No volví a verla. Me quedé digiriendo mi disgusto y el parloteo de mi compañera. Esa noche no pude cerrar los ojos, pero soñé con aquel rostro

desconocido; en mi corazón sentía el surco luminoso que dejara ahí aquella mirada. La imposibilidad de rastrearla le confería a la aparición de la desconocida un prestigio de cosa extraordinaria; en su sonrisa podía imaginar un poema de amor, cuyo interés consistía en haber sido tronchado en flor y para siempre. *¡Para siempre!* ¿No es ésta la frase que sacude con mayor fuerza al alma humana? Dicho sueño se prolongó durante todo el día siguiente. Sentí que había algo nuevo en mí, que había recibido el sacramento de una pérdida inmensa. Cuando mi fantasía se hubo cansado de vagar en la inmensidad azul de lo ignoto, por una reacción natural del pensamiento, miré mi propio corazón y me pregunté si realmente me había enamorado de aquel velo negro, que ocultaba un rostro desconocido.

La mirada de aquella desconocida había provocado en mi corazón una zozobra mientras le daba el brazo a otra mujer, a la que yo había amado como un loco, y que en ese mismo momento me exponía ante un peligro muy serio. Yo maldecía la obsti-

nación de tal afecto, dado que me impedía correr en pos de la desconocida, con todo el egoísmo que hay en otro amor.

Durante dos o tres días busqué con ansia a la amante que yo no conocía, sintiendo que al volver a verla iba a perder algo de ella. Volví a verla, ahora en la Galería: reconocí su mirada y su sonrisa, que me decían: “Soy yo, ¿no me reconoces?”. Me atraía fatalmente, y varias veces estuve a punto de tomar su mano, sin que me importaran las personas que la acompañaban.

En la Piazza della Scala, se volvió a verme dos o tres veces, para ver si la seguía. Las incertidumbres, las dichas tumultuosas y los febriles deseos del amor a los veinte años inundaron de golpe mi corazón: las ondulaciones de su vestido tenían un no sé qué de caricioso; su abrigo blanco y la pañoleta, que ocultaba un poco su rostro, para defenderse del frío, tenían irradiaciones luminosas. No podría expresar la emoción que sentí al pensar que podía tomarla del brazo o tocar una punta de aquella pañoleta. De pronto, ella atravesó la calle,

junto con una amiga y una escolta de parientes; y, caminando casi de puntillas, alzando la orla de su vestido, se puso a mi lado. Me miró a la cara, como esperando algo. Yo sentí un dolor agudo, y me alejé.

Volví a verla muchas veces, y sus ojos me preguntaban: “¿Qué tienes?”. Yo no me atrevía a decirle: “Ya no me gustas”. Se cansó de solicitar mi mirada, y cuando volvíamos a encontrarnos ella volteaba la cabeza hacia otra parte. Una noche, bajo el pórtico de la Scala, sentí que apretaba mi mano otra mano temblorosa, para darme un papelito. Volteé a ver quién me lo había entregado, pero sólo vi rostros anónimos y, más lejos, a mi desconocida, que se alejaba sin mirarme. Todas las veces que la veía pasar, aunque fuera de lejos y ella apartara de mí su mirada, mi pensamiento corría hacia ella, y, por una extraña contradicción, tachaba de locura mi presentimiento.

Una sola palabra llenaba el papelito: “Sígueme”. Pero ¿a quién, a dónde, por qué? Esas preguntas colorearon con fuego aquella simple palabra; el misterio que encerraba ese vocablo volvía a ligarse,

con lógica irresistible, a la desconocida, devolviéndole toda la vaga e indefinible atracción el solo hecho de verla caminar bajo la luz de un farol. Ella proseguía su camino, sin volverse a mirarme, y la seguí. Cuando vi que cerraba la puerta de su casa, me quedé a media calle, con los pies en la nieve, observado por todas las ventanas y los policías que pasaban cerca de mí. De las once de la noche a las dos de la mañana, no tuve un momento de duda o de cansancio, no titubeé ni un solo instante. Oí que se abría la puerta, muy despacio, y vi en la sombra del arco una forma blanca. Ella temblaba como una hoja cuando toqué su mano; parecía tener fiebre, y con voz quebrada por la conmoción, me dijo:

—¿Qué le pasa? ¿Qué le he hecho? Dígamelo —como si nos conociéramos de años.

Ciertas situaciones, ciertas palabras, ciertas inflexiones de la voz tienen significaciones evidentes, irresistibles. La jovencita que conociera en el baile de máscaras, en medio de hombres que llevaban en triunfo a Cora Pearl —la cual me abrazaba en la oscuridad de una escalera—, daba la más luminosa

prueba de candor mediante su simpatía: extraño sentimiento que yo no sabía explicar ni me atrevía a pedir una explicación. Tanta inocencia había en su confianza que hubiera querido robarle los aretes, para enseñarle a desconfiar de los hombres. Sus pobres manos temblorosas estaban en las mías, y hubiérase dicho que sus palabras rozaban mi rostro, como un beso. Ciertas sensaciones inexplicables tienen un fundamento esencialmente material; todo el encanto de aquella hora paradisiaca hallábase en la oscuridad de esa escalera. Creí que las larvas del ideal habían tomado cuerpo y me estrechaban las manos.

—Yo te gusté aun antes de que conocieras mi cara —me dijo—. Por eso te amo —y ni siquiera me preguntó cómo me llamaba.

Me hizo prometerle que volvería a verla a la noche siguiente. ¡Ay de mí! Insensata promesa que empequeñecía el deseo en las mezquinas proporciones de una cita vulgar. Debimos inventar todos los obstáculos que faltaban para conseguir nuestra dicha, o no volvernos a ver jamás. A la

noche siguiente fui a su casa, con la penosa sensación de haber perdido algo. La vi en su recibidor, radiante de belleza. Mi corazón latía con dicha, como si las primeras sensaciones de la desgracia fueran placenteras, y contemplaba con avidez sus hermosas facciones, que se empurpuraban para mí; pero en medio de la fiesta de mi corazón yo sentía que se insinuaba un desasosiego... Mi ideal se desvanecía; todo lo que había en aquella belleza realmente encantadora se apartaba de mi sueño; me pareció que mi pensamiento se había empobrecido al acercarse a los límites de la realidad.

—¿Qué tienes? —me dijo.

—Nada —le contesté—. Aquí hay demasiada luz.

Y ella, pobrecita, moderó la llama de la lámpara. No se daba cuenta de mi desasosiego, ni le temía a la funesta avidez con que mis ojos la devoraban. Hablaba sonriendo, alegre, como un pajarillo enamorado, que canta desde una rama. Me contó su historia, una de esas historias que el ángel de la guarda escucha sonriendo. Había amado a un primo suyo, el mismo con el que la viera

en el baile de máscaras; había llegado de Lecco, con una tía, para verlo a él; y el primo, después de dos o tres días de dudas, le dio a entender que ya no la amaba. Entonces, después de las primeras lágrimas, pensó en aquel desconocido que, en el baile de máscaras en la Scala, la había mirado en cierto modo.

—Leí en tus ojos que te gustaba —me dijo—; y te sonreí porque eso me puso feliz. Mi corazón estaba sufriendo en esos momentos. Si mi primo hubiera seguido amándome, nunca te lo habría dicho y te hubiera querido bien, como a un hermano. Ahora que mi primo ya no quiere saber de mí... Pues bien, ¡yo también quiero amar a quien más me gusta!

Tosía de vez en cuando; las mejillas se le empurpuraban, se le humedecían los ojos.

—Si vas a dejarme como el otro, no me digas que quieres casarte conmigo... ¡He estado muy enferma!

—¡Adiós! —le dije.

—¿Volverás mañana? Mi tía va a ir a casa de mis primas, no tengas miedo. ¿Volverás?

—¡Adiós!

No volví a verla. Sentí que no era merecedor de la confianza y el entusiasmo de aquel amor, que ya no podía compartir; pero, también, que había perdido irremisiblemente un tesoro.

En noviembre recibí una esquela; la letra era la misma de quien había escrito “Sígame”. Las manos me temblaban antes de abrirla. “Si desea repetir el adiós dirigido a un disfraz en el último baile de máscaras de la Scala, preséntese en el cementerio dentro de una semana y busque una cruz que tenga escrita una X”.

Esa carta, por un caso que haría creer en la fatalidad, habíase extraviado en el Correo, y la recibí con algunos días de retraso. Salí casi volando hacia su casa y, al ver que todas las persianas estaban cerradas, se me oprimió el corazón. De inmediato me dirigí al cementerio, aún negándome a creer en el funesto mensaje de la carta. En la primera calzada, como si el destino se hubiera encargado de guiar mis pasos, hallé una tierra todavía floja, y en una cruz de hierro leí el signo que ella había escogido para su tumba, como triste jeroglífico

de su amor. Y allí, arrodillado sobre la tierra, me pareció ver una inmensa oscuridad, que llenaba la figura de mi desconocida, su sonrisa, el sonido de su voz, las palabras que me dijo y los lugares donde la vi. Sentí un escalofrío.

CIERTOS ARGUMENTOS

Hubo una anécdota que, aún después de pasar un año, seguía siendo tema de conversación en la mesa redonda del Hotel de Rusia, en Nápoles, cuando tres o cuatro clientes que solían encontrarse allí todos los años, desde noviembre hasta fines de mayo, hallábanse juntos, con el puro en la boca y los codos sobre el mantel.

En esa misma mesa habíanse conocido un tal Assanti –hombre ingenioso y elegante– y la señora Dal Colle, mujer ingeniosa y refinada, un poco caprichosa y extravagante, de la cual se referían cien historias singulares (aunque no se había comproba-

do ninguna). Ella llegaba en épocas fijas, de Baden, de Viena o de París, como una golondrina. Entre los dos comensales y sus vecinos de mesa se había declarado una decidida y poco velada antipatía, a pesar de que ambas personas eran muy educadas e intercambiaran —a veces, lo menos posible— actos y palabras de cortesía. Una noche, después del café, Assanti, quien estaba en el salón de fumadores, acompañado por tres o cuatro amigos que hablaban acerca de la mencionada señora, los había hecho reír al referirse, con lujo de buen humor, a dicha antipatía. De pronto, todos guardaron silencio: la señora Dal Colle pasaba en la sala contigua, para ir a sentarse al piano, como algunas veces lo hacía.

—¡Escuchó todo!

—¡No podía oírlo! —cuchicheaban los señores.

El único culpable de aquello permanecía tranquilo y, riéndose, les dijo:

—Ahora veremos si oyó.

La señora hojeaba unas partituras, sin siquiera voltearse a mirarlos. Assanti se le acercó, hizo una reverencia y le preguntó tranquilamente:

—Perdone, ¿escuchó lo que decíamos acerca de usted?

Ella le plantó en la cara dos ojos bien abiertos, dos ojos inocentes, o traidores, y le respondió con gran desenvoltura:

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque hemos apostado a que tocaría o no el piano esta noche.

La mujer, sonriendo, inclinó la cabeza y empezó a tocar “La bella Elena”.

—¡Señores! —dijo Assanti volteando a ver a sus amigos, que estaban en ascuas—. ¡Han perdido la apuesta!

Parecía imposible que una mujer pudiese estar tan tranquila después de oír lo que se había dicho de ella en la sala de fumadores; y, cosa extraña, un poco por la novedad de la cosa y otro poco por la obligada cortesía; Assanti, al hablar con ella de música y otras cosas, observó que, algunas veces, un perro y un gato pueden ponerse de acuerdo. La plática con ella se prolongó, mientras los amigos, uno tras otro, se escabulleron. “No escuchó nada”, pensaba Assanti.

De repente, cuando estuvieron solos, cambió el acento y las maneras. La señora Dal Colle, mirándolo con ojos endiablados, le preguntó:

—¿Está contento de que le hice ganar la apuesta, mi señor enemigo? —Assanti se inclinó un poco, esperando valerosamente el ataque. —¿Por qué nos hacemos la guerra? —prosiguió ella, con otro tono de voz.

—Porque usted me infundía miedo.

—¡Ajá! Ahora reina la galantería. Y bien, señor caballero: cuando se me ocurra vengarme, usted mismo se encargará de ello. Mas, hablando con franqueza, ¿no hubiera sido mejor ponernos de acuerdo desde un principio?

—Entonces, hagamos las paces.

—Ya es demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Porque, porque... —dijo levantándose— antes que nada, ahora lo detesto. Y porque partiré dentro de dos o tres semanas.

—La seguiré.

—¿A dónde?

—Adonde usted vaya.

—Todavía no sé a dónde iré, y usted nunca lo sabrá. De modo que seguiremos siendo enemigos.

Assanti se despidió, riendo; pero debió convenir en que su graciosa enemiga podía tener todos los defectos, menos uno.

Al día siguiente, mientras se vestía para ir al comedor, encontró un sobre que contenía dos líneas escritas por una mano desconocida.

Venga al cuarto número 11, a medianoche.

No toque.

Él se echó a reír, y se dijo: “No cabe duda, oyó todo. Pero la trampa es demasiado burda para una mujer ingeniosa. ¡Qué lástima!”.

La señora Dal Colle no llegó a la mesa. Assanti reía cada vez que miraba aquel lugar vacío. Después de cenar fue al teatro; dejó de pensar en aquel asunto.

Terminada la obra, estuvo unos treinta minutos en el Café de Europa y, cuando regresó al hotel,

el lugar ya estaba en penumbras. Al atravesar el corredor vio una puerta con el famoso número once; recordó el papel, que conservaba en un bolsillo, y aminoró el paso, involuntariamente.

Ya en su cuarto, se asomó a la ventana, fumó un puro, leyó el periódico y luego se acostó. Esa noche, la cama le pareció más dura e incómoda que nunca; hacía calor, y Assanti daba vueltas en el lecho, sin poder dormirse.

Sobre el buró, las dos delgadas líneas asomaban en el sobre; se alargaban serpenteando por las paredes, se retorcían en los pliegues de los cortinajes, se insinuaban bajo la puerta, culebreaban en el oscuro corredor, dejando en la alfombrilla una estela fosforescente.

Apagó la luz, volvió a encenderla y releyó el papelito, esta vez sin reírse, porque su olor se le subía a la cabeza; apagó de nuevo la luz, para dormirse, pero fue peor que antes: en la tiniebla, con los ojos abiertos, tuvo sueños extravagantes. Veía entornada la puerta con el número once; una figura blanca asomaba la cabeza en el vano, y esa

mujer, por la cual el día anterior no hubiera movido un dedo, ahora que la veía bajo otro aspecto, a causa de una broma, le sonreía de modo fascinante. Finalmente se vistió, como un sonámbulo, como si no tuviese conciencia de lo que hacía; llegó hasta tocar la manija de la cerradura, pero luego volvió a meterse bajo las sábanas, avergonzado de la ridícula tentación a la que cediera con facilidad inexplicable, como si su enemiga lo hubiese visto y se burlara de él.

Esa noche durmió muy mal y se levantó de peor humor. A la hora del almuerzo vio en su sitio a la señora Dal Colle, desenvuelta y alegre, como si nada hubiera pasado, más coqueta que nunca. Ni siquiera le hizo el honor de reparar en él, y sólo una vez le lanzó a quemarropa una mirada sarcástica, que habría sacado de quicio a cualquier hombre menos dueño de sí que Assanti. Para desquitarse, él había planeado represalias y alusiones punzantes, pero tuvo que esperar inútilmente toda la tarde en la sala, donde la señora Dal Colle acostumbraba tocar el piano. Aquella sangre fría, aquella

desenvoltura, aquella seguridad, lo dominaban y enfurecían.

Ella, era evidente, lo había vencido con la burla más grosera del mundo, demostrándole que era más fuerte que él; sabía que hubiese bastado una bagatela, una mala broma, para lastimarlo en lo más hondo de sus fibras, adueñarse de él, trastornarlo y someterlo a sus más mínimos caprichos.

Satisfecha de aquella pequeña venganza femenina, parecía no pensar más en Assanti, y permitía que le hiciera la corte un cierto barón Ciriani, el cual pasaba por ser un donjuán y un buen duelista. Assanti pensaba que ella, al dejarse cortejar, lo hacía con clara ostentación, y eso lo disgustaba sobremanera.

La mañosa sabía perfectamente que, tocando ciertas teclas, era posible aprovecharse de la simpleza varonil, incluso tratándose del hombre más experimentado en este mundo. Había bastado la lisonja más leve, más boba e inverosímil, para que Assanti perdiese la cabeza y creyera que los éxitos obtenidos por Ciriani eran un despojo hecho en su

contra, y que tal coquetería era un gran insulto. El brillante mocetón representaba ahora un papel muy desagradable –del cual era consciente– y que aumentaba su tirria, porque a un disgusto le seguía otro, hasta hacerlo perder el juicio. De modo que, por su parte, dirigió contra Ciriani toda una batería de hostilidades tan poco veladas, de provocaciones tan directas, que requirió de toda la habilidad de la mujer para conjurar el peligro de un lío muy serio.

A la postre, ella pareció cansada de la lucha que sostenía con Assanti todos los días; así que una noche, desde una ventana, le dijo:

—¡Oiga, enemigo mío! ¿A qué estamos jugando? ¿Con qué derecho se entromete entre Ciriani y yo?

—¿Y con qué derecho me lo pregunta? –rebatió Assanti.

—Hablemos con claridad: usted era deudor de una pequeña satisfacción de amor propio, la cual he obtenido de la manera más sencilla. No vaya a decirme que tomó en serio mi mensaje, porque siempre le he hecho justicia a su ingenio y buen humor; además, ni un muchacho escolar habría

caído en eso. Pero usted sigue estando avergonzado, tirrioso y encaprichado, y con eso me basta. Ahora estamos a mano; déjeme tranquila, querido. Ciriani nada tiene que ver en esto.

—¡Lo apartaré jalándolo por los cabellos!

—¡Empresa muy arriesgada! Usted conoce la reputación que tiene como duelista.

—Pues bien —exclamó Assanti, ruborizándose un poco—, si me lanzara, a pesar de tal reputación, ¿me perdonaría?

—¿Otra vez con la historia del mensaje? Pero ¿por quién me toma usted, querido señor, queriendo escamotear las cartas en la mano?

—Por favor, ¡no se burle de mí! Estoy aquí, delante de usted, obligado a ruborizarme por lo que he dicho en contra suya; me siento ridículo, y eso debe bastarle.

—Ridículo, ¿por qué?

—Porque la amo.

—¿Y desde cuándo?

—Desde que me hizo pensar.

—Entonces, ¿desde que está enojado conmigo?

—No sé si sea amor o enojo; sólo sé que así no puedo seguir, que usted me ha embrujado, que acabará por volverme loco.

—¡Qué asco!

Assanti guardó silencio unos instantes, viendo la sonrisa mordaz de la señora Dal Colle; luego prosiguió, cambiando de tono y manera, poniéndose serio de repente:

—Es preciso que yo haga algo para que usted crea en lo que le digo. Es necesario provocar a Ciriani para llegar al colmo de la ridiculez.

—¡Cuídese de hacerlo! —dijo ella, ahora con cara muy seria—. Detesto los escándalos. Si eso llegara a suceder, usted no volvería a verme nunca más, ni él.

La señora Dal Colle se preparaba para la partida; Assanti lo supo al día siguiente.

—¿Se va? —le dijo.

—Sí; huyo. ¿Está satisfecho? Hagamos las paces antes de despedirnos.

—No; hagamos algo mejor: dígame a dónde va. Somos algo más que simples conocidos, somos

dos enemigos. Ambos somos libres y dueños de nosotros mismos; ambos recorreremos el mundo para huir del aburrimiento. En todas las estaciones nos encontraremos, nos enojaremos, nos haremos la guerra, nos odiamos y, de tal modo, no tendremos tiempo de aburrirnos.

—¡No, no! Y el peligro de enamorarnos, ¿no cuenta?

—¿También usted?

—Sí, me parece que sí, después de lo que me dijo ayer.

—¡Eso sería lo peor!

—No lo tome así, que estoy hablando en serio, con toda franqueza.

—En tal caso, franqueza por franqueza... Cierre los ojos y deje que obre el peligro.

—Lo pensaré.

—Lo he pensado –volvió a decirle un día después, pocas horas antes de su partida–: no; sería algo peor que una desgracia, sería una estupidez. Qué fea cosa que dos amantes lleguen a reírse un día de

su propia pasión; y ese día llegaría, tarde o temprano. A menos que un milagro... ¡porque sería preciso un verdadero milagro, algo muy grande, un acto de heroísmo, una gran acción o una gran locura, para conjurar dicho peligro...! Y como yo nunca voy a hacer nada de esto, y como tampoco usted lo hará, ni quiero que lo haga, ¡siempre seremos enemigos!

—¿Y quién le dice que no soy capaz de hacerlo?

—¿De verdad? ¡Me parece estar en la época de la caballería! Pues bien, volveremos a vernos hasta entonces...

Al día siguiente no se vio ya en la mesa redonda ni en ninguna otra parte. Assanti supo que había partido, y también Ciriani.

Esta noticia le hizo hervir la sangre en las venas, como si lo hubiesen abofeteado. Toda palabra, toda sonrisa, toda inflexión de voz en el último coloquio que tuviera con ella volvían ahora con agujijones de rabia, de celos y de amor. Desde el momento en que había huido con otro, esa mujer se le convirtió en algo diabólicamente necesario, por todo aquello que no había habido, por todo aquello que se

había dicho entre los dos. Y este héroe de salón, por pundonor o por vanidad, se creyó capaz de aquellas virtudes de escenario, de las cuales ella sería el premio. Estaba dispuesto a luchar contra diez Ciriani; a cruzar una aldea en llamas con sus botines de charol, cargándola a ella en brazos; a saltar sobre un precipicio de media legua de ancho, a fin de salvarla, sin desgarrar en lo más mínimo su pantalón. Se sentía invadido por una especie de fiebre. Y partió en pos de ella; derrochó dinero a manos llenas; viajó de noche y de día, en trenes, en carruajes, a caballo, bajo tormentas terribles, en medio de soledades salvajes, por las cuales corrían los rieles de Foggia, entonces incompletos a causa del peligro de caer, de un momento a otro, en manos de los salteadores que merodeaban en esa comarca.

Al fin tuvo las primeras noticias de la señora Dal Colle en Ariano; iba en carruaje, seguida por sus domésticos, sin ningún Ciriani. Antes de anochecer, una o dos postas antes de Bovino, el mesonero y el conductor intentaron disuadirlo de

seguir adelante, porque el campo estaba infestado de salteadores. Pero fue como si le hubieran echado el diablo encima. Sólo pensaba en que ella corría peligro. Esa misma noche, poco después de Bovino, alcanzó los dos carruajes de ella, detenidos ante una pobre casucha, que era la posta de los caballos. La linternita colgada en el pórtico estaba destrozada; la puerta estaba abierta de par en par, vació el establo. Los postillones se habían cansado de gritar, pidiendo auxilio, en vano. A cierta distancia de allí, Assanti les gritaba que no siguieran adelante: uno de los postillones, temeroso de que fuera un asaltante, le disparó, pero sin herirlo.

—¡Deténganse! —repitió Assanti—. ¡Deténganse, en nombre de Dios, o estarán perdidos!

En la ventanilla de uno de los carruajes pudo verse, tras el vidrio iluminado por un fanal, el rostro pálido de la señora Dal Colle, la cual reconoció a Assanti en medio de aquella escena de confusión y espanto. Con acento febril, le gritó al cochero:

—¡Avante! ¡Avante, y les daré doscientas liras de propina!

—¡Más adelante están los salteadores! —gritó el joven, casi fuera de sí.

En ese instante, sin que se viera ninguna alma viva, se oyó una voz que parecía venir de una peña que estaba a mano izquierda del camino:

—¡Quietos todos, si no quieren morir!

El cochero le dio un vigoroso latigazo a los caballos, los cuales repararon antes de salir a todo galope; pero, antes de dar el primer paso, se oyó un disparo de fusil, y el caballo de la izquierda cayó al suelo, enredándose en las fornituras; el cochero saltó del pescante y disparó a la tiniebla. El segundo carruaje, en el que iban los domésticos de la señora, dio marcha atrás y huyó a toda carrera. No es necesario decir que todo esto sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Assanti se dirigió a la ventanilla del carruaje, agarró a la mujer por la cintura, como a una niña, la empujó hacia el establo y cerró la puerta lo mejor que pudo, amontonando contra la puerta todo lo que encontró.

Después del primer alboroto de esa escena, siguió un silencio misterioso y profundo: los asaltantes, antes de bajar al camino, calculaban la resistencia que hallarían.

La señora Dal Colle, parada en un rincón, guardaba silencio, mientras Assanti, cerca de la puerta, empuñaba una retrocarga. En cuanto hubieronse acostumbrado a la penumbra, sin más luz que la de las linternas del carruaje, que se colaba por los intersticios de la puerta, vieron una escalera de mano, que daba al escotillón del pajar. En el camino empezó a oírse un alboroto en torno del carruaje detenido frente a la casucha. Assanti ayudó a la señora a subir al pajar y, en cuanto él también hallose arriba, tiró de la escalera. Ahora había un gran silencio afuera; de vez en cuando, un caballo hacía sonar su collerón de cascabeles.

—¡Dispare su retrocarga en mi cabeza si ve que voy a caer en manos de ellos! —fueron las primeras palabras que la mujer le dirigió, en voz baja, febril.

—¡Sí! —respondió Assanti con el mismo tono.

El joven se asomó a la ventana, pero no vio a nadie. El carruaje seguía frente a la casucha, describiendo un círculo de luz proveniente de los fanales; el caballo husmeaba con curiosidad al compañero caído. De pronto, resonó otro disparo de fusil y, del arquitrabe de la ventana, a un palmo de la cabeza de Assanti, cayeron pedazos de caliche. La señora tiró de él bruscamente. Estaba pálida como un espectro, pero sus ojos chispeaban.

De improviso, la puerta del establo produjo un ruido tremendo, como si la hubieran destrozado. Assanti corrió hacia la ventana y disparó; se oyó un grito, seguido por una descarga general dirigida a él. Assanti se inclinó sobre el escotillón, apuntó hacia la puerta del establo y volvió a disparar. Luego de oír un disparo realizado desde el piso superior, e inmediatamente después otro, hecho desde el inferior, los asaltantes creyeron que eran varios los sitiados, todos dispuestos a salir de allí con vida, y recurrieron a otro medio de ataque, más seguro y menos peligroso. El tiroteo terminó como por encanto.

En el exterior empezaron a oírse ruidos diferentes, que los dos sitiados no podían explicarse en un principio: ruidos de pasos, que iban y venían; ruido de ruedas y de cascabeles que provenían de diferentes sitios; luego retumbó por segunda vez la puerta del establo, como si hubieran dirigido el carruaje contra ella, a guisa de ariete. Assanti se sobresaltó ante la inminencia de un nuevo y desconocido peligro; el corazón se le salía del pecho.

—¡Quién hubiera dicho que el milagro del que le hablé estaba ya muy cerca! —dijo la señora Dal Colle, esbozando una extraña sonrisa.

Assanti le estrechó una mano, que ella no pudo retirar. En ese momento, un reflejo rojizo se insinuó, como una aparición infernal, en la negra pared del establo. Y el joven, sin parar mientes en el peligro corrido poco antes, fue de prisa hacia la ventana y la abrió; las llamas que quemaban el carruaje y la puerta del establo iluminaron el pajar.

—¿Qué hacen ahora? —preguntó la mujer, estrechándolo con manos temblorosas.

—¡Queman la casa! —respondió Assanti, con voz sorda.

—¡Usted me prometió que moriríamos juntos! —agregó ella, tras unos instantes.

Cerca de la ventana, las traveses del envidado empezaban a crepitar, y las llamas, todavía como lenguas azulosas, lamían las paredes; el humo oscurecía el ambiente, los ahogaba. La mujer miraba a Assanti de manera muy extraña.

—¡Usted se ha perdido por mi causa! —le dijo al fin, con un acento que él jamás hubiera imaginado en esa mujer tan frívola.

—¡Porque yo la amo! —respondió él.

Entonces, en medio del humo que los cegaba, entre las llamas que se alargaban hacia ellos con lenguas sitibundas, bajo una lluvia de chispas y los gritos de los bandidos, quienes danzaban en torno de aquella horrible hoguera, ella lo estrechó entre sus brazos, posando su mejilla en la de él.

En ese preciso instante se oyó un gran tumulto en el camino: disparos, gritos de dolor y de rabia. Los carabineros de Bovino habían encontrado el

carruaje en que escaparan los domésticos de la señora Dal Colle, y habían acudido de inmediato. Un sargento, precipitándose entre las llamas, separó a los dos amantes de aquel abrazo mortal.

Empezaba a amanecer. Assanti y la señora Dal Colle fueron conducidos a Bovino. Ella permanecía muy pálida.

Estando ya en la mejor habitación del hotel, ella le tendió la mano.

—Ahora vamos a separarnos.

—¿Cómo que separarnos...? —exclamó él.

—Hemos pasado un gran momento; hemos realizado el milagro que parecía imposible cuando estábamos en torno de la mesa redonda del Hotel de Rusia. ¡No lo echemos a perder! Hemos sido héroes y, en vista de que no siempre podremos tener asaltantes a la mano, para exaltarnos, acabaremos sintiéndonos ridículos.

—¿Qué clase de mujer es usted?

—Me dicen que soy una loca; pero sé que una loca es siempre más razonable que el más sabio de los hombres. Amigo mío, digámoslo ahora que el

cansancio aminora la fiebre. En dos semanas, usted pasó de la antipatía al entusiasmo; se lanzó perdidamente tras mis pasos, dispuesto a perder su vida, sin siquiera saber si yo soy digna de ese sacrificio... ¿Esto le parece razonable? Por mí ha realizado una buena acción, algo que puede tocar el corazón o la cabeza de una mujer, hasta hacerla perder el juicio... Nada más puedo decirle. ¿Acaso está seguro de que se ha sacrificado sólo a causa del propio sacrificio? ¿Por una idea que se le había clavado en la cabeza? En fin, ¿más por usted que por mí? ¿Está convencido de haberlo hecho con franqueza, sólo por amor?

—¿Qué otra prueba necesita?

—Una muy sencilla: ¿dice que me ama?

—Sí.

—¡Usted no me conoce, no sabe quién soy ni de dónde vengo, no sabe si soy digna de usted, ni siquiera sabe si puedo amarlo como usted lo desea!

—¡Sé que la amo!

—Sobre diez hombres, y de los más sabios, nueve responderían como usted. Si yo lo amara, ¿sería feliz?

—Sí.

—¿Esa felicidad le bastaría? ¿Cuánto querría que durara?

—Para siempre.

—Entonces, ¿por qué no se casa conmigo?

—... Lo pensaré.

HISTORIAS DEL CASTILLO DE TREZZA

I

La señora Matilde estaba sentada en el parapeto semiderruido, apoyando la espalda en la hiedra de la torre y espaciando su mirada pensativa en el abismo negro e impenetrable; su marido, con el puro en la boca, las manos en los bolsillos y la mirada en pos de las azulencas espirales de humo, escuchaba con aire aburrido; Luciano, de pie junto a la señora, parecía leer los pensamientos reflejados en aquellos ojos, impenetrables como el abismo que contemplaban. Las demás personas

del grupo hallábanse aquí y allá, en la explanada llena de piedras y de zarzas, charlando, riendo y chanceando. El mar, sembrado de orlas de espuma, iba adquiriendo un tono de azul lívido, encrespándose levemente. El sol se ocultaba detrás de nubes fantásticas y la sombra del castillo se alargaba en los escollos, melancólica y gigantesca.

—¿Fue aquí? —preguntó de pronto la señora Matilde, alzando bruscamente la cabeza.

—Precisamente aquí.

Ella, con mirada pensativa, recorrió despacio aquel ambiente. Enseguida preguntó, echándose a reír y en son de broma:

—¿Cómo lo sabe?

—Reconstruya, imaginariamente, las bóvedas de estas arcadas, altas, oscuras, en las que aún brillan los restos de las doraduras; esa chimenea enorme, tan ahumada, cuyo remate es ese blasón que nadie podía manchar sin pagarlo con la propia sangre; esa alcoba, profunda como un antro, tapizada con fúnebres colores, con la espada que colgaba de la cabecera de ese señor, que jamás la

desenvainaba en vano y duerme siempre alerta, aguzando el oído, como un bandolero que ama mucho más la propia honra que la de su Dios, y su mujer, muy por debajo de su caballo de batalla. Esa mujer, débil, sola, tímida y temblorosa ante el rudo entrecejo de su amo y señor, repudiada por su familia el día en que le fue confiado el honor sombrío e implacable de otro nombre. Detrás de esa alcoba, sólo separado por una delgada pared, ese armadijo que ahora muestra, sin hipocresía, su garganta abierta; la carnicería de ese mastín oscuro, membrudo, bigotón, que ronca entre su mujer y su espada; la luz de la lámpara nocturna, que culebrea sobre las paredes inmensas, dibujando en ellas fantasmas y temores; el viento que aúlla como espíritu maligno en la garganta de la chimenea, sacudiendo con rabia los batientes apolillados; y, de vez en cuando, detrás de esa pared, en la profundidad de esa trampa, donde ruga el mar, un ahogado gemido del abismo, delirante y espasmódico, un gemido que sobresalta a la mujer en la almohada, con los cabellos erizados por el espanto, húmedos

de sudor, a causa de una angustia más terrible que la del hombre que agoniza en el fondo del armadijo, y, fuera de sí, dirige una mirada, casi demencial, al marido, que ronca y nada oye.

La señora Matilde escuchaba en silencio, con ojos fijos y brillantes. No dijo: “¡Es verdad!”, pero agachó la cabeza. Su marido se levantó, encogiéndose de hombros, dispuesto a marcharse de allí. Las sombras surgían de todas las profundidades de las ruinas y del abismo.

—Si todo eso es cierto —dijo en voz baja la señora—, si todo sucedió como dice, ellos debieron apoyarse aquí, en lo que aún queda de una ventana, para ver el mar, como ahora lo hacemos nosotros —y, posando su mano en tal sitio, agregó—: Aquí.

Él miró su mano, luego el mar y, de nuevo, la mano. Ella no se movía; miraba a lo lejos, sin decir nada.

—Vámonos —dijo de pronto—. La leyenda es interesante, pero a esta hora mi marido prefiere la campana de la comida. Vámonos.

El joven le ofreció el brazo; ella lo aceptó y, alzando los bordes del vestido, caminó ligeramente entre las piedras y los escombros. Al pasar junto a un estípite desmoronado, observó que aún había restos de estuco.

—¡Si éstos pudieran hablar! —dijo, llena de risa.

—Dirían que, en el mismo lugar que usted ha posado la mano, también se aferró la mano convulsa de la baronesa, quien, ansiosa, aguzaba el oído hacia el pasadizo donde ya no se oía el rumor de los pasos de él, ninguna voz, ni un gemido, sino sólo las espuelas ensangrentadas del barón.

La señora retrocedió un poco, como si hubiese tocado un fuego; luego volvió a posar la mano allí, resuelta pero nerviosa; parecía ávida de emociones, sus labios esbozaban una extraña sonrisa; tenía encendidas las mejillas y los ojos le brillaban.

—¡Mire! —exclamó—. ¡Ya no se oye nada!

—¡Ya era hora! —dijo el señor Giordano—. Eso significa que podemos irnos.

La mujer le dirigió una mirada distraída, y agregó:

—¡Discúlpame!

El último rayo del sol que se ocultaba se insinuó en una hendidura, a ras del agua, y alumbró, de repente, el fondo de aquella especie de pozo que fuera el armadijo, mostrando las aristas de las paredes negras, los blancos guijarros que resaltaban en el musgo y la humedad del fondo, los líquenes raquícos que el otoño empurpuraba. La sonrisa desapareció del rostro de la señora, que, volviéndose hacia el marido, le preguntó con timidez, apenada:

—¿No vienes a ver?

El señor Giordano le respondió, sonriendo irónicamente:

—Vas a ver los huesos de ese buen caballero; tendrás pesadillas esta noche.

Ella no respondió; estaba inclinada sobre aquel socavón, apoyándose en las piedras que la rodeaban. Al fin dijo, con voz sorda:

—En efecto... hay unas cosas blancas en el fondo —y, sin esperar respuesta, agregó—: si ese hombre cayó aquí, debió aferrarse por instinto a ese escollo... Mira, diríase que todavía hay sangre...

Su marido arrojó allí el puro apagado, y se volvió de espaldas. Ella sintió un escalofrío, como si hubiese visto la profanación de una tumba, y se apartó de allí. Era una morena graciosa, paliducha, delicada y nerviosa, de bellos ojos negros y profundos. Un pie le resbaló por un instante en una piedra floja; vaciló, y tuvo que sostenerse de la mano de Luciano.

—¡Gracias! —le dijo, con una sonrisa intraducible—. Podría decirse que el abismo me llama.

II

La comida era excelente; no por nada el señor Giordano prefería la campana del comedor que las leyendas del castillo. Hacia las once, en la villa tocaban el piano, y se pasaba a la sala o se jugaba a la baraja en las otras estancias. La señora Matilde había salido a respirar el aire fresco del jardín, olvidándose de la polca que le había prometido al señor Luciano, que la buscaba desde hacía media hora.

—¡Al fin! —le dijo al verla—. ¿Y nuestra polca?

—¿Le interesa realmente?

—Mucho.

—¿Y si la dejamos ahí?

—¡Pobre polca!

—Mire, hablando francamente... Usted cuenta tan bien ciertas historias que jamás hubiese creído que es un bailarín enojado...

—¿Cree, pues, en esas historias?

—Bueno... dependiendo de los momentos críticos.

El silencio era profundo; el viento arrastraba las nubes con rapidez, agitando ocasionalmente los árboles del jardín; el cielo mostraba jirones plateados; parecía que las sombras se perseguían sobre la tierra iluminada por la luna. El murmullo del mar y el quedo susurro de las hojas, a intervalos, tenían a esa hora un no sé qué de misterioso. La señora Matilde miraba aquí y allá, con aire distraído, hasta fijar la mirada en la oscura y gigantesca mole del castillo, recortada con perfiles fantásticos sobre aquel fondo, el cual cambiaba a cada momento. Las luces y las sombras se alter-

naban rápidamente en las ruinas, y un arbusto arraigado en el más alto revellín se agitaba de vez en cuando, como un grotesco fantasma inclinado hacia el abismo.

—¿Ve? —dijo ella, en voz baja y con una sonrisa incierta—. ¡Algo vive y se agita allá arriba!

—Algún espectro de la leyenda.

—¡Quién puede saberlo!

—Es el momento crítico de las historias.

—O bien...

—O bien, ¿qué?

—Quién sabe... ¿Qué hace mi marido?

—Juega al tresillo.

—¿Y la señora Olani?

—Sólo mira.

—¡Ah...!

—Cuénteme esa historia... —dijo después de un rato, con cierta vivacidad—, si no sigue enojado por causa de la polca.

Y la historia que Luciano le relató era realmente extraña.

La segunda mujer del barón D'Arvelo era una Monforte, noble como el rey y pobre como Job; fuerte como un hombre de armas y capaz de responder claramente a la galantería –un poco burda– de don García, a quien le prometió una nidada de D'Arvelos, tan numerosa como la que pudiera empollar la más clueca ama de casa de Trezza. Antes de la boda, le hablaron de los espíritus que rondaban en el castillo, quienes por la noche hacían un desbarajuste en los corredores y las salas, y que por la mañana encontraban puertas y ventanas abiertas, sin saber nunca quién las abría; que se escuchaban gemidos del otro mundo y risas que le ponían la piel de gallina al más temerario bandido que hubiese empuñado alabarda. Doña Isabel les dijo que a ella, si estaba junto a un marido, como parecía serlo don García, no podrían asustarla todas las brujas de España y de Sicilia, ni todos los diablos del infierno, y que era mujer que mantenía su palabra.

La primera vez que se despertó en la cama donde durmiera su última noche la pobre doña Violante –mientras Gracia, la sirviente de la primera mujer del

barón, le llevaba el chocolate y abría las ventanas, todavía medio dormida—, le preguntó a la camarera:

—¿Se puede saber por qué los espíritus no han danzado para darle la bienvenida a la nueva castellana?

—¿No habéis oído nada esta noche? —respondió la pobre Gracia, que se asustaba con sólo hablar de ese asunto.

—Sí; oí roncar a don García, y puedo decirte que ronca como diez centinelas valones.

—Eso quiere decir que el capellán ha bendecido la alcoba mejor que otras veces.

—Ah, será por eso, ¡o porque le doy miedo al diablo y a los espíritus!

—Tal vez ocurra mañana.

—¡Ah! ¿De modo que los señores espíritus también respetan un ceremonial, como el rey? Dímelo.

—Yo nada sé de eso, mi señora.

—¿Y quién lo sabe?

—Mamá Lucía, Brígida, Maso el cocinero, Anselmo y el Rojo, los dos fámulos del señor barón, y el señor Bruno, el montero mayor.

—¿Y qué han visto ellos?

—Nada.

—¡Cómo que nada! Entonces ¿qué han oído?

—Han oído todo tipo de cosas, ¡que Dios nos libre!

—¿Y desde cuándo han oído esas cosas, de las cuales nos libre Dios?

—Desde que murió la pobre doña Violante, la primera mujer del señor barón.

—¿Aquí?

—Precisamente aquí, en este lado del castillo, lanzándose desde las almenas hasta las cocinas, cuyas ventanas dan al patio.

La baronesa se echó a reír, y esa noche le contó al marido lo que había oído. Don García, en cambio, se enfureció más que nunca, y empezó a blasfemar contra Dios y los santos como doña Isabel jamás lo había visto ni siquiera entre los peores palafreneros en casa de sus hermanos, y amenazó con arrojarla del más alto revellín del castillo si llegaba a saber que se permitía propalar semejantes mentiras. La baronesa se asombró al ver que a semejante hombre, que ni siquiera le temía al diablo, lo sacaran de

quicio aquellos chismes; pero, en el fondo, se sintió contenta, porque ella se creía más digna que él de llevar los pantalones y ser una buena castellana.

—Dormid en paz, mi señora —le dijo don García—, porque aquí, en el castillo y los alrededores, en un giro de diez leguas, hasta donde llega mi buen derecho y mi buena espada, lo único que hay que temer es mi cólera.

Pero la baronesa, debido a que la hubiesen impresionado las palabras del marido, o porque permaneciera en su mente alguna de las tonterías que escuchara, se despertó a medianoche, espantada, creyendo haber escuchado un ruido extraño, no muy lejos, detrás de la pared de la alcoba. Aguzó el oído con mucha atención, un poco asustada; pero ya no pudo oír nada más. Aún ardía la lámpara nocturna, y el barón roncaba a más no poder. No se atrevió a despertarlo, y ya no pudo dormir. A la mañana siguiente, su criada la encontró pálida, pensativa, y mientras ella la peinaba delante del espejo, la baronesa, envuelta en su bata de brocado, le preguntó después de dudar un poco:

—Dime todo lo que sabes acerca de los espíritus del castillo.

—Sólo sé lo que le he oído contar al Rojo y a Brígida. ¿Queréis que llame a Brígida?

—¡No! —respondió secamente doña Isabel—. Es más, no le digas a nadie que te he hablado de eso... Cuéntame lo que te han dicho Brígida y el Rojo.

—Brígida, cuando dormía en el cuartito del corredor, no lejos de aquí, todas las noches oía que, poco antes o poco después de los doce badajazos de la campana grande, abrían la ventana que da a la terraza y la puerta del corredor. La primera vez que Brígida oyó esos ruidos fue el segundo domingo de Pascua. La muchacha había tenido fiebre y no podía dormir; y todos aquellos a los que les contó el hecho creyeron que era un engaño de la fiebre; pero, pobrecita, a medida que avanzaba el día su miedo era mayor, y siguió hablando tanto de lo sucedido aquella noche que todos creyeron que estaba delirando, y mamá Lucía tuvo que dormir con ella. A la mañana siguiente, hasta mamá Lucía dijo que no volvería a pasar otra noche allí, aunque le dieran todo el oro

del mundo. Y hasta los más incrédulos empezaron a informarse del cómo y el cuándo, y Maso relató lo que no había querido decir para que no se burlaran de él los más valerosos. Desde un mes antes había oído ruidos en la cocina, dándose cuenta de que los espíritus arrasaban con todo lo que había en la alacena. Luego también contó lo que había visto.

—¿Visto?

—Sí, señora. Sospechando que alguno de los galopines le estaba jugando una mala pasada, se apostó en el pasadizo que hay detrás de la cocina, con su gran cuchillo al cinto, y esperó que fuera medianoche, hora en que se percibían aquellos ruidos. No se oía ni el zumbido de una mosca cuando, de pronto, se apareció delante de él un gran fantasma blanco que, de repente, le pasó por encima, sin hacer más ruido que el que puede hacer un ratón que anda buscando el queso. El pobre cocinero no quiso saber nada más, y estuvo a punto de contraer una enfermedad muy grave.

—¡Ah! —dijo la baronesa y se echó a reír—. Y luego, ¿qué hizo?

—Nada; tragó saliva y fue a confesarse, a comulgar; y todas las noches, antes de acostarse, se persignaba varias veces, encomendándose a todas las ánimas del purgatorio que suelen vagar durante la noche, en busca de réquiem y de sufragios.

—En vista de que los espíritus son los que roban en la cocina, como gatos hambrientos o galopines ladrones, de haber sido yo el señor Maso, en vez de rezar padrenuestros habría echado mano de la mejor navaja, para descubrir quién era el bellaco que se hace pasar por fantasma.

—Oh, mi señora, lo mismo dijo el Rojo, que es un mocetón al que el mismo diablo, con todo y ser el diablo, no lo asusta; se rió a carcajadas y le dijo que él tenía el valor suficiente para agarrar por los cuernos al espíritu, al fantasma y al mismísimo diablo, y hacer que vomitaran allí mismo todo el atracón que se habían dado. Una noche después, el Rojo se apostó en el pasadizo, como lo hiciera el cocinero, con su gran espada en la mano, y esperó una, dos, tres horas. Creyó que Maso se había burlado de él, o que el vino lo había inducido a

contar semejante mentira, y empezó a dormitar sentado en una banca, con la espalda apoyada en el muro. De repente, cuando ya estaba medio dormido, vio delante de él una figura blanca, la cual tocaba el techo con la cabeza; estaba parada frente a él, sin moverse, sin hacer ningún ruido, sin que se supiera de dónde había llegado. Había allí una vaga claridad proveniente de la lámpara colocada en la sala de los guardias, en el vano de un arco, y el Rojo jura que el fantasma lo veía fijamente, con dos ojos brillantes, como de gato romano. El Rojo, tal vez por no estar todavía bien despierto, o un poco temeroso al ver aquella inesperada aparición, echó mano de su espada y le asestó un espadazo tan fuerte que habría partido en dos a un toro, aunque fuera de bronce. Pero la espada se le rompió en la mano, como si hubiese sido de vidrio o la hubiera estrellado contra el muro; y vio un chispeante fuego de artificio, como de cohete disparado en la fiesta de Nuestra Señora, y el fantasma desapareció como un soplo, ni más ni menos, dejando al Rojo lleno de terror, con la

espada mocha en la mano, tan pálido que llenó de susto al primero en verlo. Desde entonces, en vez de llamarlo el Rojo, lo llaman el Blanco.

La baronesa, incrédula, no dejaba de reír; mas sus cejas se fruncían de vez en cuando y, aun teniendo los ojos fijos en el espejo, no se había dado cuenta del modo en que Gracia la estaba peinando, ni cómo le había arreglado la gorguerita bordada. Debido a la sincera convicción de la criada, que la hacía ser tan comunicativa, o a la impresión que tuviera la noche anterior, lo cierto es que no dejaba de pensar en que debía pasar otra noche en esa misma alcoba.

—¿Y qué cosa dicen en el castillo acerca de estas apariciones? —preguntó después de un silencio más bien largo.

—Señora...

—¡Habla!

—Señora... dicen muchas tonterías...

—Cuéntamelas.

—Si lo llegara a saber el señor barón, se enfurecería...

—¡Mucho mejor! Cuéntamelas.

—Señora... soy una pobre muchacha... una ignorante... Hablaría sólo por hablar... El señor barón me arrojaría por la ventana con más facilidad que se bota un peine que ya no sirve. ¡Por caridad, señora, no me exponga a la cólera de mi señor!

—¿Prefieres exponerte a la mía? —exclamó la baronesa frunciendo el entrecejo.

—¡Ay de mí, señora!

—¡Vamos, apúrate! Quiero saber todo lo que dicen, y, si la cólera del barón es peligrosa, la mía no lo es menos.

—Dicen que es el ánimo de la pobre señora doña Violante, la primera mujer del barón —respondió Gracia, toda temblorosa.

—¿Cómo murió doña Violante?

—Se arrojó al mar.

—¿Ella misma?

—Precisamente ella, desde la terraza que rodea el corredor grande; desde una ventana se arrojó a los escollos; en el fondo del precipicio hallaron su velo blanco. Sucedió en la noche del segundo jueves después de la Pascua.

—¿Y por qué se mató?

—Quién sabe. El señor barón dormía tranquilamente junto a ella cuando lo despertó un fuerte grito; no la encontró a su lado y, antes de que pudiera despertarse bien, sólo vio una figura blanca que corría. Se oyó un gran alboroto en el castillo; todos saltaron de sus camas en menos de lo que canta un gallo, y todas las puertas y ventanas se abrieron; el barón iba corriendo en la terraza, como un gato enfurecido, y de no haber estado allí el montero mayor, que lo detuvo a tiempo, el barón habría caído desde el parapeto arruinado, en el punto donde comenzaba la escalera de la torreta de guardia, de la cual sólo quedan unos escalones. El fantasma había desaparecido precisamente en ese lugar.

La baronesa estaba pensativa.

—¡Qué extraño! —murmuró.

—De la pobre señora no quedó ni pudo verse más que aquel velo; en la capilla del castillo y en la iglesia de la aldea se dijeron misas, durante tres días, en sufragio de la muerta, y una multitud acudió de rodillas a los funerales; todos la querían

mucho por las buenas limosnas que daba cuando estaba viva. Sin embargo, a pesar de que el señor barón ordenó que las exequias se realizaran cual convenían a tan rica y poderosa señora, y que el féretro, con las armas de la familia, bordadas en las cuatro puntas del paño mortuario, estuviese tres días y tres noches en la capilla, con más de cuarenta cirios encendidos y el estandarte grande a los pies del altar, adornado de oriflamas y escudos, con una pompa que jamás se había visto, el barón partió de inmediato y no volvió a verse hasta ahora.

—Menos mal —murmuró doña Isabel—. Don García no me ha dicho nada de eso, pero está bien que yo lo sepa.

—Algunos pescadores, que habían salido a la mar antes que los otros, cuentan que vieron el ánima de la baronesa, toda vestida de blanco, como la santa que ella era, en la puerta del puesto de guardia, allá arriba, paseando tranquilamente en la escalera arruinada, donde hasta una gaviota temería posarse, como si caminara sobre un tapete turco y en la mejor sala del castillo.

—¡Ah! —exclamó la baronesa y, después de guardar silencio un buen rato, se levantó para asomarse a la ventana.

El día era tibio y hermoso; el sol festivo que entraba por la alta ventana parecía alegrar la tétrica alcoba; pero doña Isabel no se percataba de ello, parecía meditabunda. De pronto, se volvió hacia Gracia y le dijo:

—Muéstrame dónde cayó doña Violante.

—Allá, en aquel punto donde el muro está roto y comenzaba la torreta del centinela, cuando aún había centinela.

—¿Por qué ya no hay centinela? —preguntó la baronesa, con singular interés.

—Es necesario tener alas para trepar hasta allí; ahora que la escalera está en ruinas, ni el peón más atrevido caminaría sobre los escalones que quedan.

—¡Ah, es cierto...!

Y contempló un buen rato la torreta que, aislada como estaba, y temerosa del abismo que se abría a sus pies, se aferraba al macizo muro y a los restos de la escalinata, desmantelados, sin parapeto,

suspendidos en el aire a cuatrocientos pies del fondo del precipicio, que parecían asideros en una construcción fantástica.

—Sería imposible, en efecto —murmuró para sí misma—. Da mareo el solo hecho de verla.

Retrocedió, bruscamente, y cerró la ventana.

Gracia, al ver tan seria a su ama burlona, y dándose cuenta de que su historia la había impresionado mucho, sintió tanto miedo que pensó en pasar la noche en el cuarto de Rosalía.

—¡Ay de mí, señora! Le dije todo eso sólo por obedeceros y sin pensar que en ello me va la vida si el barón llega a saberlo. ¡Tenga piedad de mí, señora!

—No temas —respondió doña Isabel, con singular sonrisa—; estas cosas, verdaderas o falsas, no hay que contárselas a mi señor y marido. Pero cuéntame qué se dice acerca del motivo que la indujo a matarse... porque tuvo que haber un motivo; algo se dirá, con razón o sin ella. Cuéntame.

—Por las cinco llagas de Nuestro Señor y por el santo día del viernes, que es hoy, juro que no

se dice nada o, al menos, que no sé nada. Desde un principio se creía que la baronesa, cuando empezaron a oírse los gemidos en las noches de tormenta, y después todas las noches, de sábado a domingo, o en las noches de luna, cuando alguna desgracia ocurría en el castillo o en los alrededores, había muerto en pecado mortal, y que por eso su alma pedía ayuda desde el otro mundo, mientras los demonios la martirizaban; pero luego Beppe, el pescador, contó acerca de la figura que había visto en la torreta; algunos días después, Gaspar lo confirmó, y se tuvo la certeza de que el alma bendita de la baronesa estaba en un lugar de salvación, y se pensó, en cambio, en la del paje Corrado, ¡pobrecito!

—¿Cómo murió el paje? ¿También se mató?

—No murió, desapareció.

—¿Cuándo?

—Dos días antes de la muerte de doña Violante.

—¿Quién lo hizo desaparecer?

—¡Quién...! —balbuceó la muchacha, poniéndose pálida—. ¿Quién puede hacer que desaparezca

un alma del Señor y llevársela a su casa, como un lobo se roba una oveja? El señor demonio.

—¡Ah, eso quiere decir que era un gran pecador el paje Corrado!

—No, mi señora; era el joven más hermoso y gentil que hubo en el castillo.

La baronesa se echó a reír.

—¡Ay, mi pobre Gracia, éstos son los pecadores que el señor demonio suele llevarse de esa manera...!

Y luego, otra vez pensativa, dirigió una larga y profunda mirada al lecho donde el pavoroso gemido la había sobresaltado la noche anterior.

—¿Cuándo es que se oyen esos gemidos del otro mundo?

—Las noches en que el fantasma no se ve.

—¡Qué extraño! ¿Dónde?

—Aquí, mi señora, en esta alcoba y en el pasadizo que hay al lado, en el corredor que pasa cerca de esta alcoba, y en el guardarropa que está detrás de la habitación.

—En fin, ¿muy cerca?

Por toda respuesta, Gracia se santiguó.

La baronesa apretó con fuerza los labios.

—Está bien —le dijo en tono cortante—. Ahora vete y no temas. No diré nada de lo que me has dicho.

III

Doña Isabel pasó el día examinando minuciosamente todas las estancias y corredores cercanos a su habitación, y don García le preguntó inútilmente cuál era el motivo de su inquietud. Esa noche durmió poco y agitada, pero sólo escuchó el viento que se había alzado en la madrugada, que sacudía una de las altas ventanas que daban a la terraza.

Al día siguiente la baronesa permanecía acostada cuando, detrás del cortinaje, oyó este diálogo entre su marido y el Rojo, que lo ayudaba a calzarse las gruesas botas:

—Dime un poco, fullero, ¿a qué se debió todo el ruido que hacían mis ventanas una hora antes de amanecer?

El Rojo, después de rascarse la cabeza, le contestó:

—A que el siroco empezó a soplar una hora antes del alba.

—Muy bien; pero si las ventanas hubieran estado bien cerradas no habría podido hacerlas bailar como una muchacha con el mal de San Vito. ¡Cumple con tu deber, marrano! Quiero que, ahora que estoy aquí, todo marche bien, como el reloj de la iglesia.

—Señor, sois el amo —respondió el Rojo, titubeante—, pero es necesario dejar abierta esa ventana.

—¿Por qué?

—Porque cuando se cierra esa ventana se oye...

—¿Qué?

—Se oye, mi señor...

—¡Mal haya tu alma! —gritó el barón, quitándose una bota para lanzársela a la cara.

—Señor, podéis matarme si así lo deseáis; pero lo que os digo es verdad...

—¡Quién te ha soplado tal verdad, maldito bribón!

—He visto y oído como os veo y oigo ahora que estáis furioso, para desgracia mía, sin tener ninguna culpa.

—¿Tú?

—Yo mismo.

—¡Tú te robas el vino de mis cavas, perdulario!

—No había bebido ni vino ni agua, señor.

—Entonces, te estás volviendo un poltrón, ¡y un gato en celo te asusta! Rojo mío, estás envejeciendo como arnés de ropavejero, y voy a echarte del castillo dándote una patada más abajo de la rabadilla.

—Señor, todavía soy bueno para algunas cosas, cuando me ponéis delante una docena de diablos en carne y hueso, que puedo eliminar con un buen golpe de espada o que pueden matarme como a un perro; pero contra un enemigo que no tiene carne ni huesos y os rompe la espada como si fuera una espiga, ¡juro que se la daría al primer perro que la quisiera!, y no sé qué podríais hacer vos mismo, que sois el más temido y endiablado barón de Sicilia.

El barón también se rascó la cabeza, frunció el entrecejo y, ya más calmado, o al menos disculpando al Rojo, le dijo:

—De acuerdo; esta noche ciérrame bien todas las ventanas y vete a dormir sin pensar en esas cosas.

Doña Isabel se levantó más pálida y silenciosa que de costumbre.

—¿Tenéis miedo? —le preguntó don García.

—¡Yo no le temo a nada! —respondió secamente la baronesa.

Pero esa noche no pudo cerrar los ojos y, mientras su marido roncaba como un contrabajo, ella no dejaba de dar vueltas en el lecho. De pronto, sentada en la cama, con los ojos muy abiertos y sujetándolo del brazo bruscamente, le dijo:

—¡Oíd!

Don García también abrió los ojos y, al verla tan asustada, sentose en el lecho y echó mano a su acero.

—¡No! —dijo ella—. Vuestra espada no os servirá de nada.

—¿Qué habéis oído?

—¡Escuchad!

Ambos permanecieron inmóviles, callados. Poco después, don García arrojó la espada al suelo, profiriendo mil blasfemias.

—¡También os estáis volviendo loca! —farfulló—. ¡El canalla del Rojo ha hecho que os dé vueltas la cabeza! ¡Voy a cortarle las orejas a ese perdulario!

—¡Silencio! —exclamó la mujer, esta vez con tal voz y con tales ojos que el barón no se atrevió a replicar—. ¿Escucháis?

—¡Nada, por el alma mía!

Pero volvió a sentarse en la cama, si no tan pálido y turbado como su mujer, sí muy curioso y atento, y empezó a vestirse. Se sobresaltó mientras se ponía las botas.

—¡Escuchad! —repitió la baronesa, santiguándose.

El barón, en cambio, profirió una terrible blasfemia, recogió la espada que había arrojado en medio de la alcoba y, así como estaba, a medio vestir y con la espada desenvainada, se precipitó hacia el

corredor que estaba detrás de la alcoba. Regresó poco después, diciendo:

—¡Nada! Las ventanas están cerradas, revisé el corredor y el guardarropa... Estamos locos... Ahora dejadme dormir en paz, porque si mañana el Rojo se entera de lo que he hecho esta noche, una verdadera imbecilidad, no voy a poder mirarlo a la cara.

No volvió a oírse nada; la baronesa ya no pudo dormir, y don García, a pesar de haber soltado dos o tres ronquidos muy sonoros, ya no pudo conciliar el sueño como siempre, y al alba se levantó tan pálido que el Rojo, listo ya para cumplir con sus deberes, quiso escabullirse.

—Llámame a Bruno —le dijo el barón, que iba y venía en la alcoba, mientras la baronesa se peinaba. Doña Isabel, preocupada, lo veía con el rabillo del ojo; lo vio caminar en el corredor, lo oyó caminar en el guardarropa; luego lo vio regresar, meneando la cabeza y diciendo para sí mismo:

—¡No; es imposible...!

Bruno y el Rojo aparecieron.

—Viejo mío —dijo el barón—, ¿te gustaría ganarte un buen ducado de oro y pasarte una noche en ese corredor, sin temblar como la rueca de una mujercita cuando se le habla de espíritus?

—Señor, haré cualquier cosa que me ordenéis —respondió Bruno, pero no sin dudar un poco.

El barón —que conocía a Bruno desde hacía mucho tiempo y lo consideraba como un bravo endurecido en todas las pruebas— se asombró al verlo dudar un poco y poner, contra toda expectativa, una cara muy seria.

—¡Con mil demonios! —gritó el barón, golpeando la mesa con el puño—. ¡Ahora sois todos una manada de poltrones!

—Señor, para probaros que no todos somos poltrones, haré todo lo que queráis ordenarme.

—Yo también —respondió el Rojo, avergonzado de no ser puesto a prueba, como al montero mayor—. No dudéis de nuestra palabra.

—¡Muy bien! Puesto que todos habéis visto, puesto que todos habéis oído, puesto que todos habéis tocado con la mano, os ordeno que hagáis

guardia esta noche; apostaos en el camino que suele recorrer este bellaco que ha puesto a temblar a toda mi gente. ¿En qué sitio suele verse este fantasma?

—En el corredor de al lado, casi siempre... Pero nadie ha visto nada desde que esta ala del castillo está deshabitada...

—Tú, Bruno, montarás guardia detrás de la puerta de la sala grande; el Rojo, detrás de la ventana, al fondo del corredor. Cuando este espíritu malnacido esté adentro, y vosotros listos con vuestras buenas dagas, sin que os tiemble la mano y el corazón, este ribaldo no podrá escapar sino a través de mi alcoba... y entonces, ¡por mi Dios o por su diablo!, tendrá que vérselas conmigo. ¡Marchaos, y haced una buena guardia!

—Yo creo que haríais mejor ordenando muchas misas por el alma de vuestra Violante —le dijo la baronesa, seria, cuando estuvieron a solas.

El barón estuvo a punto de montar en cólera, pero supo calmarse y acabó por decir, en son de broma:

—¿De cuándo acá, mujer mía, sois crédula como una mujercita?

—Desde que veo y oigo cosas que nunca había visto ni oído.

—¿Qué habéis oído, si se puede saber?

—¡Lo que habéis oído vos! —rebatió ella, sin perder su aplomo.

Don García frunció el entrecejo.

—Yo no he visto ni oído nada —exclamó desdenosamente.

—¡Pues yo os he visto como os veo en este momento, y vos mismo os asombraríais si pudierais veros como yo os veo!

—¡Ah! —dijo el barón, con una sonrisa que mostraba sus dientes blancos y afilados de lobo—. ¡Fue porque me hicisteis volver la cabeza, y yo también tuve miedo!

—Mi señor, ¿creéis que yo tengo miedo?

El barón no respondió y fue a asomarse a la ventana con un humor más negro que los nubarrones acumulados en el horizonte.

IV

Esa noche, en la cena, el barón estuvo más sobrio que nunca. Doña Isabel fue a acostarse sin decir nada, pero pálida y seria. Don García, después de cerciorarse de que Bruno y el Rojo montaban guardia en sus puestos, se metió a la cama y le dijo a su mujer, en son de chanza:

—Esta noche veremos si el diablo pierde la cola.

Doña Isabel no respondió, pero don García ni roncó, y se puso a dormir solamente con un ojo.

Un rato después de que sonaran las doce campanadas, el barón se dio vuelta dos o tres veces en el lecho, bostezó y, al fin, pudo dormir realmente. Todo estaba en calma, incluso el viento. Doña Isabela, despierta hasta ese momento, empezó a dormitar.

Pero un horrible grito retumbó en el inmenso corredor; era un supremo grito de terror, de delirio, irreconocible, que no tenía nada de humano; al mismo tiempo, se oyó un gran desbarajuste: la puerta y la ventana se abrieron con ímpetu, como empujadas por una violenta racha de viento, y en la

incierta luz de la lámpara pareció que una figura blanca cruzaba la alcoba como un relámpago, huyendo hacia la ventana.

La baronesa, paralizada por el espanto, vio que su marido corría en pos del espectro, empuñando la espada y saltando por la ventana que daba a la terraza. Seguido por Bruno, el barón corría como un desatinado, persiguiendo al fantasma que huía, como un pájaro, por el borde del parapeto en ruinas; ambos, con los cabellos erizados, vieron que no se trataba de una ilusión: la blanca figura trepaba ligeramente sobre las piedras salientes del muro, donde una vez había estado la escalera, para luego desaparecer en la oscuridad.

—¡Santa Virgen de Ognina —exclamó don García, después de algunos instantes de estupor—, si es el mismo diablo en carne y hueso, lo atravesaré con mi espada, aunque se lleve mi alma!

Don García no creía ni en Dios ni en el diablo, pero respetaba a los dos. Sin saber por qué, recordó las palabras que le dijera doña Isabel esa mañana, y se estremeció.

Doña Isabel no le preguntó nada, ya fuera por temor o por considerarlo inútil. Por lo demás, el barón hallábase tan trastornado que no habría tolerado ninguna pregunta. Sin embargo, a la mañana siguiente ella le dijo que no volvería a dormir en esa alcoba.

—Esperad una noche más —le dijo el marido—; yo mismo montaré la guardia y, si mañana no os reís de vuestro miedo, seréis dueña de hacer lo que os plazca.

Ella no se atrevió a decir algo más; pero, después de un buen rato, le preguntó:

—Mi señor, ¿de qué enfermedad murió vuestra primera mujer?

El barón la miró aviesamente, y le dijo:

—Murió del corazón, señora.

—Yo no tendré ese mal, os lo prometo —dijo ella con extraño acento.

Don García, pese a todos los vicios del soldado y del gentilhombre bandolero, tenía una sola virtud: un arrojo a toda prueba. Hizo lo que ya no se atrevía a hacer Bruno, el terrible Bruno, y por lo

cual casi había muerto el Rojo, el más osado mocetón de la comarca, y pasó tres noches seguidas en el corredor, sin pestañear, sin moverse más que la pilastra en que se apoyaba, con la mano en la empuñadura de la espada y aguzando el oído: el viento azotaba los postigos de la ventana dejada abierta por orden suya; los búhos revoloteaban en la terraza, los murciélagos se perseguían chillando en el corredor; la luz de la lámpara reverberaba en el arco de la sala de los guardias, y nada más. Don García hubiérase cansado de pasar las noches montando guardia, como hombre de armas, si el recuerdo de lo que había visto con sus propios ojos no estuviera todavía hondamente impreso en su cabeza, y si una palabra de su mujer no le hubiese inoculado una de las preocupaciones que ya no dejan dormir ni el espíritu ni el cuerpo, una de esas dudas que exigen una imperiosa explicación. Su conciencia seguía dormida, pero sus reminiscencias, y algunas circunstancias dejadas pasar sin observarlas, despertábanse de pronto, erguíanse delante de él en forma tan sospechosa

que don García –grosero, brutal, despótico señor, al mismo tiempo escéptico y supersticioso, pero en el fondo sinceramente barón, es decir, obsequioso con el rey y la Iglesia, cosas que lo hacían ser lo que era– se sintió subyugado, abrigó la necesidad de librarse de aquello mediante la persuasión o la espada.

Era la cuarta noche que don García esperaba; una tormenta caía sobre el mar, los truenos hacían temblar el castillo desde sus cimientos, el granizo azotaba impetuosamente los vidrios y las banderolas de los torreones gemían a intervalos; de vez en cuando, un relámpago surcaba la oscuridad del corredor, desatando una ola de espectros; se apagó de pronto la luz en la sala de los guardias.

Don García se quedó a oscuras. Las tinieblas parecían oprimirlo por todas partes, ahogando su respiro en el pecho y la voz en la garganta, atorando el acero en la vaina. De repente, el resuelto soldado sintió un escalofrío que penetraba en todos sus huesos: en las tinieblas, en medio de muchos ruidos confusos, que tenían un no sé qué de espantoso, le

pareció oír otro ruido, más cercano, tan horrendo que hizo temblar las manos de aquel hombre. Un lampo rasgó las tinieblas, y vio delante de él, inmóvil, a la figura blanca que había visto huir en otra ocasión, la misma que él había perseguido con el pensamiento: ella lo miraba ahora con ojos chispeantes y terribles. La visión fue instantánea. Con los cabellos erizados, lanzó una estocada formidable, sintiendo que la empuñadura chocaba contra algo; un grito le congeló la sangre en las venas y, en un delirio de terror, le hizo retirar la espada y dar un salto atrás, tan aterrorizado que empezó a llamar a su gente con toda la voz que le cabía en el cuerpo.

Transcurrieron dos o tres minutos terribles, en los que no se oyó nada. El barón se quedó en medio de aquella oscuridad, cerca de *aquella cosa* que había tocado su espada. Después se oyó en el castillo un gran alboroto: los criados corrían por todas partes, y las paredes empezaron a iluminarse con las teas de los fámulos. Don García se precipitó hacia la puerta, gritando:

—¡Que nadie entre, si es que ama su vida! ¡Sólo Bruno puede entrar!

Todos se detuvieron, atónitos, viendo desmesuradamente pálido al barón, con mirada perdida y la espada en la mano, todavía manchada de sangre. Bruno traspuso el umbral y vio un espectáculo horrible: junto a la pared yacía el cadáver de doña Violante, vestida con su bata blanca, tal y como había huido del lecho del marido la noche en que se pensaba que se había arrojado al mar. Su rostro estaba pálido como la cera, muy demacrado, con los cabellos desaliñados, los ojos abiertos, brillantes, fijos, espantosos. La herida era mortal; sólo algunas gotas de sangre chorreaban de la boca, surcándole la barbilla.

—¡Tenías razón, Bruno! —dijo don García con voz sorda—. Yo no quería creer en los fantasmas, me parecía que eran necedades de mujercitas; pero ahora también creo en ellos. Es necesario arrojar al mar esta forma que adoptó el espíritu maligno... Y que nadie del castillo o de fuera sepa nada de esto, porque serían capaces de inventar cualquier historia absurda...

Bruno no necesitaba mayores explicaciones, pero su señor no se olvidó de agregar en voz baja:

—Oye, viejo mío, sabes bien que, si esta cosa llegara a saberse, no sólo sería bígamo sino algo peor, ¡y tu cabeza caería muy pronto de tus hombros!

En la iglesia, al conmemorar el aniversario de la muerte de doña Violante, se le rindieron pomposos sufragios; pero, no se sabe cómo, empezó a propalarse, en el castillo y fuera de él, que *la cosa había ocurrido de otra manera*, manera que le disgustaba a don García. Y Bruno, que empezaba a dudar de que su cabeza estuviese muy firme sobre sus hombros, un buen día que ambos andaban cazando, por mera distracción, le metió una bala de arcabuz entre la primera y la segunda vértebra a su señor.

Doña Isabel, que gran temor tenía del mal de corazón, se fue a vacacionar a casa de su familia, y en vista de que aquel aire le sentaba bien, nunca regresó.

V

Ésta era la leyenda del castillo de Trezza, que todos conocían en los alrededores y que todos relataban de diferente manera, mezclando espíritus, ánimas del purgatorio y la Virgen dell'Ognina. Los terremotos, el tiempo y los hombres habían reducido a un montón de ruinas la espléndida y fuerte mansión de aquellos señores que, en tiempos de Artale d'Alagona, desafiaban impunemente la cólera del rey, imprimiéndole a la leyenda un estigma maldito y una misteriosa atracción, que fascinaba la mirada de la señora Matilde mientras escuchaba en silencio.

—¿Y qué le pasó a aquel hombre —preguntó de improviso—, a aquel jovencito que, para desgracia suya, no murió al caer en el armadijo, y que agonizó allí poco a poco? ¿Qué pasó con él?

—Nada se sabe. Tal vez el barón oyó sus gemidos ahogados o sus gritos desesperados, que imploraban la muerte; quizá después de algunos días sintió el hedor del cadáver proveniente de

aquella especie de pozo y ordenó que lo cubrieran con cal viva.

—¡Es una historia espantosa! —murmuró la señora Matilde—. Quitándole los fantasmas, los ruidos a medianoche, el viento que abría puertas y ventanas, las banderolas que gemían, ¡sigue siendo una historia espantosa!

—Una historia imposible en nuestro tiempo, ahora que los maridos recurren a los tribunales o, cuando mucho, se baten a duelo —dijo Luciano echándose a reír.

Ella le congeló la risa en la boca con una mirada singular.

—¿Usted lo cree? —le preguntó.

Luciano enmudeció ante tal mirada, ante tal acento y por oír que de pronto le hablaba de usted. Estaba llegando el señor Giordano.

—Hábleme de otra cosa —dijo ella en voz baja, con extraña vivacidad—, ya no hablemos de eso...

VI

El señor Luciano y la señora Matilde se encontraban casi todos los días en aquel reducido grupo de amigos, que las veladas o las excursiones reunían cotidianamente. La señora estuvo indispuesta dos o tres días, y no salió de su habitación. Cuando volvieron a encontrarse, tan cambiada le pareció a Luciano que él preguntó al punto cómo estaba de salud; la actitud y las respuestas de ella fueron tan parcas que el joven se sintió muy apenado, sin saber por qué.

Era obvio que ella lo evitaba. Seguía siendo alegre, chistosa y amable, pero no con él. El marido de ella también había cambiado, sin que mediara ninguna explicación, sin que Luciano supiese el motivo por el cual se mostraba distante; desconocía por qué la reserva de esa mujer y la de su marido lo inquietaban tanto.

Una hermosa noche de luna llena, toda la comitiva salió a pasear, y Luciano le ofreció resueltamente el brazo a la señora Matilde; ella dudó un poco, pero no se atrevió a rehusarlo. Caminaban

despacio, en silencio, mientras los demás charlaban y reían. De pronto, ella apretó su brazo y le dijo con voz muy débil:

—¡Mire!

El señor Giordano estaba cerca de ellos, del brazo de la señora Olani. La mano que apretaba el brazo de Luciano estaba convulsa y temblorosa, y en su voz había una vibración insólita.

Cuando el señor Giordano la hubo dejado en el cancel de la villa, la señora Olani pareció olvidarse de una máscara que se había impuesto hasta ese momento, y él se mostró taciturno y preocupado.

—¡Tengo miedo...! Temo por él... —murmuró la señora Matilde.

Luciano estrechó el delicado brazo que se apoyaba levemente en el suyo, y que le correspondió confidente, enamorado; un brazo que no podía protegerla aunque pudiera dar toda la sangre de sus venas. Se vieron a los ojos, con una mirada brillante en la penumbra —acongojada la de ella—, y bajaron los ojos. Se despidieron en la puerta de la villa. Luciano no se atrevió a estrecharle la mano.

Ella partió, y nunca supo qué ardientes noches de visiones pasaría él, ni cuáles fiebres lo habían consumido estando junto a ella, mientras parecía tan tranquilo e indiferente; no supo cuántas veces, sin que nadie se diera cuenta, la había devorado con los ojos, y cuánto lo apenaba tener que despedirse de ella delante de todos, o cuando la veía pasar, arrinconada en el fondo de un carruaje, con las mejillas pálidas y los ojos clavados en el vacío; no supo cuánta amargura tuvo que ahogar los días en que no podía verla, sino a través de aquella ventana, por estar enferma. ¿Lo adivinó? ¿Adivinó él cuánto había sufrido también ella? Cuando volvieron a encontrarse después de un largo tiempo, fingieron que no se veían, palidieron y no se saludaron.

Encontráronse otras veces —en bailes, en la iglesia, con el favor de Dios o de la fatalidad—, y finalmente le dijo él:

—¿Cuándo podré verla?

Ella sintió que sus mejillas ardían como brasas; bajó los ojos, luego los clavó en los de él y respondió:

—Mañana.

Se vieron al día siguiente, y una hora después el alma de ella se embriagaba de éxtasis, su pulso era febril y los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Por qué me contó aquella historia? —repetía balbuciendo, como en un sueño. ¿Era arrepentimiento, reproche o presentimiento?

Meses después, en el otoño, el mismo grupo de amigos se había reunido en Aci Castello. Los dos que se amaban seguían ocultando su fiebre; el marido disimulaba su rabia, o la señora Olani era más absorbente. Se veían y reunían como antes; estaban alegres, o parecían estarlo, como antes. Algún huido rubor en las mejillas, cierto brillo en los ojos, ¡y nada más! Los mismos paseos campestres, los mismos bailes; paseaban en barca, a caballo o en burro, y hasta proyectaron una comida en la vieja torre del castillo. La señora Matilde opuso todos los pretextos; el marido, mirándola de cierto modo, le preguntó por qué motivo no quería ir...

Y acabó por ir también ella.

La comida fue tan alegre como la del año anterior. Comieron y bailaron sobre la hierba, y sobre la hierba dejaron las botellas descorchadas. Hablaron del castillo, de las memorias históricas, de los normandos y los sarracenos, de la pesca de anchoas, de los siglos caballerescos, sin que faltaran las viejas leyendas; se relató de nuevo, sin mucha ilación, la historia que Luciano contara por primera vez en ese mismo sitio, y algunos que no la conocían escuchaban con avidez, paladeando tranquilamente el buen moscatel de Siracusa.

Luciano y la señora Matilde guardaban silencio: evitaban mirarse.

VII

Don García d'Arvelo se vio inesperadamente, a los cincuenta años de edad, señor de los numerosos feudos dependientes de la baronía de Trezza; su sobrino barón fue encontrado en un barranco, ya tieso, un buen día, o una buena noche, después de

andar cazando quién sabe qué pájaro. El caballero d'Arvelo, siendo ya barón, mandó a colgar preliminarmente a dos o tres vasallos, cuya desgracia fue la de poseer muy buena caza en sus campos y la triste reputación de cuidar la honra, como tantos gentilhombres. Y, puesto que se sospechaba que el señor de Grevia había saldado de tal manera algunas viejas cuentas de familia, montó a caballo y fue a esperarlo en una cierta encrucijada; así, sin ponerse a considerar las posibilidades del *se dice*, le puso fin a esa partida.

Satisfechas de tal modo sus obligaciones de d'Arvelo y de señor, no acostumbrado a que nadie interfiriera en sus asuntos, fue a sentarse tranquilamente en la baronía, colgó la espada del clavo de su antecesor y, para darse aires de patrón, hizo que la suya fuera de hierro para todos los pobres diablos que se hallaban en los límites de su jurisdicción; también la usó en el pillaje, porque en él aún seguía vivo el asaltante y las costumbres del soldado aventurero. Todos aquellos que en el réquiem ordenado en sufragio del joven barón habían injertado

en voz baja ciertas chanzas que no existían en la liturgia, se arrepintieron y viéronse obligados a repetir –aunque ignaros de la historia– el dicho de la vieja de Nerón. Lobo por lobo, el viejo, que sucedía al joven, mostraba tales quijadas y tal apetito que, comparado con el lobezno muerto, parecía un corderito. El caballero, segundogénito de una gran familia, había estado mucho tiempo afilándose los colmillos y codiciando todo lo que derrochaba el sobrino –jefe de la casa, su señor y patrón– que, pese a las correrías de toda clase, en las cuales el hermano y luego el sobrino se hacían de la vista gorda, podía decirse de él que estaba hambreado desde hacía cincuenta años. Así, pues, era muy natural que, cuando pudo darse una comilona con todas las salsas del poder más desenfrenado, lo hizo como glotón, con estómago de avestruz.

Por lo demás, el rey, su señor después de Dios, estaba lejos, y los d'Arvelo pertenecían a una familia ilustre: eran grandes de España, no se quitaban el sombrero ni delante del rey ni delante de Dios, titulares de muchos cargos en la corte, barones ricos

y poderosos, un poco aliados de la mano izquierda de los berberiscos, mastines que debían ser tratados con miramientos. Don García fue a la corte; se batió con un gentilhombre que osó reírse de sus bigotes hirsutos y de sus galones luidos, y le metió tres pulgadas de hierro entre las costillas; le juró sumisión al rey, que lo invitó a su mesa; y, entre el queso y los higos secos, el monarca le dijo que, puesto que la familia de los d'Arvelo no contaba con otros sucesores, le placería que se casara con una dama de Castilla, la cual esperaba marido en el monasterio de Monte Virgen. Y don García, buen súbdito y buen jefe de gran familia, no esperó a que se lo dijera dos veces: sin haberla visto nunca antes de llevarla al altar, revisó minuciosamente los pergaminos de la familia de la novia y los cuatro cuartos de su blasón; ordenó que se la llevaran en una parihuela nueva, custodiada por matones y hombres de armas; él montó su caballo pullés y se la llevó a Trezza.

La noche del arribo de los novios hubo muchas luminarias en el castillo, en la aldea y en los alrededores; la campana de la iglesia resonó hasta

reventarse, se bailó toda la noche en la playa, y del vino del Bosco y de Terraforti, que abundaba en las cavas del barón, bebió incluso el mar. Cuando la novia llegó al fondo de aquella alcoba, inmensa, oscura y triste, en la cual erguía, como un catafalco, el tálamo nupcial, no pudo vencer una sensación de repugnancia, casi de miedo, y le preguntó al marido:

—Mi señor, ¿cómo es que, siendo vos tan rico, tenéis una alcoba tan fea?

Don García, recordando que era mejor mostrarse galante un cuarto de hora, le respondió:

—Señora mía, ahora que estéis aquí, la alcoba será bella.

Pero la primera noche que doña Violante se despertó en ese feo cuartote, al lado de aquel repulsivo señor, debió de haber sido un mal despertar. Ella era una dama de buena familia, bien educada en la obediencia, pasiva, sólo orgullosa de su nombre y de lo que estaba bajo su tutela. La habían arrancado bruscamente de la calma de su convento, de los tranquilos deleites, de los sueños vagamente turbados

en su juventud por una novelita apenas esbozada, pero que inquietó toda la sangre que tenía en sus venas, para arrojarla a la alcoba de aquel marrano que, por casualidad, le había caído en la cabeza el gorro de barón: ella lo aceptó porque el rey, que era jefe de su familia, y las leyes de su casta se lo imponían, y tuvo que vencer su repugnancia cuando la mano negra y callosa de aquel viejo se posó en su hombro blanco y soberbio, porque era su marido. Dulce y gentil como era, a fuerza de dulces y gentiles maneras intentaba suavizar a aquel viejo lobo que gruñía a su lado cuando él quería parecer amable. Sin embargo, a ese tal lobo no podía cambiarlo el agua bendita del matrimonio; y, en cuanto a vicios, tenía todos los que suelen verse en un soldado aventurero en todas las tabernas. Por desgracia, después de dos años de matrimonio, doña Violante no sólo no había traído al mundo un baroncito, sino que ni siquiera parecía preocuparle ese asunto y, para colmo, tampoco parecía comprender el motivo por el cual don García no daba muestras de aburrimiento ni por qué le importaban poco los gastos que impli-

caban tener a semejante señora. Esa mujer delicada, linfática, de manos blancas, que hablaba en voz baja y se ruborizaba cuando lo oía cantar cancioncillas alegres o ante sus exclamaciones joviales; que huía espantada cuando el barón estaba de mal humor; que no sabía condimentar sus guisos predilectos y ni siquiera era buena para darle un sucesor, le daba la impresión de ser un juguete de lujo, que debía guardarse bajo llave, como los diamantes de la familia. Por ello, lejos de abandonar sus costumbres de lansquenete, volvió a comportarse como antes, sin tomarse la molestia de ocultárselo a su mujer, que era tan timorata que temblaba tanto cada vez que él montaba en cólera a causa de la más mínima observación que ella le hacía. En fin, le parecía una estúpida. Se iba de caza, bebía, andaba por los techos y saltaba los setos; y cuando regresaba, muy borracho o de mal humor, ¡no se salvaban ni las moscas que se atrevían a zumbar!

La más reciente juerga de don García fue tan escandalosa que hirió en lo más vivo y más hondo a aquella víctima resignada. La fiereza de patricia,

el amor propio y los celos de mujer se rebelaron al fin en doña Violante, y le dieron por primera vez una energía ficticia.

—Mi señor —le dijo con voz temblorosa, pero sin bajar los ojos ante la ruda cara del marido—, ¡devolvedme al convento del cual me sacasteis, dado que tanto es lo que he caído de vuestra estima!

—¿Qué significa eso? —farfulló don García—. ¿Quién os ha dicho que habéis caído de mi estima?

—¿Cómo os respetáis tan poco que sois capaz de rebajaros con la Mena?

El barón estaba a punto de proferir una media docena de aquellos improperios que hacían cimbrar hasta los cimientos del castillo; pero se contentó con reír a carcajadas.

—¿Desde cuándo, mi señora, en el castillo de Trezza se permiten las gallinas levantar la cresta? Encargaos, más bien, de empollar algunos barones, como es vuestro deber, y dejadme cantar maitines cuando a mí se me antoje.

A la mañana siguiente, la baronesa se levantó pálida y abatida, pero sus ojos brillaban con in-

sólito esplendor; parecía resignada, pero con una resignación sombría, meditabunda; con relámpagos de rebelión y venganza. Y aquel marido tan burdo, tan brutal, se preocupó al ver la insólita actitud de aquella mujer que posaba la cabeza en la misma almohada, sin que se moviera un solo músculo de su cara, y quiso darle a entender, con un beso avinagrado, que no le guardaba rencor por su resistencia veleidosa. Ella, sin moverse, no lo rechazó; permaneció con los ojos cerrados, los labios descoloridos y sellados, las mejillas pálidas y sombreadas por la larga franja de sus pestañas; sólo una lágrima ardiente brilló por un instante en sus cejas, que resbaló con mucha lentitud.

VIII

Una noche, el barón tardaba en regresar; la luna se reflejaba en los vidrios historiados del alto ventanal, y el mar gemía muy quedo. Hacía un buen rato que la baronesa meditaba, absorta en

su sillón, con el mentón en la mano. Corrado, el bello paje del barón d'Arvelo, le había preguntado dos o tres veces si debía montar a caballo, para ir en busca de su señor.

Al fin, doña Violante lo miró con mirada pensativa. Corrado era un hermoso jovencito, de ojos negros y aterciopelados, de mejillas brunas y frescas, como las de las bellas jovencitas de Trezza, y tan tímido que sus dorados pómulos se empurpurbaban un poco bajo la mirada distraída de su señora. Ella lo miraba sin verlo.

—¡No! —dijo después—. ¿Para qué...?

Luego se levantó, fue a abrir la ventana y apoyó los codos en el alféizar. El mar estaba brillante y pulido; los pescadores, dispersos en la orilla, o agrupados delante de sus casitas, charlaban acerca de la pesca del atún y de la saladura de las anchoas; lejos, lejos, perdido en la oscura extensión, oíase a intervalos un canto monótono y oriental; las olas morían como un suspiro a los pies de la alta muralla, la espuma blanqueaba un instante y el acre olor marino también subía con las olas. La baro-

nesa estuvo contemplando, distraídamente, todo esto, y se asombró de que ella, estando muy alto, en aquella cámara dorada de la mansión señorial, escuchara con tanto interés las conversaciones de aquella gente que estaba allá abajo, al pie de sus torres. Luego miró los negros umbrales de aquellas pobres casas, el resplandor de los fogones y el humo que subía lentamente de los techos; en fin, se volvió bruscamente, casi sorprendida por el paje que, parado en la puerta, esperaba sus órdenes; miró de nuevo la playa, el mar, el horizonte marcado por una vaga luz, la sombra de los escollos, que iba y venía con las olas; y volvió a ver a Corrado, esta vez con gran atención. Se ruborizó de pronto, como asombrada de su distracción, y sólo por decir algo, le preguntó:

—¿Qué horas son, Corrado?

—Son las dos de la mañana, señora.

—¡Ah!

Sus cejas se fruncieron de nuevo, bajó la mirada por un instante y, con un acento de indecible amargura, dijo:

—Esta noche tarda mucho en regresar el barón...

—No temáis, señora; el campo es seguro, la noche está bella y la luna va sin hallar ninguna nube.

—¡Es verdad! —dijo ella con una extraña sonrisa—. ¡Es una bella noche para los amantes...!

Y, con su mirada de ama, no dejaba de ver al jovencito, sin darse cuenta de que él estaba muy impresionado.

Dejó la ventana para ir a sentarse en la silla blasonada, al pie de la cual se acomodó el paje; ella no se mostraba melancólica ni meditabunda, sino inquieta, agitada y nerviosa.

—¿Conoces a la Mena? —le preguntó de pronto, con brusquedad.

—¿A la molinera del Cabo de los Molinos?

—¡Sí, a esa molinera! —repitió, sonriendo singularmente.

—La conozco, señora.

—¡Yo también! —exclamó con voz sorda—. ¡Me la presentó mi marido!

Para la altiva castellana, Corrado no era más que un criado, un jovencito que portaba su blasón

bordado en el jubón de terciopelo; un jovencito hermoso, de cabellera ensortijada y blonda, que honraba a su casa. Así, pues, ella hablaba como para sí misma, con su propio eco, porque su corazón estaba muy amargado, sin poder desahogarse en lágrimas, y le preguntó, con singular acento y los ojos fijos en el suelo:

—¿Por qué no eres también amante de la Mena?

—¿Yo, señora?

—Sí, todos andan locos por esa molinera.

—Yo soy un pobre paje, señora...

Ella lo miró a la cara, frunciendo el entrecejo que, poco a poco, volvió a allanarse.

—Pobre o no, eres un hermoso paje. ¿No lo sabes?

Sus ojos se encontraron y rehuyeron por un instante. Si la vanidad del jovencito se hubiese despertado al oír tales palabras, todo habría terminado entre los dos, y el orgullo de la patricia se habría encabritado ante la audacia del paje, porque el corazón de la mujer se habría cerrado para siempre. Pero el jovencito suspiró y le dijo, bajando los ojos:

—¡Ay de mí, señora!

Ese suspiro resultó ser muy atractivo.

Mil sentimientos nuevos, confusos y violentos iban creciendo en el ánimo de la baronesa, como las nubes sobre un mar tempestuoso. Pura, blanca y soberbia, descendiente de príncipes reales y de reyes castellanos, ella no pudo menos que comparar a aquel jovencito ingenuo y hermoso –cuyo corazón era de caballero bajo una librea de criado– con aquel hombre burdo, feo y villano, con corona de barón, al cual se había entregado, y que la relegaba a causa de una belleza vulgar, que calzaba zuecos y cargaba harina en la espalda. Lágrimas ardientes le brillaron en las órbitas, enjugadas de inmediato por algo más ardiente aún, devoradas en secreto; todo aquel movimiento interior parecía tener voz y palabras, parecía gritar en todos sus miembros y poros, y el paje, por primera vez, se atrevía a mirar en aquella soberana belleza, delirante en secreto, y que hacía extraviarse sus bellos ojos azules, que chispeaban con una luz insólita.

—¡Corrado! –exclamó de pronto ella, con voz sorda, como si perdiera la cabeza—. Tú, que

la conoces... tú, que eres hombre... dime si esa molinera es bella... Dime si es más bella que yo... Oh, dímelo, no tengas miedo...

El jovencito miraba, fascinado, a aquella mujer indignada, celosa, llena de deshonra y despecho, de una belleza que podría ser la perdición de un ángel. Corrado estaba pálido, pero no respondió. Luego, con voz temblorosa, con las manos juntas y un acento que hizo estremecer a la baronesa, exclamó:

—¡Oh, tened piedad de mí, señora! ¡Señora...!

La baronesa le clavó una mirada hosca, y se alejó de él rápidamente; huyó hacia la ventana, para beber con avidez la brisa fresca de la noche. Cuatro campanadas sonaron en ese momento; ya no se veía nada, no se oía ningún rumor. ¿Qué estaba sucediendo en aquella alma atormentada? Nadie hubiera podido saberlo, y ella menos que nadie, porque tales pensamientos son vertiginosos, tan tempestuosos como el sentimiento del cual emanan. Luego se volvió de pronto hacia él:

—Oye —le dijo—. ¡Estás equivocado! Paje o no, pobre o no, eres joven y bello, capaz de hacer que

alguien pierda la cabeza por ti, y te equivocas si no eres el amante de la Mena. Tu señor, que es viejo y feo, la ama... El amor es juventud, belleza, placer... Yo no lo creía... Mi marido me lo ha enseñado, y este marido no es joven, ni bello, ni gentil. Me entregué a él... Te juro que yo era bella, delicada, siempre risueña, con el corazón ansioso y trepidante bajo la tosca mano que me acariciaba. Estando en el convento, muchas veces soñé que la primera caricia la tendría de una mano muy diferente, de una mano blanca y delicada; que mis labios vírgenes se estremecerían por primera vez bajo unos labios que me hubieran sonreído, sombreados por bigotes de oro, a través de la celosía. En cambio, fueron los labios hirsutos del barón d'Arvelo... *Aquel* era hermoso como tú, rubio como tú, joven como tú... Le robé mi belleza, mi juventud y mi primer beso, el mismo que le prometiera con mi primera mirada, con mi corazón, que era suyo, para dárselo a este hombre, que me impusieron; sin embargo, se lo di lealmente. Ahora soy pobre como tú; no poseo más que mi bello nombre, que también

le he dado; he tratado de olvidar mis sueños, mis repugnancias, los latidos de mi corazón. Ahora este hombre, al cual le he sacrificado todo aquello, que me ha robado todo aquello, este caballero desleal, este marido infame, ha mezclado mi primer beso de virgen con el beso impuro de una cortesana...

Ella cerró los ojos con una expresión de indecible horror.

—Tú no sabes, no puedes saber qué efecto pueden tener tales infamias en el ánimo de una patricia... Pero, por Santa Rosalía, ¡juro que me vengaré de este hombre, que lo cubriré de tantas injurias y de tanta vergüenza que no podrá lavarlas con toda la sangre de sus venas y de las mías! Aún soy joven, y seguiré siéndolo cuando yo ame... ¡Te lo juro...! ¿Quieres? Dime, ¿quieres...?

Corrado temblaba. Ella lo tomó por la cabeza y, con gesto decidido, le estampó en la boca un beso de fuego.

IX

Doña Violante no cerró los ojos durante toda la noche. Estaba con el codo en la almohada, clavando una mirada intraducible, inmóvil, incansable, en aquel marido que dormía tranquilo junto a ella, exhalando un intenso olor a vino, que rozaba el rostro de ella; un marido que la habría triturado bajo su puño de hierro si hubiese podido imaginar qué fantasmas pasaban por los ojos de ella. A la mañana siguiente, con las mejillas encendidas por la fiebre y con una sonrisa convulsa, le preguntó:

—Don García, ¿no os parece que es tiempo de buscar otro paje?

—¿Por qué?

—Corrado ya no es un muchacho, y con frecuencia dejáis sola a vuestra mujer. Siempre está conmigo y eso puede dar pábulo a que hablen mal vuestros enemigos.

El barón frunció el entrecejo, y le dijo:

—Amigos o enemigos, me conocen lo bastante para saber que no pueden hacerlo. —En los ojos

de la mujer relampagueó una sonrisa endiablada.— Además —agregó don García—, os estimo lo bastante para temer que vos, noble y altiva, os rebajéis con un paje.

Y, echándole galantemente los brazos al cuello, acercó sus labios a los de ella quien, a su vez, blanca como una estatua, lo besó con insólita energía.

Pese a la baronía altiva y a la fe en su poderío, don García era un viejo tan pecador que ya no podía dormir tranquilo con aquella pulga en la oreja, y no tuvo más remedio que hablar con Corrado.

—Hermoso joven —le dijo—, ten esta faltriquera para el viaje y esta carta de recomendación; vete a buscar fortuna a otra parte.

El joven ni siquiera podía hablar y, no sabiendo de qué parte le llegaba el despido, temió que algo pudiera haberse sabido del terrible secreto; así, casi muerto de miedo, no por él sino por aquella que lo había hecho soñar toda la noche con los ojos abiertos en ebriedades convulsas, le dijo:

—Mi señor —balbuceó—, ¡al menos concededme la gracia de saber por qué motivo me despedís!

—Porque ya estás en edad de ganarte el pan donde es necesario emplear mejor las manos, en lugar de estar rascando la guitarra; ya es tiempo de ganarte la ropa, en vez de atenerte a que te den el jubón de terciopelo.

—Entonces, señor, dejadme a vuestro servicio, si así os place, en cualquier cosa que os plazca.

El barón se rascó la nariz, como solía hacerlo antes de asestar un bofetón.

—¡Largo de aquí! —le dijo, a fin de no repetir lo que había dicho—. Desaparece de mi vista, sinvergüenza, que ya no necesito de tus servicios; y recuerda que, si la noche de mañana te encuentra todavía en el castillo, no saldrás vivo por la puerta.

El pobre paje no tenía ya la cabeza en su sitio; y, pese al gran miedo que le inspiraba su señor, hizo todo lo que estaba a su alcance para ver de nuevo a la mujer que había alumbrado su vida por un instante, a la que amaba más que a su propia vida. Pero la baronesa lo evitó, como si hubiese querido huir de ella misma o de su memoria. Todos los proyectos y los temores más absurdos se agolpa-

ron en la delirante cabeza del joven enamorado, al punto que, creyendo que la vida de doña Violante estaba en gran peligro, decidió hacer lo posible para salvarla. Finalmente, mientras levantaba una cortina bajo la cual ella pasaba, altiva, calmada e impenetrable, le dijo en voz baja:

—¡Si mi sangre puede servir de algo, tomadla toda, señora mía!

Ella no volteó a verlo, nada le dijo, y siguió adelante. Él quedó como fulminado.

X

Avanzaba rápidamente la noche que no debía hallar a Corrado en el castillo; él no olvidaba la terrible amenaza de su señor, que jamás amedrentaba en vano. Estaba loco de amor, hubiera pagado con la cabeza un cuarto de hora de coloquio con aquella señora. Antes de ir a acostarse, el barón solía recorrer todas las partes del castillo. Corrado contaba con ello para obtener una última explicación o el último adiós de

la baronesa. Cuando todo estuvo a oscuras, cruzó la galería para llegar a la ventana de doña Violante.

Don García estaba cenando, de espaldas a la ventana. La mujer estaba frente a él, con la barbilla en la mano y los ojos fijos, petrificados. De pronto—debido a un presentimiento, a un fluido misterioso, o a un leve ruido hecho por el joven al apoyar la cara en el vidrio—, ella se estremeció, alzó los ojos y su mirada encontró la del joven paje, con una fuerza de corriente eléctrica.

—¿Qué os pasa? —preguntó el barón.

—Nada —dijo ella, blanca e impassible como una estatua.

El barón volteó hacia la ventana.

—¿Qué ruido es ése?

Doña Violante llamó a la camarera y le pidió que cerrara bien; estaba fría y rígida, como una estatua de mármol.

—Ha de ser el viento —agregó—, o la ventana no está bien cerrada.

Corrado apenas tuvo el tiempo de encogerse detrás del muro. De vez en cuando, el barón dirigía

singulares miradas a la mujer, y, lo más peculiar de todo, ¡estaba sobrio!

—¿No bebéis un sorbo? —le preguntó él, sirviéndole vino.

Ella no se atrevió a rehusarlo; alzó lentamente la copa, y, dos o tres veces, se oyeron sus dientes al chocar contra el cristal.

Estaba pensativa, pero con ansiedad febril, mirando aquí y allá.

—Ahora que Corrado ha partido, es necesario que os busque otro paje —dijo el barón mirándola a la cara.

Doña Violante no respondió, pero también lo miró a la cara. El barón bebió otra copa de moscatel antes de hacer la ronda nocturna.

En cuanto estuvo a solas, ella también se levantó, agitada y convulsa, para pasear por la alcoba. Cada vez que pasaba delante de la ventana, le echaba un vistazo chispeante. De pronto, se acercó a ella resueltamente y la abrió.

Los dos se encontraron frente a frente y se miraron en silencio.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó doña Violante, con acento febril.

—He venido a morir —respondió el paje con calma terrible.

—¡Ah! —exclamó ella, sonriendo con amargura—. ¿Sabes que fui yo quien le pidió que te despidiera?

—¿Vos?

—¡Yo!

—Pero ¿por qué?

—Porque no he podido despedirme a mí misma, porque no tuve el valor de quitarme la vida después de vengarme.

—¿Qué os he hecho yo? —exclamó él, con lágrimas en la voz.

—¿Y me preguntas qué me has hecho? —le dijo la mujer, mirándolo con ojos extraviados—. ¿Qué me has hecho? Y bien, ¿qué más quieres ahora? ¿A qué has venido?

—He venido a deciros que os amo —respondió el paje, sin entusiasmo ni amargura.

—¡Tú! —exclamó la baronesa, cubriéndose la cara con las manos.

—¡Perdonadme, señora! —agregó el paje sonriendo con tristeza—. Este amor, que os ofende, voy a pagarlo de un modo terrible.

—¡No! —dijo ella con voz delirante—. ¡No quiero que mueras, ya no quiero amarte ni volver a verte nunca más! ¡No, no, no! ¡Vete!

El paje meneó la cabeza, resignado.

—¿Irme? Es tarde, ya levantaron el puente levadizo, y el barón me dio de plazo esta tarde para marcharme del castillo. Era preciso que yo arriesgase alguna cosa a fin de veros por última vez, tan hermosa como siempre os he visto delante de mis ojos, y que pague con algo precioso el hecho de deciros las terribles palabras que os he revelado.

—Estando así las cosas —le dijo doña Violante, tan pálida y temblorosa como el paje—, yo también voy a pagar mi falta... ¡Es justo! —En ese momento se oyeron los pasos del barón, que regresaba en compañía de alguien—. ¡Que así sea! —exclamó convulsivamente la baronesa—. ¡Te amo, soy tuya, muramos!

El paje la atrajo hacia él y besó aquellos labios febriles. Se oía la voz del barón, diciéndole a Bruno:

—Ve a la galería y monta la guardia allí.

Cuando Corrado se apartaba de aquel abrazo mortal, con un esfuerzo más grande que el necesario para precipitarse desde la ventana y salir huyendo de allí, estrechó las manos de ella y le imploró resueltamente:

—¡No, vos no! Recordadme, Violante, y no temáis por vos. El pobre paje sabrá morir como un gentilhombre.

Y mientras oíanse ya los pasos del barón del otro lado de la puerta —asimismo los de Bruno, que revisaba la galería—, Corrado huyó de prisa por el corredor que había detrás de la alcoba, al fondo del cual lo aguardaba el armadijo.

Don García entró precipitadamente, sin siquiera mirar a la mujer, que estaba pálida como un cadáver; le echó un vistazo a la ventana cerrada, y, enseguida, se dirigió hacia el susodicho corredor, sin decir nada.

Hubo un silencio prolongado. Poco después, reapareció el marido, calmo e impenetrable, como siempre, y dijo:

—Todo está tranquilo. Vayamos a dormir, señora.

XI

Era una noche tempestuosa. Hubiérase dicho que el viento hablaba y gemía como un humano; las olas flagelaban el castillo con un estruendo que ahogaba gemidos de agonía. El barón roncaba.

Inmóvil, exhausta, casi muerta por la angustia, ella lo miraba dormir, sintiendo que la tormenta se debatía dentro de ella; pero no se atrevía a moverse, por temor a despertarlo. Su mirada era hosca; mantenía entreabiertos los labios, y su corazón se le rompía dentro del pecho, sintiendo que su sangre se le arremolinaba en las venas. A pesar de su agotamiento, experimentaba ímpetus inexplicables, vértigos que la ahogaban,

tentaciones furibundas, gritos que subían a su garganta, fascinaciones que la helaban, terrores que la empujaban a la locura. Parecíale que, por momentos, la bóveda de la alcoba descendía para ahogarla, o que una gran ola entraba por la ventana, o que una mano azotaba desesperadamente los postigos, como queriendo aferrar algo, o que el mugido del mar acallaba un delirante grito de agonía: el gemido del viento la penetraba hasta los huesos, con frases arcanas que ella entendía, que le decían cosas secretas y erizaban su cabello —pero siempre observando las órbitas hundidas y oscuras de aquel marido durmiente, que parecía mirarla a través de los párpados cerrados, como si leyera claramente todos los terrores que trastornaban su razón—. De vez en cuando, se enjugaba el sudor frío que cubría su frente; se arreglaba maquinalmente los cabellos arremolinados, como si también fueran cosas animadas. Cuando el huracán callaba, sentía un terror más arcano, y, con un movimiento maquinal, ocultaba la cabeza bajo la manta, para no oír algo terrible. De repente, aquel sonido,

que parecíale haber oído en medio de los gritos de la tempestad, aquel gemido agónico, ilusorio o real, se oyó con mayor claridad. Y fue entonces que, lanzando un alarido que ya nada tenía de humano, salió de la cama.

El barón, despertando de improviso, la vio huir por la ventana, como un fantasma blanco; él se lanzó en pos de ella, y la vio saltar desde la galería; luego ya no vio nada. La tempestad seguía rugiendo como antes.

En el fondo del precipicio fue encontrado el pañuelo que enjugara aquel sudor de angustia sobrehumana.

XII

Esta historia entretuvo a todos, incluso a los que ya la conocían y la comentaban a los recién llegados, condimentándola con la leyenda de los espíritus que habían habitado el castillo. La noche había llegado, la hora y el relato ayudaban a las vaga-

bundas extravagancias de la digestión. Luciano y la señora Matilde habían palidecido varias veces durante ese relato que conocían.

—¡Cuidado! —le dijo él en voz baja—. Su marido la observa.

Ella se ruborizó, luego se puso pálida; miró el mar, ya casi oscuro, y empezó a caminar. El tablón que servía de puente levadizo sobre el horrible abismo abierto al pie del castillo significaba un gran riesgo a esa hora. Los más prudentes se detuvieron antes de poner un pie allí, y propusieron que alguien fuera a la aldea en busca de una lámpara.

—¿Les da miedo? —dijo el señor Giordano con una sonrisita sardónica.

Y cruzó temerariamente aquel puente tan estrecho. Su mujer lo siguió tranquila, pero un poco pálida; Luciano iba detrás de ella, dándole la mano.

En ese momento, a ciento cincuenta metros sobre el precipicio, cerca de aquel marido acosado por las sospechas, aquel furtivo apretón de mano en medio de la oscuridad tenía algo de sobrehumano. Tal vez el otro los vio en medio de la lóbreguez, lo

adivinó, o algo calculó acerca de ello... Se volvió de pronto, para llamarla por su nombre. Se oyó un grito supremo; ella vaciló, aferrándose a aquella mano que la había perdido por un instante, y cayó con él en dicho abismo.

En Trezza se dice que, en las noches de tormenta, se oyen gemidos y se ven fantasmas entre los escombros del castillo.

Vida de los campos

CAVALLERIA RUSTICANA

En cuanto hubo regresado del servicio militar, Turiddu Macca, el hijo de doña Nunzia, empezó a pavonearse en la plaza todos los domingos, enfundado en su uniforme de artillero, luciendo su gorra colorada, semejante a la del hombre que decía la buena ventura por medio de canarios. Las muchachas se lo comían con los ojos cuando iban a misa, escondiendo sus caras bajo las chalinas, y los rapazuelos zumbaban como moscas a su alrededor. También trajo una pipa con un rey a caballo, que parecía vivo, y encendía los fósforos frotándolos en la parte trasera de su pantalón, al-

zando una pierna, como si fuera a dar una patada. Sin embargo, Lola, la hija del hacendado Angelo, no se apareció en misa ni en los portales, dado que se había comprometido con uno de Licodia, un carretero propietario de cuatro mulos de Sortino en su establo. En un principio, cuando Turiddu se enteró de ello, se le metieron todos los diablos y quiso sacarle las tripas al de Licodia, ¡quería arrancárselas! Pero no hizo nada y sólo se desahogó cantando, bajo el balcón de la Lola, todas las canciones desdeñosas que se sabía.

Y, al fin, se topó con la Lola, que regresaba de la peregrinación a la Virgen del Peligro, la cual no se puso ni blanca ni roja, como si nada tuviera que ver en ese asunto.

—¡Dichosos los ojos que la ven! —dijo Turiddu.

—Compadre Turiddu... Me dijeron que volvió a principios de este mes.

—Y a mí me han dicho muchas otras cosas —respondió él—. ¿Es cierto que va a casarse con el amigo Alfio, el carretero?

—¡Si ésa es la voluntad de Dios!

—¡La voluntad de Dios no es cosa de estira y afloja! ¡Usted es convenenciera, Lola, y la voluntad de Dios ha sido que yo volviera de tan lejos para encontrarme con tan buenas noticias!

El pobre hacía todo lo posible para portarse bien, pero su voz se le iba ensombreciendo. Caminaba detrás de la muchacha, y la borla de la gorra le bailaba aquí y allá, sobre los hombros. En el fondo, ella sufría al mirarlo en aquel estado, pero le faltaba el ánimo para halagarlo con buenas palabras.

—Oiga, compadre Turiddu —le dijo al fin—: deje que alcance a mis compañeras. ¿Qué van a decir en el pueblo si me ven con usted?

—Es justo no dar de qué hablar a la gente, sobre todo ahora, que piensa en casarse con el amigo Alfio, que tiene cuatro mulos en su establo. En cambio, mi pobrecita madre tuvo que vender nuestra mula baya y el pedazo de viña junto al camino real, mientras yo andaba de soldado. Berta ya no puede hilar, y usted ya no se acuerda del tiempo en que platicábamos desde las ventanas

del patio, de cuando me regaló un pañuelo, antes de que me fuera, y en el que he llorado sabe Dios cuántas lágrimas al irme tan lejos, tanto que hasta se perdía el nombre de nuestro pueblo... Adiós, Lola; hagamos de cuenta que llueve y aclara, que nuestra amistad se acabó.

Lola se casó con el carretero. Los domingos se asomaba por el corredor, con las manos sobre el vientre, para que todos vieran los gruesos anillos de oro que le había regalado su marido. Turiddu seguía pasando por el callejón con la pipa en la boca y las manos en los bolsillos, fingiendo indiferencia y coqueteando con las muchachas; pero lo roía la idea de que el marido de Lola tuviera tanto dinero y de que ella fingiera no verlo cuando él pasaba.

—¡Esa perra va a pagármela, ya lo verá! —refunfuñaba.

Frente a la casa de Alfio vivía el viticultor Cola, que era rico como un cerdo, decían, y que tenía a una hija en casa. Y Turiddu tanto hizo y tanto dijo que logró ser el guardián rural del viñador Cola,

y empezó a frecuentar esa casa y a decirle dulces palabras a la muchacha.

—¿Por qué no va a decirle esas cosas tan bonitas a la señora Lola? —le decía Santa.

—¡La señora Lola es una señorona! ¡La señora Lola se casó con un rey coronado!

—Yo no merezco a los reyes coronados.

—Usted vale más que cien Lolas, y conozco a alguien que dejaría de ver a la señora Lola y a su santo porque usted existe, y porque la señora Lola no es digna de traerle los zapatos; no es digna.

—Cuando la zorra vio que las uvas estaban muy altas...

—... dijo: ¡qué bonita eres, uvita mía!

—¡Quieto con esas manos, compadre Turiddu!

—¿Tiene miedo de que me la coma?

—¡Ningún miedo, ni a usted ni a su Dios!

—¡Ah, caray! Sabemos que su mamá era de Licodia. ¡Qué sangre tan peleonera! ¡Ay, yo me la comería a usted con los ojos!

—Cómame con los ojos, porque nunca haremos buenas migas. Suba acá ese mogote.

—Por usted subiría toda la casa, toda.

Ella, a fin de no ruborizarse, le lanzó un leño que traía bajo mano, y de puro milagro no se lo asestó.

—Y dese prisa, que con chismes nada se gana.

—Si fuera rico, me buscaría una mujer como usted, señora Santa.

—Yo no me casaré con un rey, como la señora Lola; pero también tendré mi dote cuando Dios me dé marido.

—¡Sabemos que usted es rica, lo sabemos!

—Entonces, si ya lo sabe, apúrese, porque mi padre no tarda en llegar y no quiero que me encuentre en el patio.

Su progenitor empezaba a malhumorarse, pero la muchacha fingía no darse cuenta de ello, pues la borla de la gorra bailaba ante sus ojos y le cosquilleaba el corazón. Y como el padre lo pusiera de patitas en la calle, la hija le abrió la ventana y se pusieron a platicar todas las noches, por lo cual se convirtieron en la comidilla de todo el vecindario.

—¡Estoy loco por ti! —decía Turiddu—. Me haces perder el sueño y el apetito.

—¡Cuentos!

—¡Me casaría contigo si fuera el hijo del rey Vittorio Emanuele!

—¡Cuentos!

—Te comería como pan, ¡te lo juro por la Virgen!

—¡Cuentos!

—¡Te lo juro por mi honor!

—¡Ja, ja, ja! ¡Sólo eso faltaba!

Y Lola —que se ponía de todos los colores oyendo lo que ellos decían noche tras noche, escondida detrás de una maceta— le habló un día a Turiddu.

—¿De modo que ya no se saluda a los viejos amigos, compadre Turiddu?

—¡Qué más quisiera yo! —suspiró el mocetón—. ¡Dichoso el que la saluda!

—Cuando tenga ganas de saludarme, venga; ya sabe dónde vivo.

Turiddu volvió a saludarla con tanta frecuencia que Santa se dio cuenta de ello y le cerró la ventana en plenas narices. Los vecinos se lo daban a entender con una sonrisa o con un movimiento de cabeza cada vez que pasaba el artillero.

El marido de Lola y los mulos andaban ausentes, en las ferias.

—El domingo voy a confesarme, porque esta noche soñé con uvas negras —le dijo Lola.

—¡Olvídalo, olvídalo! —suplicaba Turiddu.

—No; y menos ahora, que se acerca la Pascua. Mi marido querrá saber por qué no he ido a confesarme.

—¡Ay! —murmuraba Santa, la hija del viticultor Cola, mientras esperaba su turno, arrodillada ante el confesionario en que Lola estaba lavando sus pecados—. ¡Por mi alma que no quiero mandarte a Roma a que hagas penitencia!

El compadre Alfio era uno de esos carreteros que llevan la gorra al sesgo y, cuando oyó hablar de su mujer en cierto modo, cambió de color, como si lo hubiesen acuchillado.

—¡Por todos los diablos! —exclamó—. Si no ha visto bien, ¡le juro que no le dejaré ojos para llorar, a usted y a toda su parentela!

—No acostumbro llorar —repuso Santa—. No he llorado ni siquiera al ver entrar a Turiddu en casa de su mujer por las noches.

—Está bien —respondió Alfio—. Se lo agradezco.

En vista de que había regresado el marido, Turiddu dejó de pasar por el callejón durante el día, y pasaba horas en la hostería, con los amigos. La víspera de la Pascua tenían sobre la mesa un platón con salchichas. Al entrar el compadre Alfio, con sólo ver cómo éste le clavaba los ojos, Turiddu comprendió de qué cosa se trataba, y dejó el trinche en su plato.

—¿En qué puedo servirle, compadre Alfio?

—En nada de especial, compadre Turiddu. Hacía mucho que no lo miraba, y quisiera hablarle de lo que usted ya sabe.

Turiddu le ofreció un vaso, pero el compadre Alfio lo rechazó con una mano.

—Aquí me tiene, compadre Alfio.

El carretero abrazó con fuerza a Turiddu.

—Si así lo quiere, mañana, temprano, nos vemos en la nopalera de la Canziria, y hablamos de ese asunto, compadre.

—Espéreme en el camino real al amanecer, y vamos juntos.

Con estas palabras intercambiaron el beso del desafío. Turiddu mordió con fuerza la oreja del carretero, prometiéndole que no faltaría.

Calladitos, calladitos, los amigos dejaron de comer las salchichas, y acompañaron a Turiddu hasta su casa. La señora Nunzia, pobrecita, todas las noches lo esperaba hasta muy tarde.

—Mamá —le dijo Turiddu—, ¿recuerda que cuando me fui al ejército usted creyó que nunca volvería? Deme un buen beso, como entonces, porque mañana me voy a ir muy lejos.

Antes de amanecer, cogió su navaja de muelle, que tenía escondida bajo el heno desde que se fuera de conscripto, y se dirigió a la nopalera de la Canziria.

—¡Jesús, María y José! ¿Pero a dónde va usted con tanta prisa? —lloriqueaba Lola, espantada, mientras su marido se disponía a salir.

—No aquí cerca —respondió el compadre Alfio—. Pero para ti sería mejor que yo nunca volviera.

Lola, en camisón, rezaba al pie de la cama, apretando entre sus labios el rosario que le trajera

de Tierra Santa el fraile Bernardino, diciendo todas las avemarías de todas las cuentas.

—Compadre Alfio —empezó a decir Turiddu después de haber caminado un buen trecho al lado del compañero, que guardaba silencio, con la gorra echada sobre los ojos—, como hay un Dios en el cielo, sé que la culpa es solamente mía y que me dejaría matar. Pero antes de venir he visto a mi vieja levantándose para verme partir, con el pretexto de arreglar el gallinero, como si el corazón se lo dijera; y, como hay un Dios en el cielo, voy a matarlo como a un perro, para no hacer llorar a mi viejita.

—Mucho mejor —dijo el compadre Alfio quitándose el jubón—, así nos daremos duro y parejo.

Ambos eran buenos cuchilleros. Turiddu lanzó la primera cuchillada, asestándola en un brazo; luego lanzó otra, a la ingle.

—¡Ah! ¡De veras que trae ganas de matarme, compadre Turiddu!

—¡Se lo dije! Después de ver a mi viejita en el gallinero, no puedo apartarla de mi vista.

—¡Entonces, abra bien los ojos —le gritó el compadre Alfio—, porque le voy a dar su merecido!

En vista de que él estaba en guardia, todo encogido, cubriéndose con la mano izquierda la herida que le dolía, apoyó un codo en el suelo y, rápidamente, agarró un puñado de tierra y lo lanzó a los ojos de su adversario.

—¡Ay! —gritó Turiddu, cegado—. ¡Estoy perdido!

Pero quería salvarse; daba desesperados saltos hacia atrás, y el compadre Alfio le dio una cuchillada en el estómago y otra en la garganta.

—¡Y tres! Ésta por haberme adornado de cuernos mi casa. Ahora su madre podrá dejar en paz a las gallinas.

Turiddu dio tumbos aquí y allá, entre los nopales; luego cayó como un fardo. La sangre le borboteaba espumosa en la garganta, y ni siquiera pudo proferir: “¡Ay, madre mía!”.

LA LOBA

Era alta, flaca, pero con los senos firmes y vigorosos, aunque ya no era joven; pálida, como si fuera víctima de la malaria, y, en esa palidez, chicos ojotes y dos labios frescos y rojos, devoradores.

En la aldea la llamaban la Loba porque nunca se hartaba de nada. Las mujeres hacían la señal de la cruz al verla pasar sola, como perra roñosa, con el paso receloso y vagabundo de loba hambrienta. Con sus labios rojos despulpaba a los hijos y a los maridos de la aldea, en un abrir y cerrar de ojos, y los traía al trote con su sola mirada de satanás, aun estando ante el altar de Santa Agripina. Por

fortuna, la Loba nunca iba a la iglesia en Pascua ni en Navidad, ni a oír misa ni a confesarse. El padre Angelito de Santa María de Jesús, un verdadero siervo de Dios, perdió su alma por ella.

La pobre Mariquita, tan buena muchacha, lloraba a escondidas por ser hija de la Loba, y ninguno quería casarse con ella, a pesar de tener un buen ajuar y su buena tierra soleada, como cualquier otra muchacha de la aldea.

Una vez, la Loba se enamoró de un hermoso joven que había sido soldado y segaba el heno con ella en las tierras del notario; pero lo que se llama enamorarse, sintiendo que las carnes le ardían bajo el fustán del corpiño y percibiendo, al mirarlo a los ojos, la sed que se siente en las horas tórridas de junio, al fondo de las llanuras. Pero él seguía segando tranquilamente y, viendo los montes, le decía:

—¿Qué tiene, doña Pina?

En los campos inmensos, donde sólo se oía el revoloteo de los grillos, cuando el sol caía a plomo, la Loba hacinaba, montón tras montón, gavilla sobre gavilla, sin cansarse nunca, sin erguirse un

solo momento, sin acercar sus labios a la garrafa, a fin de no alejarse de Nanni, que segaba y segaba, preguntándole de vez en cuando:

—¿Qué quiere, doña Pina?

Y una noche se lo dijo, mientras los hombres dormitaban en la era, cansados de la larga jornada, y los perros aullaban en el inmenso campo negro:

—¡Te quiero a ti! A ti, que eres hermoso como el sol y dulce como la miel. ¡Te quiero a ti!

—En cambio, yo quiero a su hija, que es soltera
—respondió Nanni, sin aguantarse la risa.

La Loba se llevó las manos a la cabeza, se rascó las sienes y, sin decir palabra, se fue. No volvió a aparecerse en la era. Pero en octubre, el mes en que se extrae el aceite, volvió a ver a Nanni, porque él trabajaba cerca de su casa y el rechinar de la prensa no la dejaba dormir durante toda la noche.

—Coge el costal de aceitunas y ven conmigo
—le ordenó a la hija.

Nanni empujaba las aceitunas con una pala, para que cayeran bajo la muela, gritándole “¡Arre!” a la mula, para que no se detuviera.

—¿Quieres a mi hija Mariquita? —le dijo doña Pina.

—¿Qué le va a dar usted a Mariquita? —le preguntó Nanni.

—Tiene lo que le dejó su padre; además, le doy mi casa. A mí me basta con un rincón en la cocina, donde pueda tenderme en un jergón.

—De ser así, ya hablaremos de eso en Navidad —le dijo Nanni.

El joven estaba muy sucio y embarrado de aceite y de aceitunas puestas a fermentar, y Mariquita no lo quería bajo ningún aspecto; pero la madre la agarró por los cabellos, frente al fogón, y, rechinando los dientes, le dijo:

—¡Te casas con él o te mato!

La Loba estaba casi enferma, y la gente andaba diciendo que cuando el diablo envejece se vuelve ermitaño. Ya no andaba aquí y allá, ya no se paraba bajo el umbral de su casa, con aquellos ojos de endemoniada. Cuando lo miraba cara a cara, su yerno se echaba a reír, sacaba el trajecito de la Virgen y se santiguaba. Mariquita se quedaba en casa, ama-

mantando a sus hijos, mientras su madre se iba al campo a trabajar con los hombres, como cualquiera de ellos, aunque soplara el cierzo en enero o el siroco en agosto, cuando los mulos andan con la cabeza gacha y los hombres duermen de bruces, al abrigo de los muros. En las horas que van de la víspera a la nona, en las que ninguna mujer es buena, la Loba era la única alma que vagaba por el campo, sobre las piedras ardientes de los senderos, entre los rastros quemados, en la inmensa llanura que se perdía en el bochorno, lejos, lejos, hacia el Etna caliginoso, donde el cielo se apacentaba en el horizonte.

—¡Despierta! —le dijo la Loba a Nanni, que dormía en una zanja, al lado de un matorral polvoriento, con la cabeza entre los brazos—. Despiértate; te traigo vino para que te refresques la garganta.

—¡No! ¡No hay mujer buena entre la víspera y la nona! —gemía Nanni, metiendo la cabeza entre la hierba seca de la zanja, mesándose los cabellos—. ¡Váyase, váyase! ¡No vuelva nunca a la era!

Y la Loba se marchaba, amarrándose las trenzas soberbias, mirando fijamente el sendero

y el rastrojo caliente, con sus ojos negros como el carbón.

No obstante, la Loba regresó a la era muchas veces, y Nanni dejó de protestar. Más aún, cuando ella tardaba en llegar, en las horas que van de la víspera a la nona, él la esperaba en lo más alto del sendero blanco y desierto, con la frente bañada en sudor. Después, volvía a mesarse los cabellos y a gritarle otra vez:

—¡Váyase, váyase! ¡No vuelva más a la era!

Mariquita lloraba noche y día, y miraba a la madre con ojos quemados por el llanto y los celos, como una lobezna, cuando la veía regresar del campo, pálida y muda.

—¡Malvada! —le decía—. ¡Madre malvada!

—¡Cállate!

—¡Ladrona, ladrona!

—¡Cállate!

—¡Voy a ir a la policía! ¡Voy a ir!

—¡Pues ve!

Y fue de verdad, cargando a los hijos, sin ningún miedo y sin derramar una lágrima, como una

loca, porque ahora también amaba al marido que le habían impuesto, sucio y embarrado de aceite y aceitunas puestas a fermentar.

El sargento mandó a llamar a Nanni; lo amenazó con mandarlo a la cárcel y luego a la horca. Nanni se arrancaba los cabellos y sollozaba, pero ni siquiera intentó disculparse.

—¡Es la tentación! —decía—. ¡Es la tentación del infierno!

Se arrojó a los pies del sargento, rogándole que lo mandara a la cárcel.

—¡Por caridad, señor sargento: líbreme de este infierno! ¡Ordene que me maten o que me manden a prisión! ¡No deje que vuelva a verla otra vez! ¡Nunca!

—¡No! —dijo la Loba—. Sólo tengo un rincón en la cocina, para dormir. ¡Y la casa es mía! ¡Yo no me voy!

Días después, un mulo pateó a Nanni en el pecho y, pese a estar a punto de morir, el párroco no quiso llevarle los santos óleos. La Loba no salía de la casa y, cuando al fin se fue, Nanni pudo pre-

pararse entonces para morir como buen cristiano; se confesó y comulgó, dando tantas muestras de arrepentimiento y contrición que todos los vecinos y curiosos lloraban ante la cama del moribundo. Y más le hubiera valido morir ese mismo día, antes de que el diablo volviese a tentarlo y a clavársele en el alma y en el cuerpo cuando sanó.

—¡Déjeme en paz! —le decía a la Loba—. ¡Por caridad, déjeme en paz! He visto a la muerte con mis propios ojos. La pobre Mariquita está desesperada. ¡Ahora todo el pueblo lo sabe! Dejar de verla es mejor para usted y para mí...

Y hubiera querido arrancarse los ojos, para no ver los de la Loba, que, cuando se clavaban en los suyos, hacíanle sentir que perdía el cuerpo y el alma. Ya no sabía qué hacer para librarse del hechizo. Mandó a decir misas en sufragio de las almas del purgatorio; fue a pedir ayuda al párroco y al sargento. En la Pascua fue a confesarse, y lamizó seis palmos del atrio, delante de todos, como penitencia. Después, dado que la Loba no dejaba de incitarlo, le dijo:

—¡Óigame bien! Que no se le ocurra venir a buscarme a la era porque, como hay un Dios en el cielo, ¡la mato!

—¡Mátame! —le dijo la Loba—. No me importa, porque sin ti no quiero vivir.

Cuando volvió a divisarla, a lo lejos, en medio del sembradío verde, dejó de escardar la viña y fue por el hacha que pendía de la rama de un olmo. La Loba lo vio llegar, pálido y trastornado, con el hacha que relumbraba con la luz del sol; pero ella no se detuvo ni bajó los ojos, y fue a su encuentro, llevando entre las manos un manojo de amapolas rojas y comiéndoselo con sus ojazos negros.

—¡Ay! ¡Maldita sea su alma! —murmuró Nanni.

EXTRAVAGANCIA

Una vez usted, mientras el tren pasaba cerca de Aci-Trezza, se asomó por la ventanilla del vagón, y dijo: “¡Me gustaría pasar un mes allí!”. Volvimos y pasamos en tal sitio no un mes, sino sólo dos días. Los lugareños abrían desmesuradamente los ojos al ver los enormes baúles de usted, creyendo que permanecería allí un par de años. La mañana del tercer día, cansada de ver siempre tanto verdor, tanto azul, y de contar los carros que pasaban por el camino, estaba usted en la estación, entreteníendose con la cadena del pomito de perfume, estirando el cuello para ver el convoy que no apa-

recía. En esas cuarenta y ocho horas hicimos todo lo que podía hacerse en Aci-Trezza: paseamos en el polvo del camino, trepamos por los peñascos y, con el pretexto de aprender a remar, besé sus guantes y pasamos en el mar una noche muy romántica, arrojando la red al agua, mientras los barqueros pensaban que sólo pescaríamos un reumatismo. El amanecer nos sorprendió en la cima de un peñasco, un amanecer modesto y pálido, que aún tengo en los ojos, estriado de anchos reflejos morados, sobre el mar de un verde oscuro, como una caricia en aquel grupito de casitas que dormían a la orilla, casi acurrucadas; y en la cima del peñasco, contra el cielo transparente y profundo, la figurita de usted se recortaba con las líneas sapientes de su modista, estampando allí su perfil elegante y distinguido. Usted portaba un vestidito gris, que parecía hecho para hacer juego con los colores del alba. ¡Qué bello cuadrito! Y se veía que usted se percató de ello, por la manera en que modelaba su chal y sonreía, con sus grandes ojos cansados, ante aquel espectáculo. ¿Qué cosa pasaba por su

cabecita al ver el sol naciente? ¿Acaso le preguntó en qué otro hemisferio volvería a verla un mes después? Usted sólo dijo ingenuamente: “No comprendo cómo es posible vivir aquí toda una vida”.

Sin embargo, la cosa es más fácil de lo que parece: antes que nada, basta con no tener cien mil liras de ingresos y, en compensación, padecer un poco todas las penurias entre estos peñascos gigantescos, engarzados en este azul, que la harían aplaudir de admiración. Basta con poco para que esos pobres diablos, que nos esperaban dormitando en la barca, hallen en sus casitas destartaladas y pintorescas –las mismas que ha visto de lejos y que también parecían estar mareadas– todo lo que ustedes buscan en París, en Niza y en Nápoles.

Es una cosa realmente singular; pero tal vez no está mal que sea así –para usted y los otros como usted–. Ese montón de casitas está habitado por pescadores, por “gente de mar”, dicen ellos, como otros dirían “gente de toga”, cuya piel es más dura que el pan que comen, cuando lo comen, dado que el mar no siempre es gentil, como cuando yo besaba

sus guantes... Durante sus malos momentos, en que ruge y brama, es preciso mirarlo desde la orilla o tendidos de bruces, lo cual es mejor para quien no ha comido. En esos días, hay gente a la puerta de la hostería, pero pocas monedas suenan sobre la lámina de la barra; los rapazuelos pululan en el pueblo, como si la miseria fuese un buen abono; gritan y se aporrean como si tuvieran el diablo en el cuerpo.

De vez en cuando, el tifo, el cólera y otros morbos le dan una buena barrida a ese hormiguero, y podría creerse que es mejor para ellos ser barridos y desaparecer; sin embargo, en poco tiempo vuelven a pulular en el mismo sitio, y no sé decirle cómo ni por qué.

¿Le ha tocado a usted, después de una lluvia de otoño, dispersar un ejército de hormigas, trazar distraídamente el nombre de su más reciente bailarín sobre la arena de una calzada? Algunas de esas pobres bestezuelas habrán quedado adheridas a la virola de su sombrilla, retorciéndose; pero todas las demás, después de cinco minutos de pánico, habrán

vuelto a aferrarse desesperadamente a su montecito oscuro. Usted no regresaría para verlo, tampoco yo; pero, para comprender semejante terquedad, heroica bajo ciertos aspectos, es preciso ser otra vez niños y cerrar todo el horizonte entre dos terrones, para mirar con un microscopio las pequeñas causas que hacen latir sus pequeños corazones. ¿Le gustaría mirarlo de tal modo, a usted, que mira la vida a través de un catalejo? El espectáculo le parecerá extraño, quizá hasta divertido.

Nosotros dos fuimos muy amigos, y me pidió que le dedicara alguna página. ¿Para qué, *à quoi bon*, como dicen ustedes? ¿Qué cosa podrá valer lo que yo escriba para usted, y para quien no la conoce, qué cosa puede ser usted? Sin embargo, recordé su capricho el día en que volví a ver a aquella pobre señora que, sobre un banquito, colocaba en fila sus naranjas a la puerta de su casa, la misma a la que usted le daba limosna con el pretexto de comprárselas. El banquito ya no existe; cortaron el níspero del patio y la casa tiene una ventana nueva. La señora no había cambiado; estaba un poco más

lejos, extendiendo la mano a los carreteros, acurrucada sobre el montón de piedras que resguardan el viejo edificio de la guardia nacional; y yo, al pasar por allí, con el puro en la boca, pensé que también ella, a pesar de ser tan pobre, la había visto a usted, blanca y soberbia.

No se enoje conmigo si me acuerdo de usted de tal manera. Además de los dichosos recuerdos que usted me dejó, conservo muchos otros, vagos, confusos, disparatados, reunidos aquí y allá, no sé dónde (tal vez recuerdos de sueños soñados con los ojos abiertos) y, en el barullo que hacían en mi mente al pasar por aquella callejuela, donde pasaron tantas cosas felices y dolorosas, el chalecito de esa señora friolenta, acurrucada, me entristeció y me hizo pensar en usted, harta de todo, hasta de la adulación que arroja a sus pies el periódico de modas, citándola con frecuencia en la sección de sociales (tan harta que inventó el capricho de ver su nombre en las páginas de un libro).

Cuando lo escriba, usted lo olvidará muy pronto. Mientras tanto, los recuerdos que le envió

—estando tan lejos de usted en todos los sentidos— de usted, embriagada de fiestas y de flores, le harán el efecto de una brisa deliciosa, en medio de las veladas ardientes de su eterno carnaval. El día en que usted regrese, si es que regresa, volveremos a sentarnos juntos, a empujar piedras con el pie y fantasías con la mente; tal vez hablaremos de esas otras brisas que tiene la vida en otras partes. Puede imaginar que mi pensamiento vive encerrado en este rinconcito ignorado del mundo, porque su pie aquí se ha posado —o para apartar mis ojos del destello que la sigue en todas partes, tanto de gemas o de fiebres—, o bien, porque la he buscado inútilmente en todos los felices lugares de moda. ¡Vea que usted siempre está en primer lugar, tanto aquí como en el teatro!

¿Recuerda al viejecito que estaba al timón de nuestra barca? Usted debe agradecerle que haya impedido diez veces que se mojaran sus hermosas medias azules. El pobre diablo murió en el hospital de la ciudad, en un gran pabellón blanco, entre sábanas blancas, masticando tan blanco, atendi-

do por las blancas hermanas de la caridad, cuyo único defecto era el de no entender las quejas que el pobrecito farfullaba en su dialecto semibárbaro.

Pero si él hubiese podido desear alguna cosa, habría sido morir en un rinconcito oscuro, cerca del fogón, donde había estado siempre su yacija, “bajo sus tejas”, y, cuando se lo llevaron, lloraba y se quejaba, como lo hacen los viejos.

Su vida transcurrió entre esos grandes peñascos, de cara al mar hermoso y traidor, contra el cual lidiaba todos los días, a fin de sacarle lo necesario para vivir y no perder allí los huesos. Sin embargo, en los momentos en que gozaba de su “baño de sol”, quieto, muy quieto, acurrucado en el travesaño de la barca, con las rodillas entre los brazos, no habría volteado para verla a usted, y usted habría buscado inútilmente en aquellos ojos atónitos el reflejo más soberbio de su belleza, pese a que tantas frentes altivas se inclinan ante su paso en los salones resplandecientes, y usted puede verse reflejada en los ojos envidiosos de sus mejores amigas.

Vea que la vida es rica en su variedad inagotable, y puede gozar sin escrúpulos esa parte de riqueza que le ha tocado a usted, a su manera.

Aquella muchacha, por ejemplo, que se asomaba detrás de las macetas de albahaca; o, cuando el rumor de su vestido alborotaba la callejuela, otra muchacha, en la ventana de enfrente, de cara muy conocida, sonreía como si también ella estuviera vestida de seda. Quién sabe en cuántas pobres dichas soñaba en aquel alféizar, tras la albahaca olorosa, con los ojos fijos en una casa imaginaria, coronada de sarmientos y de parras. La risa de sus ojos no acabaría en lágrimas amargas, allá, en la gran ciudad, lejos de los peñascos que la habían visto nacer y la conocían, si su abuelo no hubiese muerto en el hospital, si su padre no se hubiera ahogado y a toda la familia la hubiese dispersado una racha de mal viento (un viento funesto, que arrastró a uno de sus hermanos hasta la cárcel de Pentelleria: “a la desdicha”, como dicen ellos).

Mejor suerte les tocó a los que murieron; a Lisa, uno, el más grande, el que parecía un David de

bronce, de pie, con el arpón en la mano, iluminado bruscamente por las llamas de la hiedra. A pesar de ser alto y robusto, se ruborizaba cuando alguien lo miraba fijamente; murió, como buen marinero, en el mástil de trinquete, firme en la obencadura, con el birrete al sesgo y saludando por última vez a la bandera, con su macho y salvaje grito de isleño. El otro, aquel hombre que, en el islote, no se hubiera atrevido a tocar el pie de usted, aunque fuera para liberarla de la trampa tendida a los conejos, se perdió en una oscura noche de invierno, solo, en las olas desencadenadas, a sesenta millas de la ribera, donde estaban esperándolo todos, corriendo aquí y allá, como locos, mientras él luchaba en las tinieblas. Usted nunca podrá imaginar de qué sombrío y desesperado coraje era capaz para luchar contra tal muerte aquel hombre, el cual hubiérase dejado intimidar por la obra maestra de un zapatero.

Para ellos, es mejor estar muertos y no “comer el pan del rey” o comer el pan de la hermana, como el pobrecito que se quedó en Pentelleria, o el de quienes van por las calles, como la mujer de

las naranjas, quienes viven a la buena de Dios, demasiado escasa en Aci-Trezza. ¡Ellos, al menos, ya no necesitan de nada! Lo dijo hasta el muchacho de la hostelera la última vez que fue al hospital a preguntar por el viejo y a llevarle a escondidas unos caracoles, que son tan buenos para quien ya no tiene dientes, y halló la cama vacía, bien tendida; de modo que, escabulléndose en el patio, fue a plantarse delante de una puerta de cartones, para ver por el ojo de la cerradura una gran sala vacía, sonora y helada hasta en pleno verano, y la extremidad de una larga mesa de mármol, cubierta por una sábana, pesada y rígida. Y, pensando que los que llegan allí ya no necesitan de nada, se puso a chupar, uno tras otro, todos los caracoles. Usted, ajustando sobre su pecho la estola de zorro azul, va a acordarse, satisfecha, de que una vez le regaló cien liras al pobre viejo.

Ahora quedan los pilluelos que la acechaban y seguían, como chacales, esperando que usted les diera alguna naranja; siguen zumbando, en busca de limosnas, tirando de los vestidos, como si de-

bajo hubiese pan; siguen pepenando hojas de col, cáscaras de naranja, colillas de puros y todas esas cosas que uno suele tirar en la calle, pero que aún tienen algún valor y son el alimento de esa pobre gente; y tanto, que esos pordioseros, cachetones y hambreados, seguirán creciendo en medio del fango y del polvo de la calle; serán tan grandes y robustos como el padre o el abuelo, y poblarán a Aci-Trezza con otros pordioseros, los cuales morderán alegremente lo que la vida les dé, como al viejo abuelo, sin desear nada más, y pidiéndole a Dios que les cierre los ojos en el mismo lugar en que los abrieron, en manos del médico del pueblo, que llega todos los días montado en su borrico, como Jesús, a ayudar a la buena gente que se va.

“En fin, ¡el ideal de la ostra!”, dirá usted. ¡El ideal de la ostra, precisamente! Para nosotros, la única cosa ridícula es el hecho de no vivir como ostras.

Por lo demás, el terco apego de esa pobre gente a sus peñascos, en los cuales nos dejó caer la fortuna, mientras sembraba príncipes por acá y duquesas

por allá; esta valerosa resignación ante una vida llena de penurias; esta religión de la familia, que reverbera en el oficio, en la casa y en las piedras que nos circundan, también me parecen –al menos por aquel cuarto de hora– cosas muy respetables y serias. Se me figura que las inquietudes del pensamiento vagabundo se adormecerían dulcemente en la paz serena de esos sentimientos mansos, sencillos, que se suceden, calmos e inalterados, de generación en generación. Me parece que podría verla pasar, al gran trote de sus caballos, con el alegre tintineo de sus jaeces, y saludarla tranquilamente.

Tal vez, por querer atisbar demasiado dentro del torbellino que la rodea y la sigue a usted, me ha parecido leer ahora una fatal necesidad en los tenaces afectos de los débiles, en el instinto que tienen los pequeños de apretarse entre sí para resistir las tempestades de la vida; y he intentado descifrar el drama ignoto y modesto que ha desconcertado a los actores plebeyos que ambos conocemos. Un drama que, quizá, le contaré algún

día, el cual, según yo, consiste en esto: cuando uno de esos pequeños, más incauto, más débil o más egoísta que los demás, quiso apartarse de los suyos, interesado en lo desconocido, deseoso de mejoría o por curiosidad de conocer el mundo, este mundo, que también es un pez voraz, lo engulló a él junto con los suyos. Y bajo este aspecto puede ver que el drama no carece de interés. En cuanto a las ostras, el argumento más interesante debe ser el que trata de las insidias del cangrejo, o del cuchillo del buzo, que las desprende del escollo.

EL PASTOR JELI

Jeli, el caballero, tenía trece años cuando conoció a don Alfonso, el señorito; pero era tan chaparro que no llegaba a la panza de *la Blanca*, la burra vieja que portaba el cencerro del rebaño. Se lo veía aquí y allá, en los montes y en la llanura, donde apacentaban sus bestias, erguido e inmóvil sobre una ladera, o acucillado en una roca. Su amigo don Alfonso, cuando estaba de vacaciones, iba a verlo todos los días para compartir con él los buenos bocados del patroncito, el pan de cebada del pequeño pastor y algunos frutos que les robaban a los vecinos. En un principio, Jeli le decía

“excelencia” al señorito, como se acostumbra en Sicilia; pero, después de reñir tozudamente con él algunas veces, se estableció una amistad firme. Jeli seguía al amigo cuando éste trepaba hasta los nidos de las urracas o a las cimas de los nogales, más altos que el campanario de Licodia; o cuando se trataba de derribar un gorrión al vuelo de una sola pedrada o, en plena carrera y de un solo salto, montar a pelo alguna jumenta todavía indómita; o bien, aferrando con fuerza la crinera de un potrillo, montarlo a lomo pelón, sin que los amedrentaran sus relinchos coléricos ni sus saltos desesperados. ¡Ah, cuán bellas eran las carreras por los campos segados, con las crines al viento; los hermosos días de abril, cuando el viento ondulaba la hierba verde y las yeguas relinchaban en los pastos; los mediodías veraniegos, en los que la tierra blanquecina callaba bajo el cielo oscuro y los grillos chisporroteaban entre los terrones, como si los rastrojos se incendiaran! ¡Cuán hermoso era el cielo invernal, a través de las ramas desnudas del almendro, que se estremecían al paso del bóreas, y el sendero

helado, que retumbaba bajo las herraduras de los caballos! ¡Y las alondras, que gritaban en lo alto, acaloradas, bajo el cielo azul! ¡Y los atardeceres de verano, que aparecían poco a poco, como la niebla, y el buen olor del heno, donde se hundían los codos, y el zumbido melancólico de los insectos y las dos notas del silbido de Jeli, siempre las mismas: ¡iuh, iuh, iuh!, que hacían pensar en cosas lejanas, en la fiesta de San Giovanni, en la Nochebuena, en el paseo campestre, en todos los grandes acontecimientos vividos, que parecían tristes, tan lejanos, y hacían que miráramos, con ojos húmedos, casi todas las estrellas que iban encendiéndose en el cielo y luego llovían sobre el corazón, inundándolo!

Jeli no era presa de tales melancolías; pasaba la mayor parte del tiempo acucillado en su loma, con las mejillas infladas, pitando: ¡iuh, iuh, iuh! Luego reunía a la manada a fuerza de gritos y pedradas; la empujaba al establo, allá, en el Cerro de la Cruz.

Subía la cuesta, jadeando, y, algunas veces, le gritaba a su amigo Alfonso: “¡Eh, llama al perro!”, o bien: “Tírale una piedra al morral, que es tan

caprichoso y se entretiene ladeándose hacia el barranco”, y, en ciertas ocasiones, “Mañana tráeme una aguja gruesa, de las que tiene doña Lia”.

Sabía hacer todo tipo de labores con la aguja; tenía un envoltorio de trapos en una talega, para parchar las bragas y las mangas del jubón; era diestro haciendo trencillas con crines de caballo, y él mismo lavaba en el barranco el pañuelo que se ponía al cuello cuando hacía frío. En fin, salvo para tener bien arreglado su morral, no necesitaba de nadie en el mundo, aun estando en los bosques de Resecone o perdido en el fondo del llano de Caltagirone. Cuando doña Lia hablaba de él, solía decir: “¿Conocen a Jeli, el pastor? Ha estado siempre solo en el campo, como si lo hubieran parido sus yeguas. ¡Por eso sabe hacer todo con sus propias manos!”.

Por lo demás, es cierto que Jeli no necesitaba de nadie; pero todos los de la finca habrían hecho con gusto cualquier cosa por él, porque era un muchacho servicial y podía darse el caso de necesitarlo. Doña Lia le horneaba el pan, por amor al prójimo,

y él correspondía haciéndole cestillos de mimbre para el pan y los huevos, devanaderas de carrizo y otras cositas.

—Hagamos lo que hacen sus animales —decía ella—, que se rascan el uno al otro.

En Tebidi todos lo conocían desde que era muy pequeño; tanto que era difícil verlo entre las colas de los caballos que pastaban en el llano del camillero, y puede decirse que había crecido ante sus ojos, aunque nadie lo viera nunca y vagara siempre aquí y allá, con su manada. “Había caído del cielo y la tierra lo recogió”, como dice el proverbio, como a todo aquel que no tiene casa ni parientes. Su madre era sirvienta en Vizzini, y lo veía sólo una vez al año, cuando él iba con los potros a la feria de San Giovanni. El día en que ella murió, fueron a llamarlo —un sábado por la noche—, y el lunes Jeli regresó a cuidar su manada, de modo que no tuvieron que descontarle ni un solo día. Pero el pobre muchacho volvió tan trastornado que no se daba cuenta cuando los potros invadían los sembrados.

—¡Eh, Jeli! —le gritaba entonces el finquero Agrippino—. ¿Quieres sentir algunos chicotazos, hijo de perra?

Jeli corría detrás de los potros desbandados y los empujaba hacia la colina. Pero ante sus ojos tenía siempre a su madre con la cabeza envuelta en el pañuelo blanco, callada para siempre.

Su padre era vaquero en Ragoleti, más allá de Licodia, “donde la malaria podía cosecharse”, decían los campesinos de esa comarca; pero en las tierras con malaria los pastos son mejores y las vacas no sufren la fiebre. De modo que Jeli estaba en el campo todo el año, en Donferrante o en las esclusas de la Encomienda o en el valle del Jacitano, y los cazadores o los viandantes que iban por los atajos lo veían siempre aquí y allá, como a un perro sin dueño. Pero a él eso no le importaba, porque estaba habituado a estar con sus caballos, que caminaban delante de él, paso a paso, comiendo trébol, rodeado de parvadas de pájaros, mientras el sol viajaba, lento, lento, hasta que las sombras se alargaban y se desvanecían.

Jeli tenía todo el tiempo para ver cómo se acumulaban las nubes, poco a poco, figurando montes y llanuras; sabía cómo sopla el viento cuando se acerca el temporal, y de qué color son las nubes cuando está a punto de nevar. Cada cosa tenía su aspecto y su significado, y no faltaba algo que ver y escuchar en todas las horas del día. Cuando se acercaba el ocaso, el pastor se ponía a tocar su caramillo de saúco; la yegua mora se aproximaba a él, masticando el trébol con desgano, para mirarlo con sus grandes ojos pensativos.

Sólo experimentaba un poco de melancolía en el páramo de Passanitello, donde no brota hierba alguna y en los meses más cálidos no vuela ningún pájaro. Los caballos se reunían en círculo, muy juntos y con la cabeza agachada, para darse un poco de sombra; y, en los largos días de la trilla, la silenciosa y enorme luz llovía siempre igual, bochornosa durante dieciséis horas.

Pero donde el pienso era abundante y los caballos estaban a gusto, el muchacho tenía otros pasatiempos: hacía jaulas de carrizo para los grillos, pipas

talladas, cestos de juncos con cuatro ramas; sabía hacer un cobertizo cuando el cierzo empujaba por el valle las largas hileras de cuervos, o cuando las cigarras batían las alas bajo el sol que incendiaba los rastrojos; asaba bellotas de encino y sarmientos de zumaque en las brasas, o tostaba en ellas anchas rebanadas de pan, cuando veía que empezaban a llenarse de moho —porque, cuando estaba en Passanitello, en pleno invierno, los caminos se hallaban en tan mal estado que podían transcurrir quince días sin que pasara un alma viva por allí.

Don Alfonso, a quien sus padres tenían entre algodones, envidiaba la talega de lona de su amigo Jeli, donde guardaba todas sus cosas: el pan, las cebollas, la garrafa de vino, el pañuelo para el frío, el envoltorio de trapos, el hilo de cáñamo, las agujas de varios grosores, la cajita de hojalata, el eslabón y la yesca; le envidiaba también *la Vajata*, la soberbia yegua con ojos de distintos colores, aquella bestia con un copete de pelos hirsutos, de ojos malignos, que arriscaba las narices al igual que un mastín bravo cuando alguien quería

montarla. De Jeli, en cambio, se dejaba montar y rascar las orejas; lo celaba y lo husmeaba, para oír lo que él quería decirle.

—Deja en paz a *la Vajata* —le recomendaba Jeli—; no es mala pero no te conoce.

Después de que Scordu se llevó a la burra calabresa que había comprado en San Giovanni, a condición de que la tuvieran en la manada hasta la vendimia, el borrico zaino, que había quedado huérfano, correteaba al borde de los barrancos, con largos rebuznos lamentosos y las narices dilatadas. Jeli corría tras él, llamándolo a grito en cuello, y el borrico se detenía a escucharlo, con el cuello tenso y las orejas intranquilas, azotándose los flancos con la cola.

—Se llevaron a la madre y no sabe qué hacer —observaba el pastor—. No hay que perderlo de vista, porque sería capaz de arrojarle al precipicio. A mí también, cuando murió mi madre, me costaba mucho trabajo saber dónde andaba yo.

Después, cuando el borrico volvió a oler el trébol y a mordisquearlo, Jeli agregó, de mala gana:

—¡Mira! Empieza a olvidarse de eso poco a poco... Pero también lo venderán. Los asnos y los caballos son para venderlos; los corderos nacen para terminar en el matadero y las nubes traen la lluvia. Solamente los pájaros no hacen más que cantar y volar todo el día.

Las ideas le llegaban desligadas, porque raras veces tenía con quien hablar; no sentía la necesidad de hilarlas dentro de la cabeza, y solía dejarlas que brotaran poco a poco, igual que las yemas de las ramitas bajo el sol.

—También los pájaros tienen que buscar lo que comen —agregó— y cuando la nieve cubre la tierra se mueren.

Después de pensar un poco, añadió:

—Tú eres como los pájaros; pero cuando llega el invierno, puedes estar cerca del fuego, sin hacer nada.

Don Alfonso le respondía diciendo que él tenía que ir a la escuela, a estudiar. Jeli abría bien los ojos y los oídos cuando el señorito se ponía a leer; lo miraba a él y al libro, con cierta incredulidad,

y lo escuchaba con el leve parpadeo que indica la intensidad de la atención en los animales que más se acercan al hombre. Le gustaban los versos, que acariciaban su oído con la armonía de un canto incomprensible; a veces fruncía el entrecejo, alzaba el mentón... y hubiérase dicho que un gran trajín había en su interior: se rascaba la cabeza, luego asentía, una y otra vez, esbozando una sonrisa astuta. Y cuando el señorito se ponía a escribir, a fin de mostrarle cuántas cosas sabía hacer, Jeli habría pasado días enteros mirándolo; pero, en ciertas ocasiones, lo miraba con recelo. No acababa de entender que fuera posible repetir en el papel las palabras que él o que don Alfonso habían dicho, que pudieran estar allí después de salir por la boca, y acababa por dar un paso atrás, incrédulo, con una sonrisa ladina. Parecíale sospechosa toda nueva idea que deseaba entrar en su cabeza; la husmeaba con la salvaje desconfianza de su *Vajata*. Pero no se asombraba de nada en este mundo: si le hubiesen dicho que en la ciudad los caballos viajaban en carroza, él

habría permanecido impasible, con esa máscara de indiferencia oriental que es la dignidad del campesino siciliano. Parecía atrincherarse por instinto en su ignorancia, como si fuese la fuerza de la pobreza. Todas las veces que le faltaban argumentos, repetía:

—Yo no sé nada. Soy pobre —aunque siempre con su sonrisa obstinada, que quería ser maliciosa.

Le pidió a su amigo Alfonso que le escribiera el nombre de Mara en un pedazo de papel que encontró quién sabe dónde —porque recogía del suelo todo aquello que le interesaba— y que guardaba en el envoltorio de los trapos. Un día, después de estar callado un largo rato, mirando aquí y allá, absorto, le dijo con mucha seriedad:

—Aquí tengo novia. —Y Alfonso, a pesar de que él sabía leer, parecía dudar de lo que oyera.— Sí —dijo Jeli—; Mara, la hija del finquero Agrippino, que estaba aquí. Ahora vive en Marineo, en la casa grande de la llanura, que puede verse desde el llano del camillero.

—¿De modo que vas a casarte?

—Sí, cuando crezca y gane seis onzas de salario al año. Mara no lo sabe todavía.

—¿Por qué? ¿No se lo has dicho?

Jeli meneó la cabeza y se puso a reflexionar. Luego abrió el envoltorio y extendió el papel.

—Es cierto que aquí dice Mara; lo leyó también don Gesualdo, el campero, y fray Cola, cuando vino por las habas. Uno que sabe escribir —observó luego— es como uno que guarda las palabras en la cajita del eslabón y la yesca, que puede llevarlas en el bolsillo y enviarlas a cualquier parte.

—¿Y qué harás con ese pedazo de papel si no sabes leer? —le preguntó Alfonso.

Jeli se encogió de hombros y, después de doblar con cuidado el papelito, lo guardó en el envoltorio de los trapos.

Conocía a la Mara desde que era una niña y se habían propinado algunos manazos la primera vez que se encontraron en el barranco cuando recogían moras entre los matorrales. La muchachita, consciente “de lo que era suyo”, agarró por el cuello a Jeli, como a un ladrón, y pronto intercambiaron

manazos en la espalda, uno tú y uno yo, como hace el tonelero con los aros de los toneles; finalmente se calmaron, pero sin soltarse de las greñas.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Mara. —Pero Jeli, más montaraz que ella, al inicio no respondió.— Yo soy Mara, la hija del finquero Agrippino, dueño de todas estas tierras —dijo al fin.

Jeli soltó entonces la presa, sin decir nada, y la muchachita se puso a recoger las moras que habían caído al suelo, mirando de reojo a su adversario, con curiosidad.

—Más allá del puentecito, en el seto del huerto —agregó la muchachita—, hay muchas moras grandes, que se las comen las gallinas.

Jeli se alejó sin chistar, y Mara, después de acompañarlo con la mirada, también le dio la espalda y se fue corriendo a su casa.

A partir de ese día, se encontraban a menudo. Mara iba a hilar el lino sobre el parapeto del puentecito; y Jeli, muy despacio, conducía la manada hacia las faldas del Cerro del Bandido. En un principio, se mantenía a cierta distancia

de ella, mirándola de lejos con mirada recelosa; pero, después de algunos días, empezó a pasar más cerca de ella, con la andadura cautelosa del perro acostumbrado a las pedradas. Cuando al fin se hallaron muy cerca, pasaban largas horas sin abrir la boca. Jeli observaba el intrincado trabajo de la media que la mamá de Mara le había dejado como tarea; o bien, la muchachita veía el bello zigzag que Jeli tallaba en los bastones de almendro. Luego se iban, en diferentes direcciones, sin decir ni media palabra; y la niña, en cuanto veía su casa, echábase a correr, agitando su faldita sobre las piernitas rojas.

En la temporada de las tunas, entraban en las nopaleras para pelar tunas todo el santo día. Vagabundeaban juntos bajo las nogaleras seculares, y Jeli cascaba las abundantes nueces, las cuales caían como granizo; la muchachita las recogía a más no poder, lanzando gritos de júbilo, y luego escapaba a toda carrera, sosteniendo con fuerza las dos tensas puntas del mandil, bamboleándose como una viejecita.

Durante el invierno, Mara no se atrevía a sacar la nariz, a causa del gran frío. A veces, al atardecer, se veía el humo de las fogatas que Jeli hacía en el llano del camillero o en el Cerro de Macca, para no quedar aterido como los paros que hallaba en la mañana, detrás de una piedra o de un terrón. Hasta los caballos hallaban algún alivio meneando la cola en torno del fuego o apretándose entre sí, para sentir menos el frío.

En marzo volvieron al llano las alondras, los gorrones a los tejados, las hojas y los nidos a los setos. Mara volvió a pasear, en compañía de Jeli, por los campos floridos, bajo los árboles aún desnudos, que comenzaban a puntearse de verdor. Jeli se colaba por entre los espinos, como un sabueso, para encontrar polluelos de mirlo, que asustados miraban, con sus ojillos de pimienta, a los dos chiquillos quienes, a menudo, llevaban bajo la camisa conejitos sacados de las madrigueras, casi desnudos pero de largas e inquietas orejas; recorrían los campos detrás de la manada de los caballos, sobre los rastrojos, al mismo paso que el de la manada, deteniéndose

cada vez que una burra se detenía a arrancar un bocado de hierba. Al atardecer, cuando llegaban al puentecito, se separaban sin despedirse.

Así pasaron todo el verano. El sol empezaba a ocultarse detrás del Cerro de la Cruz, y los petirrojos los seguían en las nopaleras. Ya no se oían los grillos y las cigarras, y a esa hora se expandía en el aire una gran melancolía.

En ese tiempo llegó a la casucha de Jeli su padre, el vaquero, enfermo de malaria contraída en Ragoleti; ni siquiera podía sostenerse bien en el asno que lo llevaba. Jeli encendió de inmediato el fuego y corrió hacia “las casas”, para conseguir unos huevos de gallina.

—Mejor extiende un poco de pienso cerca del fuego —le dijo su padre—, porque siento que me vuelve la fiebre.

El miedo a la fiebre era tan grande que el compadre Menu, sepultado bajo su gran capote, las alforjas y el saco de Jeli, temblaba, como las hojas en noviembre, delante del fuego de sarmientos que emblanquecía su rostro, como si ya estuviera muerto.

Los campesinos de la granja le preguntaban:

—¿Cómo se siente, compadre Menu?

El pobrecito sólo respondía con un gañido, semejante al de un cachorro de leche.

—La malaria mata mejor que un escopetazo —decían sus amigos, calentándose las manos al fuego.

Llamaron al doctor, pero era dinero tirado a la calle, porque hasta un muchacho sabía curar esa malaria y, de cualquier modo, si la fiebre no era de las que matan, con el sulfato se curaría pronto. El compadre Menu gastó todo el dinero que tenía en la compra del sulfato, pero era como tirarlo dentro de un pozo. Tomó una infusión de hierbas silvestres, “que no cuestan nada”, decía el finquero Agrippino, “y si no sirve como el sulfato, al menos no gasta”. También tomaba infusiones de eucalipto, pero la fiebre regresaba, incluso más fuerte. Jeli asistía a su padre lo mejor posible. Cada mañana, antes de irse con la manada, le dejaba la infusión preparada y un haz de sarmientos al alcance de la mano, huevos en la ceniza caliente, y volvía temprano, con más leña para la noche, una garrafita

de vino y algún pedazo de carne de borrego, que iba a comprar hasta Licodia. El pobre muchacho hacía todo con garbo, como buena ama de casa; y su padre, acompañando sus tareas con ojos cansados, le sonreía de vez en cuando, pensando que Jeli sabría arreglárselas cuando se quedara solo.

Los días en que la fiebre cesaba por algunas horas, el compadre Menu se levantaba tambaleante, con la cabeza apretada bajo el pañuelo, y esperaba a Jeli, mientras el sol calentaba todavía. En cuanto Jeli dejaba caer en el umbral el haz de leña y posaba en la mesa la garrafitita y los huevos, él le decía:

—Calienta el agua para la infusión de esta noche. —O bien:— El oro de tu madre lo tiene guardado la tía Ágata, recuérdalo cuando yo ya no esté aquí.

Jeli asentía con un movimiento de cabeza.

—Es inútil —repetía el finquero Agrippino cada vez que miraba al compadre Menu con la fiebre—. Su sangre ya está toda descompuesta.

El compadre Menu lo oía sin parpadear, con la cara más blanca que su gorro.

Ya no pudo levantarse. Jeli se ponía a llorar al ver que le faltaban las fuerzas para ayudarlo a cambiar de posición en la cama; el compadre Menu ya ni siquiera podía hablar. Las últimas palabras dichas a su hijo fueron éstas:

—Cuando me muera, ve a buscar al dueño de las vacas, a Ragoleti, y pídele que te dé las tres onzas y las doce cargas de trigo que sobran de mayo a esta parte.

—No —respondió Jeli—; sólo son dos onzas y quince, porque dejó las vacas hace más de un mes y hay que hacer la cuenta justa con el patrón.

—¡Es cierto! —afirmó el compadre Menu, entrecerrando los ojos.

“Ahora estoy solo en el mundo, como un potrillo extraviado que pueden comerse los lobos”, pensó Jeli cuando llevaron a su padre al cementerio de Licodia.

Mara también visitó la casa del muerto, con la curiosidad inquieta que suscitan los acontecimientos espantosos.

—¿Ves cómo quedo ahora? —le dijo Jeli.

La muchachita da un paso atrás, asustada, temerosa de que la hiciera entrar en la casa donde había estado el muerto.

Jeli fue a cobrar el dinero del padre, y partió con la manada con rumbo a Passanitello, donde la hierba estaba creciendo en el terreno dejado por el barbecho; el pasto era abundante y los potrillos comieron durante mucho tiempo. Jeli había crecido —también Mara, pensaba él con frecuencia, mientras tocaba su silbato—. Y cuando regresó a Tebidi, después de tanto tiempo, avanzando lentamente al lado de las burras en los senderos resbaladizos de la fuente del tío Cosimo, dirigía la mirada hacia el puentecito del barranco y la casucha en el valle del Jacitano, hacia los tejados de las casas grandes, sobre los cuales volaban siempre los palomos. Pero en ese tiempo el patrón había despedido a Agrippino, y toda la familia de Mara se disponía a irse. Jeli encontró a la muchacha, ya crecida y agraciada, en la puerta del patio, cuidando sus cosas mientras cargaban la carreta. La estancia desocupada parecía ahora más oscura y ahumada

que de costumbre. La mesa, la cama, el armario, las imágenes de la Virgen y de San Giovanni, y hasta los clavos para colgar las calabazas para la siembra, habían dejado un lamparón en las paredes, junto a las cuales estuvieron tantos años.

—Vámonos —dijo Mara, a fin de que no viera todo aquello—. Nos vamos a Marineo, donde está el caserío de la llanura.

Jeli ayudó a Agrippino y a doña Lia a cargar la carreta y, cuando todo estuvo estibado, fue a sentarse con Mara en el borde del abrevadero. Al terminar de cargar el último canasto, Jeli le dijo:

—Hasta las casas, cuando no queda ya nada de ellas, parecen otra cosa.

—En Marineo —respondió Mara— tendremos una habitación más bonita; me dijo mi mamá que es tan grande como la bodega de los quesos.

—No pienso volver aquí cuando te hayas ido; cuando vea cerrada esa puerta, pensaré que ha vuelto el invierno.

—En Marineo hallaremos a otra gente. Pudda la Roja y la hija del campero; estaremos alegres,

y a las misas irán más de ochenta segadores, con cornamusas, y bailaremos en la era.

Agrippino y su mujer partieron en la carreta; Mara iba a la zaga, contenta, con el cesto de los pichones. Jeli los acompañó hasta el puentecito, y cuando ella estaba a punto de desaparecer en el valle, la llamó:

—¡Mara! ¡Mara!

—¿Qué quieres? —le preguntó Mara. Jeli no supo qué decir—. ¿Qué vas a hacer aquí, solo?

—Estaré con mis potrillos.

Mara se marchó, saltando, y él se quedó de pie, hasta que ya no pudo oír el ruido de la carreta, que rebotaba en las piedras. El sol tocaba ya las rocas del Cerro de la Cruz; las grises cabelleras de los olivos se esfumaban en el crepúsculo, y por la vasta campiña, a lo lejos, sólo se oía el cencerro de *la Blanca* en el silencio que se expandía.

Mara, viviendo en Marineo, rodeada de gente nueva y dedicada a la vendimia, se olvidó de él. Pero Jeli no dejaba de pensar en ella, porque en los largos días no tenía otro pasatiempo que mirar las

colas de sus animales. Ahora le faltaban motivos para bajar al valle, más allá del puentecito, y nadie lo veía en la finca. No pudo enterarse de que Mara tenía novio, ni de que mucha agua había pasado bajo el puentecito. Volvió a verla el día de la fiesta de San Giovanni, cuando fue a la feria para vender los potros; una feria convertida en veneno para él, que hizo que se le cayera el pan de la boca a causa de un accidente ocurrido a uno de los potros del patrón, ¡Dios nos libre!

El día de la feria, el administrador esperaba los potros al amanecer; iba y venía, con sus botas barnizadas, tras las grupas de los caballos y de los mulos, puestos en fila a un lado de la calle ancha. La feria estaba por terminar, y Jeli aún no aparecía en la curva de la calle ancha. En las pendientes reseca del Calvario y del molino de viento aún quedaban algunos rebaños de ovejas, con las cabezas gachas y los ojos apagados; algunas parejas de bueyes de pelo largo –de los que se venden para pagar el alquiler de las tierras– aguardaban, inmóviles, bajo el sol candente. Allá, en el valle,

la campana de San Giovanni llamaba a misa, acompañada por el largo crepitar de los cohetes. La plaza de los verduleros parecía estremecerse, y los gritos de ellos se prolongaban por entre los puestos alineados en la Cuesta de los Gallos, bajaban por las calles del pueblo y parecían regresar al valle donde estaba la iglesia. ¡Viva San Giovanni!

—¡Con mil demonios! —gritaba el administrador—. ¡Este maldito me hará perder la feria!

Las ovejas alzaban el hocico, atónitas, y balaban todas a la vez; los bueyes caminaban un poco, lentamente, mirando en torno suyo, con ojos atentos.

El administrador estaba furioso porque ese mismo día debía pagar el alquiler de los cercados grandes, “en cuanto San Giovanni pasara bajo el olmo”, decía el contrato, y para completar la suma necesitaba el dinero de la venta de los potros. Mientras tanto, los potros, los caballos y los mulos, reunidos en gran número, lucían adornados con listones y borlas de varios colores; con cascabeles en la cola, que balanceaban para espantar el tedio, y volvían la cabeza hacia quienquiera que

pasara, como esperando un alma caritativa que los comprara.

—¡Ha de estar durmiendo ese maldito! —seguía gritando el administrador.

Jeli, en cambio, había caminado toda la noche, a fin de que todos los potros llegaran frescos a la feria y poder elegir un buen lugar, y había llegado al Llano del Cuervo, aun antes de que se pusieran “los tres reyes”, que todavía brillaban sobre el Monte Arturo, con los brazos en cruz. Por el camino pasaban carros y gente a caballo, para asistir a la fiesta; por tal razón, el jovencito abría bien los ojos, para que los potros, espantados por aquel trajín, no se desbandaran y siguieran a la vera del camino, detrás de *la Blanca*, que caminaba tranquila, con el cencerro al cuello. En ocasiones, cuando el camino corría sobre la parte más alta de las colinas, podía oírse la campana de San Giovanni, puesto que hasta allí, en medio de la oscuridad, llegaba la fiesta, y a lo largo del camino, donde había gente a pie o a caballo, que iba a Vizzini, se oía gritar: “¡Viva San Giovanni!”, y los cohetes

subían derechos y brillantes tras los montes de la Canziria, para luego caer como las estrellas que llueven en agosto.

—¡Parece Nochebuena! —le repetía Jeli al muchacho que lo ayudaba a arrear la manada—. En todas partes lanzan cohetes de luces y en el campo hay otras tantas fogatas.

El muchacho no decía nada; cabeceaba a causa del sueño, daba un paso, luego otro, lentamente; pero Jeli, al oír aquella campana, sentía un hervor en su sangre y no podía guardar silencio, como si aquellos cohetes que rayaban la oscuridad, tácitos y lucientes, le brotaran en el alma, y decía:

—Mara debe de estar también en la fiesta de San Giovanni, porque va todos los años. —Y sin parar mientes en que Alfio, el muchacho, respondiera nada, añadía:— ¿Sabes?, ahora Mara está así de alta, más grande que su mamá, que la hizo; y cuando volví a verla, no podía creer que fuera la misma con la que iba a cortar tunas y a varear los nogales. —Y se puso a cantar todas las canciones que se sabía. Al terminar, le gritó al muchacho:—

¡Alfio! ¿Estás dormido? ¡Fíjate que *la Blanca* va detrás de ti!

—No; no duermo —respondió Alfio con voz ronca.

—¿Ves la Puddara, que nos guiña un ojo allá, hacia Granvilla, como si también lanzaran cohetes en Santa Dominga? Falta poco para que amanezca; llegaremos a tiempo para escoger un buen sitio. ¡Uy, morenito bello, en la feria tendrás un ronzal nuevo, con borlas rojas, y también tú, estrellado!

De tal manera le hablaba a todos los potros, a fin de que se sintieran seguros oyendo su voz en la oscuridad. Pero le dolía que el estrellado y el morenito tuvieran que ser vendidos en la feria.

—Cuando los vendan, tendrán un patrón nuevo; ya no los veré en la manada, como sucedió con Mara, después de irse a Marineo. Su padre está muy bien en Marineo; cuando fui a buscarlos me pusieron delante pan, vino, queso y muchos otros bienes de Dios; hubiera podido comerme toda la finca, de haberlo querido. A Mara le costó trabajo saber quién era yo, después de no verme durante

tanto tiempo, y se puso a gritar: “¡Pero mira nada más: es Jeli, el caballerizo, el de Tebidi!”. Como cuando uno vuelve de muy lejos y, con sólo ver la punta de un monte, le basta para reconocer de inmediato todo el pueblo donde uno ha crecido. Doña Lia no quiso que siguiera tuteando a Mara, ahora que su hija ha crecido, porque la gente chismea fácilmente. En cambio, Mara se echó a reír, y parecía que acababa de sacar el pan del horno, por lo colorada que estaba; ponía la mesa y tendía el mantel con tanta propiedad que parecía otra. “¿Ya no te acuerdas de Tebidi?”, le pregunté en cuanto doña Lia fue a sacar vino fresco. “Sí, sí, claro que me acuerdo”, me dijo ella; “en Tebidi había una campana en un campanario parecido al asa de un salero; la tocaban desde la galería, donde estaban dos gatos de piedra en el cancel del jardín, como ronroneando”. Yo sentía dentro de mí todas esas cosas que me decía. Mara me miraba de la cabeza a los pies, con ojos muy abiertos, y repetía una y otra vez: “¡Pero cuánto has crecido!”; se puso a reír y me dio un manotazo aquí, en la cabeza.

De tal modo Jeli, el caballerizo, perdió el trabajo, porque precisamente en ese momento pasaba de improviso una carroza que él no había oído mientras ésta subía la cuesta muy despacio, y que, en cuanto hubo llegado a lo plano, con gran estrépito de látigo y cascabeles, empezó a correr como alma que se lleva el diablo. Los potros, asustados, se desbandaron al punto, como cuando sienten un terremoto, y de nada sirvieron los gritos de Jeli y del muchacho, para reunirlos en torno de *la Blanca*, la cual trotaba con el cencerro en el pescuezo. En cuanto Jeli contó sus animales, se percató de que faltaba el estrellado; se mesó los cabellos porque a la vera de ese sitio del camino había un barranco. Y fue en el barranco adonde el potro estrellado fue a caer, ¡un potro que valía doce onzas, como doce ángeles del paraíso! Llorando y gritando, Jeli llamaba al potro, que aún no podía ver. El estrellado le respondió al fin, desde el fondo del barranco, con un relincho doliente, como si hablara el pobre animal.

—¡Ay, madre mía! —gritaban Jeli y el muchacho—. ¡Qué desgracia, madre mía!

Los viandantes que iban a la fiesta oían esos lamentos en medio de la oscuridad, preguntándoles qué había pasado, pero proseguían su camino.

El estrellado permanecía inmóvil donde había caído, y Jeli lo buscaba tentaleando aquí y allá, llorando y hablándole, pensando que podía darse a entender. El pobre animal alzaba penosamente el pescuezo, volviendo hacia él la cabeza.

—¡Algo ha de tener roto! —lloriqueaba Jeli, desesperado de no poder ver nada en aquella oscuridad, y el potro, inerte como una piedra, volvía a dejar caer la pesada cabeza. Alfio estaba al borde del camino, cuidando la manada; ya más tranquilo, había sacado del morral un pedazo de pan. El cielo empezaba a aclararse, y los montes cercanos parecían despuntar uno tras otro, altos y negros. Desde la curva del camino se vislumbraba el pueblo, con el Monte del Calvario y el molino de viento, estampados en el albor, todavía oscuros y sembrados por las manchas blancas de las ovejas; aquí y allá, los bueyes pastaban en la cima del monte, contra el cielo azul, y hubiérase dicho que el perfil del monte

se animaba de vida. En el fondo del barranco, la campana no podía oírse; los viandantes eran más escasos y tenían prisa de llegar a la fiesta. El pobre Jeli no sabía a qué santo encomendarse en aquella soledad; el mismo Alfio, a solas, no podía darle ninguna ayuda, y comía despacio su pan.

Al fin llegó a caballo el administrador, que, en cuanto hubo visto a los animales parados al borde del camino, empezó a gritar a voz en cuello, lanzando tan grandes insultos que Alfio salió huyendo por la cuesta de la colina. Pero Jeli se quedó al lado del potro estrellado. El administrador dejó a la mula en el camino, bajó al fondo del barranco y, queriendo ayudar al potro a levantarse, lo tiraba de la cola.

—¡Déjelo en paz! —le decía Jeli, muy pálido, como si también él tuviera roto el espinazo—. ¡Déjelo en paz! ¿Acaso no ve que no puede moverse el pobre animal?

En efecto, cada vez que querían mover al potro, éste se quejaba igual que un cristiano. El administrador se desquitaba dándole coscorriones y patean-

do a Jeli, invocando a todos los santos y a todos los ángeles del paraíso. Alfio, ya más tranquilo, había bajado al camino, a fin de que los animales no se desbandaran, y se disculpaba diciendo:

—La culpa no es mía. Yo iba adelante, con *la Blanca*.

—Ya no hay nada que hacer —dijo al fin el administrador, convencido de que todo sería tiempo perdido—. Lo único bueno es la piel.

Jeli empezó a temblar como una hoja al ver que el administrador iba hacia la mula para desenfundar su escopeta.

—¡Hazte a un lado, inútil! —le gritó el administrador—. ¡Y date de santos que no te deje tirado junto a ese potro, que valía mucho más que tú y que el puerco bautismo que te dio ese cura ladrón!

El estrellado, sin poder moverse, volteaba la cabeza con ojos muy abiertos, como presintiéndolo todo, y su pelambre se erizaba en ondas a lo largo de las costillas, como si fuera presa de escalofríos. De tal manera, el administrador mató allí mismo al cuadrúpedo, para salvar al menos la zalea, y a Jeli

le pareció sentir dentro de sí el ruido sordo que hizo en la carne viva el disparo hecho a quemarropa.

—Si ahora quieres saber cuál es mi consejo —le dejó dicho el administrador—, ni se te ocurra ver al patrón para que te pague lo que se te debe, ¡porque yo mismo me encargaría de eso!

El administrador y Alfio se marcharon junto con los demás potros, sin parar mientes en dónde quedaba el estrellado y arrancando la hierba crecida al borde del camino. El estrellado se quedó en el barranco, esperando a que fueran a desollarlo, con los ojos aún abiertos y las cuatro patas estiradas. ¡Dichoso él, que ya no penaba! Y Jeli, después de ver con cuánta saña le había disparado el administrador al pobre animal, mientras éste volvía la cabeza penosamente, como si tuviera juicio, dejó de llorar y miró al estrellado, totalmente tieso, y, sentado en una piedra, esperó a los hombres que debían llevarse la zalea.

Ahora podía ir de paseo, gozar de la fiesta y quedarse en la plaza todo el día, para ver a los caballeros en el casino, como mejor le pareciera.

En vista de que ya no tenía ni pan ni techo, era preciso buscar otro patrón, si alguno lo quería, después de la desgracia del estrellado.

Las cosas del mundo rodaron así: mientras Jeli andaba buscando un patrón, con el morral al hombro y el cayado en la mano, la banda tocaba alegremente en la plaza, con penachos en los birretes, en medio de una multitud de gorros blancos, abigarrados como moscas, y los caballeros sentados en el casino. Toda la gente andaba engalanada, como los animales de la feria, y en una esquina de la plaza había una mujer con falda corta y medias de color carne, que parecía tener las piernas desnudas, la cual golpeaba un tambor delante de una gran sábana pintada, en la que se veía una matanza de cristianos, cuya sangre corría en arroyos, y en el gentío también se hallaba, mirando aquello con la boca abierta, el finquero Cola, quien conocía a Jeli desde cuando estaba en Passanitello, y le dijo que él le conseguiría otro patrón, porque el compadre Isidoro Macca necesitaba un porquerizo.

—Pero no le menciones nada acerca del potro estrellado —le aconsejó el finquero Cola—. Semejante desgracia puede ocurrirle a todos en este mundo, pero es mejor que no se la cuenten.

Y fueron en busca del finquero Macca, que hallábase en el baile; así, mientras Cola se encargaba de tal asunto, Jeli lo esperó en la calle, en medio de la muchedumbre, mirándola desde la puerta de la tienda. Dentro de ella había un mundo de gente, que saltaba y se divertía, todos colorados, aporreando de tal modo el enladrillado con sus zapatones que ni siquiera se oía el ronrón del contrabajo; y en cuanto terminaba una pieza, alzaban el dedo pidiendo otra. El contrabajista llevaba la cuenta pintando una cruz en la pared, con un carbón, y luego seguía tocando. “Estos gastan sin pensarlo dos veces”, se decía Jeli, “lo cual quiere decir que tienen dinero y no se angustian como yo, que no tengo patrón. Saltan y sudan por mero placer, como si nunca les faltara trabajo”. El finquero Cola regresó diciendo que no necesitaba a nadie, y Jeli se marchó de allí cabizbajo.

Mara vivía hacia San Antonio, donde las casas trepan a un lado del puente, ante el Valle de la Carinzia, poblado de nopaleras y ruedas de molinos, que espumajean abajo, en el torrente; pero Jeli no tuvo el coraje de dirigirse a tal parte, porque ahora no lo aceptaban ni siquiera como porquerizo. Y caminando aquí y allá, en medio de la multitud que lo empujaba sin miramiento alguno, le pareció que estaba más solo que cuando radicaba con los potros en las landas de Passanitello, y tenía ganas de llorar. Finalmente, encontró en la plaza a Agrippino, que caminaba en la plaza gozando de la fiesta; éste lo llamó gritando: “¡Eh, Jeli!”, y se lo llevó a su casa. Mara vestía sus mejores galas, con aretes que acariciaban sus mejillas; estaba a la puerta, con las manos sobre el vientre, cargadas de anillos, esperando que oscureciera para ir a ver los fuegos de artificio.

—¡Oh! —le dijo Mara—, ¿también viniste a la fiesta de San Giovanni?

Jeli no se atrevía a entrar porque andaba mal vestido; pero Agrippino lo empujó por los hombros,

diciéndole que no era la primera vez que se veían y que había llegado con los potros del patrón. Doña Lia le sirvió un buen vaso de vino, y quisieron llevarlo a ver los fuegos, junto con las comadres y los vecinos.

Al llegar a la plaza, Jeli se asombró al ver que toda ella era un mar de fuego, como cuando quemaban los rastrojos, debido a la gran cantidad de cohetes que los devotos lanzaban al paso del santo, quien los disfrutaba desde la embocadura del Rosario, todo negro bajo el baldaquín de plata. Los devotos iban y venían entre las llamas, como diablos; hasta una mujer, harapienta y despeinada, de ojos saltones, prendíale fuego a los cohetes, al igual que un cura, con la sotana al aire, sin bonete, parecía un obseso por la devoción.

—El que está allí es hijo del finquero Neri, el administrador de la Salonia, y se gasta más de diez liras en cohetes —decía doña Lia, señalando a un mocetón que paseaba en la plaza, sosteniendo en una mano dos cohetes, como dos velas, de modo que las mujeres se lo comían con los ojos, gritando “¡Viva San Giovanni!”.

—Su padre es muy rico y tiene más de veinte cabezas de ganado —dijo Agrippino.

Mara sabía que él había portado el estandarte grande en la procesión, y que lo había sostenido muy derecho, porque ese joven era no sólo bello sino también fuerte.

Hubiérase dicho que el hijo del finquero Neri escuchaba lo que de él decían, y, girando alrededor de ellos, prendía cohetes para ella. Al terminar la luminaria, los llevó al baile y al cosmorama, donde se veían el mundo viejo y el mundo nuevo, pagando él por todos, desde luego, incluido Jeli, que seguía a la comitiva como un perro sin dueño. Y vio bailar al hijo del finquero Neri con Mara, que giraba a su alrededor como una paloma enamorada, sosteniendo con garbo una punta de su delantal. El hijo del finquero Neri saltaba como un potro; doña Lia lloraba llena de esperanzas, y Agrippino asentía con movimientos de cabeza, dando a entender que la cosa marchaba bien.

Finalmente, cuando se hubieron cansado, se dirigieron todos a la romería —arrastrados por la

multitud, como si estuvieran en medio de una riada— a ver las estampas iluminadas, en una de las cuales iban a cortarle la cabeza a San Giovanni, que, como un ciervo, huía del hacha: una cosa que habría apiadado hasta a los mismos turcos. Cerca de allí tocaba la banda, bajo un cobertizo de madera, muy iluminado; jamás se había visto en la plaza semejante muchedumbre de cristianos.

Mara iba del brazo del hijo del finquero Neri, como una señorita; le hablaba y reía con él, sumamente divertida. Jeli estaba muerto de cansancio, y se puso a dormir sentado en plena acera, hasta que lo despertaron los primeros petardos de los fuegos de artificio. En ese momento, ella apoyaba las manos sobre los hombros del hijo del finquero Neri, y a la luz de los fuegos coloreados parecía ora muy blanca, ora muy roja. Cuando estallaron en el cielo los últimos cohetes, lanzados en conjunto, el hijo del finquero Neri se volvió hacia ella, con la cara verde, y le dio un beso.

Jeli no protestó, pero en ese momento se volvió un veneno toda la fiesta que había gozado hasta

entonces. Volvió a pensar en todas sus desgracias: se había quedado sin patrón, sin pan y sin techo, no sabía qué hacer ni a dónde ir... En fin, lo mejor era arrojarle al barranco, como el estrellado, al que ya se comían los perros a esa hora.

Mientras tanto, al volver a la casa, toda la gente estaba contenta. Mara, junto con sus amigas, cantaba y saltaba en la callejuela pedregosa.

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches! —decíanse las amigas al quedarse por el camino.

Mara decía lo mismo, pero como cantando, con todo el gozo que había en su voz; pero el hijo del finquero Neri, que ahora parecía una bestia, parecía decidido a no separarse de ella, mientras Agrippino y doña Lia discutían al abrir la puerta. Nadie reparaba en Jeli; al fin Agrippino se acordó de él, y le preguntó:

—¿Dónde vas a quedarte?

—No lo sé —dijo Jeli.

—Ven a buscarme mañana, ya veremos dónde puedo alojarte. Por esta noche, vuelve a la plaza, donde estuvimos oyendo la banda. Puedes dormir

en alguna banca; al fin y al cabo, estás acostumbrado a dormir a la intemperie.

Muy acostumbrado, desde luego; pero lo que más le dolía era que Mara no le dijera nada y lo desamparara en la puerta, como a un pordiosero. Y se lo dijo al día siguiente, en cuanto estuvo a solas con ella:

—¡Ay, doña Mara, cómo se olvida usted de los amigos!

—¡Oh Jeli! —dijo Mara—. No me he olvidado de ti. ¡Estaba tan cansada después de los cohetes!

—¿Al menos quiere bien al hijo del finquero Neri? —preguntó él, pasando una y otra vez el cayado entre las manos.

—¡Pero qué cosas dice! —respondió bruscamente doña Mara—. Mi madre está cerca y puede oír todo.

Agrippino pudo colocarlo como borreguero en Salonia, donde era administrador el finquero Neri; pero como Jeli no tenía experiencia en ese oficio, tuvo que contentarse con un sueldo muy bajo.

Ahora cuidaba borregos, aprendía a hacer quesos, requesón y demás productos lácteos; pero entre las charlas nocturnas de los demás pastores

y campesinos, que se oían en el patio, mientras las mujeres pelaban las habas para la sopa, a menudo se hablaba del hijo del finquero Neri, diciendo que iba a casarse con Mara. Jeli oía todo eso, sin atreverse a decir nada. Una vez que el campero le dijo en son de guasa que Mara no quería saber de él, luego de que todos habían dicho que serían marido y mujer, Jeli, sin dejar de ver la olla en que se cocía la leche, y removiendo lentamente el cuajo, respondió:

—Mara ya creció y ahora es muy bonita; parece una señora.

En vista de que él era paciente y laborioso, aprendió pronto todas las cosas de ese oficio, como si lo hubiese desempeñado desde siempre; y, habituado a estar con los animales, amaba a las ovejas como si fueran suyas; *el mal* en la Salonia no era tan grave, y el rebaño prosperaba. El finquero Neri visitaba con frecuencia la hacienda, y tan contento estaba con la marcha de las cosas que, al terminar el año, le aumentó el sueldo a Jeli; de modo que, con tal incremento, llegó a ganar casi lo mismo que ganaba

como caballerizo. El dinero del aumento estaba bien gastado, porque a Jeli no le importaba recorrer millas y más millas en busca de los mejores pastos para sus animales; si las ovejas parían o estaban enfermas, las hacía comer la hierba que llevaba en las alforjas del borrico, o cargaba al cuello los corderitos, que balaban en su cara y lamían sus orejas. En la famosa nevada de la noche de Santa Lucía, la nieve alcanzó los cuatro palmos en el lago muerto de Salonia y, a la mañana siguiente, todo estuvo blanco en millas y más millas a la redonda. En esa ocasión, pudo haberse arruinado el finquero Neri, como le sucedió a muchos otros en el pueblo, si Jeli no se hubiera levantado para conducir tres o cuatro veces el rebaño a un lugar cubierto, evitando que los animales murieran sepultados bajo una gruesa capa de nieve, lo que acaeció con muchos rebaños de los alrededores. Tal cosa dijo Agrippino cuando fue a dar una ojeada a una parcela de habas que tenía en Salonia; también dijo que los rumores de que Mara iba a casarse con el hijo del finquero Neri nada tenían de cierto, porque Mara tenía otros planes.

—¡Pero si dijeron que iban a casarse en Navidad! —dijo Jeli.

—No es cierto, no van a casarse. Son meros chismes de la gente envidiosa y metiche —respondió Agrippino.

En cuanto se hubo marchado el compadre Agrippino, el campero, mejor enterado del asunto por ir todos los domingos a la plaza del pueblo, relató cómo andaba de verdad esa cosa: no se casarían porque el hijo del finquero Neri habíase enterado de que Mara tenía algo que ver con don Alfonso, el señorito, que conocía a Mara desde que era niña; además, el finquero Neri había dicho que su muchacho tenía que ser tan honrado como su padre, y que en su casa no quería que hubiera más cuernos que el de sus bueyes.

Jeli estaba presente, comiendo en compañía de los demás, rebanando su pan. No dijo nada, pero perdió el apetito durante todo el día.

Mientras llevaba a pastar el rebaño, volvió a pensar en Mara, cuando ella era una muchachita y pasaban todo el día juntos; cuando iban al valle

del Jacitano y al Cerro de la Cruz, y ella lo miraba con la barbilla levantada mientras él trepaba los árboles en busca de nidos; también pensaba en don Alfonso, que iba a buscarlo desde la villa cercana, y se tendían boca abajo, sobre la hierba, para hurgar, con una varita, en los nidos de los grillos. Pensaba en todo eso durante horas y horas, sentado al borde de una zanja, con las rodillas apretadas entre los brazos; pensaba en los altos nogales de Tebidi, en los tupidos zarzales de los valles, en las cuestras de las colinas verdes de zumaques; en los olivos grises del valle, agrumados como niebla; en los tejados rojos del caserío, y el campanario, “que parecía un asa de salero” entre los naranjos del jardín. Ahora, aquí, la campiña se extendía desierta y oscura, manchada por la hierba reseca, vibrando silenciosa en el bochorno lejano.

En primavera, cuando las vainas de las habas apenas empezaban a doblar la cabeza, Mara vino a Salonia con el padre, la madre, el muchacho y el borrico a cosechar las habas. Todos durmieron en la hacienda, durante los dos o tres días de la

cosecha. De modo que Jeli veía a la muchacha en la mañana y en la tarde; se sentaban juntos en la tapia del aprisco, y platicaban, mientras el muchacho contaba los borregos.

—Parecería que estamos en Tebidi —decía Mara—, cuando éramos chicos y estábamos en el puente del sendero.

Jeli recordaba muchas cosas, pero no decía nada, porque era un muchacho juicioso y de pocas palabras.

Al terminar la cosecha, un día antes de la partida, Mara fue a despedirse de Jeli, cuando éste hacía el requesón y retiraba el suero del cazo.

—He venido a decirte adiós, porque mañana regresamos a Vizzini.

—¿Cómo les fue con las habas?

—Muy mal. Los lobos comieron muchas este año.

—Depende más bien de la lluvia, que este año fue escasa —dijo Jeli—. Figúrate que debimos matar a los borregos, porque no tenían nada que comer; en toda Salonia no crecieron ni tres dedos de hierba.

—Pero eso a ti no te interesa. ¡Siempre tienes el salario, aunque el año sea bueno o malo!

—Sí, es verdad —dijo él—; pero me da lástima poner en manos del matancero a esos pobres animales.

—¿Te acuerdas cuando viniste a la fiesta de San Giovanni y no tenías patrón?

—Sí, lo recuerdo.

—Mi padre te colocó aquí, con el finquero Neri.

—¿Por qué no te casaste con su hijo?

—Porque no era la voluntad de Dios... Mi padre ha tenido mala suerte. Desde que nos fuimos a Marineo, todo nos ha salido mal. El campo de las habas, las siembras, el pedazo de viña que tenemos allí. Mi hermano se fue de soldado, y se nos murió una mula que valía cuarenta onzas.

—Lo sé —dijo Jeli—, la mula baya.

—Con todo lo que hemos perdido, ¿quién va a casarse conmigo? —Mientras Mara decía esto, desmenuzaba una ramita seca, con la cabeza inclinada, la mirada perdida, y, sin darse cuenta, tocaba con su codo, una y otra vez, el codo de Jeli.

Pero él, con los ojos fijos en la mantequera, estaba sin palabras, y ella prosiguió:— En Tebidi decían que tú y yo seríamos marido y mujer, ¿te acuerdas?

—Sí —dijo Jeli, y acercó el cazo al borde de la mantequera—. Pero sólo soy un pobre borreguero y no puedo pretender a la hija de un finquero, como tú.

Mara guardó silencio un poquito, y luego agregó:

—Si me quieres, aunque sea un poquito, te acepto con gusto.

—¿De veras?

—Sí, de veras.

—¿Y qué dirá el finquero Agrippino?

—Mi padre dice que ahora conoces bien el oficio, que no eres de aquellos que malgastan el salario, que de una moneda haces dos, que no comes a fin de ahorrar el pan, que llegarás a tener borregos propios y serás rico.

—Si es así —concluyó Jeli—, con gusto me caso contigo.

—¡Que así sea! —dijo Mara. Y, en vista de que había oscurecido y los borregos iban quedándose

dormidos poco a poco, agregó:— Si quieres, puedo darte un beso ahora mismo, porque seremos marido y mujer.

Jeli lo aceptó serenamente y, no sabiendo qué más decir, sólo dijo:

—Siempre te he querido bien, aun sabiendo que querías dejarme por el hijo del finquero Neri...

Pero no tuvo el valor de mencionar al otro.

—Pero ¿acaso no ves que tú y yo estábamos destinados? —dijo ella.

Y, en efecto, el finquero Agrippino dijo que sí, y doña Lia se apresuró a tener listo un jubón nuevo y un pantalón de terciopelo para el yerno. Mara estaba bella y fresca como una rosa; con su chal blanco y con el collar de ámbar sobre el cuello blanco, parecía el cordero pascual. De modo que Jeli, cuando iba por la calle al lado de ella, caminaba muy tieso, vestido de casimir y de terciopelo nuevos; no se atrevía a sonarse la nariz con el pañuelo de seda roja, para no llamar la atención; pero los vecinos y todos aquellos que conocían la historia de don Alfonso se reían en su

cara. Cuando Mara pronunció el “sí, acepto” y el cura se la entregó como esposa, Jeli se la llevó a su casa, creyendo que le habían dado todo el oro de la Virgen y todas las tierras que habían visto sus ojos.

En cuanto hubieron llegado a casa, sentados frente a frente, haciéndose chiquito chiquito, le dijo él:

—Ahora que somos marido y mujer, puedo decirte que no creo que me hayas querido... pudiendo escoger a tantos mejores que yo... ¡tan bella como eres!

El pobre no supo decir nada más. Después, no cabía en sí del gusto de ver a Mara en la casa, tocando y arreglando todas las cosas, dueña del hogar. Le costaba trabajo alejarse de la puerta para volver a la Salonia; todos los lunes, se demoraba al cargar al burrito con las alforjas, la capa y el paraguas de lona.

—¡Tú también deberías irte a Salonia! —le dijo a la mujer, que lo miraba en el umbral de la puerta—. Deberías irte conmigo.

Pero la mujer se puso a reír, y le dijo que ella no había nacido para ser borreguera, que nada tenía que hacer en Salonia.

En efecto, Mara no había nacido para ser borreguera: no estaba acostumbrada al cierzo de enero, cuando las manos se engarrotan sobre el cayado y parece que se caen las uñas; ni a los furiosos aguaceros, cuando el agua penetra hasta los huesos; ni al polvo sofocante de los caminos, cuando los borregos caminan bajo el sol candente; ni a la dura yacija ni al pan enlamado; mucho menos a los largos días, silenciosos y solitarios, en los que, pocas veces y a lo lejos, sólo puede verse en el campo a algún campesino tostado por el sol, arreando a un borrico a lo largo de un camino interminable y blanco. Jeli sabía que Mara, al menos, gozaba de un lecho tibio, que hilaba delante del fuego, en compañía de las vecinas, o que tomaba el sol en el corredor, mientras él volvía del campo, cansado y sediento, o empapado de lluvia, o cuando el viento arrastraba la nieve dentro de la casucha, apagando los leños.

Mara iba a cobrar su salario mensual; no le faltaban los huevos en el corral ni el aceite en la lámpara ni el vino en la garrafa. Jeli se encontraba con ella cada quince días, y ella lo esperaba en el corredor, con el huso en la mano; luego, después de que él ataba al asno en el establo —dejándole el pienso en el comedero—, acomodaba la leña bajo el cobertizo del patio y llevaba la necesaria para la cocina, Mara lo ayudaba a colgar la capa en un clavo, a quitarse las polainas mojadas, frente al fogón, y le servía vino, mientras la sopa hervía alegremente; luego ponía la mesa, silenciosa y previsora, como toda buena ama de casa, mientras le hablaba de esto y de aquello, de la clueca que había empezado a empollar, de la tela que estaba en el telar, del becerro que criaban, sin olvidar todos los asuntillos de la casa, con lo cual Jeli sentíase como un papa.

Pero, la noche de Santa Bárbara, regresó a casa a una hora insólita, cuando todas las luces estaban apagadas en la callejuela y el reloj de la ciudad marcaba la medianoche. Una noche de lobos, en que precisamente un lobo había entrado en la

casa, mientras él andaba sufriendo el viento y el agua a causa del salario y de la burra del patrón, que estaba enferma y necesitaba urgentemente la intervención del herrador. Tocó a la puerta una y otra vez, llamando estentóreamente a Mara, mientras le caía encima el agua de la canaleja, que le escurría por los talones. Finalmente, su mujer salió a abrirle, regañándolo, como si ella fuese la que había andado correteando por el campo con aquel mal tiempo, y con tan mala cara, que él le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—¡Me asustaste! ¿Te parece cosa de cristianos llegar a estas horas? Mañana voy a estar enferma.

—Ve a acostarte, yo enciendo el fuego.

—No; necesito ir por la leña.

—Yo voy.

—¡Te digo que no!

Cuando Mara regresó con la leña entre los brazos, Jeli le preguntó:

—¿Por qué está abierta la puerta del patio?
¿No había leña en la cocina?

—No; tuve que ir al cobertizo.

Ella dejó que la besara, fría, fría, y volvió la cabeza hacia otra parte.

“Su mujer deja que se empape detrás de la puerta”, decían los vecinos, “¡mientras el tordo está adentro!”. Pero Jeli no sabía nada de eso, ni los vecinos se lo decían. Por lo demás, a él no le importaba eso, porque había cargado con ella y con su culpa después de que la había dejado plantada el hijo del finquero Neri al saber la historia de don Alfonso. Jeli, en cambio, vivía tranquilo y dichoso en medio del vituperio, engordando como un cerdo, en vista de que “cuando los cuernos son flacos, mejor engorda la casa”.

Al fin, el muchacho que lo ayudaba se lo dijo en la cara durante un altercado que tuvieron a causa de unos quesos recortados:

—¡Ahora que don Alfonso tiene que ver con la mujer de usted, a usted le parece que es su cuñado; y se ha vuelto tan soberbio que cree que es un rey coronado, por los cuernos que lleva en la cabeza!

El administrador y el campero pensaron que allí mismo correría la sangre; pero Jeli no respondió

nada, como si se tratara de un asunto ajeno, y con una cara tan boba que los cuernos le quedaban realmente bien.

Se acercaba la Pascua, y el finquero ordenó que todos fueran a confesarse, con la esperanza de que, por temor a Dios, dejaran de robarlo. Jeli también fue a confesarse. Al salir de la iglesia, buscó al muchacho con el cual había tenido el altercado y, dándole un abrazo, le dijo:

—El confesor me ha pedido que te perdone; no estoy enojado contigo por esos chismes y, si dejas de recortar los quesos, nada me importa lo que dijiste estando enojado.

Desde ese momento lo apodaron *Cuernos de Oro*, y el apodo le duró, a él y a todos los suyos, aun después de lavar sus cuernos con sangre.

Mara también había ido a confesarse; regresaba de la iglesia cubriéndose la cabeza con el chal, con los ojos tan bajos que parecía Santa María Magdalena. Jeli la esperaba en el corredor, taciturno. Al verla caminar tan recatada, como si tuviera al Señor en el cuerpo, Jeli palideció de pies a cabe-

za, como si la viera por primera vez, o como si se la hubieran cambiado. Poco después, no se atrevía a mirarla a los ojos, mientras ella, limpia y tranquila como de costumbre, tendía el mantel y ponía los platos en la mesa.

Después de pensarlo un rato, le preguntó con frialdad:

—¿Es cierto que tienes algo que ver con don Alfonso?

Ella le plantó en la cara sus bellos ojos limpios y, haciendo la señal de la cruz, exclamó:

—¿Por qué quiere que yo peque en este día?

—¡No!, ¡no puedo creerlo todavía...! Don Alfonso y yo estábamos siempre juntos, cuando éramos muchachos, y no pasaba día en que no fuera a Tebidi, como si fuéramos dos hermanos... Además, él es rico, tiene montones de dinero y, si quisiera mujeres, podría casarse; no le faltaría pan que comer.

Mara, en cambio, empezaba a irritarse, y lo reprendió de muy mala manera; tanto que él permanecía con la cara pegada al plato.

Luego, a fin de que aquel bien de Dios que estaban comiendo no se convirtiera en tósigo, Mara cambió de tema y le preguntó si pensaba escardar aquel poco de lino que habían sembrado en el terreno de las habas.

—Sí —respondió Jeli—, y va a crecer bien.

—De ser así —dijo Mara—, este invierno te haré dos camisas nuevas, para que no sientas frío.

En fin, Jeli no entendía lo que quiere decir cornudo, no sabía qué cosa eran los celos; toda nueva revelación entraba en su cabeza con muchísimo trabajo, o se volvía tan grande que jamás podía entrar, sobre todo cuando veía delante a su Mara, tan hermosa y blanca, tan limpia, a la que tanto amaba, en la que había pensado durante tantos años, desde que era niño. Y cuando le dijeron que ella quería casarse con otro, no pudo comer ni beber durante todo ese día. Al pensar en don Alfonso, no podía creer en semejante bribonada; ¡él, que con ojos tan buenos y boquita risueña le llevaba a Tebidi pasteles y pan blanco, no podía hacer algo tan malo!, aprovechándose de que Jeli

era un pobre borreguero, obligado a estar en el campo todo el año.

Pero la primera vez que, para su desgracia, volvió a ver a don Alfonso, siendo ya un hombre, Jeli sintió como una patada en el estómago. ¡Qué guapo y alto era, con su cadena sobre el chaleco, el saco de terciopelo y la barba suave, como de oro! Y nada soberbio porque, palmeándole un hombro, lo llamó por su nombre. Había llegado con el patrón de la hacienda, con un grupo de amigos, a pasear por el campo, durante la esquila de los borregos. Y también llegó Mara, de improviso, con el pretexto de que estaba encinta y se le había antojado el requesón fresco.

Era un día bello y cálido, en los campos rubios, con los setos en flor y largas hileras verdes de las viñas. Los borregos brincaban y balaban de placer al sentirse libres de la lana y, en la cocina, las mujeres encendían un buen fuego para cocer todo lo que el patrón había llevado para la comida. Mientras tanto, los señores estaban a la sombra de los algarrobos, tocando tamborcitos y cornamusas,

o bailando con las mujeres de la hacienda. Y Jeli, mientras esquilaba los borregos, sentía crecer el rencor, como un clavo o una espina, sin saber por qué; como unas tijeras que lo cortaran por dentro, peor que un veneno. El patrón había ordenado que mataran a dos cabritos y al castrado de un año, además de unos pollos y un pavo. Quería hacer las cosas en grande, sin escatimar nada, para quedar bien con sus amigos. Así, mientras aquellos animales gritaban de dolor, y los cabritos chorreaban sangre bajo el cuchillo, a Jeli le temblaban las piernas; le parecía que la lana que iba esquilando y la hierba en que brincaban los borregos se iban cubriendo de sangre.

—¡No vayas! —le dijo Jeli a Mara, cuando don Alfonso la llamó para que bailara con otros—. ¡No vayas, Mara!

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero que vayas!

—¿No oíste que me llamaron?

Jeli no dijo más; puso muy mala cara y siguió agachado, esquilando al borrego. Mara se encogió

de hombros y se fue a bailar. Estaba colorada y alegre, con sus ojos negros, que parecían dos estrellas; reía mostrando sus dientes blancos y todo el oro que llevaba encima, sobre sus mejillas y su pecho, igual que la Virgen. De pronto, Jeli se puso en pie, empuñando las largas tijeras, pálido como su padre, el vaquero, cuando temblaba de fiebre junto al fuego de la casucha. Miró a don Alfonso, con su bella barba rizada, con su saco de terciopelo y la cadenilla de oro sobre el chaleco, que tomaba de la mano a Mara, invitándola a bailar; vio cómo le pasaba el brazo por la espalda, para apretarla contra su pecho, y cómo ella le permitía eso. Entonces —perdónalos, Señor—, a Jeli se le nubló la vista y le cortó la garganta de un solo golpe, como a un cabrito.

Más tarde, cuando lo condujeron ante el juez, atado y deshecho, sin oponer la más mínima resistencia, sólo dijo:

—Pero cómo... ¿Ni siquiera debía matarlo? ¡Si me quitó a la Mara!

ROJO MALPELO

Lo apodaban *Malpelo* porque era pelirrojo, y tenía el cabello rojo por ser un muchacho malo y pernicioso, que prometía convertirse en un modelo de bribón. Por tal motivo, en la mina de arena roja todos lo llamaban Malpelo, incluso su madre, que, a fuerza de oír que siempre le decían así, casi se había olvidado de cuál era su nombre de bautismo.

Por lo demás, ella lo veía solamente los sábados en la noche, cuando él volvía a casa con las pocas monedas ganadas en la semana; y puesto que era malpelo, existía el fundado temor de que se quedara con algunas de ellas: de modo que, para no

errar, la hermana mayor hacía las cuentas a fuerza de coscorrones.

Sin embargo, el patrón de la mina tenía que confirmar cuánto le pagaba al muchacho. A decir verdad, ganaba muy bien, considerando que Malpelo era un bribonzuelo que nadie quería tener enfrente, al que esquivaban como si fuera un perro roñoso al que se acaricia a patadas cuando uno lo encuentra cerca.

Era malencarado, torvo, gruñón y salvaje. Al mediodía, cuando todos los mineros comían en corro la sopa, divirtiéndose un poco, él se arrinconaba con su canasta entre las piernas, royendo su pedazo de pan descolorido, como las bestias, sus compañeras; se burlaban de él, le lanzaban piedras, hasta que el capataz, dándole un puntapié, lo mandaba a trabajar de nuevo. Malpelo embarneceía a fuerza de patadas, permitiendo que lo cargaran aún más que al burro gris, sin proferir ninguna queja. Andaba siempre andrajoso y salpicado de arena roja, porque su hermana se había casado y no tenía tiempo para asearlo los domingos. No obstante, era más conocido que la ruda en Monserrato

y la Carvana, y tanto que la mina donde trabajaba la conocían como “la mina de Malpelo”, lo cual disgustaba mucho al patrón. En fin, lo dejaban trabajar allí por lástima y porque el maestro Misciu, su padre, había muerto en esa mina.

Murió un sábado, mientras terminaba una faena tomada a destajo, una *pilastra* de arena, dejada como sostén del “tiro”; puesto que ya no servía, calculó con el patrón, a ojo de buen cubero, unas treinta y cinco o cuarenta carretillas de arena. Pero el maestro Misciu estuvo escarbando durante tres días, pensando que no podría terminar tal trabajo sino hasta el lunes al mediodía. Era un mal negocio, y sólo un palurdo —que tal era el maestro Misciu—, podía dejarse fregar así por el patrón. Por eso lo llamaban Misciu Bestia: era el asno de carga de toda la mina. Al pobre diablo no le importaba lo que le decían, con tal de ganarse el pan con sus brazos y no buscar camorra con sus compañeros.

Malpelo ponía mala cara, como si todos esos atropellos cayeran sobre su propio lomo, y, a pesar de su corta edad, no le faltaban arrestos para lanzar

miradas terribles, ante las cuales solían decir los presentes:

—¡Cuidado, o no vas a morir en cama como tu padre!

Pero tampoco el padre murió en su lecho, a pesar de ser una buena bestia. El tío Mommú, *el Derregado*, había dicho que él no escarbaría aquella “pilastra” aunque le pagaran veinte onzas, por ser muy peligrosa; pero en las minas todo es peligroso, y si uno hace caso de todas las tonterías que se dicen, es mejor trabajar de abogado.

Así, pues, la noche de ese sábado el maestro Misciu seguía cavando la dichosa pilastra; hacía rato que habían llamado para el avemaría; los compañeros fumaban sus pipas, después de decirle que siguiera raspando toda aquella arena por amor al patrón, y deseándole que no se topara con “la muerte del topo”. Él, acostumbrado a las burlas, no les hizo caso, y respondió solamente con el “¡Ah, ah!”, de sus buenas paladas, mientras rezongaba:

—¡Ésta para el pan, ésta para el vino, ésta para la faldita de Nunziata!

De tal modo, el pobre destajero iba imaginando cómo gastaría el dinero del “contrato”.

Afuera de la mina, el cielo hormigueaba de estrellas, y abajo la linterna humeaba y giraba como una devanadera. La gran “pilastra” roja, despanzurra a golpes de zapapico, se torcía y doblaba en arco, como si le doliera el estómago y dijera: “¡Ay!”. Malpelo escombraba el terreno, poniendo en un lugar seguro el azadón, el morral vacío y la garrafa del vino. Y el padre, que lo quería bien, pobrecito, le decía: “¡Hazte a un lado!”, o bien, “¡Ten cuidado! ¡Corre si ves caer piedritas o mucha arena roja!”.

De repente, ¡cataplum!, y Malpelo, que se había volteado para acomodar los fierros en el canasto, oyó un estruendo sordo, como el que hace la arena traidora cuando se despanzurra de pronto, y la luz se apagó.

Esa noche estaba en el teatro el ingeniero que dirigía las obras de la mina, y no habría cambiado su butaca por un trono cuando fueron a buscarlo, para decirle que el papá de Malpelo se había to-

pado con “la muerte del topo”. Todas las mujeres de Monserrato gritaban y se golpeaban el pecho, anunciando la desgracia que le había tocado en suerte a la pobre comadre Santa, la única que no dijo nada, pero que rechinaba los dientes como si tuviera la fiebre terciana. Cuando le contaron al ingeniero el cómo y el cuándo de la desgracia, que ésta había ocurrido tres horas antes y que el maestro Misciu Bestia ya debía de estar en el Paraíso, se dirigió a la mina, sólo para aliviar su conciencia, y llegó con escalas y cuerdas para hacer un hoyo en la arena. ¡Qué cuarenta carretillas ni qué nada! El Derrengado dijo que se llevaría una semana para escombrar todo aquel montón de arena. Era una montaña de arena fina, requemada por la lava, que se mezclaría con el doble de cal. La había de sobra para llenar carretillas y más carretillas. ¡Qué buen negocio el del maestro Bestia!

Nadie le hacía caso al muchacho, que se arañaba la cara, gritando a más no poder, como una bestia.

—¡Mira —dijo al fin un minero—, es Malpelo!
¿De dónde salió? Hierba mala, nunca muere...

Malpelo no respondía ni lloraba. Escarbaba con las uñas en el montón de arena, de modo que nadie había reparado en él. Cuando se le acercaron con la luz, pudieron ver su cara trastornada, con los ojos vidriosos y la boca tan llena de espuma que daba miedo; las uñas, desprendidas, colgaban de sus manos ensangrentadas. Mucho trabajo les costó apartarlo de allí porque, al no poder arañar más, se puso a morder, como perro rabioso, y tuvieron que agarrarlo de los cabellos y arrastrarlo por la fuerza.

Regresó a la mina después de algunos días, cuando la madre lo llevó de la mano, llorosa, pues sabemos que no es fácil hallar el pan en cualquier parte. Él no quiso alejarse de aquella galería; escarbaba y escarbaba con encarnizamiento, como si cada canasto de arena se la quitara del pecho a su padre. Muy a menudo, al escarbar, se detenía de pronto, con la pala en alto, torva la cara y los ojos endemoniados, como si oyera algo que su diablo le decía al oído, desde la otra parte de la montaña de arena desplomada. En esos días era más malo y sombrío que de costumbre, y en forma tal que casi no comía y le daba el pan a

su perro, como si el pan no fuera “un regalo de Dios”. El perro lo quería bien, porque los perros sólo ven la mano que les da el pan y, a veces, los garrotazos. Pero el burro, pobre animal, macilento y patituerto, soportaba todo el desahogo de la maldad de Malpelo; lo golpeaba despiadadamente con el mango de la pala, rezongando: “¡Para que revientes más pronto!”.

Tras la muerte del padre, parecía que el diablo se había metido en su cuerpo, y trabajaba a la par que los búfalos feroces, a los cuales hay que sujetar con un aro de hierro en la nariz. A sabiendas de que él era Malpelo, se las arreglaba para serlo del peor modo posible; y, si ocurría una desgracia —si a un trabajador se le perdía la herramienta, si un asno se rompía una pata o caía en un trecho de la galería—, él era siempre el culpable. En efecto, recibía los golpes sin protestar, como los burros, que reciben los palos y nomás doblan el lomo, pero siguen haciendo lo mismo, entercados. Con los otros muchachos era decididamente cruel, como si se vengara con los débiles de todo el mal que creía que le habían hecho a él y a su padre. Hallaba un extraño deleite

al recordar, uno tras otro, todos los maltratos y vejámenes que sufrió su padre y la manera en que lo dejaron reventar. Cuando estaba a solas, farfullaba: “¡Conmigo hacen lo mismo! A mi padre lo llamaban Bestia porque él no hacía lo mismo”. Cuando pasaba el patrón, lo acompañaba con una mirada torva: “¡La culpa es de él... por treinta y cinco tarjas!”. Y otras veces, a espaldas del Derrengado: “¡Él se carcajeaba también! ¡Lo oí esa misma noche!”.

Por un refinamiento de maldad, protegía a un pobre muchachito que trabajaba en la mina desde hacía poco tiempo, el cual se había luxado un fémur al desplomarse un puente, por lo que no podía seguir siendo peón. Cuando el pobre aún podía cargar el canasto de arena sobre la espalda, caminaba de tal modo que lo apodaron *Renacuajo*; pero trabajando bajo tierra, renacuajo o no, ganaba su propio pan. Cuentan que Malpelo le daba algo del suyo, para darse el gusto de tiranizarlo. Lo atormentaba de mil maneras, golpeándolo sin motivo ni misericordia, y si Renacuajo no se defendía, le pegaba con mayor fuerza y saña, diciéndole:

—¡Bestia! ¡No seas bestia! Si no tienes valor para defenderte de mí, que no te quiero mal, quiere decir que cualquiera puede pisotearte la cara.

Si Renacuajo se limpiaba la sangre que le salía por boca y nariz, le decía:

—Del mismo modo en que te arde el dolor de los golpes, aprenderás a darlos también.

Cuando arreaba a un asno por la empinada cuesta de la galería y lo miraba clavar las pezuñas, exhausto, doblado bajo el peso de la carga, jadeante y con la mirada opaca, lo apaleaba sin piedad con el mango de la pala, y los golpes sonaban, sordos, en las patas y las costillas, que estaban al descubierto. A veces, el animal respingaba al sentir los trancazos; pero luego, faltándole las fuerzas, se echaba sobre sus rodillas. Había un asno que, después de caer varias veces, tenía dos llagas en las rodillas. Malpelo solía decirle a Renacuajo:

—Al burro hay que pegarle porque él no puede hacerlo; si pudiera pegar, nos aplastaría bajo sus patas y nos arrancaría la carne a mordidas.

O bien:

—Si te toca pegar, pega lo más duro que puedas; así, los otros te tomarán en cuenta y podrás quitarte de encima a unos cuantos.

Trabajaba encarnizadamente, con el zapapico y la pala, como si odiara a la arena; y, al clavarlos, apretaba los dientes, profiriendo el mismo “¡Ah, ah!” de su padre. Le decía, en voz baja, a Renacuajo:

—La arena es traicionera. Se parece a todos los que se aprovechan de tu debilidad para pisarte la cara; también si eres más fuerte, pero estás en contra de muchos, como le sucede al Derrengado; y, entonces, no hay más remedio que rendirse. Mi padre golpeaba siempre, pero sólo a la arena, y por eso le decían Bestia; la arena se lo tragó a traición, porque era más fuerte que él.

Todas las veces que Renacuajo debía hacer una tarea muy dura y el muchachito lloraba, como si fuera una niña, Malpelo le pegaba en la espalda, gritándole:

—¡Cállate, pollito!

Si Renacuajo seguía llorando, él le daba una mano, diciéndole con cierto orgullo:

—Déjame a mí, que soy más fuerte que tú.

O bien, le daba la mitad de su cebolla, conformándose con el pan seco, y, alzando los hombros, agregaba:

—Yo estoy acostumbrado.

Estaba acostumbrado a todo: a los coscorrones, a las patadas, a los golpes dados con el mango de las palas y a los chicotazos; a las injurias y a las burlas de todos; a dormir en las piedras, con los brazos y la espalda molidos por catorce horas de trabajo; acostumbrado también al ayuno, cuando el patrón le quitaba el pan y la sopa, como castigo. Entonces, decía que el patrón jamás le quitaba la ración de golpes; los golpes eran gratis, desde luego, pero sin quejarse nunca; se vengaba a hurtadillas, a traición, con maldades que parecían inspiradas por el mismo diablo, y recibía todos los castigos, aun cuando el culpable era otro. Si no era el culpable, era capaz de serlo, y nunca se disculpaba. A fin de cuentas, habría sido inútil. Y algunas veces, cuando Renacuajo le suplicaba encarecidamente, llorando, que dijera la verdad, que se disculpara, él repetía:

—¿Para qué? ¡Soy Malpelo!

Nadie podía decir si la inclinación de su cabeza y el encogerse de hombros se debían a un orgullo feroz o a una resignación desesperada; si ello se debía a su tosquedad o a su timidez. Lo cierto es que ni su madre había recibido una caricia de él, y, por ende, jamás lo acariciaba.

Los sábados por la noche —en cuanto llegaba con su cara manchada de pecas y arena roja, con aquellos trapos que le colgaban por todas partes—, la hermana agarraba la escoba y lo sacudía antes de que entrara en la casa, porque podía ahuyentar al pretendiente si éste llegaba a ver con qué gente iba a emparentarse; la madre siempre estaba en alguna casa de las vecinas. Así, pues, él iba a acurrucarse en su jergón, como un perro enfermo. Por eso los domingos, el día en que los muchachos se ponían camisas limpias, para ir a misa o entretenerse en el patio, él parecía no tener más pasatiempo que el de vagabundear por las veredas de los huertos, cazando lagartijas y otros animales, que nunca le habían hecho daño, o a agujerear pencas de

nopales. Además, le disgustaban las burlas y las pedradas de los demás muchachos.

A la viuda del maestro Misciu le desesperaba tener un hijo tan bribón, como lo llamaban todos; él era como esos perros que reciben todo tipo de patadas y pedradas y que, a fuerza de recibirlas, siempre escapan con la cola entre las patas, toda vez que encuentran a un alma viva; que andan hambreados, pelones y salvajes como lobos. Al menos bajo tierra, en la mina de arena, feo, sucio y andrajoso, nadie se burlaba de él, porque parecía hecho adrede para ese oficio, incluso por el color de su cabello y sus ojos de gato, que se deslumbraban al ver el sol. Idéntico a los asnos que trabajan en las minas, durante años y años, sin salir nunca de las galerías, donde el pozo de tiro cae a pico, por donde los bajan con sogas, y permanecen abajo hasta el fin de sus días. Son asnos viejos, es verdad, comprados en doce o trece liras, antes de ser llevados al rastro, para estrangularlos; pero aún buenos para las labores de allá, abajo. Malpelo no valía más que ninguno de esos asnos, y si salía de

la mina los sábados por la noche era porque todavía tenía fuerza para trepar por la escala y porque debía llevarle a la madre el sueldo de la semana.

Ciertamente, hubiera preferido ser peón, como Renacuajo, y trabajar cantando en los puentes, en lo alto, bajo el azul del cielo, sintiendo el sol en la espalda; o carretero, como el compadre Gaspare, que iba a la mina en busca de arena y se bamboleaba, adormilado, sobre las redilas, con la pipa en la boca, yendo y viniendo todo el día por los bellos caminos del campo. O, mejor aún, hubiera querido ser labrador y pasar la vida en medio de los campos verdes, bajo los algarrobos frondosos, con el mar azul al fondo y el canto de los pájaros sobre su cabeza. Pero ése fue el oficio de su padre, y con tal oficio nació él. Pensando en esto, le contaba a Renacuajo acerca de la “pilastra” que aplastó a su padre, la que aún proveía de arena fina al carretero, el que andaba con la pipa en la boca, balanceándose sobre las redilas; le decía que, cuando acabaran de acarrear toda esa arena, encontrarían el cadáver del papá y el pantalón de

fustán, casi nuevo. Renacuajo tenía miedo, pero él no. Él pensaba que siempre había estado allí, desde que era más chico, y estaba habituado a ver aquel hoyo negro, que se prolongaba bajo tierra, donde el padre lo llevaba de la mano. Y extendía los brazos a diestra y siniestra, describiendo cómo el intrincado laberinto de las galerías se ramificaba al infinito bajo sus pies, hasta donde podía verse el negro y desolado pedregal volcánico, manchado de retamas chamuscadas. Le contó de muchos hombres que se quedaron adentro, aplastados o perdidos en la oscuridad, que caminan y caminan desde hace mucho tiempo, sin poder divisar el tiro del pozo por donde entraron, sin poder oír los desesperados gritos de los hijos, que los buscan en vano.

Y un día, mientras llenaban los canastos, apareció uno de los zapatos del maestro Misciu. Malpelo fue presa de un temblor tan intenso que debieron sacarlo inmediatamente de la mina, atado con una soga, como a un asno a punto de estirar la pata. Pero no hallaron el pantalón, casi nuevo, ni los restos del maestro Misciu, aunque los concedores del oficio

afirmaron que ése debía de ser el lugar preciso donde lo aplastó la pilastra. Un minero, nuevo en el oficio, observaba con curiosidad los caprichos de la arena, que lo había jaloneado, dejando, aquí y allá, los zapatos en una parte y los pies en otra.

Después de hallar el zapato, Malpelo sintió tanto miedo al ver que aparecía también el pie del papá entre la arena que se le acabaron las ganas de seguir dando golpes de pala, y los golpes se los dieron a él en la cabeza. Se fue a trabajar a otra parte de la galería y no quiso volver a la zona del derrumbe. Dos o tres días después, descubrieron el cadáver del maestro Misciu, de bruces y con el pantalón puesto. El tío Mommu observó que debió de sufrir mucho antes de morir, porque la *pilastra* le había caído exactamente encima, sepultándolo vivo, y que hasta era posible ver cómo el maestro Bestia quiso escapar instintivamente, escarbando en la arena, pues tenía laceradas las manos y las uñas rotas.

—¡Igualito a su hijo Malpelo! —repetía el Derrengado—. Él escarbaba aquí mientras su hijo escarbaba allá.

Pero nada de esto le dijeron al muchacho, a sabiendas de que era muy maloso y vengativo.

El carretero se llevó el cadáver del maestro Misciu, del mismo modo que se llevaba la arena o los asnos muertos; pero esta vez, a pesar del hedor de los restos, se trataba de un compañero, de “carne bautizada”.

La viuda acortó la camisa y el pantalón, adaptándolos al tamaño de Malpelo, que casi estrenó ropa por primera vez en su vida. Sólo guardó los zapatos, para cuando él creciera, puesto que no podía achicarlos y el novio de la hermana no quiso ponerse los zapatos del muerto. Malpelo alisaba aquel pantalón de fustán casi nuevo, y parecíale tan liso y tan dulce como las manos del padre cuando le acariciaba el cabello, aunque lo tuviera hirsuto y rasposo. Colgó de un clavo dichos zapatos, arriba del jergón, como si fueran las pantuflas del papá, y los domingos los descolgaba para lustrarlos y probárselos; después los ponía en el suelo, uno al lado del otro, y se quedaba mirándolos, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos,

durante horas y horas, moliendo sabe Dios qué ideas en su cerebro.

¡Se le ocurrían muchas ideas extrañas! Cuando heredó el zapapico y la pala del padre, empezó a usarlos, sin importarle que fueran muy pesados para su edad. Y cuando le propusieron comprárselos, como si fueran nuevos, él se negó a venderlos. Su padre los había dejado con los mangos muy lisitos y brillantes, gracias al trabajo de sus manos; él jamás podría tener otros iguales, aunque trabajara con ellos más de un siglo.

En esos días murió el asno gris, de fatiga y de vejez, y el carretero fue a tirarlo lejos del pedregal.

—¡Así es la vida! —rezongaba Malpelo—. Hay que tirar lejos lo que ya no sirve.

Fue a visitar los restos del “gris”, hasta el fondo del barranco, llevando por la fuerza a Renacuajo, el cual no hubiera querido ir por ningún motivo. Malpelo le decía que, en este mundo, es necesario acostumbrarse a ver todas las cosas cara a cara, por hermosas o feas que puedan ser. Con la avidez curiosa de un bribón, observaba a los perros que

acudían de todas las granjas de los alrededores, para disputarse las carnes del gris. Al aparecer los muchachos, los perros escapaban aullando, y merodeaban el borde del barranco; pero Malpelo no dejaba que Renacuajo los ahuyentara a pedradas.

—¿Ves esa perra negra —le decía—, que no le teme a tus pedradas? No tiene miedo porque está más hambreada que los otros. ¿Ves las costillas del gris? Ahora ya no sufre.

El asno gris estaba tranquilo, con las cuatro patas estiradas, dejando que los perros se solazaran vaciándole las cuencas profundas, royéndole los huesos blancos; los colmillos que desgarraban sus vísceras no eran capaces de hacerlo doblar el lomo, como cuando lo acariciaban a garrotazos, para sacarle las últimas fuerzas en los senderos empinados. ¡Así son las cosas! El gris también recibió golpes de pala y sufrió las mataduras; cuando se doblaba bajo el peso de la carga o le faltaba el aliento para seguir adelante, y lo arreaban a golpes, él también parecía decir con la mirada: “¡Ya no, ya no!”. Ahora, los perros le comían los ojos; ahora,

se reía de los golpes y las mataduras con su hocico descarnado, del que sólo quedaban los dientes.

El pedregal se extendía hasta donde alcanzaba la mirada, desierto y melancólico, negro y rugoso, sin un solo grillo o pájaro que cantara. Nada se oía, ni siquiera los golpes de los zapapicos de quienes trabajaban bajo tierra, y Malpelo repetía que la tierra de abajo estaba hueca por tantas galerías ramificadas por doquier, hacia el monte y hacia el valle, tanto así que una vez entró en la mina un peón muy joven e inexperto que, al salir de ella, tenía ya los cabellos blancos. Lo mismo le ocurrió a otro, al que se le apagó la vela y estuvo pidiendo ayuda durante muchos años.

—¡Sólo él oyó sus propios gritos! —le decía Malpelo.

Y, pese a tener un corazón más duro que el pedregal, poníase a temblar ante tal idea.

—El patrón me manda muy seguido a lugares muy lejanos, adonde los demás tienen miedo de ir. Pero yo soy Malpelo, y si no regresara, nadie me buscaría.

A pesar de todo, las lindas estrellas brillaban también sobre el pedregal en las hermosas noches de verano, y el campo circundante era negro también, como la lava. Cansado de la larga jornada de trabajo, Malpelo se tendía sobre un costal, de cara al cielo, gozando de la quietud y de la alta luminaria. Por eso odiaba las noches de luna, en las que el mar hormiguea de luces y el campo se dibuja vagamente, haciendo que el pedregal aparezca más pobre y desolado.

—Para nosotros, que fuimos hechos para vivir debajo de la tierra —decía Malpelo—, siempre debería haber oscuridad en todas partes.

La lechuza gritaba en el pedregal, y Malpelo pensaba: “La lechuza también oye a los muertos que están aquí abajo, y anda desesperada porque no puede ir a buscarlos”.

A Renacuajo le daban miedo las lechuzas y los murciélagos. Malpelo lo regañaba, diciéndole que quien vive solo no debe asustarse de nada; que ni siquiera el asno gris le tenía miedo a los perros que lo despedazaban, puesto que sus carnes ya no sentían ningún dolor.

—Estabas acostumbrado a trabajar en los tejados, como los gatos; eso no tiene chiste. Ahora te toca vivir bajo tierra, como ratón, y es necesario que no tengas miedo de los ratones ni de los murciélagos, que son ratones viejos, con alas; ellos están a gusto acompañando a los muertos.

A Renacuajo, en cambio, le gustaba divagar acerca de lo que estaban haciendo las estrellas. Le contaba que allá arriba estaba el paraíso, adonde van los muertos que fueron buenos y nunca disgustaron a sus padres.

“¿Quién te lo dijo?”, preguntó Malpelo, y Renacuajo respondió que se lo había dicho su mamá.

Malpelo se rascó la cabeza y, sonriendo maliciosamente, le soltó una trompetilla.

—Tu madre lo ha dicho porque tú deberías traer faldas en lugar de pantalones. —Después de meditar un poco, agregó:— Mi padre era bueno, no le hacía mal a nadie y por eso lo llamaban Bestia. Ahora está enterrado. Me dejó las herramientas, los zapatos y este pantalón que llevo puesto.

Poco tiempo después, Renacuajo, que se iba quedando en los huesos, cayó enfermo. Lo sacaron de la mina a lomo de burro y lo acostaron entre los canastos. La fiebre lo hacía temblar, como a un pollito mojado. Un peón dijo que el muchacho “no haría huesos viejos” en ese oficio y que para trabajar en la mina se nace, de lo contrario, uno deja pronto allí la zalea. Malpelo estaba orgulloso de haber nacido para tal oficio, de mantenerse sano y vigoroso en aquel aire enrarecido a pesar de todas las fatigas. Cargaba a Renacuajo sobre sus espaldas y lo animaba a su manera: con golpes y regaños. Una vez, que le dio un golpe en la espalda, Renacuajo empezó a escupir sangre, y Malpelo le vio de inmediato la nariz y la boca, jurando que no le había pegado muy fuerte; y, para demostrarlo, se golpeó pecho y espalda con una piedra. De todos modos, un peón, que estaba allí presente, le dio un patadón en la espalda, una patada tal que retumbó como un tamborazo; sin embargo, Malpelo ni se movió y, cuando el peón se hubo marchado, añadió:

—¿Ya viste? ¡No me hizo nada, y eso que él me pegó mucho más fuerte que yo a ti, te lo juro!

Renacuajo no se aliviaba; tenía fiebre todos los días y no dejaba de escupir sangre. Malpelo tomó dinero de la paga semanal para comprarle vino y sopa caliente; además, le regaló su pantalón casi nuevo, para cubrirlo mejor. Pero Renacuajo seguía tosiendo, y algunas veces parecía que moriría asfixiado. Durante la noche, no había manera de evitar los temblores provocados por la fiebre, ni siquiera tapándolo con costales y paja, ni poniéndolo cerca de la fogata. Malpelo permanecía callado, inmóvil junto a él, con las manos en las rodillas, inclinándose hacia él y mirándolo fijamente, como si fuera a retratarlo. Cuando lo oía quejarse en voz baja, jadeando y con la mirada opaca, igualito que el burro gris cuando jadeaba extenuado bajo la carga al subir por los senderos, empezaba a regañarlo:

—¡Sería mejor que reventaras pronto! Si vas a seguir sufriendo de este modo, ¡más te vale reventar pronto!

El patrón dijo que Malpelo era capaz de aplastarle la cabeza a aquel muchacho, y que era preciso no perderlo de vista.

Un lunes, Renacuajo no se presentó en la mina, y el patrón se lavó las manos diciendo que el muchacho se había convertido en un verdadero estorbo. Malpelo preguntó dónde vivía y fue a visitarlo al sábado siguiente. El pobre Renacuajo estaba en las últimas; su madre lloraba desesperada, como si su hijo fuera de los que ganaban diez liras a la semana.

Malpelo no comprendía la actitud de la madre, y le preguntó a Renacuajo cuál era el motivo por el que ella lloraba y hacía tanto escándalo, en vista de que, desde dos meses antes, él ni siquiera ganaba lo que comía. Renacuajo no le hacía caso, y parecía contar las vigas del techo. Rojo Malpelo imaginó que la madre de Renacuajo lloraba porque su hijo siempre había sido débil y enfermizo, que lo estaba manteniendo como a uno de esos bebés a los que nunca destetan. En cambio, él era sano y robusto, era Malpelo; su madre nunca había derramado una lágrima por él ni había sentido el temor de perderlo.

Días después, en la mina dijeron que Renacuajo había muerto. Malpelo pensó que ahora la lechuza cantaba todas las noches también para él, y fue a visitar los huesos descarnados del gris, al mismo barranco adonde solían ir juntos. Del pobre gris sólo quedaba un montón de huesos descoyuntados; pronto le sucedería lo mismo a Renacuajo. Su madre dejaría de llorar por él, del mismo modo que la madre de Malpelo, la cual volvió a casarse poco después de la muerte del maestro Misciu, y se fue a vivir a Cifali, junto con la hija desposada. De ahora en adelante, a nadie le importaría si lo golpeaban o no, y mucho menos a él, porque algún día iba a estar como el gris o como Renacuajo, ya sin sentir nada.

En ese tiempo llegó a trabajar a la mina un hombre que nunca habían visto en esos rumbos, que se mantenía lo más apartado posible. Los mineros aseguraban que había escapado de la cárcel, que le echarían muchos años encima cuando logaran arrestarlo. Malpelo supo entonces que la prisión es el sitio al que van a parar los ladrones o los

pillos, como él, y que los encerraban allí para mantenerlos vigilados.

Desde el primer momento, sintió la malsana curiosidad por aquel hombre, que sabía lo que era la cárcel y que había escapado de ella. Sin embargo, semanas después, el fugitivo declaró sin rodeos que ya estaba harto de aquella vida de topos y que la cárcel, comparada con la mina, era un paraíso, al cual pensaba regresar por su propio pie.

—Entonces ¿por qué los mineros no hacen algo para ir a vivir en la cárcel? —preguntó Malpelo.

—Porque no son malos pelos, como tú —le respondió el Derrengado—. ¡Allá irás a parar tarde o temprano, allá irás a parar con tus huesos!

Pero Malpelo entregó sus huesos a la mina, como su padre, aunque de diferente manera. Presentaron un proyecto para explorar un pasaje que debía comunicar con el lado izquierdo del pozo grande, hacia el valle; y, si todo salía bien, podrían ahorrarse, por lo menos, la mitad de mano de obra en el acarreo de la arena. De todas formas, existía el peligro de perderse y no regresar nunca. Ningún

padre de familia quería aventurarse en tal proyecto ni hubiese permitido que lo hiciera alguien de su propia sangre, aunque le dieran todo el oro del mundo.

En cambio, Malpelo no contaba con nadie que se interesara por él, a pesar de que valía mucho, y pensaron en él.

Al partir, recordó otra vez al minero que se perdió en las galerías muchos años antes, al que sigue caminando en la oscuridad, pidiendo auxilio, sin que nadie pueda oírlo. Pero guardó silencio. ¿De qué habría servido? Tomó las herramientas de su padre, el zapapico, la pala y la linterna, echó en un costal el pan y la garrafa de vino, y se marchó. Nadie volvió a saber nada de él.

Así, se perdieron hasta los huesos de Malpelo. Los muchachos de la mina bajan la voz cuando hablan de él en las galerías, temerosos de verlo aparecer delante de ellos, con sus cabellos rojos y sus ojillos grises.

LA AMANTE DE GRAMIGNA

A Salvatore Farina

Caro Farina, éste no es un cuento, sino el esbozo de un cuento que, al menos, tendrá el mérito de ser muy breve, de ser histórico —un documento humano, como ahora se dice—, quizá interesante para ti y para todos aquellos que estudian en el gran libro del corazón. Te lo repito tal y como lo escuché en las veredas de los campos, más o menos con las mismas palabras, sencillas y pintorescas, de las narraciones populares, pues sé que preferirías estar delante del hecho genuino y desnudo, sin tener

que buscarlo entre las líneas de un libro y a través de la lente del escritor. El sencillo hecho humano siempre hará pensar, siempre tendrá la eficacia del haber sido, de las lágrimas verdaderas, de las fiebres y de las sensaciones que han pasado por la carne; del misterioso proceso en que las pasiones se anudan, se entrelazan, se desarrollan y maduran en su camino subterráneo, en sus vaivenes que, con frecuencia, parecen contradictorios. El sencillo hecho humano constituirá durante mucho tiempo aún el poderoso atractivo de ese fenómeno psicológico que forma el argumento de un relato, que el análisis moderno quiere seguir con rigor científico. De lo que a continuación voy a contarte, sólo te hablaré del punto de partida y del de llegada, que a ti te bastará —y acaso a todos.

Nosotros repetimos el proceso artístico al cual debemos tantos monumentos gloriosos, pero mediante un proceso distinto, más minucioso, más íntimo. De buen grado sacrificamos el efecto de la catástrofe en favor del desarrollo lógico, necesario, de las pasiones y de los hechos, para hacer de ella

algo menos imprevisto, y aquellos acaso menos dramáticos, pero no menos fatales. Somos más humildes, si no más modestos; pero la demostración de este oscuro nexo entre causas y efectos no será ciertamente menos útil para el arte del porvenir. ¿Se llegará a tal perfeccionamiento en el estudio de las pasiones hasta que sea inútil proseguir en este estudio del hombre interior? ¿La ciencia del corazón humano, que será el fruto del arte nuevo, se desarrollará tanto y generalmente que todas las virtudes de la imaginación y los cuentos del porvenir tratarán únicamente de *hechos diferentes*?

Cuando la afinidad y la cohesión de todas las partes del relato sea tan completa que el proceso de la creación permanezca como un misterio, como el despliegue de las pasiones humanas; cuando la armonía de su forma sea tan perfecta, la sinceridad de su realidad tan evidente, su manera y su razón de ser tan necesarias que la mano del artista no se vea en absoluto, sólo entonces tendrá la impronta del acontecimiento real, y la obra de arte aparecerá como algo que se *ha hecho a sí mismo*; que brotó y

maduró espontáneamente, como un hecho natural, sin guardar ningún punto de contacto con su autor, sin ninguna mancha del pecado original.

Hace muchos años, a lo largo del Simeto, perseguían a un malhechor, un tal Gramigna, si mal no recuerdo, maldito como el nombre de tal hierba, que había sembrado el terror en toda esa provincia, dejando por doquier su mala fama. Carabineros, infantes y milites de la montada lo buscaban desde hacía tres meses, sin lograr ponerle la mano encima. Estaba solo pero valía por diez, y la mala hierba amenazaba con multiplicarse. Para colmo de males, se acercaba el tiempo de la cosecha, que estaría en las manos de Dios, porque los hacendados no se atrevían a salir del pueblo, temerosos de Gramigna, y las quejas se habían generalizado. El regidor mandó a llamar a todo el cuerpo de la policía, a los carabineros y a los soldados, quienes formaron patrullas y cuadrillas para buscarlo en barrancos, zanjas y tapias: lo perseguían en esa región como a una mala bestia, de día y de noche, a pie, a caballo, con el auxilio

del telégrafo. Grama se les escapaba de las manos, les disparaba con su escopeta al ver que se le acercaban demasiado. En los campos, en las aldeas, bajo las frascas de las hosterías, en los puntos de reunión, sólo se hablaba de él, de Gramigna, de la persecución rabiosa, de aquella fuga desesperada. Los caballos de los carabineros caían al suelo, agotados; los compañeros de armas descansaban en los establos, muertos de cansancio; los patrulleros dormían de pie, y sólo él, Gramigna, no se cansaba ni dormía nunca; combatía siempre, trepaba por los barrancos, se escabullía por entre las siembras, huía gateando en las nopaleras o, como un lobo, en el lecho reseco de los torrentes. En doscientas millas a la redonda, se extendía la leyenda de su gesta, de su valor, de su fuerza, de su lucha desesperada: él solo contra mil, cansado, hambriento, quemado por la sed en la inmensa llanura reseca bajo el sol de junio.

Peppa, una de las más hermosas muchachas de Licodia, debía casarse a la sazón con el compadre Finu, apodado *Vela de Sebo*, que tenía tierras al sol y una mula baya en el establo, el cual era un

mocetón fuerte y bello como el sol, que portaba el gran estandarte de Santa Margarita, sin encorvarse, como si sólo alzara un bastón.

La madre de Peppa lloraba de dicha por la buena suerte de la hija, y pasaba horas y más horas preparando y acomodando en el baúl el ajuar de la novia, blanco y fino como el de una reina, y los aretes, que le llegaban al hombro, y los anillos de oro para los diez dedos de las manos, porque tenía tanto delpreciado metal como el que podía tener Santa Margarita, e iba a casarse justamente el día de esta santa, que caía en junio, después de la siega del heno. Vela de Sebo, al volver del campo todas las tardes, dejaba la mula a la puerta de la Peppa, para decirle que la cosecha sería un encanto si Gramigna no le prendía fuego; que el granero no bastaría para guardar todo el trigo, y que no veía la hora de llevársela a su casa, sobre la grupa de la mula baya. Pero un día Peppa le dijo:

—Deje en paz a la mula, porque no quiero casarme.

¡Y estalló el alboroto! La vieja se arrancaba los cabellos, Vela de Sebo se quedó con la boca

abierta. ¡Que sí, que no!, Peppa había perdido la cabeza por Gramigna, sin siquiera conocerlo. “¡Ése sí era un hombre!”.

—Pero ¿qué sabes de él?

—¿Dónde lo has visto?

Con la cabeza agachada y la cara muy seria, Peppa no respondía, sin sentir piedad por la madre, que estaba como loca, con los cabellos grises al aire, como una bruja.

—¡Ay! ¡Ese demonio ha venido hasta aquí a embrujar a mi hija!

Las comadres, que habían envidiado la próspera siembra, la mula baya y el guapo mocetón, que portaba el gran estandarte de Santa Margarita sin encorvarse, empezaron a inventar muchos chismes: entre otros, que todas las noches Gramigna encontraba a la muchacha en la cocina; que lo habían visto escondido bajo su cama... La pobre madre encendió una vela a las ánimas del purgatorio, y hasta el cura fue a la casa de Peppa, para tocarle el corazón con la estola, a fin de ahuyentar al demonio de Gramigna, que se había apoderado de ella.

Sin embargo, ella seguía diciendo que no conocía ni de vista a ese cristiano, que sólo pensaba siempre en él, que lo veía en sueños, que en las mañanas se levantaba con los labios resecos, con sed, como los de él.

Estando así las cosas, la vieja la encerró en casa, para que no oyera nada acerca de Gramigna, y tapizó todas las fisuras de la puerta con imágenes de santos. Peppa escuchaba lo que decían en la calle, detrás de las imágenes benditas; se ponía pálida, luego roja, como si el diablo le soplara todo el infierno en la cara.

Finalmente, se dijo que Gramigna estaba escondido en las nopaleras de Palagonia.

—¡Estuvo disparando dos horas! —decían—. Hay un carabinero muerto y más de tres compañeros de armas heridos. Esta vez le cayó encima tal granizada de balas que encontraron un lago de sangre donde había estado.

Una noche, Peppa se persignó ante la cama de la vieja y huyó por la ventana.

Gramigna estaba en las nopaleras de Palagonia; no habían podido sacarlo de aquellos matorrales de conejos pese a estar herido, ensangrentado y pálido por dos días de hambre y de fiebre, con la carabina apuntada.

En cuanto la vio llegar, gracias a la fosca claridad del alba, por entre los tupidos matorrales, tan decidida, dudó en dispararle.

—¿Qué quieres? —le preguntó—. ¿Qué haces aquí? Ella lo miró fijamente, sin decir nada.

—¡Lárgate! —le gritó él—. ¡Lárgate mientras Jesús te ayude!

—No puedo regresar a casa —dijo ella—; el camino está lleno de soldados.

—¡Eso no me importa! ¡Vete!

Y le apuntó con la carabina. En vista de que ella no se movía, él, atolondrado, se le echó encima, dispuesto a golpearla.

—¿Me oíste? ¿Estás loca o eres una espía?

—¡No, no...!

—Bueno, de ser así, ve a llenar de agua la garrafa, allá, en el torrente.

Peppa obedeció, sin decir nada, y cuando Gramigna oyó unos disparos, se echó a reír y se dijo:

—Ésos eran para mí.

Poco después vio regresar a la muchacha, ensangrentada, con la garrafa en la mano. En cuanto se la hubo arrebatado, bebió hasta casi perder el aliento, y luego le dijo:

—¿De modo que quieres irte conmigo?

“Sí”, indicó ella, ávidamente, con movimientos de cabeza.

Y lo siguió por valles y montes, hambrienta, semidesnuda, a menudo corriendo para llevarle una garrafa de agua o un pedazo de pan, aunque en ello le fuera la vida. Si ella regresaba con las manos vacías, en medio de los disparos, su amante, devorado por la sed y el hambre, la golpeaba.

Una noche había luna y se oían ladrar los perros, a lo lejos, en la llanura. Gramigna dio un salto de repente, y le dijo:

—¡Quédate aquí, o por Dios que te mato!

Ella se arrimó a la peña que había al fondo del barranco; él, en cambio, corrió entre los

nopales. Pero los otros, más astutos, lo siguieron por tal parte.

—¡Quieta! ¡Quieta!

Los disparos terminaron. Y Peppa, que temblaba sólo por él, lo vio regresar herido, arrastrándose; luego se tendió de espaldas, para recargar la carabina.

—¡Se acabó! —dijo él—. Ahora me atrapan.

Tenía espuma en la boca, sus ojos brillaban, como los de un lobo.

En cuanto hubo caído sobre las ramas secas, como un haz de leña, todos los compañeros de armas le cayeron encima.

Al día siguiente, lo llevaron por las calles de la aldea, sobre un carro, muy golpeado y bañado en sangre. La gente se arremolinaba en torno suyo, para verlo a él y a su amante, también esposada, como una ladrona; jella, que tenía tanto oro como Santa Margarita!

La pobre madre de Peppa tuvo que vender todo: el ajuar blanco, los aretes de oro y los anillos

para los diez dedos, para pagarles a los abogados de la hija y llevársela otra vez a casa, ya pobre, enferma, avergonzada y llevando en brazos al hijo de Gramigna. Nadie volvió a verla en el pueblo. Permaneció en la cocina, como una bestia feroz, y sólo salió de ahí cuando su vieja murió de pena y tuvo que vender la casa.

Después de dejar al hijo en el orfanatorio, dejó el pueblo durante la noche, sin siquiera volver la vista atrás, y se vino a la ciudad, donde le habían dicho que Gramigna estaba en la cárcel. Merodeaba en torno de aquella tétrica construcción, mirando las rejas, con la esperanza de verlo, seguida por los esbirros, que la corrían e insultaban a cada paso.

Finalmente, supo que su amante ya no estaba allí, que se lo habían llevado al otro lado del mar, esposado y con la cadena al cuello. ¿Qué podía hacer? Se quedó allí, ganándose el pan haciendo algún servicio a los soldados, a los carceleros, como si formara parte de aquella sombría y silenciosa construcción. Por los carabineros, que habían aprehendido a Gramigna en la nopalera, sentía

una especie de ternura respetuosa, como una admiración bruta por la fuerza, y siempre estaba en el cuartel, barriendo los salones y limpiando las botas, motivo por el cual la llamaban “el trapo del cuartel”. Cuando se disponían a partir a una expedición riesgosa y los miraba cargar las armas, se ponía pálida y pensaba en Gramigna.

GUERRA DE SANTOS

Mientras San Roque iba tranquilamente por su camino, bajo el baldaquín, con los perros bajo control, con un gran número de cirios en torno suyo, más la banda y la procesión de los devotos, se desató de pronto una trifulca, carreras aquí y allá, un desorden de los mil diablos: los curas huían con las sotanas al aire, trompas y clarinetes iban a dar contra las caras, los garrotazos caían como peras podridas, de los que no se salvaba ni San Roque bendito. Acudieron los carabineros, el síndico, el juez; los huesos rotos fueron enviados al hospital, los más rijosos durmieron en la cárcel,

el santo volvió a la iglesia a paso redoblado y la procesión y la fiesta terminaron como las comedias de Polichinela.

Todo ello por la envidia de la gente del barrio de San Pascual, debido a que ese año los devotos de San Roque habían gastado hasta lo que no tenían con tal de hacer las cosas en grande: habían llevado a la banda de la ciudad, habían lanzado más de dos mil cohetes y hasta tenían un estandarte nuevo, bordado en oro, que pesaba, según decían, más de un quintal, y que, en medio de la muchedumbre, parecía “una espuma de oro”. Eso alteró endemoniadamente los nervios de los devotos de San Pascual, y uno de ellos, que al fin perdió la paciencia, pálido por la bilis, empezó a gritar:

—¡Viva San Pascual! ¡Viva San Pascual!

Y empezaron los garrotazos.

Ciertamente, vitorear a San Pascual delante de San Roque en persona era una provocación intolerable, como si alguien viniera a escupir nuestra casa, o como si alguno se divirtiera pellizcando a la mujer que va de nuestro brazo. En tal caso, ya no

hay cristos ni diablos, se pierde el respeto a los otros santos, que, a fin de cuentas, vienen a ser la misma cosa. Si sucede en la iglesia, vuelan las bancas; en las procesiones, llueven trozos de cirios, como murciélagos y, estando a la mesa, vuelan los platos.

—¡Pero qué diablos! —gritaba el compadre Nino, todo apaleado y maltrecho—. ¡Sólo quiero ver a alguien que tenga el valor de decir todavía “¡Viva San Pascual!”!

—¡Yo! —respondió furibundo Turi, el curtidor, el cuñado de Nino, que estaba fuera de sus cabales por un puñetazo recibido en el zafarrancho—. ¡Viva San Pascual hasta la muerte!

—¡Por amor de Dios, por amor de Dios! —chillaba su hermana Saridda, interponiéndose entre el hermano y el novio, quienes se habían llevado muy bien hasta ese momento.

El compadre Nino, el novio, gritaba en son de burla:

—¡Mejor que vivan mis botas! ¡Viva san bota!

—¡Ten! —gritó Turi, con espuma en la boca y un ojo hinchado y lívido, como una berenjena—. ¡Y éste por San Roque y tus botas! ¡Ten!

Intercambiaron tantos puñetazos que habrían matado a un buey, hasta que los amigos consiguieron separarlos, a fuerza de empujones y patadas. Saridda, exaltada también, gritaba: “¡Viva San Pascual!”, y poco faltó para que se abofetearan ella y el novio, como si fueran ya marido y mujer.

En tales condiciones, suelen desgreñarse padres e hijos pero, aquí, las mujeres se separan de los maridos, si por desgracia una del barrio de San Pascual se casa con uno del de San Roque.

—¡Ya no quiero oír nada acerca de ese cristiano! —gritaba Saridda cada vez que las vecinas le preguntaban el motivo por el cual no habría boda, y, con los brazos en jarra, agregaba—: ¡No lo quiero, aunque me lo den vestido de oro y plata!

—¡Por lo que a mí toca, Saridda puede enamarse! —decía el compadre Nino, mientras le lavaban en la hostería el rostro cubierto de sangre—. ¡Ese barrio de curtidores está lleno de holgazanes y pordioseros! De seguro estaba borracho cuando se me ocurrió tener allí novia.

—Estando así las cosas —concluyó el juez—, y en vista de que no es posible llevar a un santo a la plaza sin que haya trancazos, se acaban tales fiestas; y si vuelvo a oír una blasfemia, una sola blasfemia, ¡los meto a todos a la cárcel!

Pero el asunto se complicó, porque el obispo de la diócesis había acordado el privilegio de portar la muceta a los canónigos de San Pascual; y los de San Roque, que no la portaban, habían ido a Roma a exigir lo mismo ante el santo padre, con documentos a la mano, actas selladas y toda la cosa, pero todo fue inútil, dado que sus adversarios del barrio bajo, famosos por andar descalzos, se habían enriquecido como puercos con la nueva industria de la curtiduría, y ya sabemos que la justicia se compra y se vende, como el alma de Judas.

En San Pascual aguardaban al delegado de monseñor: un hombre formal, con dos hebillas de plata en los zapatos, cada una de media libra, encargado de llevarle la muceta a los canónigos; y, por tal razón, habían contratado la banda, a fin de ir al encuentro del delegado de monseñor tres

millas antes de llegar al pueblo, y se decía que por la noche habría fuegos de artificio en la plaza, que formarían un letrero diciendo “¡Viva San Pascual!”, en letras mayúsculas.

Por lo tanto, los habitantes del barrio alto estaban en ascuas, y algunos, más excitados, desbastaban ciertas varas de peral y de cerezo, gruesas como trancas, diciendo:

—Si habrá música, ¡debemos llevar batuta!

El delegado del obispo corría el riesgo de salir con los huesos rotos desde su entrada triunfal. Pero el reverendo, astuto, ordenó que la banda lo esperara a orillas del pueblo, y, a pie, por unos atajos, se llegó, poco a poco, a la casa del párroco, donde reunió a los cabecillas de las dos facciones.

En cuanto dichos caballeros se encontraron cara a cara, después de tanto tiempo de peleas, empezaron a mirarse el blanco de los ojos, como si quisieran arrancárselos, y sólo gracias a toda la autoridad del reverendo —que para tal ocasión se había puesto una capa de paño nuevo— logró que se sirvieran, sin inconvenientes, los helados y refrescos.

—Así estamos bien —aprobaba el juez, con la nariz dentro del vaso—. Si todo es por las buenas, me encontrarán siempre.

El delegado dijo que hallábase ahí para lograr la conciliación, con la ramita de olivo en la boca, como la paloma de Noé, y, mientras decía su fervorín, distribuía sonrisas y apretones de manos, y luego dijo:

—Señores, están invitados a tomar chocolate el día de la fiesta, en la sacristía.

—Es mejor olvidarnos de la fiesta —dijo el secretario del juez—, para evitar líos.

—Los líos aparecerán si hay prepotencias —exclamó Bruno, el maestro carretero—, puesto que uno ya no es dueño de divertirse como se le antoje, gastando el dinero propio.

—Yo me lavo las manos. Las órdenes del gobierno son muy claras. Si hacen la fiesta mandaré a llamar a los carabineros. Quiero que haya orden.

—Del orden respondo yo —sentenció el juez, golpeando su paraguas contra el suelo y mirando en torno suyo.

—¡Ah, qué bien! ¡Como si yo no supiera que quien parte el queso en el consejo es su cuñado Bruno! —contragolpeó el secretario del juez.

—¡Y ustedes se oponen porque no acaban de obedecer la ley que prohíbe tender fuera la ropa limpia!

—¡Señores míos, señores! —terciaba el delegado—. Así, no vamos a llegar a ninguna parte.

—¡Llegaremos a la revolución! —gritaba Bruno levantando los brazos.

Por fortuna, el párroco había puesto a salvo las jícaras y los vasos, mientras el sacristán iba corriendo a despedir a la banda, que le daría la bienvenida al delegado, soplando trombones y cornos.

—¡Así, no se llega a nada! —decía el delegado, molesto porque los granos estuviesen ya maduros en su tierra, mientras él perdía el tiempo con el compadre Bruno y el secretario del juez, que querían sacarse los ojos.

—¿Qué tiene que ver en todo esto la ropa limpia?

—Es otra prepotencia. Ahora no se puede tender un pañuelo en las ventanas sin que nos impongan una multa. La mujer del secretario del juez, confiada en el cargo de su marido, solía poner a secar en la terracita la ropa lavada de toda la semana... un poco de ropa, ¡por el amor de Dios! Pero ahora, con la nueva ley, es pecado mortal, y hasta están prohibidos las gallinas, los perros y otros animales que, dicho sea con todo respeto, hacían la limpieza de las calles. Con las primeras lluvias, si Dios las manda, la mugre nos llegará hasta el copete.

Para calmar los ánimos, el delegado se la pasaba todo el día sentado en el confesionario, como una lechuza, y todas las mujeres querían confesarse con él; había absolución plenaria para toda clase de pecados, como si la diera el mismo monseñor.

—¡Padre! —le decía Saridda con la nariz pegada a la rejilla del confesionario—. El compadre Nino me hace pecar en la iglesia.

—¿De qué manera, hija mía?

—Ese cristiano debía de ser mi marido, antes de que corrieran los chismes en el pueblo; pero

ahora que el matrimonio se acabó se planta cerca del altar mayor, para verme y reír con sus amigos mientras dura la misa.

El reverendo intentaba tranquilizar al compadre Nino.

—Es ella la que me da la espalda cuando me ve, como si yo estuviera excomulgado —decía el campesino.

Pero él, en cambio, si doña Saridda pasaba por la plaza los domingos, daba trazas de llevarse muy bien con el sargento o con las personas importantes, y fingía que ni siquiera la tomaba en cuenta. Saridda estaba muy atareada preparando los farolitos de papel, y casi se los tallaba en la cara al colgarlos en el balcón, con el pretexto de ponerlos a secar. Una vez que se encontraron juntos en un bautizo, tampoco se saludaron, como si no se conocieran, y Saridda hasta se permitió coquetearle al padrino de la niña bautizada.

—¡Padrino de poca monta! —decía riéndose Nino—. ¡Padrino de niña! Cuando nace una niña, se rompen hasta las vigas del techo.

Y Saridda, fingiendo hablar con la puérpera:

—No hay mal que por bien no venga. A veces, cuando parece que se pierde un tesoro, hay que darle gracias a Dios y a San Pascual, porque antes de conocer bien a una persona es preciso comer siete toneladas de sal.

—Sí, es preciso tomar las desgracias como vienen, y lo peor es envenenarse la sangre por cosas que no valen la pena. Muerto un papa, se escoge a otro.

En la plaza redoblaba el tambor de la meta.

—El juez dice que habrá fiesta —susurraba la multitud.

—¡Pelearé hasta el fin de los siglos! Me quedaré pobre como Job, sin camisa, pero no voy a pagar las cinco liras de multa, y lo voy a consignar en mi testamento.

—¡Pero habrase visto! ¿Qué fiesta quieren hacer este año, si todos moriremos de hambre? —exclamaba Nino.

Desde marzo no llovía una gota de agua; y los sembradíos, amarillentos, que tronaban como la

yesca, “morían de sed”. En cambio, Bruno, el maestro carretero, decía que llovería en cuanto San Pascual saliera en procesión. Pero ¿qué podía importarle a él la lluvia, si hacía y reparaba carretas, y a todos los demás de su partido, que eran curtidores...? Y, en efecto, llevaron en procesión a San Pascual, de oriente a poniente, lo subieron al cerro, para que bendijera los campos, en un caluroso día de mayo, muy nublado —uno de esos días en que los campesinos se arrancan los cabellos delante de los campos “quemados” y las espigas inclinan la cabeza como si estuviesen muriendo.

—¡Maldito San Pascual! —gritaba Nino, escupiéndolo al aire, corriendo como loco por el sembradío—. ¡Me has arruinado, San Pascual ladrón! ¡Sólo me has dejado la hoz, para cortarme el cuello!

En el barrio alto privaba la desolación: era uno de esos años muy largos, en los que el hambre comienza en junio y las mujeres están a la puerta, despeinadas y sin hacer nada, con la mirada fija. Doña Saridda, al oír que en la plaza estaban vendiendo la mula del compadre Nino —para pagar el arriendo de la tierra

que no había producido nada—, sintió que le hervía la sangre, y al punto mandó a su hermano Turi, para ayudarlo con un dinero que ella había ahorrado.

Nino estaba en un rincón de la plaza, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida, mientras compraban la mula, toda emperifollada, con arzón nuevo.

—No quiero nada —respondió airado—. ¡Gracias a Dios, todavía tengo brazos! Qué buen santo, San Pascual; ¿no es cierto?

A fin de que la cosa no acabara mal, Turi le dio la espalda y se fue. Lo cierto es que los ánimos estaban exasperados, ahora que a San Pascual lo habían llevado en procesión, de oriente a poniente, con aquel resultado. Lo peor era que muchos del barrio de San Roque se habían dejado convencer de sumarse a dicha procesión, con coronas de espinas en la cabeza y golpeándose ellos mismos, como asnos, por amor a los sembradíos. Pero ahora se desahogaban expresando toda clase de improperios y, en tal medida, el delegado de monseñor tuvo que regresar a pie, sin la banda, igual que a su llegada.

El secretario del juez, para vengarse del maestro carretero, telegrafió diciendo que los ánimos estaban muy excitados, que peligraba el orden público; de modo que, unos cuantos días después, corrió la noticia de que en la noche habían llegado los “compañeros de armas”, y que cada quien podía ir a verlos al mesón.

—Han llegado por causa del cólera —decían otros—. En la ciudad están muriendo como moscas.

El boticario cerró la botica; el médico fue el primero en escapar, cuidando de que nadie lo viera, por miedo a que lo mataran.

—No va a pasar nada —decían los pocos que seguían en el pueblo, los que no habían podido huir al campo—. San Roque bendito va a cuidar a su pueblo y, al primero que veamos huyendo en la noche, le arrancamos la zalea.

Los del barrio bajo también se dirigieron, descalzos, a la iglesia de San Roque. Pero poco después empezaron a menudear las víctimas del morbo, como goterones que anuncian el temporal, y se rumoraba que ello se debía a un puerco que

quería morir después darse un atracón de tunas; otros decían que la culpa era de uno que había vuelto del campo a altas horas de la noche. En fin, el cólera había llegado con fuerza, a pesar de la guardia y de la barba de San Roque, pese a que una vieja, en olor de santidad, había soñado que San Roque, en persona, le decía:

—No le teman al cólera, porque yo me encargo de eso; no soy como el inservible de San Pascual.

Nino y Turi no se habían visto después del asunto de la mula; pero en cuanto el campesino supo que Saridda y Nino estaban enfermos, corrió a casa de ellos y encontró a Saridda, negra y desmejorada, al fondo de un cuartito, al lado de su hermano, el cual parecía estar mejor, pero arrancándose los cabellos por no saber qué hacer.

—¡Ay, San Roque ladrón! —empezó a gemir Nino—. ¡Esto no me lo esperaba! Oh, doña Saridda, ¿acaso no sabe quién soy, no reconoce a Nino?

Doña Saridda lo miraba con ojos tan hundidos que era necesaria la lámpara para encontrarlos; Nino tenía dos veneros en los suyos.

—¡Ay, San Roque —decía él—, esta trastada es peor que la que nos ha hecho San Pascual!

Pero Saridda se curó y, mientras estaba en la puerta, con la cabeza cubierta con un pañuelo, amarilla como la cera virgen, le decía:

—San Roque me hizo el milagro, y usted también debe venir con nosotros, para llevarle la vela para su fiesta.

Nino, con al corazón henchido, decía que sí con la cabeza; pero, mientras tanto, él también estaba enfermo, y estuvo a punto de morir. Saridda se arañaba la cara, diciendo que quería morir con él, y se habría cortado los cabellos para ponerlos en el ataúd, para que nadie volviera a verla mientras viviera.

—¡No, no! —decía Nino, con rostro desencajado—. Los cabellos volverán a crecer; soy yo el que nunca volveré a verte, porque estaré muerto.

—¡Qué buen milagro te ha hecho San Roque! —le decía Turi.

Y los dos, convalecientes, mientras tomaban el sol, con las espaldas vueltas a la pared y con

caras largas, recíprocamente se echaban en cara la inutilidad de San Roque y de San Pascual.

Una vez, pasó por allí Bruno, el maestro carretero, que regresaba al pueblo después de terminar el cólera, y les dijo:

—Queremos hacer una fiesta, para agradecerle a San Pascual que haya salvado a los que quedamos. De ahora en adelante, no habrá más agitadores ni opositores, muerto ya el secretario del juez, que dejó el pleito en el testamento.

—Sí —dijo riéndose Nino—. Haremos la fiesta para aquellos que murieron.

—Y tú que estás vivo, ¿acaso es por San Roque?

—¡Párenle ahí! —intervino Saridda—. ¿Es necesaria otra epidemia para estar en paz?

PIÑATA

Ahora es el turno de Piñata, que también es un original e incluso forma parte de los tantos animales que hay en la feria; y cada gente, al pasar, se aprovecha de él. Era merecedor de tal apodo porque todos los días tenía llena la olla, gracias a Dios y su mujer, y comía y bebía de la batea del compadre Liborio, mejor que un rey.

Que San Isidoro nos libre del que nunca ha sentido celos y agacha la cabeza en santa paz, y que luego le da por enloquecer y se gana la cárcel.

Se casó con la Venera por la fuerza, aunque ella nada tuviera de dote y el único capital de

él fueran sus brazos. Fue inútil que su pobrecita madre le dijera:

—Olvídate de ella, no es para ti. Lleva el chal a media cabeza y enseña el pie cuando va por la calle.

Los viejos saben más que nosotros, y es mejor escucharlos.

Pero él no dejaba de pensar en aquellas zapatillas y en aquellos ojos ladrones que buscaban marido. Por tal motivo la tomó, sin oír ningún consejo. La madre tuvo que abandonar la casa, después de vivir allí treinta años, porque suegra y nuera juntas se la pasan como perros y gatos. La nuera, con su boquita melosa, hizo y dijo tanto que la pobre vieja respondona dejó libre el campo y fue a morir en un tugurio. Entre marido y mujer había pleitos, dimes y diretes, cada vez que se pagaba el alquiler del tugurio. Cuando la pobre vieja dejó de penar y él corrió al oír que le habían llevado el viático, no pudo recibir la bendición ni escuchar las últimas palabras de la moribunda, que ya tenía los labios unidos por la agonía y el rostro derrotado, en un rincón de la casucha, donde ya

oscurecía, y de vivo sólo tenía los ojos, que parecían decir muchas cosas... ¿Eh, eh?

Quien no respeta a sus padres forja su desgracia y un mal fin.

La pobre mujer murió con la amargura que le provocara la mujer de su hijo. Dios le había concedido la gracia de irse de este mundo y de llegar al más allá con todo lo que tenía contra la nuera, porque sabía cuánto habría de llorar el corazón del hijo. En cuanto Venera quedó como dueña de la casa, con las riendas en la mano, tanto fue lo que hizo y deshizo que la gente no volvió a llamar al marido por su nombre, sino por el apodo y, cuando él también lo oía, algunas veces se aventuraba a quejarse de ello, y ella le preguntaba:

—¿Y tú lo crees?

Nada más, y se quedaba contento, como una pascua.

Él era así, pobrecito, y no le hacía mal a nadie. Si se la hubiesen mostrado ante sus propios ojos, habría dicho que no era cierto, gracias a la bendita Santa Lucía. ¿Qué caso tenía amargarse la

vida? Había paz, nada faltaba en casa, tampoco la salud, porque el compadre Liborio era médico. Pero, por Dios, ¿qué más podía pedirse? Hacían todo en común con don Liborio: eran aparceros de un mismo terreno; tenían unas treinta ovejas y alquilaban juntos las tierras de pastoreo, y don Liborio era el aval cuando iban a ver al notario. Piñata le llevaba las primeras habas y los primeros chícharos; partía la leña para su cocina y le pisaba la uva en el lagar. A cambio, a él no le faltaba nada, ni el trigo en el costal, ni el vino en el barril, ni el aceite en el cántaro; su mujer, blanca y roja, como una manzana, tenía zapatos nuevos y pañoletas de seda; don Liborio lo visitaba a menudo, y hasta le había bautizado un hijo. En fin, eran como una familia: ella llamaba a don Liborio “señor compadre” y trabajaba a conciencia. A este respecto, no se le podía decir nada a Piñata. Hacía que prosperara la sociedad con el “señor compadre”, que también se beneficiaba con ella, y los tres estaban contentos.

Pero la paz angélica de dicha casa se convirtió en una casa de los mil demonios, en un solo día, de

pronto, cuando unos campesinos, contratados para el barbecho, se pusieron a conversar a la sombra, y casualmente le leyeron la vida, la de él y la de su mujer, sin darse cuenta de que Piñata se había echado a dormir detrás de un seto, sin que nadie lo viera. Por eso suele decirse “cuando comas, cierra la puerta; cuando hables, mira a tu alrededor”.

Esa vez, el diablo fue a azuzar a Piñata, que dormía, y murmuró en su oído todo lo que decían de él y que se le quedó adentro, como un clavo.

—¡Ese cabrón de Piñata –decían–, que roe a don Liborio!

—¡Que come y bebe en el lodo!

—¡Que engorda como un puerco!

¿Qué sucedió? ¿Qué pasó por la cabeza de Piñata? Se levantó de inmediato, sin decir ni pío, y corrió hacia el pueblo, como si lo hubiese picado una tarántula, sin que pudiera ver nada con claridad, porque hasta la hierba y las piedras le parecían rojas, como la sangre. En la puerta de su casa encontró a don Liborio, el cual se marchaba tranquilamente, abanicándose con su sombrero de paja.

—Óigame, “señor compadre” —le dijo—: si vuelvo a verlo otra vez en mi casa, ¡le juro por Dios que lo mato!

Don Liborio lo miró a la cara, como si le hubiera hablado en chino, pensando que había oído mal a causa del calor, dado que no podía imaginar que Piñata, de un momento a otro, pudiera estar celoso después de cerrar los ojos tanto tiempo, y siendo el mejor hombre y marido que había en el mundo. Por ello le preguntó:

—¿Qué le sucede, compadre?

—Sucede que si vuelvo a verlo otra vez en mi casa, ¡le juro que lo mato!

Don Liborio se encogió de hombros y se fue riendo.

Piñata entró en la casa, muy trastornado, y le dijo a su mujer:

—Si vuelvo a ver otra vez aquí al señor compadre, ¡te juro que lo mato!

Venera puso los brazos en jarras y lo regañó a gritos. Recargado en un muro, él se obstinaba en decir que sí moviendo la cabeza, como un buey que se espanta una mosca y no quiere oír razones.

Los niños lloraban al ver esa novedad. Finalmente, la mujer lo echó de la casa, atrancando la puerta y gritándole que ella era muy dueña de hacer lo que se le antojara.

Piñata no podía trabajar a gusto en el barbecho, debido a su obsesión, y andaba con una cara de basilisco que nadie le conocía. Un sábado, mucho antes de oscurecer, plantó el azadón en un surco y se fue de allí, sin siquiera cobrar el dinero ganado en esa semana. Su mujer, al verlo llegar dos horas antes de lo acostumbrado, y sin la paga, lo maltrató de nuevo, porque deseaba mandarlo a la plaza a comprarle anchoas saladas, que se le antojaban. Pero él no quiso moverse de allí, y siguió sentado, con la niña sobre sus piernas, que, pobrecita, no se atrevía a moverse, lloriqueando por el miedo que le causaba la mala cara del padre. Esa tarde, Venera estaba endiablada, y la gallina negra, echada en la escalera, no dejaba de cloquear, como sucede antes de ocurrir una desgracia.

Don Liborio solía llegar después de sus visitas, antes de ir al café, a jugar al tresillo; y esa tarde

Venera deseaba que él le tomara la presión, porque todo el día había sentido la fiebre, debida a un mal de garganta. Piñata guardaba silencio, no se movía. Pero en cuanto pudo oírse en la calle tranquila el paso lento del doctor, que se acercaba despacio, algo cansado por las visitas, resoplando por el calor y abanicándose con el sombrero de paja, Piñata fue a coger la tranca con la cual su mujer lo echaba de casa cuando ya no lo soportaba, y se paró detrás de la puerta. Por desgracia, Venera no se dio cuenta de ello, porque en ese momento estaba en la cocina, poniendo leña en el fogón. En cuanto don Liborio puso un pie en la estancia, su compadre levantó la tranca y le asestó tal golpe, entre cuello y cabeza, que lo mató como a un buey, sin necesidad de médico ni de boticario.

Por tal motivo, Piñata fue a dar a la cárcel.

EL CÓMO, EL CUÁNDO Y EL PORQUÉ

El señor Polidori y la señora Rinaldi se amaban —o creían amarse, lo cual, a menudo, es exactamente la misma cosa—. Si es cierto que el amor es algo de esta tierra, ellos estaban hechos el uno para la otra: Polidori gozaba de cuarenta mil liras de ingreso y la pésima fama de ser un mal sujeto; la señora Rinaldi era una mujercita bella, vaporosa, y tenía un marido que trabajaba por diez, a fin de que ella viviera como si contara con cuarenta mil liras de renta. Respecto a ella, no había corrido la más mínima maledicencia, a pesar de que todos los amigos de Polidori, con la flor en el ojal, habían

pasado revista ante la bella altiva. Finalmente, la orgullosa beldad cayó —porque el azar, la voluntad de Dios o la del diablo, aferraron la orla de su vestido—; pero, cuando se dice *caer*, quiere decirse que dejó caer sobre Polidori su primera mirada lánguida, confundida y blanda, que hizo temblar las rodillas de la serpiente que acechaba en el árbol de la seducción. Caer de bruces no es cosa de todos los días, y, a veces, tal caída ahuyenta a la serpiente. Antes de bajar por las ramas, la señora Rinaldi quería ver dónde posaba los pies, aunque simulaba que quería volver a las ramas más altas. Tenía un mes de haberse posado en la ramita de la correspondencia epistolar, ramita flexible y peligrosa, agitada por los céfiros perfumados.

Habían empezado a cartearse con el pretexto de un libro que debían solicitar o devolver en equis fecha, o qué sé yo. La bella deseaba permanecer mucho tiempo en tal ramita, gorjeando graciosamente, en vista de que las mujeres gorjean de maravilla, meciéndose entre el cielo y la tierra. Polidori, que había sacado todo lo que tenía en su

costal, pronto se mostró lacónico, árido, categórico. La pobrecita cerró los ojos y las alas, y se aventuró a bajar un poco más.

—¡No he leído su carta y no quiero leerla! —le dijo al encontrarlo en el último baile de la temporada, mientras formaban la fila de las parejas—. Puesto que no quiere ser lo que yo he ideado acerca de usted, déjeme seguir como yo quiero ser.

Polidori la miraba, serio, muy serio, atorméntándose los bigotes, pero con la cabeza agachada. Los demás bailarines, que no tenían ningún motivo para conversar en el vano de la puerta, los empujaban hacia el salón. La mujer se ruborizó, como si hubiese sido sorprendida en un encuentro secreto.

Polidori —la serpiente— notó el repentino rubor.

—Usted sabe que la obedeceré, como quiera que sea —dijo él con sencillez.

La cruz de brillantes titiló en el pecho de ella, que se alzó triunfante. La señora Rinaldi bailó toda la noche, como una loca, pasando de un bailarín a otro, arrastrando tras de sí a un enjambre de admiradores, con ojos ebrios de fiesta, chispeantes

como las gemas que hormigueaban en su pecho anhelante. De pronto, al verse reflejada en un gran espejo, se puso seria y no quiso seguir bailando. Les dijo a todos que estaba cansada, muy cansada, y, maquinalmente, miraba aquí y allá, en busca de su marido. ¡Tampoco ese hombre estaba allí! En esos diez minutos que estuvo sentada en un canapé, sin pensar que su vestido se arrugaba feamente, pasaron ante sus ojos fantasías extrañas, confundidas con las parejas que bailaban un vals. Polidori no bailaba ni se veía allí.

¿Qué clase de hombre era? Finalmente, lo vio al fondo de una sala desierta, frente a una cabeza rapada, sonriendo como un hombre para el cual la sonrisa es también indiferente. ¡Ella hubiera preferido encontrarlo con la más bella señora de la fiesta, palabra de honor! Y Polidori, al notar su presencia, se levantó presuroso, como siempre, y le ofreció el brazo.

En ese momento, exactamente en ese momento, apareció el marido, que la buscaba. Entonces, acomodándose bruscamente el escote del vestido

con un gracioso movimiento del hombro, le dijo a Polidori en voz baja, tan baja que el rumor de la seda casi cubrió el sonido de la voz:

—Sea, pues. Mañana a las nueve, en los jardines.

Polidori hizo una profunda reverencia y la dejó pasar, radiante y conmovida, al brazo del marido.

Jamás una mañana de primavera le había parecido tan misteriosamente bella a la señora Rinaldi en su deliciosa villa de Brianza, y jamás la había contemplado con mirada más distraída a través del brillante cristal de su cupé cuando éste cruzaba rápidamente la Plaza Cavour. El sol inundaba las calzadas del jardín, cálido y dorado sobre la hierba que comenzaba a reverdecer; el azul del cielo era profundo. Sin que ella se percatara, estas impresiones reverberaban en sus grandes ojos negros, que miraban a lo lejos, sin saber qué, mientras apoyaba la mano y la frente pálida en la portezuela. De vez en cuando, un escalofrío la hacía encoger los hombros, un escalofrío de cansancio o de frío. En cuanto el carruaje se detuvo ante el cancel,

ella se estremeció; se irguió vivamente, como si su marido se asomara de pronto en la portezuela. Dudó un poco antes de apearse, con la mano en la manija, pensando vagamente en el nuevo aspecto bajo el cual su marido aparecía en su mente; luego puso el pie en tierra, cubriéndose la cara con el velo: un velo compacto, negro, adornado de puntitos, a través de los cuales los ojos adquirirían algo de febril y las facciones una rigidez de fantasma. El carruaje se alejó a paso lento, sin hacer ruido, como todo carruaje discreto y bien educado.

Parecía que el jardín también se había desmañado, que debía empezar su jornada muy temprano. Unos hombres, en mangas de camisa, lo lavaban, lo peinaban y lo acicalaban. Las pocas personas que encontraba tenían el aspecto de estar allí, a esa hora, por primera vez, quizá por prescripción médica. Se atrevían a interrogar al velo de la paseante madrugadora, y adivinaban el perfume del pañuelo escondido en la manga, que ella apretaba contra el pecho. Un viejo, que caminaba muy despacio, en busca del sol de marzo, se detuvo

a mirarla y, apoyándose en su bastón, meneó la cabeza tristemente.

La señora Rinaldi se detuvo a la orilla del laguito, lanzando, a diestra y a siniestra, miradas cautelosas, en busca de algo o de alguien. El murmullo fresco del agua y la leve ondulación de los castaños la aislaban por completo; alzó un poco el velo y extrajo del guante una nota más pequeña que un naípe. Durante dos o tres minutos, el agua siguió fluyendo; las hojas de los árboles se agitaban por su cuenta. La mujer tenía los ojos absortos, ávidos, húmedos de sueños.

De repente, un paso presuroso le hizo levantar la cabeza; la sangre encendió sus mejillas, como si los ojos ardientes del recién llegado le rozaran el rostro con un beso. Polidori estaba a punto de quitarse el sombrero, pero ella detuvo su gesto con una mirada imperceptible, y pasó cerca de él, sin mirarlo.

Caminaba con la cabeza inclinada, escuchando el rumor de la arena bajo sus botines. De vez en cuando, se llevaba el pañuelo a la boca, para recu-

perar el aliento, como si su corazón devorara con avidéz todo el aire circundante. Las lentas ondas del arroyuelo la acompañaban, refunfuñando en voz baja, adormeciendo sus últimos temores; la sombra de los cedros y el silencio de la calzada desierta la penetraban vagamente, con voluptuosidad sutil.

Cuando se detuvo frente a la jaula del leopardo, el pecho le estallaba y las rodillas le temblaban con fuerza, porque junto ella se había detenido Polidori, que miraba atentamente al soberbio animal, con la curiosidad que habría mostrado un campesino, y, muy despacio, dijo:

—¡Gracias!

Ella no respondió; se puso roja, muy roja, y apretó con fuerza los barrotes de la jaula, donde apoyaba la frente. Esta sensación le hacía bien a la epidermis de la mano sin guante. ¡Quién habría podido imaginar que esa simple palabra, dicha a hurtadillas, al fondo de aquel desierto, pudiera vibrar con tanta delicia! ¡No, realmente no! ¡Era una cosa que hacía perder la cabeza!

Ella sentía un calor que le llegaba hasta la nuca, porque él, parado a sus espaldas, podía ver todo su rubor; una ola de palabras inconexas y tumultuosas se agolpaba en su cabeza, la embriagaba. Habló del baile, donde se había divertido mucho; de su marido, que había partido al alba, cuando ella no cerraba los ojos todavía.

—¡Pero estoy tan cansada! Este aire fresco me hace bien, mucho bien. Como si uno renaciera, ¿verdad?

—Sí, es cierto —respondió Polidori, mirándola a los ojos, fijamente; pero ella no se atrevía a levantarlos.

—Cuando esté en Brianza, me levantaré con el sol todos los días. En la ciudad vivimos una vida imposible. Pero ustedes, los señores, la prefieren.

Hablaba deprisa, con voz más bien alta y resonante, sonriendo a menudo; sin percatarse de ello, le agradecía que él no se atreviera a mezclar su voz con la de ella. Finalmente, Polidori le dijo:

—Pero ¿por qué no quiso recibirme en su casa?

Desde que estaban ambos en el jardín, ella lo miró a la cara, asombrada, dolorosamente asombrada. Hasta ese momento, en todo lo que habían dicho y hecho, en la intención de los dos, la presencia del mal era más bien una cosa muy vaga, nebulosa; algo que sus delicados sentidos saboreaban con delicia, como el leopardo que, echado a sus pies, gozaba de los rayos del sol, que ampliaba sus pupilas doradas, con el mismo inconsciente y voluptuoso estiramiento de sus miembros. Llamada bruscamente a la realidad, apretaba las manos y los labios, con expresión dolorosa; los ojos casi se le velaron, siguiendo en el espacio el hechizo roto, y lo miró con ojos trastornados. Toda la experiencia de Polidori fue incapaz de interpretar lo que allí se vislumbraba.

—¡Ah! —dijo luego, con otro tono de voz—. Creo que habría sido más prudente...

—¡Qué cruel! —murmuró Polidori.

—¡No! —respondió ella, alzando la cabeza, un poco ruborizada pero con acento firme—. ¡No soy como las demás señoras, no soy prudente! ¡Cuando

quiera romperme el cuello, querré ver el horror del precipicio a mis pies! Si no lo entiende, mucho peor para usted.

Polidori la aferró de la mano, devorando su belleza palpitante, y con mirada sedienta balbuceó: —¿Lo desea...? ¿Lo desea...?

Ella no respondió, e hizo un esfuerzo para retirar la mano.

Polidori imploraba su gracia con palabras concitadas, delirantes. Le repetía una pregunta, un ruego, siempre lo mismo, con diferentes tonos de voz, que la buscaban en las más íntimas fibras de su ser. Ella sentía aquella flama, que la envolvía y devoraba, subyugada por una languidez mortal y deliciosa; sin embargo, intentaba liberarse, pálida, extraviada, con los labios convulsos, mirando hacia distintos puntos de la calzada, con ojos llenos de terror, retorciéndose bajo aquel abrazo poderoso, empleando las dos manos febriles a fin de zafarse de aquella otra mano, que sentía arder bajo el guante.

Al fin, vencida y fuera de sí, balbuceó:

—¡Sí, sí...!

Y huyó hacia el rumor que hacía el paso de alguien, que se acercaba.

Tan trastornada estaba al salir del jardín que poco faltó para que la arrollaran los caballos de un carruaje. ¡Tenía una cita! Y repetía maquinalmente, balbuciendo: “Es esto, es esto”. Se sentía llena y ebria de estas palabras, y sus labios exangües se movían vagamente, sin producir ningún sonido, saboreando la culpa.

Se dirigió, tambaleante, al primer carruaje que encontró, y se hizo conducir a casa de su Erminia, en busca de auxilio. Su amiga, en cuanto la hubo visto en tal estado, corrió hacia ella desde la puerta de la sala.

—¿Qué tienes?

—¡Nada! ¡Nada!

En lugar de responder, la abrazó al punto y sin moderación le plantó dos besos.

La señora Erminia estaba habituada a los arrebatos amistosos de María. Miraron juntas las fotos, que habían visto cien veces ya, y las flores que, desde un mes antes, había en la terraza.

En ese momento, por azar, pasaba Polidori en el *phaeton* de su amigo Guidetti, con el puro en la boca, y saludó a la señora Erminia del mismo modo que habría saludado a María si la hubiese visto escondida entre los arbustos, apretando las manos contra el pecho, que quería estallarle. Era una nonada; pero una de esas nonadas que penetran en todo el ser de una dama, como la punta de una aguja. Luego de volver a su casa, la señora Rinaldi le escribió a Polidori una larga carta, digna y serena, en la cual le rogaba renunciar a la cita convenida, que él le había arrancado en un momento aberrante; un momento que recordaba con rubor, de manera confusa, con remordimiento. Tanta sinceridad había en la contradicción de sus sentimientos que aquel instante de abandono, después de algunas horas, parecía infinitamente lejano, y si alguna cosa viva vibraba aún entre las líneas de la carta, era sólo la añoranza de sueños que se desvanecían tan bruscamente. Ella apelaba a la honra y a la delicadeza de él para ayudarla a olvidar su error y devolverle la propia estima.

Polidori esperaba esa carta: la señora Rinaldi era demasiado inexperta para no arrepentirse diez veces, antes de tener un motivo para arrepentirse de verdad; y él hizo una cosa que le probó cómo aquella mujercita inexperta había resucitado en él el sentimiento poderoso y genuino, con toda la frescura de las primeras impresiones: le devolvió dicha carta, acompañada de esta breve respuesta: “La amo a usted con todo el respeto que debe inspirar su inocencia. Le devuelvo la carta que me envió porque no soy digno de conservarla y no me atrevería a destruirla. La imprudencia que ha cometido usted al escribir tal carta es la mejor prueba de la estima que debe sentir por usted todo hombre de buen corazón”.

—¡Mi marido! —exclamaba María con una extraña entonación de voz—. ¡Mi marido está contentísimo! Los ingresos no dejan de ser muy buenos, los gusanos de seda marchan muy bien, las comisiones llueven por todas partes. ¡Hay un cincuenta por ciento de utilidades netas!

Erminia la miraba, llena de asombro.

—Óyeme, niña: tú tienes fiebre. Tomemos té.

Dos días después, para sanar de la fiebre que le descubrió Erminia, le dijo:

—Me voy a Brianza con Rinaldi. El aire, el oxígeno, el canto de los pájaros, la familia. ¡Lástima que no tenga hijos que cuidar!

Allá, bajo los árboles frondosos, frente a los vastos horizontes, sentía una extraña irritación contra aquella paz que la invadía poco a poco. Ya cerca del ocaso, recorría los barrancos pintorescos, arruinando sus botines y meditando acerca de los sentimientos expresados en las novelas. Polidori había tenido el buen gusto de eclipsarse con clase, quedándose en Milán, sin hacer nada teatral o convencional, como alguien que sabe ser cortés hasta cuando desea que se le olvide. Ella no habría sabido decir si aún pensaba en él; pero tenía aspiraciones indefinidas,

que la acompañaban en su soledad y la envolvían, blanda y tenazmente, en aquella inercia peligrosa; que hablaban por ella en el silencio solemne que la rodeaba y aburría. Se desahogaba escribiéndole largas cartas a su amiga, ponderando las delicias ignoradas del campo, el tañido de las campanas en los valles, el surgimiento del sol en los montes; la enteraba del número de huevos que recogía la granjera y del vino que embotellarían ese año.

—Cuéntame de tus libros y de tus paseos a caballo —respondía Erminia—. Dile a tu marido que no te deje ir al gallinero, o que también vaya él.

Un buen día, después de un cierto silencio, un poco inquieta, hizo el viaje y fue a encontrarse con María.

—¿Te asusté? —le preguntó la señora Rinaldi—. ¿Me creíste un alma desolada, a punto de aniquilarse?

—No; creo que te aburres. Ésta es una Tebaida, para entregarse a Dios o al diablo. Vente conmigo a Villa d'Este. Usted permitirá que me la robe, ¿verdad, señor Rinaldi?

—Yo deseo que ella se divierta, que esté alegre.

En Villa d'Este había motivos para estar alegres: música, bailes, regatas, carreras de vaporcitos, excursiones a los alrededores, tinas de baño muy bellas, y Polidori, que era el alma de todas las diversiones.

La señora Rinaldi no sabía que allí estaba también él; y Polidori, de haberse enterado de su llegada, le habría hecho el favor de no poner un pie en Villa d'Este; pero ya había aceptado encargarse de la organización de las regatas y no podía moverse sin llamar la atención. Le dio a entender esto a la señora Rinaldi, con brevedad y delicadeza, la primera vez que se encontraron en el salón, ofreciendo sus disculpas veladamente y hablándole del pasado con desenvoltura. María, superado el primer momento de turbación, no sólo se reanimó, sino que, por una extraña reacción, la actitud reservada de él le inspiraba arrebatos de ironía. Él le dijo que partiría de allí en cuanto terminaran las regatas, porque debía encontrarse con unos amigos en Piamonte, donde se llevaría a cabo una gran caza, y que lamentaba dejar a tantas bellas señoras en Villa d'Este.

—¿De veras? —preguntó la señora Rinaldi con cierta risita—. ¿Cuál de ellas le gusta más?

—Bueno... todas —respondió tranquilamente Polidori—. Su amiga Erminia, por ejemplo.

¡Precisamente! Ella, María, nunca lo había pensado: Erminia, más que cualquier otra, era capaz de provocar que perdieran la cabeza los señores hombres, con su carita picante y su gracia endiablada; ella, naturalmente acostumbrada a no parar mientes en los regalos —y marquesa, por añadidura— que le hacían aquellas marquesas que portaban la corona con tanta altivez que cualquier mortal se sentiría felicísimo de recibir un garrotazo en la cabeza a cambio de una flor que pudiera conceder ella.

Siempre estaba con ella: en el lago, en el monte, en el salón o bajo los árboles. Ahora la observaba como si la viera por primera vez; la examinaba e imitaba, y, algunas veces, envidiaba sus naderías. Descubría, sin proponérselo, que su Erminia, con todos sus aires de reina, era un poco coqueta, de una coquetería nada comprometedora, pero contra

la cual todos los hombres caen de bruces. ¡Era un asunto muy serio! No podía dar un paso sin ver a Polidori, al hermoso Polidori, cortejado como un rey por aquellas señoras, el cual, sin percatarse de ello, comprometía horriblemente a Erminia. Lo peor era que ella tampoco se daba cuenta, y que todos reprobaban las carcajadas de ella. La señora Rinaldi pensaba que, de no tratarse de una tecla tan delicada, ella misma la tocaría al oído de su amiga, para que se diera cuenta de lo falso que sonaba.

Hacía todo lo posible para que ella no se percatara de cuánto la hería aquel chanchullo, en vista de que, entendámonos, quería bien a Erminia –él le importaba muy poco: era un hombre que ahora sólo desempeñaba su oficio y, además, de los que pronto se consolaban–. Pero Erminia jugaba a perderlo todo, teniendo un marido como el suyo, que la amaba y era un marido ideal. ¿Qué talismán poseía, pues, aquel Polidori, para eclipsar a un hombre como el marqués Gandolfi en el corazón de una mujer inteligente, bella y

cortejada, como Erminia? Hay ciertas cosas que no pueden explicarse.

Por nada del mundo hubiera querido que un alma viva se diera cuenta de lo que pasaba, y habría querido cerrarles los ojos a todos los demás, como ella los cerraba; pero, francamente, perdía la paciencia.

—Querida, yo no te entiendo ya —le decía Erminia con calma, riendo, como si no se tratara de ella—. ¿Qué tienes? ¡A veces pienso que te hice algo malo sin que yo me diera cuenta!

¡Caramba! ¡La pobre Erminia se engañaba...! No había hecho más que sentir pena al verla meterse casi de buen grado en aquel lío que Polidori había condimentado con habilidad diabólica. Muchos líos semejantes debía de haber condimentado ese hombre para lograr tanta maestría. ¡Realmente, era un pésimo sujeto!

—¡Querida amiga! —le dijo Erminia un buen día, dándole un gran beso—. Creo que ese Polidori te trota en la cabeza más de lo debido. ¡Ten cuidado! Es un tipo peligroso para una niña como tú.

—¿Yo? —dijo ella, estupefacta—. ¿Yo? —y no sabía encontrar otras palabras bajo los ojos inquisitivos de Erminia.

—¡Mucho mejor, mucho mejor! Me asustaste mucho... así es mejor.

“Si cree que soy una niña”, pensaba María, “debiera tenerme más consideración mi Erminia. Ciertas cosas sacan los ojos”.

La señora Rinaldi era despiadada con los cortejadores elegantes, con los enamorados a hora fija, en los paseos por el parque o en las veladas musicales, con los conquistadores que usaban guantes de Suecia. Una vez que Polidori se permitió hacer alguna observación en defensa propia, ella le lanzó a la cara una sonora carcajada.

—¡Oh! ¡Oh!

¡Finalmente, él pareció palidecer! Y en vista de que las demás señoras siempre zumbaban, como abejas, en torno de Polidori, señoras que lo echaban a perder, ella agregó:

—No deje que lo vean, me sentiría desolada...

—¿Por quién?

—Por usted, por mí... por todos los demás, por todo el mundo.

Esta vez, él no se dejó desconcertar por el sarcasmo, y respondió con calma:

—Sólo usted me interesa. —Ella habría querido lastimarlo con otro chorro de hilaridad despiadada y mordiente, pero la risa murió en sus labios al ver la expresión que esas palabras le daban a toda la fisonomía de él.— Puede insultarme —dijo Polidori—, pero no tiene el derecho a dudar del sentimiento que puso en mi corazón. —María inclinó la cabeza, vencida.— ¿No he respetado ciegamente su voluntad, cualquiera que haya sido? ¿Le he pedido alguna explicación? ¿No he acatado su deseo, no he fingido haber olvidado lo que ningún hombre en el mundo podría olvidar y, sobre todo, tratándose de usted? Y si he sufrido por esto, ¿quién hay en el mundo que me haya visto sufrir?

Polidori hablaba con voz serena y tono tranquilo, que le daban a esas palabras una elocuencia irresistible.

—¿Usted? —balbuceó María.

—¡Yo —rebatí Polidori—, que aún la amo y que no debiera habérselo dicho nunca!

Ella, que se había detenido para cortar hojas de arbustos, dio dos o tres pasos para alejarse de él. ¡Pobre niña! Polidori no dio uno solo para seguirla.

La señora Rinaldi se volvió, de pronto, melancólica y quimérica. Pasaba largas horas con un libro abierto en la misma página, con los dedos vagantes en el teclado del piano, con el bordado en las rodillas, contemplando el agua, los montes y las estrellas. El espejo del lago reverberaba con todos los matices de sus pensamientos más indefinidos, y experimentaba, atenta y absorta, una exquisita voluptuosidad que repercutía en su interior. Escapaba de los alegres grupos y prefería errar en la canoa, a solas, cuando los montes extendían en el lago sus vastas sombras verdes, o cuando los remos brillaban en las tinieblas, como espadas de acero, o cuando el ocaso espiraba tristemente con vagas estelas amaranto: interponía la cortina entre sí y los barqueros, y, recostada en los cojines, gozaba del balanceo sobre el abismo; aun corriendo el

riesgo de zozobrar, hundía el brazo en el agua, para sentir en todo su cuerpo un escalofrío misterioso; le gustaba hundir la mirada en la oscuridad infinita, más allá de las estrellas, y fantasear acerca de lo que iluminaba alguna lucecita distante, temblorosa en la oscuridad de la cuesta de un monte. Buscaba los caminos herbosos, los arcanos silencios del bosque o el espectáculo del lago en esas horas en que el sol resplandecía y lo hacía brillar como un espejo; observaba las ventanas del hotel, aún cerradas; el rocío que brillaba en el césped del prado y las densas sombras de los árboles gigantes, y rumbos de la arena bajo sus pies le susurraba al oído fantasías misteriosas. A menudo iba a leer o a pasear a orillas del lago, en las remotas calzadas de los Campos Elíseos, cuando la luna se posaba dulcemente en el lago y acariciaba sus manos blancas, o cuando las ventanas del salón estampaban en la oscuridad de la calzada vastos cuadrados de luz fría, y la música del salón hacía vagar arcanas fantasías bajo las grandes sombras silenciosas y dormidas. Más allá de aquellas som-

bras misteriosas, allende los cristales cintilantes, el amortiguado movimiento de la fiesta adquiría una fusión de colores, de líneas y sonidos que lo hacía fascinante, algo entre la bacanal y la danza de los espíritus alados; entonces, respirando ese vértigo, permanecía allí, con la frente en el vidrio de la ventana, sintiendo un leve hormigueo en la raíz de los cabellos.

Una noche, la vieron aparecer de pronto, en medio del baile, como una visión fascinante, más pálida y bella que nunca, y con algo que nadie le había visto nunca en la boca y en los ojos. La multitud se abrió, conmovida, delante de ella. Erminia fue a abrazarla; un enjambre de elegantes mocetones la rodeó, para arrancarle la promesa de bailar un vals con ellos, o una contradanza. Ella se detuvo un instante, con la misma sonrisa en los labios y los mismos ojos resplandecientes, como las luciérnagas de la calzada, mirando en torno suyo, y en cuanto hubo visto a Polidori, lanzó su pañuelo.

—¡Dios salve a la reina! —exclamó Polidori, haciendo una reverencia.

—Te robo a tu bailarín —le dijo María a Erminia, en tono festivo—. Yo también me muero de ganas de bailar un vals.

Polidori era uno de esos bailarines que las señoras se disputan con sonrisas y golpecitos de abanico sobre los dedos, cuando la sonrisa ha tenido buen efecto. Poseía la gracia y la fuerza, el brío y la suavidad; no había nadie tan hábil para llevar a las esferas espumantes de ebriedad color de rosa con un solo movimiento de corva o al acomodar el brazo derecho como sobre un cojín de terciopelo. Decían que sólo él contaba con la exquisita inteligencia de Strauss, que hacía perder el aliento y la cabeza, por saber reunir en los brazos y en los músculos, en su cuerpo entero, el brío, el abandono, el éxtasis.

—No quiero que baile con otras —le dijo María, deteniéndose anhelante, con las mejillas rojas y los ojos un poco velados, y fue todo por esa noche.

¡Ah, qué gran triunfo, cuánto le bailaba el corazón mientras aquel envidiado caballero la acompañaba en medio de la multitud maravillada! Asimismo, cuando se cubría con el chal en medio de la calzada,

donde se amortiguaban los rumores de la fiesta y las fantasías despertaban, vagas, sin forma, ¡pero aún sedientas! Le pareció estar dentro de un sueño delicioso cuando el vals cedió su lugar a un nocturno de Mendelssohn, un nocturno que recorría su frente, sus cabellos y sus hombros, como una mano de terciopelo fresco y perfumado. De pronto, una figura negra se interpuso delante de la luz de las ventanas que caía en la calzada; su sueño surgía delante de ella, como una sombra. Ella se irguió, asustada, balbuciendo algunas palabras sin sentido, que querían decir “no, no, no”, y fue a encerrarse en el salón, refugiándose en medio del ruido y de la luz, aquella luz que la obligaba a cerrar los ojos encandilados y aquel ruido que la aturdiría amablemente, dejándola atontada y risueña, un poco rígida y pensativa. Erminia la acariciaba, como si fuera un hermoso juguete; todas las señoras estaban de acuerdo al decir que ella era realmente bonita, acosada por los más elegantes cazadores de aventuras, de espaldas a la pared, como una cervatilla adosada a la roca: podía decirse que temblaban en sus ojos las lágrimas de la derrota.

Polidori fue de los últimos en pretenderla, como un cazador que la suerte destinara para darle el tiro de gracia; parecía compadecerse de su víctima porque, al hablar con ella acerca de la lluvia o del buen tiempo, con toda seriedad, apenas si se acordaba de cortejarla, limitándose a preguntarle, con mucho interés, acerca de cosas muy diferentes: si había paseado en canoa, si al día siguiente pensaba ir a los Campos Elíseos. Ella sólo lo miraba, sin responder, y él no insistía.

Erminia estaba sentada al piano: todos la escuchaban; María sólo tenía ojos para ella, aunque realmente los fijara en las fantasías de lo desconocido, porque ella era quien las evocaba; la sala entera, brillante y cálida, temblaba de armonía. Eran esos fatales momentos en que el corazón se dilata con violencia dentro del pecho y arrolla a la razón.

María temblaba de la cabeza a los pies, sentada en la poltrona, con la frente en la mano, mientras Polidori le susurraba en la cabeza palabras ardientes, que hacían que se le estremecieran, como cosa

animada, los rizos sobre la nuca blanca. La pobrecita ya no podía ver nada, ni la sala resplandeciente ni la multitud conmovida ni los ojos penetrantes de Erminia, y se abandonó a lo que creía que era su destino, sin oponerse, con ojos vidriosos, como una moribunda.

—¡Sí, sí! —murmuró con un hilo de voz.

Polidori se alejó despacio, para dejar que se repusiera, y en la sala del billar fumó un cigarrillo.

La brisa del lago hizo vacilar toda la noche las llamitas de los candelabros que había sobre la pequeña chimenea de ella, que se miraba al espejo durante muchas horas, sin verse, con los ojos fijos y llenos de fiebre.

El señor Polidori andaba paseando por la calzada desierta, desde muy temprano, pensando en una próxima caza; no le importaba el paisaje encantador, al cual sólo dirigía ojeadas impacientes. De cuando en cuando, se detenía a escuchar, alzando la cabeza, como un lebel. Finalmente, se oyeron unos pasos tímidos y leves, como de elegante

codorniz. María llegó y, en cuanto lo hubo visto, se detuvo de pronto, pese a saber que lo encontraría allí, asustada e inmóvil como una estatua. Su fino perfil árabe parecía cortar el velo. Polidori, con la cabeza descubierta, se inclinó profundamente, sin atreverse a tocarle la mano ni decir palabra alguna.

Ella, anhelante, turbada, por instinto sabía cuán embarazoso era ese silencio:

—¡Estoy cansada! —murmuró con voz quebrada.

La emoción la ahogaba.

Luego se encaminó por la calzada que subía serpenteando por la cuesta del monte; él caminaba a su lado, sin hablar, ambos subyugados por una intensa conmoción. Llegaron a una especie de monumento funerario. María se detuvo de pronto, apoyando la espalda en la roca y con la cara entre las manos. Y estalló en lágrimas. Él tomó sus manos para posar en ellas sus labios, levemente, como un esclavo. Sintió cómo, poco a poco, dejaban de temblar aquellas pobres manecitas, y le dijo, despacio pero con una entonación de ternura inefable:

—¿La asusto?

—Usted no me desprecia ahora, ¿verdad? —dijo María.

Él juntó sus manos en una expresión ardiente y pasional; luego, exclamó:

—¿Yo? ¿Despreciarla, yo?

María alzó su rostro trastornado, lo miró con ojos muy abiertos y, aún con lágrimas en su cara, murmuró confusamente palabras insensatas:

—¡Es la primera vez! ¡Se lo juro! ¡Se lo juro, señor...!

—¡Oh! —exclamó impetuosamente Polidori—. ¿Por qué me lo dice? ¿A mí, que la amo? ¿Que la amo tanto?

Tales palabras vibraban como cosa viva dentro de ella, y tanto que tuvo que llevar sus manos al pecho, para aquietarlas; cerró los ojos pero, al punto, flamearon en su cara, como si hubiesen cumplido en un instante toda la circulación de la sangre, quemándole todas las venas.

—¡No, no...! —repetía ella—. He hecho mal, ¡mucho mal! Soy una atolondrada. ¡Créame, señor! No soy culpable, soy una atolondrada, una niña, lo

dicen todos, hasta mis amigas... —la pobre intentaba sonreír, mirando aquí y allá, muy alterada—. ¡Necesito que no me desprecie!

—¡María! —exclamó Polidori. Ella se estremeció, y se echó atrás bruscamente, espantada al oír su nombre. Él, inclinado delante de ella, humilde, tierno y enamorado, le decía:— ¡Qué bella es! ¡Qué bella es la vida que da estos momentos!

María pasaba sus manos sobre los ojos y los cabellos, confundida, desorientada, encogiéndose sobre sí, repitiendo maquinalmente:

—Si usted supiera qué difícil fue para mí recorrer la calzada, esa calzada que recorro todos los días. ¡Jamás pensé que eso podía ocurrir! ¡Jamás lo pensé, de veras! —Y sonreía, para darse valor, sin atreverse a mirarlo, estirando los guantes sobre sus brazos, todavía convulsos, charlando como el niño que canta de noche por los caminos para no acobardarse.— ¡Soy tan desdichada! Sí, confieso que tengo una cabecita extraña. Tengo extrañas tendencias hacia ese mundo que, si no es otra cosa que un sueño, sí es un sueño de gente enferma, ¡y qué le vamos a hacer!

Con gran frecuencia siento que me ahogo entre tanta razón en que vivimos; siento una gran necesidad de aire, de ir a respirarlo en las alturas, donde es más puro y azul. No es mi culpa si no me convenzo de estar loca, si no me resigno a aceptar la vida como es, si no entiendo los intereses que preocupan a los demás. ¡No, no es culpa mía! He hecho lo posible. Estoy muchos siglos atrás. Debí venir al mundo en la época de los caballeros andantes. —Su bella sonrisa tenía una dulzura melancólica; sin darse cuenta, se abandonaba al encanto de crearse ella misma.— Bendito usted, que puede vivir a su modo.

—Yo querría vivir a sus pies.

—¿Toda la vida? —le preguntó ella, riendo.

—Toda la vida.

—Cuidado, que pronto se cansaría. ¡Usted se cansa muy seguido! —repitió María, con una mirada que intentaba ser firme y atrevida.

A Polidori le parecía deliciosa aquella inseguridad, sólo que se prolongaba demasiado.

Antes de asistir a la cita, en el instante supremo de dejar atrás la puerta, María experimentó

todas las punzantes emociones originadas por la curiosidad de lo desconocido, la atracción del mal, la fascinación del miedo que serpenteaba en sus venas, con estremecimientos secretos e irresistibles; con una confusión de sentimientos e ideas, de impulsos y de terror, que la habían llevado, contra su voluntad, a precipitarse en lo ignorado, en una especie de sonambulismo, sin saber exactamente lo que haría. Si Polidori la hubiese tomado entre sus brazos de inmediato, lo más seguro es que ella habría estrellado su cabeza contra la roca en que se apoyaba suavemente. Pero ahora, animada al ver a sus pies a aquel hombre tan solicitado, experimentaba un delicioso placer al sentir el musgo aterciopelado, que acariciaba su espalda, semejante al de las tiernas y fervientes palabras que él le decía, que también acariciaban dulcemente su oído y la hundían en una tersa languidez. Polidori era tan gentil, tan bueno y tan respetuoso que ni siquiera se atrevía a tocarle la punta de los dedos, resignado a rozarla con su cálido aliento pasional, que lo dejaba postrado frente a ella, como si fuera

un ídolo. Todo esto sucedía sin ninguna sombra maligna, tan bonito, tan bonito. Poco a poco, Polidori logró tomarle la mano, y ella, sin darse cuenta, lo permitió. En ese momento, él también estaba sinceramente conmovido; con ojos ebrios y sedientos buscaba los de María. Y ella, sin verlo, podía sentir su ardiente mirada, pero no alzaba los ojos, y su sonrisa moría en los labios; no se atrevía a retirar la mano, como si el sonido de esas palabras le adormeciera vaga y muy dulcemente la conciencia y el alma, introduciéndola en un éxtasis angustioso. Polidori no podía saciarse de admirarla en aquella actitud, abandonada a sí misma, con los brazos inertes, la frente inclinada y el pecho anhelante, y al fin dijo él en un arrebató de pasión, extendiendo los brazos convulsos:

—¡Cuán hermosa es, María, y cuánto la amo!
—Ella se irguió de golpe, rígida y seria, como si se lo dijeran por primera vez.— ¡Usted sabe que la amo mucho! —repetía él.

Ella, sin decir nada, echó el cuerpo hacia atrás, con la cabeza inclinada, recelosa, con el

entrecejo arrugado, agitando maquinalmente las manos, como queriendo defenderse de algo, con labios pálidos y cerrados. Y de pronto, alzando los ojos hacia el trastornado rostro de él, emitió un grito ahogado, huyendo hacia la entrada de aquella especie de monumento sepulcral, blanca de terror, defendiéndose, con los brazos extendidos, de aquella pasión que la aterrorizaba, pasión que veía por primera vez cara a cara, y balbuceó:

—¡Señor...! ¡Señor...!

En una imploración amorosa y delirante, él repetía, fuera de sí:

—¡María! ¡María!

—¡No! —repetía ella, desorientada—. ¡No, no...!

Polidori se contuvo de pronto, se pasó dos o tres veces la mano sobre la frente y los ojos, con gesto desesperado. Luego, le dijo con voz ronca:

—Usted jamás me ha amado, María.

—¡No! ¡Déjeme ir! —dijo ella cuando Polidori ya se había alejado.— ¡Señor...! ¡Señor...! —Polidori sufría con renuencia la gran conmoción de aquel instante; también temblaba, como aquella pobre

ingenua.— ¡Oiga, hemos hecho mal! —repetía ella con voz entrecortada—. La culpa es de los dos... Hemos hecho mal, se lo juro, se lo juro —decía ella, a punto de desmayarse.

En ese momento, se oyó un ruido entre las plantas: cesó el rumor del paso de alguien que se acercaba, como titubeando.

—¡María! —llamó una voz muy alterada, que ninguno de los dos reconoció—. ¡María!

Y Polidori, reaccionando con prontitud, tomó de un brazo a María y la dejó en la calzada de donde provenía la voz, y, como un relámpago, desapareció en una de las veredas del monumento. Ya en la calzada, María se encontró cara a cara con Erminia, también pálida, que se esforzaba por disimular su turbación y quería decirle algo, con aire de indiferencia. María le plantó encima los ojos, con extraña expresión.

—¿Qué quieres? —le preguntó con voz sorda después de unos instantes de silencio, que parecieron eternos.

—¡Oh, María...! —dijo Erminia, abrazándola.

Y nada más. Regresaron una al lado de la otra, sin decir nada, con la cabeza inclinada. Al ver el hotel, sintieron que debían cambiar de actitud.

—Lucía me dijo que habías bajado al jardín —empezó a hablar Erminia—, y, con el pretexto de verte, me dieron ganas de hacer un paseo matutino.

—Gracias —dijo simplemente María.

—Pero ya es tarde para pasear.

—Sí; el sol ya calienta mucho.

María, en efecto, se sentía deslumbrada y aturdida a causa del sol. Aún lo sentía en todo su ser. A veces, maquinalmente, se apretaba las manos, como para reconocerse o buscar en ellas una impronta del pasado, y cerraba los ojos. Cuando veía miradas inquisitivas, en las cuales percibía a todos intrigados, o bien, sólo las de su amiga, sentía que la cara le ardía de vergüenza. Se encerraba en su cuarto el mayor tiempo que le era posible, y muchos creían que ya había partido. El solo hecho de ver a Erminia le arrugaba la frente, dándole un no sé qué de hosco a toda su fisonomía. Pero era bastante mujer de mundo

para saber disimular sus sentimientos, cualesquiera que fuesen, y hasta cierto punto. Erminia, que nada tenía de soñadora, estaba realmente apesadumbrada.

—¡Yo soy siempre tu Erminia, lo sabes! —le decía una y otra vez, apretando amorosamente sus manos.— Soy tu Erminia, la misma de antes, la de siempre. —María sonreía a flor de labios, gentil y distraída.— ¡Te equivocas! —repetía Erminia—. ¡Te engañas! Te engañas si crees que no te quiero como antes.

Ella, en efecto, era solícita y maternal con María, tan a menudo que tal solicitud la disgustaba, como si adquiriera el aspecto de una vigilancia discreta y amorosa.

Un día, Erminia la sorprendió mientras empezaba a escribir una carta, y le preguntó sencillamente si le había escrito su marido; la pregunta cayó en tan mal momento que María se ruborizó, como cuando estaba a punto de decir una mentira.

—No, mi marido no me mima tanto. Está muy ocupado.

—Sí, ¡muy ocupado! —afirmó Erminia, esquivando la ironía de la respuesta—. Está seriamente ocupado. ¡Ahogado en los negocios, pobrecito!

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Si son su pasión, su única pasión!

—¿Tú crees? —preguntó Erminia, mirándola con sus ojazos agudos.

—¡Claro que sí! —respondió María con una risita que le contraía las comisuras de la boca, y agregó aún, como corrigiéndose:— Pero no tengo ningún motivo para sentirme celosa. Mi marido no juega, no va al café, no es cazador, no le gustan los caballos y sólo lee los informes de la bolsa... ¡Nada, te digo!

—Es cierto; ¡sólo te ama a ti!

María agachó la cabeza, con una sonrisita falsa; pero no dijo más durante un buen rato. Luego agregó, con amargura:

—¡Tienes razón, soy una ingrata!

—¡No!, no eres ingrata; eres una mujercita mimada, una cabecita loca, que cree ver lo falso en

muchas cosas y no lo ve en otras. La única culpa de tu marido es la de no haberte abierto los ojos para que veas cuánto te quiere.

—Afortunadamente, te pidió que me lo dijeras.

—Sí, porque yo también te quiero mucho, de veras... ¿Quieres que partamos mañana muy temprano?

—¡Ay!

—¿Te disgusta?

—No, sólo me asombra la decisión tan repentina, como en las comedias, a fin de que las muchachas se olviden de una relación amorosa...

—¡Perdóname! Te propuse venir conmigo... Pero si deseas quedarte...

—No, también quiero irme. Pero es preciso encontrar un pretexto plausible, a fin de que los curiosos no piensen en la relación amorosa al ver que hacemos maletas con tanta prisa.

—El pretexto existe y es verdadero. Debo encontrarme con mi suegra, que llegará mañana a Florencia, y tú, naturalmente, vendrás conmigo, para no quedarte sola en Villa d'Este.

—¡Perfecto! Y, en vista de que debemos partir, es mejor que lo hagamos de inmediato. En el primer tren que salga.

Partieron, en efecto, muy temprano. A María le estallaba el corazón al pasar frente a las ventanas cerradas, en las cuales la sombra de los enormes árboles aún dormía, y al recorrer la calzada desierta, donde había fantaseado tantas veces.

En la paz de esa hora, el lago tenía un encanto singular, y cada mínimo detalle del paisaje se animaba, parecía que hubiese vivido con ella, estampado profundamente en lo más íntimo de su corazón. En cuanto se hubo acomodado en el vagón, abrió el libro que llevaba para el viaje y ocultó tras él su rostro, bañado en lágrimas. Erminia supo simular que no se daba cuenta de nada, y tuvo el buen juicio de dejarla saborear voluptuosamente el dolor de la separación.

En la estación hallaron el carruaje de Erminia, la cual quiso acompañar a la amiga a su casa.

—Rinaldi no está en Milán —le dijo, respondiendo al gesto de sorpresa hecho por María al ver que nadie la esperaba—. Se fue a Roma.

—¿Sin avisarme, sin escribirme una palabra?
—murmuró María.

—Sí, te escribió. La carta la tiene mi marido.

Pero se interrumpió al ver que la cara de María empezaba a expresar una gran agitación.

—En fin —le dijo—, tarde o temprano, vas a saberlo. Rinaldi salió corriendo a Roma para arreglar unos negocios... Ya sabes... cuando se está lejos, las cosas no marchan debidamente. Tu marido estaba inquieto. Con este viaje lo arreglará todo.

—¿Qué pasa? —balbuceaba María, preocupada por tal noticia, que la tomaba por sorpresa—. ¿Qué sucede?

—No te asustes; tu marido está bien. Uno de sus deudores se declaró en quiebra. Cosas de dinero.

—¡Ah! —dijo María, respirando, con una sombra de ironía en la cara.

Parecía que su marido lo hacía adrede, para justificar la sonrisita irónica de ella. Tan ocupado estaba en sus negocios que no le quedaba más cabeza para cualquier otra cosa en el mundo. Pasaron muchos días sin que se supiera nada de él.

Finalmente, llegó un telegrama, que consternó a su socio, quien tuvo que partir a Roma sin pérdida de tiempo.

—¡Oh! —exclamó entonces María, con una entonación punzante, que se había vuelto habitual en los últimos ocho días—. ¡Eso quiere decir que se trata de un asunto realmente serio! Por lo demás, ¡esas cosas siempre son realmente serias para mi marido! Eso significa que, en tal circunstancia, yo debería estar cerca de él. No me lo dice; pero debo entender que no me dice nada de ello sólo por delicadeza. Mas, en vista de que su socio ha ido a encontrarse con él, yo también debo encontrarlo.

A pesar de la ligereza que ostentaba, se sentía inquieta, y se quedó observando a Erminia, que aprobaba su proyecto. Por un instante, una idea negra le pasó por la mente, que la hizo palidecer; pero pronto volvió a reír nerviosamente, como antes.

—Si mi marido no me hubiera acostumbrado a dejarlo hacer las cosas a su modo, ahora estaría yo asustada.

—¿Asustada de qué? ¿De hacer un viaje hasta Roma, en la mejor de las estaciones, en el país más bello...?

—Tienes razón, será como ir de vacaciones. Roma o Brianza son lo mismo. ¿Regresarás a Villa d'Este?

—No.

—¡Oh...!

—Acompañaré a mi suegra en Florencia.

—¡Qué lástima...! Me refiero a Villa d'Este, donde debe de haber muy buenas compañías en este momento. Tu suegra podrá decir que eres una buena hija.

Esa misma noche partió a Roma, pero en un estado febril, que no podía explicarse, y su inquietud aumentaba al acercarse el término de ese viaje, que le parecía eterno.

Encontró a su marido tan cambiado que se asustó sólo de verlo. Rinaldi estrechó efusivamente sus manos, asombrado de su llegada repentina.

Estaba tan trastornado que sólo podía repetir:

—¿Por qué viniste? ¿Para qué venir...?

* * *

—¡Nunca había visto así a mi marido! —le decía María a Erminia algunos meses después, la primera vez que volvió a verla tras su regreso a Milán—. Jamás creí que la fisonomía de ese hombre pudiera suscitar tal impresión, ni que él fuera capaz de decir esas palabras, ni que su voz tuviera esos sonidos, que trastornan el alma hasta lo más hondo. ¡Jamás lo había visto así!

La pobre María también estaba muy cambiada. Mostraba una leve arruga en el entrecejo, que surcaba el candor purísimo de la frente, y que, a veces, se extendía como una sombra sobre todo su cuerpo.

—Sí: fueron días terribles, que todavía siento en el fondo de mi pecho, como una maraña negra, como un dolor casi querido, por tan hondo y arraigado. Esos días grabaron en mí una huella tan indeleble que no podría borrar sin hacerme daño. ¡Qué momento, qué momento aquel cuando sorprendí a mi marido con la pistola en la mano!

Con cuánta fuerza me ceñí a él para impedir que muriera, puesto que él deseaba morir, cosa que me dijo después. Le faltaba el valor de decirme que ya no podía comprarme caballos ni joyas ni el palco en la Scala, ¡nada! Y lloraba, como lloran ciertos hombres que jamás han llorado, con esas lágrimas que dejan un surco dentro del alma. ¡Cuántas cosas pasaron de pronto en mi cabeza, en el preciso momento en que sentía mi corazón apegado al de él, que aún latía por mí, sólo por mí, y contra el cual yo escondía mi cara, roja de vergüenza...! Tú has tenido la gentileza de venir a verme ahora que vivo en un cuarto piso. ¡Tú eres muy gentil!

—Pero tú no tanto, María, en vista de que me dices estas cosas. ¡Eso significa que no tenías una buena opinión de mí!

—¡Nada de eso! Pero ¿qué quieres? Cuando se ha visto todo lo que yo he visto... Lo peor de la desgracia es que nos vuelve injustos... Figúrate que cuando corrió la voz de que yo era viuda... a nadie se le ocurrió que yo necesitaba un apoyo, allá, en Roma... ¡a nadie de cuantos decían que eran mis

amigos! Pero no me quejo. Me equivoqué al pensar lo mismo de ti, ¡a quien quiero tanto!

Luego de dudar un poco, María la abrazó fervorosamente.

—¡Perdóname, perdóname! He sido injusta contigo, y con todos los demás. ¡Me he equivocado tantas veces! —Erminia correspondía al fuerte abrazo, conmovida también, pero sin decir nada.— ¡Estaba loca! —murmuró poco después, apoyando la cara en el pecho de Erminia—. Pero dejé de pensar en eso.

—Yo nunca lo pensé —dijo al fin Erminia, riéndose, pero con gran sinceridad en la cara y en el acento.

María alzó la cabeza, y la miró con ojos llameantes.

—¿Nunca lo pensaste? ¿Nunca?

—Entonces... ¡entonces yo tampoco lo he amado...! ¡No! ¿Verdad? ¡Nunca!

ÍNDICE

NOTA DE LOS EDITORES	7
PRÓLOGO, <i>Dr. Augusto Isla</i>	13
INTRODUCCIÓN, <i>Felipe Vázquez</i>	17

ESTAMPAS SICILIANAS

Volumen I

PRIMEROS TIEMPOS	27
Nedda (Boceto siciliano)	29
Primavera	77
La cola del diablo	97
X	121
Ciertos argumentos	137
Historias del Castillo de Trezza	161

<i>VIDA DE LOS CAMPOS</i>	241
<i>Cavalleria rusticana</i>	243
La Loba	255
Extravagancia	265
El pastor Jeli	279
Rojo Malpelo	341
La amante de Gramigna	371
Guerra de santos	385
Piñata	403
El cómo, el cuándo y el porqué	411



Estampas sicilianas, de Giovanni Verga (Volumen I), traducción de Guillermo Fernández, se terminó de imprimir en enero de 2020, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México.

En su composición se utilizaron tipos de la familia Bodoni. El papel de los interiores es cultural de 90 g y el de los forros y camisa protectora, fabrica crema de 240 y de 100 g, respectivamente. El tiro consta de mil ejemplares. Cuidado de la edición: Carlos Valenzuela, Édgar Valencia y José C. Núñez. Diseño gráfico: Luis García Flores. Editora responsable: María Trinidad Monroy Vilchis.